LENORA BELL

DESEAR A UN DUQUE

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Lady Dorothea Beaumont ha tenido más que suficiente con las intrigas de su familia; se niega a seguir intentando atrapar a un duque y buscará cobijo en la finca irlandesa de su tía, donde espera disfrutar de una vida tranquila y libre de las restricciones sociales de la alta sociedad londinense. Pero un duque arrogante y pecaminosamente guapo arruinará sus planes…

Dalton, duque de Osborne, nunca ha tenido intenciones serias hacia una debutante y sus coqueteos son una mera distracción; lo que le consume es el deseo de venganza, que solo se verá saciado al encontrar al hombre que destruyó a su familia. Cuando esta búsqueda lo lleva a Irlanda, lo último que necesita es cruzarse Thea, que después de haberse perdido, le exige que la acompañe a la finca de su tía. Dalton accede, pero el camino está plagado de peligrosos imprevistos, aunque el mayor de todos podría ser descubrir que tiene un corazón y que corre el riesgo de perderlo.

DESEAR A UN DUQUE

Lenora Bell

Traducción de Pura Lisbert e Isabella Monello

A todas aquellas chicas que no confían en sí mismas. Dejad que brille vuestra luz interior.

Prólogo

CONDADO DE CORK, IRLANDA, 1818

Estimado duque de Osborne:

Espero que disculpe mi impertinencia y atrevimiento por escribirle sin que nos hayan presentado de forma oficial, puesto que en estos momentos soy su vecina. La casa de campo de mi tía, en Ballybrack, da al jardín de la mansión Balfry, de su propiedad. Ayer su ama de llaves se ofreció muy amablemente para una visita guiada.

¡Cuán excepcional es la colección de cuadros que posee! No he visto nada semejante desde mis visitas a los museos italianos. Como estudiante de arte, he reconocido varias obras de artistas como Caravaggio, Rafael y Tiziano.

Su ama de llaves me ha comentado que lleva sin visitar Irlanda más de una década. Me pregunto si es usted consciente de la relevancia que tiene su colección ancestral.

Llena de curiosidad,

LADY DOROTHEA BEAUMONT

LONDRES

Estimada lady Dorothea Beaumont:

¿Es posible que haya dos lady Dorothea Beaumont? Me cuesta mucho creer que la señorita en la que estoy pensando me haya escrito, teniendo en cuenta su implicación en las extrañas y vergonzosas circunstancias que rodearon el casamiento de mi amigo el duque de Harland el pasado otoño.

Le escribe perplejo,

EL DUQUE DE OSBORNE

CONDADO DE CORK, IRLANDA

Estimado duque de Osborne:

Me temo que soy la única lady Dorothea Beaumont que hay. Los acontecimientos que usted menciona en su carta son la razón por la que me escondo aquí, en la campiña irlandesa, como las antiguas obras maestras que alberga su mansión.

He de confesar que no he dejado de visitar la mansión Balfry y he descubierto un desván repleto de misteriosos paquetes del tamaño de un cuadro. ¡Cuánto he ansiado poder abrirlos! ¿Quizá podría usted beneficiarse de tener un catálogo de su colección privada?

De ser así, le prestaría mis servicios de buen grado.

LADY DOROTHEA BEAUMONT

LONDRES

Estimada lady Dorothea Beaumont:

Su excelencia nos ha remitido su petición en relación con la colección de cuadros que guarda en la mansión Balfry. Sepa que se le ha asignado un nombre al asunto y, en lo sucesivo, nos referiremos a él como MCCCXXVIII.

Si bien su excelencia hace todo lo posible por contestar tales cuestiones con la mayor brevedad, muchas veces resulta imposible evitar cualquier tipo de retraso, que puede prolongarse.

Unos servidores,

STALLWELL Y BAFFLEMORE, PROCURADORES

CONDADO DE CORK, IRLANDA

Estimados señores Stallwell y Bafflemore:

Sean tan amables de informarle a su excelencia que no le será tan fácil disuadirme.

Es posible que haya rasgado un trocito del papel que envuelve uno de los cuadros y que me haya encontrado con un importante cuadro perdido de Artemisia Gentileschi, una pintora italiana en cuya obra estoy muy interesada.

Su Venus dormida *descansa sobre una tela de terciopelo turquesa mientras Cupido la abanica con varias plumas de pavo real. Si bien la Venus puede resultarle un poco mayor para ser de su agrado (tendrá unos doscientos años), es un diamante de primerísima calidad y se merece ser admirada por una audiencia ferviente.*

Le imploro a su excelencia que me permita descubrir más de los misterios de su desván.

Lady Dorothea Beaumont

Londres

Estimada Scheherazade:

No habrá más descubrimientos.

El coleccionista de arte era mi difunto padre, no yo. Los viejos cuadros llenos de polvo no despiertan en mí ningún interés. No soy más que un mero experto de la variedad viviente y cálida de la Venus que menciona.

Permítame asegurarle que la mansión Balfry, así como todo lo que guarda en su interior, está cerrada por una buena razón, y así permanecerá.

Le escribe con firmeza,

El duque de Osborne

CONDADO DE CORK, IRLANDA

Estimado duque:

No es posible que tenga usted el corazón tan duro como para prohibir el descubrimiento de la que posiblemente sea la más hermosa colección de obras que hay en el mundo de una artista italiana. (Y sí, entre los cuadros de su difunto padre hay más obras perdidas de Artemisia.)

Le está negando a la gente, y al alumnado de arte, una gran oportunidad de aprender y disfrutar.

Si viniese usted a Irlanda y viese los cuadros con sus propios ojos, sería imposible que no se le removiera algo.

Le escribe resuelta,

LADY DOROTHEA

LONDRES, OTOÑO DE 1818

Estimada y resuelta lady:

Al parecer, pasa usted mucho tiempo en mi casa. ¿Debería cobrarle el alquiler? Confío en que tiene usted otras actividades de divertimento. Prados de pastura en los que retozar, galanes del condado a los que embelesar…

Si me disculpa, he de atender asuntos importantes y urgentes.

Le escribe con el corazón de piedra,

EL DUQUE DE OSBORNE

CONDADO DE CORK, IRLANDA, OTOÑO DE 1818

Estimado duque:

Si por asuntos importantes y urgentes se refiere a que tiene usted que saltar del balcón de la señora Renwick para que después lo descubran trepando por las celosías de rosas de la señora Beckam-Cross la misma noche (he leído tal emocionante aventura en un periódico), una servidora se pregunta si acaso tanto salto es bueno para la salud de un caballero.

Permítame que le recomiende guardar reposo en la campiña irlandesa y contemplar con tranquilidad varios cuadros del siglo XVII.

Le escribe, cada vez más rústica,

LADY DOROTHEA

LONDRES

Estimada y rústica lady:

No se preocupe por mí, por favor. Estoy en la flor de la vida, disfrutando de energía, virilidad y salud. Pregúntele si quiere a la señora Renwick.

Una bestia de ciudad,

EL DUQUE DE OSBORNE

¿Y cómo se suponía que debía responder ella a semejante carta?

Thea mojó la pluma en el tintero. Empezó a escribir:

Estimado duque:

En realidad, no es que lo estimara mucho. Era un libertino arrogante que hacía caso omiso de la sincera petición de una señorita.

Thea hizo una bola de papel con el folio y cogió uno nuevo, que posó sobre el escritorio inclinado en el que redactaba las cartas.

Estimado y bestial duque:

Se quedaría a gusto, pero no sería muy acertado por su parte empezar así.

«Un caballero se anima con los halagos.» Ahí estaba otra vez la voz de su madre. Ya había pasado un año desde su destierro en Irlanda, pero Thea no había logrado hacer desaparecer aquel apremiante monólogo interno y las constantes instrucciones.

«Busca algo que puedas alabar, lo que sea. Aplaude el brillo de sus botas. Elogia los purasangres que tiene en los establos. Y después pregúntale algo sobre él. Un caballero jamás se cansa de hablar de sí mismo.»

De acuerdo, vamos allá. Halagos. Preguntas.

Estimado duque varonil:

¿Cómo logra usted satisfacer las necesidades de tantas viudas cuando el día solo tiene veinticuatro horas?

Otra bola más de papel que acababa en el fondo de la papelera a sus pies.

Thea apoyó los codos sobre el escritorio y miró por la ventana. Podía ver a su tía Emma, una silueta rolliza con una capota blanca que le cubría los ojos; la mujer estaba trabajando en sus queridas colmenas, colocadas en cestas de paja.

A su espalda, las brillantes aguas verdes de la bahía de Balfry lamían los rocosos acantilados y las playas cubiertas de *maërl*, unas algas rosáceas fosilizadas que los agricultores de la zona trituraban y esparcían sobre los campos.

De allí a unos siglos, los arqueólogos encontrarían a Thea enterrada bajo un montón de folios estrujados en bolas de papel.

Muerte lenta por falta de elocuencia.

Era una experta en esos pormenores. Solo había que preguntarle a su madre, la condesa de Desmond. Pobre lady Desmond… tenía grandes planes para su hija. Thea no conseguía recordar un momento de su vida en el que no supiese que estaba destinada a grandes cosas. Una presentación en sociedad triunfante, a la que le seguirían una decena de propuestas de

matrimonio, la elección del duque más deseado del país, y un largo reinado sin competencia como la duquesa más envidiada de toda Inglaterra.

Hasta tenían un lema para el plan: «Pureza, Elegancia y Refinamiento». Un código de conducta formado por las tres primeras letras de la palabra *perfección*; porque no había cabida para nada menos que la perfección.

Thea ya hablaba en italiano y francés con fluidez a los once años. A los doce, podía leer los epigramas originales de Ovidio en latín. Y a los trece podía interpretar espléndidamente todos los conciertos de Mozart con el pianoforte. Sus movimientos de baile eran ligeros, las acuarelas que pintaba cautivaban a cualquiera, y su postura era impecable.

El señor Debrett tendría que haberle pedido consejo para las correcciones que incluyó en su guía para la nobleza, pues Thea sabía más que ellos mismos.

Mientras practicaba cómo debía servir el té de forma adecuada para su hipotético futuro marido usando un juego de té de loza de barro color crema de la famosa fábrica Wedgwood, los otros niños se reían a gritos en la plaza que había frente a su casa en Saint James.

Pero Thea estaba destinada a grandes cosas, y entre ellas no se encontraban las manchas de césped.

Las únicas aventuras que vivía tenían lugar dentro de los límites de los cuadros de mitología que colgaban de las paredes del aula. Thea vagaba por aquellos bosques verdes, cubiertos de neblina y de charcos de agua cristalina; una dríade feliz, que jugueteaba con sus otras amigas dríades, y que se ganaba el corazón de un apuesto Apolo que jamás la regañaría si una sola gota de té rebasaba el borde de la taza.

Huelga decir que las jóvenes señoritas de gran talento y elegancia nunca vagaban por el bosque y jamás tenían una cita con apuestas deidades. De hecho, nunca ponían un pie fuera de su casa sin una doncella, dos lacayos y una madre de vista aguda.

Y así fue como, cuando por fin Thea cumplió diecisiete años, la condesa consideró que su elegante y refinada hija ya estaba lista para conquistar a la alta sociedad. Sin embargo, la condesa había pasado por alto una pequeña variante en la ecuación.

Thea había estado tan recluida, aislada y apartada que jamás había mantenido una conversación de verdad con un posible caballero de carne y hueso, no hablemos ya con un duque.

Sus interacciones con el género masculino se habían limitado a las breves y fugaces visitas de sus dos hermanos, mucho mayores que ella y que estaban estudiando cuando ella era pequeña. En las poquísimas ocasiones en las que su padre estaba en casa y no regocijándose con sus amantes, toda su conversación se limitaba a gruñidos y a citar extractos de la sección de Economía de los periódicos.

Y el duque de mentira que asistía a las fiestas del té de Thea siempre lo había interpretado una vieja muñeca de trapo con un par de ojos pintados. No es que el duque de Peluchón fuese muy intimidante. Jamás dijo una palabra para ponerla nerviosa, ni hizo ningún comentario tan necio como para convertir toda su educación en la premisa de una broma vergonzosa.

En su presentación en sociedad, cuando se vio ante una necedad como la descrita de boca de un duque de avanzada edad, con telarañas de venas violáceas en las mejillas y sin barbilla, Thea abrió la boca para ofrecerle una réplica elegante, refinada… pero no articuló palabra alguna.

Le daba auténtico pavor hablar porque podía equivocarse. Y, si se equivocaba, entonces no era perfecta. Y, si no era perfecta… toda su vida, hasta llegar a aquel momento, habría carecido de sentido.

Durante aquella interminable velada, Thea logró dar respuestas monosilábicas de vez en cuando. O soltar una risilla aguda.

Y esas risillas resultaron nefastas. Manaban de su interior como lava proveniente del volcán de autosabotaje que le borboteaba en el pecho. Para sofocar aquella risita descarriada, Thea, desesperada, tomó varias copas de

una bebida dulce que, por desgracia, también brotó… sobre el vestido de una horrorizada baronesa en el tocador de la aristócrata.

Como era de esperar, tras una presentación en sociedad como aquella, nada fue acorde al plan. Después de dos temporadas desastrosas, en las que las interacciones sociales de la joven no eran las esperadas, su madre decidió enviar a Thea al extranjero con su abuela, la severa e imponente duquesa viuda de Desmond.

Un verano rodeada de la circunspecta sociedad británica de Roma y Florencia debería otorgarle un lustroso refinamiento europeo y remediar esa risilla nerviosa de Thea para siempre.

Pero, por una cosa u otra, los planes que con tanto escrúpulo preparaba su madre nunca parecían salir bien.

Lo único lustroso que vio Thea en Italia fueron los suelos de mármol encerados de tantos museos y galerías como pudo persuadir a su abuela de visitar.

Para Thea, el arte italiano fue toda una revelación. Allí podía escapar a mundos desconocidos, libre de las continuas normas de su madre. Descubrió a las pintoras del Renacimiento y quedó fascinada ante su audacia. En una galería de Florencia, permaneció toda una hora delante del *Judit decapitando a Holofernes*, de Artemisia Gentileschi; se quedó asombrada ante la técnica de luz y la honestidad inquebrantable de la brutal escena.

«Eso lo pintó una mujer.»

No habría sabido cómo explicarlo con palabras, pero el cuadro la conmovió de una manera muy profunda. Rebuscó en todos los libros de historia del arte en busca de Artemisia, pero no encontró más que un par de líneas que se centraban en detalles pintorescos de su vida, con breves menciones a su destreza y a su obra.

De todo ello, Thea resolvió que la sociedad había ignorado y dejado de lado a esa impactante y diestra pintora simple y llanamente porque era

mujer. Sus logros habían sido olvidados. Y su talento, eclipsado por el escándalo.

Por alguna razón, tal descubrimiento prendió la chispa de la rebeldía en la mente de Thea. Quizá ella no quería, no ansiaba desposar a un duque, ni darle una prole sin barbilla tras la boda y quedar relegada al papel de adorno y yegua de cría.

Quizá podía utilizar toda la educación que había recibido para algo más que para cautivar a un duque; un marido que, sin duda, esperaría que ella guardara silencio mientras él la engañaba con cualquier cortesana de Londres, tal como su padre le había enseñado que era la vida.

Thea empezó a hacer planes en los que no había cabida para la pureza, la elegancia ni el refinamiento. Pero, cuando regresó a Londres, descubrió que la habían privado de expresar su opinión. Tenía una boda que organizar, y rápido.

Su boda.

Con un duque al que no había visto nunca.

Peor, con un duque que le había conseguido su media hermana Charlene, quien era idéntica a ella, una de las tantas hijas ilegítimas de su padre. El ardid, de alguna manera, tenía todo el sentido del mundo, pues Thea jamás iba a conseguirse un duque por sí sola, así que su madre se había encargado del problema.

Thea sabía que nunca debería haber ido a la iglesia aquel día, que nunca debería haber aceptado casarse con un completo desconocido. Pero la oleada de obligación filial que había sentido había resultado demasiado potente. La había arrastrado hasta la iglesia y la había dejado junto al alto, apuesto y más que intimidante duque de Harland.

Por fortuna, en plena ceremonia la joven encontró el valor que necesitaba para hablar. Aconsejó al duque que fuera en busca de su verdadero amor, Charlene, la mujer que le había robado el corazón.

Y tras su muestra de valor, como castigo por haber sido honesta con el duque, Thea acabó exiliada en una rústica casita de campo al sur de Irlanda. Allí viviría con su excéntrica tía Emma, y podría pensar en sus errores, arrepentirse por su acto de rebeldía y recuperar la cordura.

Mas lo que se planteó como un castigo no tardó en convertirse en el primer atisbo de libertad que Thea había sentido en toda su vida. La joven florecía en el calor reconstituyente de su tía; se sentía útil y feliz de verdad mientras la ayudaba con su investigación, y aplicaba nuevos métodos, más compasivos, en la apicultura. Con ellos, en vez de ahuyentar a todas las abejas con humo, podían sacar la miel consiguiendo mantener casi toda la colonia intacta.

Cuando Thea encontró el cuadro de Artemisia en el desván del duque de Osborne, comprendió que estaba destinada a estar allí para estudiar las obras perdidas de la pintora italiana y descubrirle al mundo entero la importancia de su don y talento.

Pero el duque se obstinó en impedirle que descubriera el resto de los cuadros. Para Thea era exasperante saber que en aquel desván podría haber un autorretrato de la mismísima Artemisia acumulando polvo, cubierto por una sábana blanca y ajeno al mundo exterior. ¿Qué daño podía llegar a hacer Thea si le permitieran abrir el resto de los cuadros?

La joven volvió a meter la punta de la pluma en el tintero, decidida a encontrar las palabras adecuadas.

Mi estimado lord:

Han requerido mi vuelta a Londres para lo que, sin duda, será otra temporada infructuosa. Si bien no espero poder cumplir jamás con las expectativas de mi familia, pienso ganar mi lucha por rescatar los cuadros de Artemisia de su desván.

Sería una verdadera lástima para todo el mundo, y en especial para los directores de la Institución Británica, que una obra de tal importancia permaneciera escondida en su desván.

Le saluda atentamente,

LADY DOROTHEA

Thea espolvoreó un poco de arena secante que guardaba en la salvadera sobre la tinta, para secarla más rápido, y dobló el papel.

El verano siguiente, Thea se quedaría para vestir santos. Lo único que debía hacer era soportar otra temporada horrible más y conseguir el beneplácito del duque para poder estudiar y analizar su colección de cuadros. Y, después, podría volver a su adorada casa de campo de Ballybrack, con su querida tía Emma y sus abejas, el que era su lugar en el mundo.

Alejada de los lujosos salones de baile.

Y bien lejos de duques arrogantes.

Capítulo 1

LONDRES, PRIMAVERA DE 1819

Thea había cometido un error de proporciones excepcionales.

Un error de la talla de un duque alto y de hombros anchos.

Desde la resguardada distancia del papel y la pluma, su coraje había sido indomable.

Había planeado acercarse al duque de Osborne en el primer baile de la temporada, dispersar al séquito de mujeres que revoloteara a su alrededor con una mirada desafiante, y mencionar algo brillante, persuasivo y formal.

Algo parecido a «su excelencia, que esconda los cuadros perdidos de Artemisia en su desván es equiparable a que el general Hutchinson renunciara a la piedra de Rosetta ante el ejército de Napoleón en Egipto».

Bueno, quizá aquello resultara un poquito dramático, pero reflejaría lo que quería decir.

Si tumbaba aquella primera pieza de dominó de marfil, el resto de la información sin duda vendría después. Y antes de que se diera cuenta, estaría de vuelta en Irlanda, por fin libre para ser imperfecta.

Pero aquella primera pieza…

Por supuesto que había observado a Osborne durante sus dos primeras temporadas, cuando él todavía era el marqués de Dalton.

Sin embargo, aquella noche era diferente.

Aquella noche ella necesitaba algo de él.

Y él era enorme. Muy imponente y masculino.

Cualquier señorita podría sentir toda aquella masculinidad desde la otra punta de la gigantesca sala de baile.

Él no caminaba, avanzaba a zancadas. No montaba, galopaba.

Y cuando quería algo, lo tomaba.

No sería sencillo derrocarlo.

Incluso su pañuelo desprendía un aire desafiante de despreocupación que hacía que el resto de los caballeros parecieran estar siendo estrangulados por el lino almidonado mientras él vagaba en libertad.

Sobre ellos, las velas siseaban.

El aroma a almendras dulces del ponche de ratafía desencadenó una marejada de aquel pánico tan familiar en su vientre, y el peso de las perlas que su doncella había cosido por sus rizos recogidos se le clavaba con la promesa de una jaqueca.

—Lady Dorothea, si eres tan amable…

Lady Desmond cerró el abanico de golpe ante el rostro de Thea. Esta parpadeó.

—¿Sí, madre?

—Esta abstracción constante no va a funcionar. Al menos deberías intentar parecer lo suficientemente cambiada. ¿Debo recordarte que es tu última oportunidad de causar una buena impresión?

No tenía ni la más mínima posibilidad. La mente colectiva de la alta sociedad la había etiquetado como la Catastrófica Dorothea. Lo cual resultaba bastante conveniente si una deseaba permanecer como la repudiada del baile mientras viraba para adentrarse en territorio de solteronas.

—¿Me estás prestando atención? —inquirió lady Desmond mientras entrecerraba los ojos azul pálido.

—Sí, madre.

—Dentro de poco voy a dejarte sola para que los caballeros no se vean… disuadidos de pedirte un baile.

Más bien, que no se alejaran aterrorizados.

Thea tenía mala reputación, pero la de su madre era atroz, ya que la mitad de la sociedad sospechaba del engaño que había urdido en un intento nefasto de asegurarse a un duque como yerno. Aunque nadie había podido demostrarlo.

—No olvides tratar de sonreír cuando se acerque un caballero —la instó lady Desmond—. Parece que estés en un funeral.

En cierto modo lo estaba. El último velatorio para los sueños de su madre… y las perspectivas matrimoniales de Thea.

Para azuzar la marcha de su madre, Thea dibujó una sonrisa resplandeciente en su rostro. Si sonreía un poco más, se le partiría la cabeza en dos.

—Y ni se te ocurra emitir ni una risilla esta noche, ¿me has oído? Ni un resoplido.

—Sí, madre. —Hervía de frustración, pero se abstuvo de réplicas cortantes. Necesitaba que su madre se marchara para encontrar una forma de acorralar al duque—. Por supuesto que te oigo. Estás justo a mi lado.

—Bien —respondió lady Desmond—. Y basta ya de contemplar al duque de Osborne. Es de lo más indecoroso.

Thea objetó con culpa:

—No lo estoy observando.

—Estás prácticamente salivando, jovencita. —Lady Desmond dio toquecitos con el abanico contra la palma de su mano—. He de admitir que es una vista exquisita, pero no es nuestro objetivo. En mi opinión, Foxford servirá. —Echó un vistazo a la sala—. Todavía no ha llegado.

Thea reprimió un estremecimiento: Foxford no serviría. Ni en un millón de años.

Había sido sumisa y obediente durante toda su vida. Excepto en aquella ocasión. En la iglesia.

Sin embargo, no tenía la más mínima intención de desposarse con el caballero que su madre eligiera para ella.

En aquel momento, el duque de Osborne reclamó el mismísimo centro de la sala de baile de lady Thistlethwaite, sus largas piernas ancladas al suelo de mármol como si del mástil de un navío se tratara.

Las viudas ataviadas de satén y osados escotes se arremolinaban a su alrededor como olas espumosas; mientras que las debutantes repletas de juventud y optimismo le lanzaban miradas ruborizadas, sus madres urdían planes para engatusar al duque y hacer que olvidara su aversión por el matrimonio.

¿En qué había estado pensando? No podía plantarse ante semejante reputado libertino. Todas las miradas de la sala estaban clavadas en él.

Se tendría que conformar con escribirle otra carta. Sí, eso era exactamente lo que iba a hacer. Una buena carta desde la seguridad de su escritorio.

Veamos…

Querido monumental duque:

Esta velada no he hablado con usted porque…

—Ah, allí está lady Gloucester. —La condesa escudriñó más allá de su estrecha nariz—. Debo escuchar la historia del matrimonio de lady Augusta. Un mero oficial. Pobre como una rata. ¿Te lo puedes creer? Siempre supe que se casaría con alguien de baja alcurnia.

Su madre zarpó en busca de chismes.

Un grupo de jóvenes debutantes decoradas con lazos miraban fijamente a Thea entre risitas y susurros escondidos tras los abanicos de marfil. Podía imaginarse qué estaban mascullando.

«¿La ves? Es la Catastrófica Dorothea. Ha vuelto del exilio.»

«¿De veras? Deja que le eche un vistazo. ¿Por qué la llaman así?»

«¡No me digas que no te has enterado de que le dieron calabazas!»

Thea abrió los puños y contempló una copia de *Perseo y Andrómeda*, de Tiziano, enmarcada en dorado e inundada de gris tormenta y fluido escarlata.

Si tan solo un fiero semidiós apareciera para rescatar a Thea del monstruo marino que era la alta y educada sociedad…

¿Educada? Apenas. No había más que una fina capa de barniz enmascarando los maliciosos cuchicheos y las miradas escudriñadoras.

Ni diez años en Irlanda habrían bastado para que se olvidaran.

Atisbó al duque desapareciendo a través de las puertas de cristal que llevaban a la terraza junto con la señora Renwick agarrada del brazo; sin duda se dirigían a un *tête-à-tête* íntimo.

Aquella era su oportunidad de acercarse al duque con la menor cantidad de miradas ajenas posible. ¿Qué era lo peor que podía ocurrir? Él podía reírse en su cara. Alguien podría ser testigo de su última humillación.

«Ya se han reído antes. Te han puesto toda clase de apodos.»

Los zapatos de baile de Thea taconearon por el mármol estampado de rosa y gris antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea.

La conversación menguaba y fluía a su alrededor.

Mantuvo la cabeza gacha, concentrada en el satén blanco arremolinado.

Cuando fue absolutamente inevitable, cuando pudo ver los talones de los zapatos de gala negros del duque, solo entonces levantó la mirada.

Él le daba la espalda. Se inclinaba para susurrar en la perfecta oreja con forma de concha de la señora Renwick.

«Por todos los cielos.»

Desde el otro lado de la sala de baile él le había parecido bastante más… manejable. De cerca era muchísimo más grande. Monumental. Ciertamente imparable.

No había forma de que aquello funcionara. Pero era demasiado tarde para darse la vuelta.

Sus hombros se encontraban muy por encima de la cabeza de la muchacha, tan anchos y altos como el cadalso de un ejecutor.

—Ejem. —Se aclaró la garganta de una forma de lo más impropia para una dama.

Él no le hizo ni caso.

Ella se estiró y después se estiró un poco más para darle un toquecito en el hombro.

Podría haberse tratado de una mosca revoloteando alrededor de un toro, dado el interés que había generado.

La señora Renwick soltó una risilla y le propinó un golpecito a la solapa de su frac negro con el abanico de seda roja.

—Es usted incorregible. —Escuchó Thea que decía.

Thea se aclaró la garganta todavía más alto en aquella ocasión.

—Su excelencia.

Para humillación de Thea, las palabras emergieron como un chillido agudo.

Él se dio la vuelta.

Por todos los cielos, sí que eran azules sus ojos. Y no un azul grisáceo apagado como los de ella. Era un azul medianoche despiadado, de los que no se andan con rodeos. Su contundente mirada la cautivó por completo. La inmovilizó en el suelo de la terraza.

Unas oleadas de náuseas rompieron en su vientre.

¿Su mandíbula siempre había sido tan prominente, como esculpida? Y aquella hendidura justo en el centro de su mentón… ¿siempre había sido tan pronunciada?

Él enarcó las cejas oscuras.

Las palmas de Thea se humedecieron y se le aceleró el corazón.

—Ah, aquí está, Scheherazade —dijo el duque con un atisbo de sonrisa —. Me preguntaba cuándo cumpliría su amenaza.

«Ni una risilla», escuchó a su madre decir.

Se secó las palmas de las manos en las faldas con disimulo.

—Aquí estoy, su excelencia —afirmó alegremente—. Y ahí está usted. Yo estoy aquí… y usted…, bueno, usted… ahí.

Estaba titubeando. Por supuesto que estaba titubeando. No había hablado ni una sola vez con un caballero sin convertirse en una completa y absoluta boba.

La señora Renwick entrecerró sus ojos violeta.

—¿Qué clase de amenaza?

—Lady Dorothea desea hurgar en uno de mis desvanes. —No sonaba demasiado entusiasmado con la idea.

La señora Renwick cerró el abanico con un chasquido desaprobador.

—¿Y eso para qué?

—Para descubrir cuadros perdidos —contestó el duque.

Thea tragó saliva. Muy bien. Podía hacerlo.

—Nunca fue mi intención fisgonear en sus asuntos, su excelencia —indicó ella con rapidez en un intento de explicarse antes de que los nervios la inutilizaran por completo—. Pero, cuando descubrí la *Venus dormida* en su desván, no podía permanecer en silencio. Las capas de lapislázuli que Artemisia utilizó para crear ese tono de turquesa en concreto debían de haber sido muy caras. Lo más probable es que se creara para un cliente de la realeza y es, sin lugar a dudas, un ejemplo excepcional de…

—Diosas. —Una sonrisa lenta y perezosa tiró de una de las comisuras de los labios sensualmente moldeados del duque—. Soy un admirador de las diosas.

La señora Renwick hizo un mohín. El duque no estaba prestando la suficiente atención a sus atributos celestiales. Volvió a golpearle con el abanico.

—Ay, dice usted cosas de lo más escandalosas, Osborne.

El énfasis que le dio al uso familiar del título del duque tenía la clara intención de advertir a Thea de que no invadiera el territorio de otra mujer.

No tenía de qué preocuparse. Thea no suponía amenaza alguna.

El duque estiró una mano enguantada.

—¿Por qué no me habla acerca de esta Venus mientras bailamos un vals, lady Dorothea?

¿Qué? Ella no había sugerido nada de bailar.

La mirada de la señora Renwick se volvió realmente venenosa.

Y la mano de Thea hizo algo muy extraño. Se colocó sobre la palma del duque.

Porque aquellos ojos medianoche la cautivaban.

Porque aquella sonrisa seductora era un arma formidable y le habían pedido que defendiera a Roma de los visigodos armada solamente con una espada de juguete.

Porque la sensación de su enorme mano acunando la suya era más poderosa que los nervios.

Y entonces, de repente, estaban en la pista de baile.

Él tomó su cintura con los dedos bien extendidos mientras su otra mano seguía envolviendo la de Thea.

Con un leve asentimiento en dirección a la orquesta, los primeros acordes de un vals dieron rienda suelta a su existencia. Él la hizo girar en círculos hasta que abordaron el centro de la pista y el resto de las parejas se convirtieron en borrones en su visión periférica, como estrellas parpadeantes en el cielo de Miguel Ángel.

Era como danzar con un torbellino.

Los violines tocaron apremiantes, pues se vieron forzados a pasar directamente a la *pirouette* para después apresurarse a comenzar el vigoroso *sauteuse* en un intento de estar a la altura del tempo agotador del duque.

Las orquestas cumplieron sus órdenes.

El mundo entero danzaba a su compás. Era irritante en grado sumo.

—No se le puede disuadir fácilmente, ¿no es así, lady Dorothea?

—No puedo… hablar… si me hace girar tan deprisa —jadeó.

Lo cual era cierto, pero también necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos. No había esperado hacer su petición mientras él la sujetaba entre sus fuertes brazos.

Él bajó el ritmo y los violinistas dejaron escapar un suspiro de alivio.

Thea cogió aire. Aún no la había ahogado.

—Sobre los cuadros, su excelencia…

—Sí, cuénteme más. La susodicha Venus. ¿Está…? —Entrecerró los ojos oscuros—. ¿Desnuda?

Thea parpadeó.

—Eh… Va ataviada con ropajes vaporosos.

—Vaporosos. —Su mirada caída bajó hacia el cuerpo de la joven y se posó en su corpiño—. Me agrada lo vaporoso.

Apretó la mano alrededor de la suya y le empujó hacia atrás los hombros hasta que el pecho de la muchacha casi rozaba el suyo. Aquel cuasicontacto hizo que el cuerpo de Thea se estremeciera a conciencia.

Su sonrisa lobuna delataba que conocía exactamente el efecto que tenía en ella.

Bailaba muy bien, con inusitada autoridad. Ella no tenía que preocuparse por hacer nada desastroso. Nunca dejaría que tropezara con sus faldas.

Se estremeció al sentirse como un pez fuera del agua.

Era obvio que el duque quería que supiera que él estaba al mando.

Y todo aquello que habitaba en su interior quería rendirse ante él.

De repente añoró con desesperación la distancia que le proporcionaban las cartas. Deseó tener horas para componer la respuesta inteligente perfecta para sus escandalosas insinuaciones.

Y, sobre todo, deseaba que no la hubiera mirado de aquella forma. Como si fuera la única mujer en el salón.

No debía permitir que la distrajera.

—¿Haría el favor de tomárselo en serio por un instante, su excelencia? Me parece que puede haber un cuadro perdido de gran importancia en su desván.

—Ah, por favor, no tiene por qué preocuparse por el arte. Seamos sinceros, ¿le parece?

—Estoy siendo totalmente sincera. ¿Por qué me habría acercado a usted si no?

—Eso, ¿por qué si no?

El tono sarcástico de la pregunta captó su atención por completo. ¿Qué quería decir con aquello? Y entonces cayó en la cuenta.

«¡Pues claro! Qué necia.»

Pensaba que aquello no era sino otra maniobra matrimonial.

Thea se irguió con desagrado.

—Le aseguro, su excelencia, que hacer que caiga en la trampa del matrimonio es lo último que tengo en mente.

Los cabellos encerados resplandecieron bajo la luz de las velas. Él acercó más la cabeza y le rozó la mejilla con la nariz. Por un frenético instante pensó que iba a besarla, hasta que cambió de rumbo y le rozó la oreja con los labios.

—No me diga —comentó él en un susurro ronco.

—Por descontado. —Ella asintió de forma seria—. Creo sin lugar a dudas que si visitara la mansión Balfry y viera los cuadros usted mismo se daría cuenta de la magnitud de su colección.

Una sombra se alojó en el rostro del hombre y le despojó la luz de sus ojos y la curva de sus labios cual sanguijuela.

—Jamás volveré a visitar Balfry, por lo que ya puede quitarse esa idea de su hermosa cabecita. —¿Pensaba que la cabeza de Thea era hermosa? El calor se apoderó de las mejillas de la muchacha—. Así que está totalmente obsesionada con los antiguos maestros. Me he percatado de que contemplaba aquel Tiziano antes. —El duque levantó la mirada hacia la

pared—. Nunca me pareció demasiado bueno. El monstruo no es lo suficientemente aterrador. Su hocico se parece mucho al de un roedor.

Thea intentó no sonreír.

—No es su mejor trabajo. Pero yo estaba pensando en el coral sobre el que se apoya Andrómeda. Su significado. —Ante la mirada inquisidora de Osborne, ella continuó—: La cabeza decapitada de Medusa todavía tenía la habilidad de petrificar las plantas en coral. Pobre Medusa… Siempre me he sentido un poco mal por ella. Tenía una reputación terrible.

—Convertir a los hombres en piedra no suele concederle una buena reputación a una dama —bromeó él—. Por supuesto, admitir que ha leído a Ovidio podría tener un efecto similar.

—¡Ja! No hay nada de malo en leer a Ovidio.

—No he dicho que lo hubiera. Algunos caballeros encuentran a las damas inteligentes bastante… estimulantes.

La forma en la que le sostuvo la mirada hizo que se calentara desde lo más profundo de su ser y se derritiera como una vela.

El duque le dibujaba círculos con el pulgar en las lumbares.

Por un momento, se olvidó de su misión.

Se olvidó incluso de cualquier otro baile al que hubiera asistido.

La humillación. Los desastres.

Podía tener aquel vals.

Un vals perfecto.

Entre los brazos del hombre más apuesto del salón.

Y entonces fue cuando Thea cometió el segundo error monumental de la velada.

Cerró los ojos… y se dejó llevar por el momento.

Un corderillo con un aspecto de lo más inocente.

Solo que no iba a engatusar a Dalton.

Sabía que había intentado que su mejor amigo James, duque de Harland, cayera en la trampa del matrimonio con su media hermana Charlene como cebo.

Era ciertamente asombroso lo mucho que se parecían lady Dorothea y Charlene, la hija ilegítima de su padre, la muchacha que se había casado con James y lo había transformado de un bruto sin afeitar a un miembro casi respetable del Parlamento, además de un padre y un marido cariñoso.

Gozaban del mismo cutis rosado claro, y del mismo pelo dorado.

Aunque los abundantes rizos de lady Dorothea eran de un tono más cobrizo cuando uno se encontraba lo suficientemente cerca para percatarse de la diferencia. Como mermelada de naranja sobre bollos calientes cubiertos de mantequilla.

Sus ojos eran un poco más azules que grises, aunque igual de enormes sobre el mismo rostro ovalado de barbilla afilada.

Era diminuta; la parte superior de su cabeza no llegaba más que a la barbilla de Dalton. Lo hacía sentir gigantesco y torpe, como si fuera a aplastar los delicados huesos de sus dedos con sus enormes zarpas.

Acarició el fino satén que cubría la suave piel de la muchacha con el pulgar y un intenso rubor se extendió desde su cuello hasta el rostro, donde terminó en dos manchas redondas y rosadas en la parte superior de los pómulos.

No recordaba a su media hermana sonrojada, pero lo que sí reconoció fue aquel rubor de doncella inocente y los rizos ensortijados con mucha maña, como una fachada construida con esmero.

Era obvio que ella y su conspiradora madre habían decidido que Dalton sería el premio de consolación por haber perdido a James.

Todas aquellas cartas sobre los cuadros de su padre… ¿De verdad creía que iba a caer en la trampa?

Estaba confabulando para hacerse con su propio duque y domarlo.

«Ni en sus mejores sueños.»

Jamás danzaba con las doncellas solteras de buena familia porque les daba esperanzas a las madres y él era una causa perdida.

El matrimonio no entraba en sus planes.

Lo que tenía que hacer aquella noche… Había construido su propia fachada con tanto esmero como ella para desviar la atención de su verdadero propósito.

Sin embargo, no podía permitir que la fastidiosa muchacha repudiada del baile lo siguiera por todo Londres y escarbara en su pasado; por lo que, solo por aquella ocasión, había estado dispuesto a hacer una excepción. Se anticiparía al ataque moviendo él la primera ficha.

Bailaría con ella.

La haría popular.

Y entonces se pondría cómodo y disfrutaría de los fuegos artificiales tras haber matado dos pájaros de un tiro.

Ya no dispondría de más tiempo para atormentarlo cuando los pretendientes hicieran cola por ella.

Y la sociedad estaría demasiado ocupada cotilleando acerca del vals y sus consecuencias para preocuparse por su paradero aquella velada.

Ella se acurrucó más cerca de él y los rizos sedosos le hicieron cosquillas en la barbilla.

«Eso es, corderito, mécete en mis brazos.»

Olía a pétalos de rosa silvestre, femenina y sensual. Si le diera un lametón en el cuello tendría un sabor cremoso, como a vainilla de Madagascar.

La muchacha dejó escapar un suspiro breve y entrecortado que navegó directo hacia su ingle.

Oh, era buena. Pero él era aún mejor.

—Nuestro baile está a punto de concluir, única e inigualable lady Dorothea —susurró.

Unas pestañas negras y espesas ondularon sobre los ojos parecidos al mar abierto.

—¿Tan pronto?

—Desafortunadamente, todo lo bueno se acaba.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios dulcemente curvados.

—¿De veras?

—Eso me temo —dijo con la voz grave y una sonrisa provocadora en los labios. Quería que su audiencia se preguntara qué tiernas palabras le susurraba en el oído—. Antes de que termine nuestro vals, quiero dejar una cosa clara, milady.

Sus ojos lo contemplaron atentos. Tensó levemente los hombros de huesos finos.

—Y ¿qué es, su excelencia?

—Se acabaron las visitas a mi propiedad y las excavaciones en mi desván. La tengo calada y sé que no anda buscando antiguas deidades. Lo que le interesa es un duque del presente.

Ella dejó escapar un jadeo.

—No podría estar más equivoca…

—No seré yo —espetó él interrumpiendo de lleno sus protestas—. No seré yo… Pero tendrá donde elegir entre muchos otros solteros cotizados.

—¿Qué… qué quiere decir? —Escudriñó su rostro con algo parecido al pánico en los ojos.

—Mire a nuestro alrededor. Todos nos observan. Es el primer vals de la temporada y la he elegido a usted.

Su mirada se precipitó por el salón.

—No, no. Esto no es lo que yo deseaba.

Negó con la cabeza y los rizos sedosos le rozaron la mandíbula.

La música terminó. Él se apartó.

Ella se rodeó el pecho con los brazos, sus ojos apagados como el cristal translúcido.

Él experimentó cierto reparo, una sensación parecida a la culpa. Sin duda era una actriz de talento.

—Le he proporcionado popularidad. —Hizo una reverencia—. De nada.

Su rostro se sumió en un frío estado de alerta.

—Nada puede hacerme popular, su excelencia. Ni siquiera usted.

—¿Le gustaría que apostáramos, lady Dorothea?

A Dalton se lo conocía por sus exorbitantes apuestas. El divertimento de la instantánea popularidad de lady Dorothea haría las delicias de los libros de apuestas del White's. Entretendría a todos esos nobles holgazanes.

Evitaría que sospecharan que él fuera algo más que un miembro de su tribu: un díscolo con demasiado tiempo libre y afinidad por el escándalo.

Dalton condujo a lady Dorothea de vuelta con su madre, con quien había tenido la desgracia de pasar varios días durante la caza matrimonial de Harland el verano pasado. La condesa era todo lo fría y calculadora que podía ser una persona.

—Se lo prometo, no ando en busca de pretendientes, su excelencia —susurró lady Dorothea con insistencia mientras intentaba ralentizar su avance—. Tan solo quería convencerlo de que me dejara estudiar los cuadros de Artemisia.

Las matronas murmuraban en corrillos, los caballeros daban vueltas alrededor de ellos como tiburones que habían olido la sangre fresca y las jovenzuelas los atravesaban con miradas llenas de celos.

—Esto va a arruinarlo todo. —Apretó su brazo con fuerza—. Esto es… Esto es lo que yo concibo como el infierno. Debe hacer algo para demostrarles que solo estaba jugando conmigo. Dígales a sus amigos que solo bailó conmigo por una apuesta. —Los ojos azul claro de lady Desmond resplandecían por el triunfo—. Su excelencia.

Thea inclinó la cabeza con majestuosidad. Dalton hizo una reverencia imperiosa. Se inclinó hacia lady Dorothea mientras se protegía del seductor y dulce olor a rosas silvestres.

—Bienvenida al infierno —musitó.

Capítulo 2

Las puertas del infierno estaban revestidas de paño verde, y uno siempre se topaba con ellas al final de un pasillo estrecho.

Tras ellas se oía el fúnebre tamborileo sordo de los dados, el chirrido de la madera raspando la lana, los gritos angustiosos y las carcajadas de alegría. El club más exclusivo del país y el más profundo de los infiernos sonaban igual.

En Londres había un sinfín de casas de juego. Algunas quebraban, si bien casi cada noche se abría un nuevo establecimiento en la ciudad. Dalton sabía dónde estaban todos y cada uno de ellos, y su reputación. Era su deber, como también era su deber recordar el nombre de todo aquel (ya fuera aristócrata, sacerdote, juez o pescadero) que buscara la puerta verde y ansiara lo que había tras ella.

Como duque de Osborne, tenía acceso a los clubes privados más exclusivos, donde apostaba toda la fortuna maldita de su difunto padre y recababa información con discreción. Pero aquella noche era invisible. El pelo sin brillo por el hollín; un pañuelo andrajoso que también servía como mascarilla si se cubría la barbilla con él; un abrigo raído.

Había aprendido a caminar encorvado, a pasearse con los andares inseguros de un perro maltratado de cachorro. Si aquella noche pronunciaba palabra alguna, lo haría con el cantarín acento irlandés con el que hablaba su criado Conall.

Dalton y Conall eran un par de merodeadores de dudosa reputación. Acechaban escondidos, entre las sombras de un portal desde el que podían

ver perfectamente el Carmesí, una de las casas de juego de Piccadilly, y desde donde serían capaces de atisbar cómo su objetivo, lord Trent, salía por la puerta antes de que él pudiese verlos a ellos.

Aguardaban en silencio.

Dalton lanzó una fuerte patada al aire frío. El invierno todavía no se había rendido ante la primavera. Conall, a su vez, le dio una patada a la jamba de la puerta.

—Se divirtió en el baile, ¿verdad? —preguntó Conall. Dalton soltó un gruñido evitando la respuesta—. Le vi bailar con aquella joven menudita. No es que fuera muy de su tipo —añadió Conall.

No, no era su tipo. Dalton prefería rodearse de viudas imponentes y sofisticadas, y también de esposas desilusionadas de curvas voluptuosas, hechas para las emociones fuertes en la cama.

Lady Dorothea era pequeña, inocente, y tenía la entrada prohibida a esos menesteres.

—Es la joven que me envió todas esas cartas para hablarme de los cuadros de la mansión Balfry. Es la misma chica que intentó engañar a Harland. Pero ya no me acosará más.

—¿Cómo lo sabe?

—En una estrategia más que ingeniosa, bailé con ella para aumentar su popularidad.

—Una estrategia ingeniosa, ¿eh? —resopló Conall sonriendo—. ¿Está seguro de que su única motivación no era tenerla en brazos?

—Desde luego que no. Fue un plan ingenioso. Ahora lady Dorothea tendrá que quitarse de encima los pretendientes.

Al verla con Dalton, el duque de Foxford le había pedido a Dorothea el siguiente baile. A Dalton se le había revuelto el estómago al ver cómo el viejo lord había tocado a la joven. Foxford estrangulaba con aquellos dedos avariciosos algunos de los locales más deleznables de todo Londres. Casas de juego. Burdeles. Tabernas en las que servían ginebra barata.

Dalton se sintió culpable al recordar la expresión de lady Dorothea al ver a Foxford reclamar su mano. Pudo percibir en el rostro de la joven que sentía verdadero terror por la avalancha de caballeros que se le acercaba.

Ya no era asunto suyo.

Para él, lady Dorothea no era más que una participación en un libro de apuestas.

«El duque de Osborne apuesta quinientas libras a que lady Dorothea Beaumont recibirá diez propuestas de matrimonio en el transcurso de quince días.»

Conall estampó las botas contra la madera podrida en un ruido sordo.

—Así que usted no disfrutó bailando con la muchacha, ¿verdad?

El aroma de las rosas y el recuerdo de los suaves suspiros se adueñaron de la mente de Dalton.

—No, en absoluto —mintió—. No fue más que una estrategia de distracción.

—Ya. —Era realmente admirable la capacidad de Conall para transmitir tal magnitud de incredulidad e ironía con una palabra tan corta—. En mis tiempos, yo me guardaba mis bailes para una única chica. Aunque usted no me lo haya preguntado nunca.

Dalton jamás había escuchado que Conall mencionara su pasado en todos los años que llevaba trabajando para él. Y Dalton no había querido meterse donde no lo llamaban. Se había imaginado que debía de haber una razón para que aquel hombre, mayor que él, nunca hablara de Irlanda o de la familia que allí tenía.

Conall era… Conall. Siempre presente, como la lluvia y el viento. El hombre que su padre contrató para protegerlo cuando era un niño; aun así, con el tiempo, cuando se hizo evidente que Dalton no necesitaba protección de ningún tipo, se convirtió en su único criado, la única persona en la que el duque de Osborne confiaba.

—Sus ojos eran del color del campo recién arado, se llamaba Bronagh. Hacía que un hombre se plantease una vida como un humilde granjero. Pero me topé con un pequeño inconveniente: era la prometida de Seamus, mi hermano mayor. —El hombre lanzó un escupitajo—. Ni la marea pudo con aquel maldito desgraciado.

En la penumbra, Dalton no podía ver bien el rostro de Conall, pero sí pudo oír una especie de inusitada llantina.

—¿Por eso aceptaste la oferta de mi padre y te marchaste de Irlanda?

—Debía irme o habría acabado matando a mi propio hermano. Y después en el patíbulo Bronagh se habría quedado completamente sola. —Tras sus palabras, Conall se sumió en un silencio durante un par de minutos. Dalton esperó; se le daba bien esperar. El silencio hacía que la gente hablara. El propio Conall le había enseñado ese truco—. Nunca tuve la oportunidad de despedirme de Bronagh y de sus ojos pardos. —Conall apoyó la espalda contra el muro contiguo, y se quedó mirando el Carmesí, al otro lado de la calle—. Me han contado que Seamus falleció hace un año —murmuró.

—Deberías volver a Irlanda y hacerle una visita a aquella dama. —Dalton tuvo sumo cuidado de no mostrar ninguna emoción en sus palabras. Era consciente de que no haría más que incomodar a Conall.

—No, no —respondió este acariciándose la larga barba pelirroja llena de canas—. Bronagh no querrá verme, han pasado muchísimos años. Cree que la abandoné. Y míreme: tengo canas y un poco de barriga —añadió bufando—. Ya no soy el apuesto diablillo que la dejó una tarde de verano hace casi veinte años.

Aquella quizá fuese la compilación de frases más larga que Dalton hubiese escuchado de boca de Conall. El hombre era dado a las obscenidades lacónicas, no a las confesiones.

—He conocido a hombres más atractivos, desde luego.

—Bueno, usted tampoco se hará más joven con el tiempo.

—Sabes que no me casaré jamás.

La amenaza de que alguien descubriera su identidad oculta seguía ahí. Y, si algún día ocurría, su esposa sería un objetivo. Se pasó una mano por el pelo. Tenía preocupaciones mucho más serias en mente que el matrimonio.

Dos jóvenes petimetres se paseaban por la calle, ebrios e inconscientes del peligro que corrían. Cualquiera podría vaciarles los bolsillos en las calles de Piccadilly o en el interior de una casa de juego. Pero, aquella noche, Dalton no podía acercarles la navaja de acero al cuello y advertirles de que, si arruinaban a sus familias, no solo tendrían que responder ante Dios, también ante él.

Perdieron al par de jóvenes de vista cuando dieron la vuelta a la esquina, justo donde el carruaje de Trent aguardaba al caballero. No estaba muy lejos, pero desde allí el cochero no podía ver la entrada a la casa de juego; estaba hecho un ovillo tapado con un gabán de lana, sumido en un sueño profundo.

Dalton visitaba muchas noches las casas de juego para evitar que los hombres que allí acudían cometiesen errores que pudieran destrozar a sus familias.

Las casas de juego y los dueños de estas lo odiaban por ello; ansiaban desenmascararlo y publicaban cientos de falacias sobre él en la prensa. Los juntaletras de los periódicos a un penique y de la calle Grub, famosa por su sociedad bohemia y muy relacionada con la literatura y el periodismo, lo habían apodado el Cerbero. Escribían descabelladas historias sobre un pillo irlandés que había llegado a Londres para vengarse de los miembros de la aristocracia londinense, quienes le habían robado sus tierras en Irlanda.

Al menos la prensa había acertado en algo. Dalton sí buscaba venganza y exigía justicia. Quería vengarse del hombre que había asesinado a su hermano pequeño, Alec. Y buscaba justicia para las indefensas víctimas de los hipócritas y desalmados que dirigían el mundo de las apuestas.

Hombres despiadados, obsesionados con el dinero. Hombres como su propio padre, que había tenido la participación mayoritaria de una casa de juego muy selecto. Su padre y sus socios habían arruinado un sinfín de vidas, habían robado herencias, y sus actos habían roto familias enteras al dejarlas en la ruina, todo por su hambre insaciable de poder y riqueza.

Alec había muerto como castigo por los pecados de su padre. Lo habían empujado por uno de los acantilados de Irlanda y había encontrado la muerte en el océano después de que Dalton lo dejara allí durante apenas cinco minutos, cuando este tenía diez años y Alec cinco.

Su madre había quedado devastada tras la muerte del que era su hijo favorito. De su Alec, tan irlandés, quien había heredado su melena castaña rojiza y sus ojos verdes, mientras que Dalton lucía el pelo color bronce y los ojos azules oscuros de su abominable marido.

Dalton siempre creyó que la muerte de su hermano pequeño no había sido más que un trágico accidente, pero todo cambió al cumplir los dieciocho. Creía que Alec se había tropezado y se había caído por el acantilado. En Cambridge, Dalton había sido un poeta infeliz al que atormentaba la imagen de los dedos de su hermano escurriéndose de su mano al alejarse de él.

«Vuelve a casa, Alec, no me sigas.»

Un recuerdo que ahogaba con vino barato y unos pareados con una rima pésima. Sin embargo, su padre acabó con todo aquello al espetarle el oscuro secreto familiar una noche en la que su progenitor se tambaleaba por culpa del alcohol.

«Tu hermano no se cayó a la bahía, así que ya puedes dejar de escribir esa basura sentimentalista. Alguien lo empujó para hacerme daño.»

Unas palabras mal pronunciadas por los efectos de la bebida, pero cuyo significado se pudo percibir con la misma claridad con la que suena el tañido de las campanas en un funeral. Tras lo dicho, el viejo duque le lanzó a Dalton una lista con los nombres de todos y cada uno de los crueles y

depravados hombres a los que les había robado su dinero, había engañado o había traicionado.

Muchísimos nombres.

Lord Douglas Trent.

Un nombre rodeado dos veces.

—Este Trent se está tomando su tiempo —susurró Conall—. A estas horas me encantaría estar en la cama, bien tapado con la manta.

—Ahora no te irás a hacer el cobarde conmigo, ¿no?

—Me estoy haciendo muy mayor para estas cosas —dijo el criado con un profundo suspiro.

Dalton nunca le había oído algo semejante.

—Conall, Burns es el último nombre que queda en la lista. Si Trent no nos dice dónde podemos encontrarlo, no sabré por dónde seguir buscando.

La ira le bullía en el pecho. Diez años. Diez asquerosos años llevaba buscando al asesino, tachando nombres de la lista, y no había avanzado nada en su búsqueda.

Trent había logrado eludir a Dalton durante esos años, pues nunca se quedaba en una ciudad el tiempo suficiente para dejar un rastro que seguir. Hacía mucho tiempo que Dalton había descartado la posibilidad de que Trent fuese el asesino de su hermano… pero era la única persona que quizá conociese la identidad del último nombre de la lista: Daniel Burns.

Aunque Dalton llevaba años tras él, todavía no había dado con aquel Burns, que podría haber sido uno de los socios de su padre.

—Quizá el asesino no esté en la lista que le dio su padre —aventuró Conall—. Solo tendremos que enfocarlo desde otro punto de vista, nada más.

Entonces la puerta del Carmesí se abrió y Conall se resguardó en la oscuridad. Dalton reaccionó con una fluidez ensayada, alcanzó a Trent con un par de zancadas y lo cogió por el cuello de la camisa. El barón luchó por zafarse del agarre, pero Dalton le pellizcó el puente de la nariz para evitar la

entrada de aire y lo arrastró con él hasta el callejón que había justo detrás del club.

Conall vigilaba en la entrada del callejón para asegurarse de que nadie molestara a Dalton. Cuando el duque consideró que el silencio y la oscuridad eran los apropiados, empujó a Trent contra la pared, quien quedó de cara al ladrillo; después, le retorció el brazo sobre la espalda y le acercó una navaja a la nuca.

—¿Quién es Daniel Burns? —preguntó sin preámbulos con el cerrado acento irlandés que Conall le había enseñado.

Primero Dalton le sonsacaría toda la información posible y, después, decidiría qué harían con él. A veces les vaciaba los bolsillos, llenos de las ganancias de la noche, y le devolvía el dinero a la familia del alma desesperada que lo había perdido en las apuestas.

—¿Quién pregunta? —contestó Trent.

El barón se retorció en un intento por librarse del agarre de Dalton, pero este se lo impidió sin complicación.

—No es de tu incumbencia. Dime quién es Burns o te corto el pescuezo. Y lo haré despacio.

—Hay un montón de hombres que se apellidan Burns —espetó Trent. Dalton apretó la hoja de la navaja con un poco más de fuerza, y junto a la punta brotó una gota de sangre—. Vale, tranquilo —dijo Trent intentando calmarlo—. Conocía a un tal Daniel Burns. Era el portero de un burdel de la calle Cheapside. Lleva cinco años enterrado bajo tierra. Una de las atractivas chicas del local le disparó con su propia arma. La chica se llamaba Tentación. Todo un caramelito, esa furcia.

Con los años, Dalton había aprendido a reconocer las señales que delataban que un hombre le estaba mintiendo a la cara. Las palabras de Trent sonaban ciertas, con todos aquellos detalles. ¿Portero? Con razón Dalton no había dado con él. Había estado buscando a un hombre poderoso y adinerado.

La desolación y el frío se adueñaron de su mente. Era el último nombre de la lista de su padre. Y se había topado con otro callejón sin salida.

Dalton consiguió esquivar la poderosa y repentina maniobra de Trent solo gracias a los años de entrenamiento que llevaba a sus espaldas. Gracias a las horas que había pasado practicando el mismo movimiento, una y otra vez: manos arriba, cabeza abajo.

El codo del barón chocó con la muñeca de Dalton, y la navaja de este cayó estrepitosamente sobre los adoquines.

Un instante de calor. Humedad en la mejilla.

La luz de la luna se reflejó en una superficie de metal. Trent llevaba una navaja.

Y Dalton tenía un corte en la mejilla.

—Así te reconoceré la próxima vez que nos veamos, Cerbero —espetó Trent retrocediendo.

Dalton adoptó una postura defensiva y arremetió contra él, mientras atacaba a su contrincante con un fuerte derechazo.

Trent se hundió con todo su cuerpo, y se golpeó la cabeza con los adoquines de la calle. Dalton se pegó a la pared tambaleándose, con la respiración agitada, temblando y herido. No había subestimado tanto a un enemigo desde su época de novato, cuando aprendió las reglas del combate.

—Seguro que le quedará una cicatriz —gruñó Conall cuando Dalton y él estaban ya a buen resguardo, lejos del callejón y de camino a casa.

—Me habría desangrado allí mismo en la calle si no me hubiese apartado. Iba directo a la yugular.

Conall cerró las enormes manos, que se convirtieron en puños.

—Debería haberle acompañado.

—Esta es mi guerra.

—Y a mí me contrataron para protegerle.

—Eso espero, porque la verdad es que eres una vergüenza como ayuda de cámara.

—Consentido desagradecido —soltó Conall con una risa sofocada.

Dalton sonrió y se estremeció cuando el dolor le atravesó la mandíbula. Era uno de sus pequeños rituales: las bromas macabras que evitaban que el duque de Osborne perdiese la cabeza.

Se fundieron en la oscuridad; ambos sabían bien qué callejuelas debían evitar. De vez en cuando cambiaban de rumbo. Así su ruta era imprevisible.

Bestias entre bestias.

Caminaban encorvados y se limitaban a los rincones oscuros.

Mientras regresaban a casa, los pensamientos de Dalton se centraron en lady Dorothea, dormida en sus aposentos. Al día siguiente, los periódicos de la ciudad la coronarían como la «incomparable» de la temporada, una mariposa a la que obligaban a salir de su crisálida de papel pintado.

Le había hecho un favor.

Había multiplicado sus posibilidades.

Se merecía a alguien mucho mejor que los hombres como él.

Su sedosa melena del color de la caléndula no era para él.

El fresco aroma dulce de las rosas.

Él, el frío que rugía y atacaba como un lobo acorralado. Unas puertas enormes que llevaban a salas sumidas en la oscuridad, el ambiente cargado con alientos malolientes, manchas de ginebra en el suelo, tan lúgubres como el estómago de una ballena.

Un error de cálculo y la navaja daba en el blanco.

«Vuelves a casa arrastrándote, como un perro callejero. Usa las escaleras de atrás. E intenta no manchar la alfombra de sangre.»

El destino había dejado una cosa bien clara: ya fuese poco a poco, o con un golpe directo y seco, el amor moría.

Los hermanos se ahogaban. Las madres se consumían y se convertían en fantasmas.

Y unos tiernos ojos azules grisáceos no podrían aplacar el dolor más de lo que lo haría una botella de brandy.

Capítulo 3

«Nada puede hacerme popular, su excelencia. Ni siquiera usted.»

«¿Le gustaría que apostáramos, lady Dorothea?»

Thea habría perdido la apuesta. Era la mañana después del baile y la casa de los Desmond estaba repleta de flores.

Enormes ramos de rosas de invernadero. Rosas, blancas, amarillas. Se apelotonaban por todas las superficies, se jactaban con entusiasmo de que, tras cuatro temporadas, se había convertido en un éxito de la noche a la mañana.

Y todo debido a un vals con un duque arrogante y manipulador.

Había jugado con ella como un león se burlaba de un cordero, le había reorganizado la vida acorde con sus caprichos. Y ella, criatura irresoluta, había sucumbido a su caricia aterciopelada, había hecho caso omiso a las fauces afiladas como cuchillas que esperaban a hacer trizas sus planes.

Ojalá hubiera montado una escenita… Ojalá hubiera tropezado con sus faldas. Ojalá le hubiera pisado los dedos de los pies. Ojalá hubiera hecho cualquier cosa desastrosa, tal como tenía por costumbre.

Lo que vino después del vals fue una pesadilla.

El brillo avaricioso en los ojos del anciano duque de Foxford cuando le había pedido un baile hizo que se le erizara la piel por el presagio.

Ser un fracaso tenía sus ventajas, y una de ellas era que los hombres nunca te observaban de tal manera. Como si estuvieras expuesta en un escaparate y ellos decidieran si comprarte o no.

«Los guantes o la chica.»

Ella no estaba a la venta.

Aquel anciano lord ni siquiera le había dado la oportunidad de poner reparos, la había puesto en fila tan deprisa que había tenido que trotar para seguirle el ritmo. Lo único que permitió que la arrastrara con él fue la marea implacable de veinte años de buena educación.

—¿Dónde pongo esto, milady?

Debía de haber un lacayo en alguna parte de la entrada. Thea podía oírlo, pero no podía verlo por todas aquellas malditas flores.

«Una dama nunca dice improperios. Jamás. Ni siquiera un "maldita sea". Ni un "mecachis". Y mucho menos un "diantre". O un "maldición".»

¡Al cuerno con todo! Ya no quería ser una dama. Y tampoco quería aquellas muestras de intento de compra.

—No las pongas en ninguna parte, John —ordenó—. No pienso aceptarlas.

Un rostro espantado y juvenil con las oscuras cejas enarcadas emergió de detrás de un enorme ramo de rosas amarillas.

—¿Cómo ha dicho, milady?

Thea movió la mano en el aire.

—Que te las lleves todas.

No quería las rosas y no quería el éxito. En realidad, deberían haber enviado las rosas al duque y no a ella, pues su repentina popularidad se debía totalmente a él.

Se le había ocurrido una idea.

—John, quiero que hagas que envíen cada uno de estos arreglos florales a la residencia del duque de Osborne. Según tengo entendido, sigue viviendo en su piso de soltero y no en su palacio.

¡Ja! Así se arrepentiría por hacerla popular. A ver si le agradaba que convirtieran su casa en un mercado de flores.

—Disculpe, milady, pero ¿ha dicho el duque de Osborne?

En la voz de John se distinguía la admiración que todos los jóvenes reservaban para sus héroes masculinos.

—Así es. Esas rosas iban dirigidas a él, no a mí.

—¿Está segura de eso, milady?

—Claro. Venga, no quiero que quede ni un solo pétalo.

—Como desee, milady.

John levantó las rosas amarillas.

—¡Espera! —gritó Thea—. Espera un momento. Vuelvo enseguida con una nota.

Le arrebató un papel color crema de bordes dorados a uno de los arreglos florales.

A medida que se apresuraba hacia sus aposentos, el sonido de una discusión que emergía del salón interrumpió su camino.

—¡Foxford!

—¡Marwood!

—He dicho que Foxford. Tiene tres castillos. —Thea reconoció el tono nada melodioso de la condesa viuda y se le cayó el alma a los pies. Aquello no presagiaba nada bueno.

Si su abuela se encontraba allí, la situación era sin duda desesperada. La viuda tan solo los visitaba en momentos de gran agitación.

Como cuando Andrew, su hermano mayor, apostó casi la totalidad de su parte de la herencia, pero se salvó de la ruina en el último momento debido a un aleccionador encuentro con el misterioso Cerbero del que tanto hablaba la prensa.

Cuando Thea echó a perder la oportunidad de casarse con el duque de Harland al confesarle la verdad durante la ceremonia.

O aquel día.

Porque Thea había conseguido lo impensable. Por fin, ¡por fin!, había remontado.

Y era su peor pesadilla.

Había contado con ser un fracaso. Una temporada mediocre más, una huida discreta de vuelta a Irlanda y, después, la bendita y maravillosa libertad.

El duque lo había arruinado todo. Dios le librara de sus sonrisas seductoras.

Thea echó un vistazo dentro del salón. Justo como pensaba. Se trataba de un consejo de guerra en el que la viuda se enfrentaba a su nuera, la condesa. Los nombres de los posibles maridos oscilaban de un frente a otro como cañonazos en Waterloo.

No les importaba lo más mínimo que Thea no estuviese allí para expresar su opinión.

Siempre había sido igual con su familia y con la sociedad. Todo el mundo se movía con una precisión coreografiada y ensayada, recitaba su papel a la perfección; mientras tanto, Thea se quedaba observando desde detrás del telón, ignorada, sin que nadie la tuviera en cuenta.

La viuda vestía de elegante merino negro sin un ápice de color, se había repeinado su pelo oscuro para que no se le posara sobre la frente y lo cubría con un turbante negro coronado por unas oscilantes plumas de avestruz del mismo color.

La flanqueaba su hija Henrietta, también conocida como Hen, la tía solterona de Thea y la hermana más joven del conde.

El padre de Thea, el conde de Desmond, estaba sentado en una silla junto a la ventana con la parte superior del cuerpo totalmente escondida tras un ejemplar del *London Times*.

—Foxford —insistió la viuda—. Es el mejor partido.

La madre de Thea negó con la cabeza.

—Tiene casi setenta años. Le quedan menos de una docena de dientes.

—¿Quién necesita dientes si tiene tres castillos?

La tía Hen se percató de que Thea estaba en el umbral de la puerta.

—Ah, hola, querida.

La saludó y el lazo de su capota de encaje blanco se meneó contra su papada.

Thea entró a la habitación a regañadientes.

—¿Con quién preferirías casarte, cielo mío? —Los amables ojos de la tía Hen se arrugaron cuando sonrió—. ¿El duque de Foxford o el marqués de Marwood?

—Con ninguno —contestó Thea.

—Desmond —jadeó la condesa viuda—, por favor, déjale bien claro a tu hija que se desposará con quien nosotros escojamos. —Desde detrás del periódico no se oyó nada más que silencio—. ¡Desmond!

El papel crujió y descendió unos cuantos centímetros.

—Eh, ¿qué decía, madre?

—Dile a tu hija que se equivoca.

—Lady Dorothea, tu abuela siempre tiene razón.

Desmond volvió a abrir el periódico. Y eso era lo que Thea siempre recibía de su padre: un rechazo informal.

—Gracias. —La viuda frunció los finos labios—. Entonces… volvamos al tema que hoy nos ocupa.

—Aún es pronto —interrumpió Thea—. La mayoría de las otras damas siguen en sus residencias de campo. No soy más que la novedad del momento.

Una siempre podía tener esperanza.

—¡Qué disparate! El duque de Osborne te seleccionó para el primer vals de la temporada. Te has coronado como un éxito rotundo. Nada podrá destronarte. —La viuda entrecerró los ojos—. ¿Me has entendido? Nada.

—Debemos otorgarle algo de crédito —comentó lady Desmond con una voz inusualmente dulce—. Ella fue la que consiguió el baile con el muchacho Osborne.

—Una de las únicas cosas inteligentes que ha hecho en su vida —masculló la viuda.

—Disculpe —profirió Thea—. Estoy aquí delante, ¿sabe? Puedo decidir por mí misma.

—Por descontado que no. —Su abuela frunció el ceño con desaprobación—. Que decidieras por ti misma fue lo que hizo que Harland huyera. ¿O acaso se te había olvidado?

Lady Desmond se tensó en el borde de su asiento. No le agradaba que se mencionara el nombre del duque de Harland en su presencia. Todavía le dolía sobremanera el hecho de que Thea hubiera estado muy cerca, demasiado cerca, de casarse con un duque y que hubiera echado a perder la oportunidad.

—Esperad un momentito. —La tía Hen ladeó la cabeza—. ¿Me estáis diciendo que nuestra pequeña Thea bailó con Osborne? ¿Ese Osborne? ¿El de los ojos de un azul profundo y la barbilla con hoyuelo? ¿El de los millares de corazones rotos y abrigos impecablemente entallados?

«Y hombros de vikingo. Y manos que proporcionan pícaras caricias.»

—Nada de eso viene al caso. —Los orificios nasales de la viuda aletearon por la irritación—. Osborne no es la oportunidad, es el mero catalizador. Él no tiene prisa alguna por contraer matrimonio, ya lo ha dejado claro en incontables ocasiones. Está fuera del alcance de lady Dorothea, dada su reputación mancillada. Quién sabe por qué ha bailado con ella. Pero el caso es que lo ha hecho. Y tenemos que aprovecharnos de esta oportunidad sin más tardar.

—Una pena. —La tía Hen jadeó, lo cual hizo que su lazo de encaje volviera a agitarse—. Los duques apuestos son criaturas de lo más insólitas. Imagino que son algo parecido a los leopardos plateados de las nieves. —Contempló más allá de la ventana con aire soñador—. Agazapados en las cimas de montañas remotas para provocar a los cazadores y después fundirse con la maleza.

—Céntrate, Henrietta —amonestó la viuda.

—Sí, madre. —La tía Hen entrelazó sumisa las manos sobre su regazo, pero le envió a Thea un guiñito para apoyarla.

—Como estaba diciendo —continuó la viuda—, Osborne no es nuestra oportunidad. Sin embargo, Foxford sería un partido espléndido.

—Sé que quiere que consiga un matrimonio provechoso, abuela —dijo Thea esforzándose por mantener una voz monótona y calmada—. No obstante, tengo serias dudas de que eso vaya a ocurrir.

—Mi intención es asegurarme personalmente de que consigas un marido brillante, mi niñita. Y con ese propósito, vas a venir a vivir conmigo.

—¿Disculpe? —Thea y su madre gritaron en unísono.

—Henrietta, el programa, si eres tan amable.

La tía Hen se sobresaltó.

—Sé que está por alguna parte, madre. Pero, bueno, ¿dónde habré metido el programa? —masculló mientras hurgaba en su bolso—. Ah, ¡aquí está! —Sostenía un folio arrugado—. Ay, cielos, parece ser que ha perdido una batalla contra un macarrón. —Contempló a su madre con aire de culpabilidad.

—Cielo santo, Henrietta —farfulló la viuda.

—Aquí tienes, querida.

La tía Hen le entregó el papel a su sobrina.

—Desayuno a las seis y media —leyó Thea en voz alta—. Lecciones de conducta de siete a ocho. Modista de…

—Como bien verás, cada segundo de tu día está planeado. No habrá tiempo para desastres —espetó la viuda con brío—. Cuando levantes una cuchara, allí estaré yo para guiarla hasta tu boca. Cuando aparezcas en público, yo estaré a tu lado. Y cuando recibas una petición de Foxford, que la recibirás, estaré allí para ser testigo de la victoria y asegurarme de que la ceremonia llegue a su fin.

Thea negó con la cabeza con desesperación.

—Ya no tengo diecisiete años, abuela. Puedo ocuparme de mis propios asuntos. Y si me concede la oportunidad de hablar…

—Ya me he decidido. Y como tu padre tan astutamente ha afirmado, siempre tengo razón. Haz el equipaje, lady Dorothea. Leach vendrá a recogerte mañana a mediodía.

—De veras que yo…

La viuda alzó la voz para poner fin a las objeciones de Thea y se levantó de su asiento:

—Nada de reproches. Ya está acordado.

Lord Desmond se levantó de golpe y por fin hizo a un lado su periódico.

—¿Ya se marcha, madre?

—¡Ja! ¿Y por qué iba a quedarme? Todavía no me han servido ni una taza de té como Dios manda en esta casa.

Lady Desmond se estremeció, pero no pronunció ni una palabra; se limitó a seguir a su suegra y a su marido fuera de la estancia con los hombros tan erguidos como siempre.

La tía Hen se dio la vuelta antes de alcanzar la puerta.

—Ah, casi se me olvida, cielito. —Agarró un paquete de una mesilla—. No pudimos celebrar tu cumpleaños mientras estabas en Irlanda. Aquí tienes.

Thea aceptó el regalo.

—Muy amable por tu parte —dijo sin entusiasmo mientras se devanaba los sesos con el inesperado giro de los acontecimientos.

No podía irse a vivir con su abuela.

—Espero que sean de tu agrado, cielito. Mi intención era enviártelas a Irlanda para que pudieras pasear por los pantanos, pero parece ser que se me olvidó.

—Estoy segura de que sea lo que sea me encantará.

—No estés así de alicaída, querida mía. Tampoco es que la situación sea tan desoladora. —La tía Hen le acunó la barbilla—. Estoy segura de que a

Foxford no le queda mucho en esta tierra. —Se acercó todavía más con los ojos resplandecientes—. Podríamos elaborar un té arsénico —susurró—. He leído acerca del tema en una novela. Así me gusta, eso está mucho mejor. Quería ver esa sonrisa antes de irme.

—¡Henrietta! —Se escuchó que llamaba una voz severa desde la entrada.

A la tía Hen le temblaron las manos.

—Debo marcharme. Por favor, no estés triste, querida. Solo queremos lo mejor para ti.

Thea agarró la mano de su tía.

—¿Te sientes… te sientes sola? ¿Desearías haberte casado?

—Cielos, una pregunta de lo más peculiar, querida. —La tía Hen parpadeó—. La verdad es que nunca me lo planteo. Verás, nunca he sido una belleza como tú.

Thea apretó los puños.

—No voy a casarme con Foxford. Ni con Marwood.

—¡Henrietta! No pienso esperar ni un segundo más —dijo en voz alta la viuda, porque las condesas jamás gritaban.

La tía Hen plantó un beso en el centro de la frente de Thea y se apresuró a salir.

Thea se hundió en una silla y desenvolvió el paquete.

El cuero de color rojo rubí la saludó. Sacó un par de botas de media caña que se ataban con un desenfadado cordel negro.

Flexible a la par que robusto, el cuero de buena calidad brillaba bajo la luz matutina.

Thea levantó la vista hacia el paisaje de Gainsborough que colgaba en la pared del salón y en el que se atisbaba un camino curvo y tentador que conducía a un denso bosque de árboles retorcidos.

Aquellas botas eran para caminar. Para deambular por campos y bosques.

No servían para quedarse en casa, seguir las normas y esperar a aceptar la pedida de mano de un hombre al que detestaba.

No pensaba casarse con Foxford ni con Marwood, ni con ningún otro charlatán presumido que la exhibiera en una estantería como un adorno mudo.

Estaba completa y totalmente harta de ser un peón en los juegos de otras personas.

Si una dama podía convertirse en un éxito de la noche a la mañana, también podía convertirse en un repentino fracaso con la misma facilidad.

El duque de Osborne le había impuesto aquella popularidad muy a su pesar y se iba a tener que encargar de ponerle remedio a la situación.

Se apresuró a subir las escaleras para escribir la nota que iba a enviar junto con las flores.

Primero, llegaría la nota.

Y después la seguiría Thea.

Pezones rosados y respingones como fresillas sobre tartas de merengue.

Rizos dorados desparramados sobre terciopelo turquesa.

Un rostro ovalado con un mentón afilado.

Un cupido rechoncho revoloteando por los aires con plumas oscilantes de pavo real.

Había sido un día duro en el monte Olimpo. Dalton había estado haciendo… tareas divinas. Ahora había vuelto a casa y la Venus le esperaba con los brazos abiertos y un dulce aroma a rosas especiadas.

De hecho, desprendía un aroma muy fuerte a rosas.

Un olor que no le resultaba para nada de ensueño…

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué demonios…?

Se levantó de golpe. Sus aposentos estaban cubiertos de rosas.

Ramos enormes de rosas pretenciosas y, sin duda, demasiado alegres. Se frotó los ojos. ¿Qué diantres estaba ocurriendo?

Conall irrumpió en la estancia cargado con aún más ramos de rosas mientras silbaba una alegre melodía irlandesa.

—Mire. Otro ramo. No paran de llegar —cacareó jocoso.

Dalton lo contempló.

Le dolía la cabeza. Eso se debía al brandy.

Le dolía la mandíbula. Eso era detalle de Trent.

Maldición, ¿qué hora era? Entrecerró los ojos debido a los rayos de sol despreocupados que se habían colado entre sus cortinas sin haber recibido invitación alguna.

—¿Por qué está mi alcoba repleta de flores?

—Pero, bueno, ¿acaso hace falta preguntar? —Conall sonrió y depositó el arreglo floral en el aparador—. Es obvio que tiene una admiradora.

Según parecía, la noche anterior se había dado demasiado a la bebida y todavía se encontraba en un ebrio estupor. Aquello no podía estar sucediendo.

Conall se llevó las manos al pecho, cerca de donde latía su quejica corazón.

—Por fin ha llegado el día. El día en que esa jovenzuela especial le hace saber sus intenciones —suspiró—. Llevo esperando una eternidad.

—Ya basta, Conall —gruñó Dalton—. No estoy de humor.

Por supuesto, Conall lo ignoró, como siempre hacía.

—Ah, su pretendienta es de lo más audaz. Sabe que para llegar al corazón de un duque hay que allanar el camino con miles de rosas. —Arrancó una enorme flor amarilla y se la lanzó a Dalton.

Este cazó la rosa en el aire e hizo ademán de volver a lanzarla.

—Maldición —masculló entre los dientes apretados cuando el hombro que utilizaba para lanzar se negó a cooperar. Le daba unas punzadas de mil

demonios—. Tú dime quién ha enviado todo esto —gruñó—. Para que pueda asesinarlo.

Conall sacó una tarjeta del costado de una cesta.

—Las rosas son rojas. El cielo es azul —leyó—. Los labios de Dorothea son igual de rojos. Y sus ojos de un intenso azul.

«¿Lady Dorothea?»

Debería haber supuesto que tenía algo que ver con todo aquello.

—Dame eso.

Conall le entregó la tarjeta.

—Puede que quiera leer el otro lado.

En la parte trasera de la tarjeta, garabateado en una letra que conocía muy bien, había escrito:

> Las rosas son rojas.
> El cielo es azul.
> No deseo ser popular.
> Así que voy a por usted.

Dalton dejó escapar un quejido.

Aquello no rimaba.

Pero era cierto que nada acerca de aquella dama tenía sentido.

¿Por qué estaba así de furiosa?

Dalton dejó caer la nota y salió de la cama de un salto.

—La muchachita tendría que estar dándome las gracias.

Conall se encogió de hombros.

—Quizá no quería convertirse en una sensación de la noche a la mañana.

—¿Qué clase de dama no lo desea? —Fue con paso airado hasta el lavabo y se mojó la cara con agua—. Es desconcertante. Está totalmente desquiciada. Es hermosa… pero una desquiciada.

—Tiene que estarlo para haberle enviado rosas justo a usted.

—Muy gracioso. —Ladeó la cabeza para examinarse la mandíbula en el espejo. El corte irregular empezaba bajo la oreja derecha y terminaba en el

mentón. El dolor le atravesó el hombro y se le clavó en la cabeza. Intentó volver a mover el hombro derecho y profirió un quejido.

—¿La vieja lesión? —preguntó Conall volviendo a sus cabales.

—Ha empeorado. —Dalton apretó la mandíbula—. Necesito otra sesión con Olofsson. La última vez hizo maravillas.

—La mandaré buscar, entonces. —Conall hizo un gesto con la barba desaliñada hacia las rosas—. Y ¿qué hago con todo esto?

—No lo sé. Por mí como si te bañas en ellas. Me marcho a mi visita semanal a la mansión Osborne.

—¿Y si la dama en carne y hueso llama a la puerta? —se burló Conall —. Recuerde que dijo que vendría a por usted.

Dalton agarró la botella de brandy.

—Si la mismísima repudiada del demonio aparece en mi puerta, envíala de vuelta al infierno del que se ha escapado.

Capítulo 4

—Buenas tardes, madre. —Dalton le dio a su madre, Abigail, la duquesa viuda de Osborne, un beso apresurado en la mejilla y se sentó a su lado en la elegante sala de estar con paredes de color pastel.

Abigail le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, pero en realidad los ojos verde claro de su madre no lo vieron. La mujer ni siquiera se percató del profundo verdugón que le recorría la mandíbula inflamada; continuó acariciando el costado del peludo gato persa color melocotón que descansaba en su regazo.

Dalton se había planteado la posibilidad de quedarse en casa, pero cuando estaba en Londres visitaba a su madre en el palacio Osborne todos los sábados por la tarde. El hombre sabía que confiaba en sus visitas para ponerla al día de las novedades de la alta sociedad británica.

Se podía llegar a la casa familiar de la ciudad dando un breve paseo por unas callecitas amparadas por la sombra.

—Anoche asistí a un baile —dijo Dalton, quien se encontraba muy a disgusto en aquella habitación llena de encaje, preocupado además por si las delicadas patas talladas del sillón se quebraban bajo su peso.

Todo lo relacionado con la sociedad era un tema seguro que no despertaría en ella uno de sus ataques de pánico.

Habían pasado a llamarla la viuda ermitaña. Se rumoreaba que había enfermado de viruela por las actividades extramatrimoniales del mujeriego de su marido. Aseguraban que estaría espantosa, llena de cicatrices, con un aspecto indigno para dejarse ver en sociedad.

Pero Dalton sabía que las cicatrices de su madre eran internas, no externas.

—Y ¿has pasado un rato agradable?

Dalton no emplearía la palabra *agradable*.

—Muy agradable, de hecho. —Utilizó un tono de voz suave y tranquilizador—. Me encontré con lady Clyde, y me preguntó por ti.

—Y ¿qué le dijiste? —murmuró Abigail con el rostro ensombrecido.

«Maldición.» Dalton se puso tenso en el diván verde claro con rayas blancas, y se preparó para el arrebato. No debía mencionar el hecho de que el mundo exterior todavía pensaba en ella.

Pero la cabeza y el hombro le dolían horrores.

—No lo recuerdo —contestó con cautela—. Tomé demasiada ratafía.

—Cómo eres —dijo su madre relajando el semblante—. Siempre bebes demasiado. ¿Por qué no te trasladas aquí conmigo? Podríamos hacer que Cook rellenara las botellas de brandy con sidra de manzana. De todas formas, no notarías la diferencia.

Dalton se echó a reír, aliviado al comprobar que la posible tormenta había pasado.

—Creo que sí me daría cuenta.

El año pasado, tras la muerte de su padre, no se había mudado al palacio Osborne como todo el mundo había dado por hecho que haría. Tenía un buen motivo, y era que había planeado toda su vida secreta en torno a su apartamento de soltero, y no había forma de entrar y salir de la casa ducal con tanta facilidad.

Muchos de los hombres poderosos con los que se había topado tenían muy buena relación con el mismísimo príncipe regente. Sin duda alguna podrían conseguir que le retiraran su título nobiliario, y todo lo que este conllevaba, por alta traición.

Y eso dejaría devastada a su madre.

Lo único que le quedaba a la duquesa viuda era la vida tranquila que llevaba, apartada de la sociedad, en la comodidad y familiaridad de su hogar. Arrebatarle esa vida y obligarla a dejar su santuario sería un acto de una crueldad inconcebible. Dalton jamás permitiría que ocurriera. No hasta que su madre encontrara la fuerza para irse de allí por voluntad propia.

Por lo tanto, él seguía con su cruzada para llevar al asesino ante la justicia. Quizá cuando lo lograra su madre se sentiría a salvo, capaz de regresar al mundo que había dejado.

Y seguía reparando las injusticias que había cometido su padre en vida, pero lo hacía con cuidado. Con muchísimo cuidado. Manteniendo bien separados sus dos mundos.

Nunca dejaba al descubierto debilidad alguna.

El miedo y el amor.

Las emociones que hacían de un hombre alguien débil.

Había aprendido a controlar sus miedos esculpiéndose el cuerpo y adiestrando la mente en busca de venganza. Y, con gran meticulosidad, había eliminado por completo de su vida la necesidad de amar y de ser amado.

Cuando el día del juicio llegara y por fin se enfrentara cara a cara con su enemigo, estaría listo.

Sería despiadado y tendría el control absoluto de la situación.

Sin miedo. Sin debilidades.

Pero le preocupaba mucho el bienestar de su madre, aunque la mujer contara con montones de criados a su servicio. Diez años antes, la duquesa viuda se había retirado a sus aposentos del palacio Osborne, y no había vuelto a salir de ellos.

Ella siempre decía que era su claustro, como si fuese una monja más. Como si hubiese tomado un voto de aislamiento por pura devoción. No había nada que pudiese persuadirla de dejar el palacio. Ni las iracundas acusaciones de su esposo, ni la creciente preocupación de su hijo.

Unos años después, se dieron cuenta de que ese aislamiento que ella misma se había impuesto había sido progresivo. Al principio, empezó a salir menos de la casa ducal y enviaba a sus criados a hacer todos sus recados. Después, decidió comer en sus aposentos, y no en el comedor de la casa.

El tiempo pasaba y la duquesa no dejaba de aumentar la distancia que había entre ella y el mundo exterior: rechazaba invitaciones y ni siquiera permitía que su propia madre la visitara.

Un escueto grupo de médicos dictaminaron que sufría uno de los trastornos por ansiedad más graves que había. Les explicaron que ese temor por dejar el hogar a veces se despertaba en las mujeres, sobre todo en aquellas que habían experimentado un suceso traumático.

La semana en la que había fallecido su hermano Alec, estaban de visita en la mansión Balfry, una finca rural que el duque había adquirido para su futura esposa, una irlandesa protestante, una de las hermanas Kerry, famosas por su belleza.

A veces, cuando Dalton cerraba los ojos, podía ver cómo los rayos del sol se reflejaban en las verdes aguas de la bahía de Balfry. Podía sentir una manita rechoncha que se aferraba a la suya. Y que después se soltaba.

Para siempre.

Debería haber vigilado más a Alec.

La marea arrastró algunas de las prendas que llevaba el pequeño hasta la playa, aunque el mar se había tragado su diminuto cuerpecito. Una triste gorra de tweed, empapada y hecha jirones.

Dalton cerró los ojos con fuerza.

Le escocía el corte que tenía en la mandíbula; y le dolían el puño derecho y el hombro. También le dolía la cabeza, allí sentado con su madre, incapaz de contarle la angustiosa verdad.

Había llegado al último nombre de la lista de su padre la noche anterior y no había descubierto lo más mínimo de la posible identidad del asesino de

su hermano. Su madre le había confiado a Dalton que creía que el asesino vivía en Londres. Y que estaba convencida de que la esperaba ahí fuera; que la esperaba para acabar con su vida, tal como había acabado con la vida de su adorado hijo.

El viejo duque había amenazado con ingresarla en un manicomio, pero Dalton había luchado con todas sus fuerzas para evitarlo, y su madre se había quedado en el palacio Osborne.

—Ayer Cook cocinó un faisán que era una delicia —comentó Abigail mientras acariciaba al peludo gato hasta que este empezó a ronronear—. ¿Verdad que estaba delicioso, querido? ¿Verdad que te lamiste esas adorables patitas?

Dalton ya había perdido la cuenta de cuántos gatos habían adoptado el palacio Osborne como su residencia. Todos eran excesivamente rechonchos, con unas caras redondas como la luna llena, y un semblante preocupado, plagado de arrugas.

Uno de los gatos de su madre se restregó contra las botas hessianas que llevaba. Le rascó debajo de la barbilla, por obligación, y el animal se tumbó panza arriba, con las cuatro patas en el aire, como si fuese un bicho peludo que había volcado.

«Libertina desvergonzada», pensó Dalton. Pero no pudo resistirse a la tentación que suponía el suave pelaje de la gatita. Cuando le rascó la tripa prominente, esta ronroneó con tanta fuerza que pudo notar la vibración en la mano.

—Amapola, cielo —reprendió su madre al animal—. ¿Acaso no sabes que los duques no acarician a los gatitos?

El viejo duque no lo había hecho jamás, eso desde luego. Siempre estaba bramando y quejándose de la amenaza persa, como llamaba a los gatos. Amenazaba con meterlos a todos en un saco y tirarlos al Támesis.

Dalton había pensado que todavía le quedaban muchos años por delante antes de convertirse en duque. De hecho, llegó a pensar que quizá moriría

antes de heredar el título nobiliario; era muy imprudente con su cuerpo, y se metía en situaciones muy peligrosas en las que un hombre más débil habría encontrado la muerte.

Es más, ni siquiera se había planteado la posibilidad de que su padre falleciera antes que él. El viejo duque parecía sano como un roble. Bebía en exceso, cada noche compartía lecho con una mujer diferente, y se jugaba el dinero con la deshonra que tenía por amigos a altas horas de la madrugada.

Pero le contaron que, una mañana, en la mesa del desayuno, se había llevado una mano al pecho, se le habían puesto los labios morados y se había caído de cara sobre un montón de riñones de cordero fritos.

Dalton nunca le había confesado a su padre lo mucho que lo odiaba, pero sí se lo había demostrado jugándose el dinero de su progenitor, siendo un auténtico libertino y un derrochador de primera. Convirtiéndose en el Cerbero y buscando justicia entre la corrupta pandilla de su padre.

Un día, seis meses después del fallecimiento del viejo duque, Dalton y su madre habían cruzado una mirada por encima de la copa de jerez, y el nuevo duque de Osborne había visto algo reflejado en los ojos de ella.

Un espantoso sentimiento de alivio.

—Creo que le pediré a Cook que mañana prepare una tarta de grosellas —dijo Abigail pensativa mientras rascaba el mentón copetudo del gato.

—Estaría bien —respondió Dalton en tono monótono. Si su madre quería añadir algo más, lo haría.

Entonces la duquesa viuda levantó la vista, con la alegría reflejada en el rostro.

—Ay, casi se me olvida contarte una cosa. Ayer recibí una carta de Ginny. —Hizo un gesto con una mano pálida—. Me escribió recordando los viejos tiempos, cuando éramos dos bellezas conocidas por doquier. Señor, cuántos pretendientes reuníamos entre las tres hermanas.

—Háblame de alguno de tus pretendientes —pidió Dalton sonriendo. Al parecer, últimamente todo el mundo quería charlas con él sobre amores del

pasado. Hasta el arisco del viejo Conall.

—Bueno, veamos… —comenzó pensativa—. Uno era el conde de Kilkenny, claro: era uno de los grandes favoritos, pero su fortuna no era tan grande como la de tu padre. Y otro era… el señor O'Roarke, o Patrick, su nombre de pila. —La mujer se quedó mirando las llamas temblorosas de la chimenea—. Llevaba años sin pensar en él.

—¿Señor y ya está? —la chinchó Dalton—. No me parece un pretendiente apropiado para una de las hermanas Kerry.

—Y además era pobre como una rata. Un humilde trabajador de puerto. Ay, pero cuantísimo me quería ese hombre. Estaba loco por mí. Años después me contaron que se había enriquecido en el extranjero, en las colonias ni más ni menos, y ahora es más rico que el mismísimo Midas, fíjate. Se puso furibundo cuando lo rechacé, casi me estrangula. Estaba aterrorizada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Un duque o un trabajador de puerto.

Dalton nunca la había oído hablar de ese pretendiente en concreto. Hubo un detalle que le llamó la atención. ¿O'Roarke casi estrangula a su madre? No era muy romántico.

—Cuéntame más —insistió Dalton—. ¿El tal O'Roarke odiaba a mi padre por haberte conseguido?

—Desde luego. Le gritó que era un desgraciado y un maléfico opresor británico; afirmó que nunca me haría tan feliz como lo habría hecho él, y dijo que me arrepentiría toda la vida por cometer semejante disparate. Y tu padre también. Tenía el rostro encendido al hablar, y verlo así me asustó. ¿Por qué no lo escuché? ¿Por qué no huimos juntos?

A Dalton se le pusieron los vellos del brazo de punta. Entonces O'Roarke tenía un móvil. Detestaba al duque por haberle robado a su futura esposa.

Pero ¿lo odiaba tanto como para asesinar a su hijo?

La gente comete atrocidades por amor.

El asesino de su hermano había dejado una nota metida debajo de una roca en la infértil costa irlandesa.

«Me arrebataste lo que era mío, yo te arrebato lo que es tuyo.»

Abigail levantó la cabeza, y las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.

—¿Por qué, por qué me casé con tu padre? —El gato que descansaba en el regazo de la mujer soltó un maullido de terror y se bajó de un salto; el movimiento sobresaltó al que estaba a los pies de Dalton. Los dos felinos, ofendidos, se marcharon de la habitación—. Era muy cruel —gimió Abigail mientras se cogía con fuerza del collar—. Fue su culpa. Pobre Alec… Pobrecito, mi angelito. Tuvo que pagar el precio.

Dalton se levantó del sillón y le ofreció un pañuelo, al tiempo que tiraba de la campana con discreción para llamar a la enfermera.

Así empezaba siempre. Él ya no podía hacer nada más. En el pasado lo había intentado, pero llegado ese momento todo lo que hiciera no haría más que empeorar la situación.

Cuando su madre se calmó un poco y se quedó tumbada en la cama, Dalton regresó a su casa dando un paseo.

Era la mejor pista que había tenido en años.

Se marcharía a Irlanda en busca de ese tal Patrick O’Roarke. O a América, si así tenía que hacerlo. Lo interrogaría. Lo destrozaría, si fuese necesario.

Al final, quizá Conall se reencontrase pronto con su querida Bronagh de ojos marrones. Si O’Roarke todavía tenía lazos que lo unieran al condado de Cork, Dalton tenía que viajar allí.

Se marcharían al día siguiente, al alba. No podía correr el riesgo de que Trent lo viera con la herida de la mandíbula, o que se enterara por boca de otra persona.

La verdad es que el médico le había recomendado hacer un viaje fuera de la ciudad. Y he aquí cómo son las ironías de la vida, reflexionaba el

duque mientras subía las escaleras hasta sus aposentos. Seguro que a lady Dorothea le resultaría interesante saber que el duque tenía pensado viajar a Irlanda.

Aunque, claro, jamás se enteraría.

—Llegas tarde.

—¿Ah, sí? —Thea se quedó asombrada ante el hombre alto y fornido, mayor que ella, que la había recibido en la puerta de la casa del duque antes de que hubiese podido terminar de llamar a la puerta.

Una nariz prominente, una barba gris e hirsuta con mechones rojizos, sin pañuelo. ¿Era el mayordomo?

—Venga, guapa, no te quedes ahí, pasa. —El hombre hizo un par de ademanes de impaciencia con los que señalaba el oscuro vestíbulo—. Te está esperando.

«¿Guapa?» Pero ¿quién se pensaba ese zarrapastroso mayordomo que estaba en la puerta de la casa? Thea titubeó en el umbral de la puerta, y un cierto recelo la hizo dudar del arrojo que, provocado por la indignación, la había llevado hasta la casa del duque.

Una vez que su madre se hubo retirado a sus aposentos, Thea, ataviada con una capa gris con capucha que cubría la pelliza que la abrigaba, se había escabullido por las escaleras y se había marchado por la puerta lateral que daba a King Street.

En vez de cruzar por la plaza de Saint James, decidió bordearla y atravesó las calles laterales con todo el sigilo del mundo. El hecho de que el duque todavía viviera en su apartamento de soltero, y no en el imponente y cercano palacio Osborne, le facilitó mucho las cosas a la chica.

Un pensamiento había arrasado su mente, había barrido cualquier atisbo de duda y la había impulsado hasta su puerta.

El duque había estropeado sus planes, y tendría que enmendar la situación. Thea no podía ser la sensación de la temporada. Y ni hablar de

mudarse y vivir con su abuela. Lo ocurrido había destruido toda esperanza de pasar la temporada de forma discreta como había planeado, así como su prudente regreso a Irlanda y la dichosa vida de tranquilidad que tendría con su tía y sin un marido.

—¿Y bien? —El hombre cruzó los musculosos brazos y la intimidó con la mirada, al tiempo que juntaba las pobladas cejas grises—. ¿Vas a quedarte ahí toda la noche? Eres la señorita Inga Olofsson, ¿no? ¿Vienes de parte de madame Signe, para lo de siempre?

—Eh…

Al parecer, la habían confundido con una cortesana sueca. Quizá había llegado el momento de contarle al desaliñado mayordomo la verdad: «Soy lady Dorothea Beaumont y he venido a darle a su señor la aguda reprimenda que tanto se merece».

Con esa respuesta no pasaría de la puerta.

Sería quienquiera que el mayordomo quisiera si con eso conseguía adentrarse en la guarida de la bestia.

—Así es, soy Inga Olofsson —contestó asintiendo con confianza, y añadió un *ja* para darle más veracidad.

—Sígueme, Olofsson —ordenó con una sonrisa burlona. Atravesó el vestíbulo a grandes zancadas y subió por una enorme escalera de caracol.

Los muebles escaseaban en el enorme vestíbulo, oscuro y tenebroso. Thea se detuvo un momento. No había cuadros en las paredes; ni uno solo.

Nunca había visto unos muros tan desnudos y desprovistos de arte. Thea tuvo que echar a correr para poder seguirle el ritmo al mayordomo. La luz temblorosa del farol del hombre era lo único que evitaba que la joven cayera escaleras abajo por los escalones de mármol, blancos y negros, y se partiera el cuello. No cabía duda de que al duque le gustaba que su casa estuviera en penumbra.

El mayordomo se detuvo ante una enorme puerta de madera tallada.

—Ya se ha desnudado y está esperándote.

Thea lo miró fijamente. Seguro que el hombre no había dicho «desnudado».

Del interior de la habitación emergió un gruñido grave, y el espeluznante sonido le recordó a Thea a un animal salvaje enjaulado. La joven se estremeció.

—No estarás asustada, ¿no? —Al sonreír, el bigote del mayordomo se erizó—. Es bastante inofensivo, la verdad —musitó en tono cómplice—. Solo se come a dos o tres jóvenes señoritas al día.

«¿Señoritas?» Thea escrutó el rostro del hombre.

—No tengo miedo —replicó mientras intentaba creérselo.

El torrente de justificado rencor que la había llevado hasta allí resurgió de su interior. «El duque lo ha estropeado todo a propósito. No tenía derecho alguno a inmiscuirse en mis asuntos.»

—Usted primero, señor —dijo irguiendo la espalda.

—Pues adelante, guapa. —El mayordomo abrió la puerta—. Quítate los zapatos y sube a bordo.

«¿Subir a bordo?»

Cielo santo. ¿Qué acababa de aceptar hacer?

—Esto… —balbuceó Thea con desesperación—. Ha habido un error. En realidad yo no…

—Los dejo a solas, Olofsson —anunció el mayordomo alzando la voz. Y, con un empujoncito, la hizo pasar a la habitación.

La puerta se cerró con un siniestro ruido sordo. Thea estuvo a punto de precipitarse hacia el pomo de la puerta y de atravesar la plaza corriendo para volver a casa. Había sido una pésima idea. Quizá debería escribirle una carta en la que vilipendiara su actitud y lo que había hecho. Así se aseguraría de elegir con sumo esmero los improperios perfectos para el duque.

«No estarás asustada, ¿no?»

Thea respiró hondo. El miedo llevaba demasiado tiempo tomando las riendas de sus actos y de su vida.

Tenía todo el derecho del mundo a presentarse en su casa después de lo que había hecho el duque. El derecho a expresar su opinión, a exigir una satisfacción. A garantizar que podría retirarse a vivir en Irlanda, tal como había planeado.

La joven estaba en una encrucijada.

Por un lado, la trillada senda del silencio y la obediencia que la llevaría de vuelta a su casa, con la insoportable carga de las expectativas familiares y, además, a un matrimonio sin amor y una vida desdichada.

La senda del valor y la aventura se abría a sus pies. En el dormitorio del duque.

Thea se dio la vuelta y se encaminó a la majestuosa e imponente cama que ocupaba el centro de la habitación. Lo que vio sobre la cama casi le arrebató el poco valor que le quedaba.

Metros y metros de duque. Tumbado boca abajo.

Y muy desnudo, a decir verdad.

Bueno, una fina sábana blanca le cubría la parte inferior del cuerpo, pero no era de gran ayuda a la hora de esconder la silueta de los musculosos y firmes muslos del hombre, ni su trasero redondo.

Thea se quedó sin aliento al ver, por primera vez en su vida, a un hombre desnudo que no estaba tallado en mármol ni hecho de bronce. Todas esas cumbres y valles del vasto paraje que era su espalda, que brillaba y se ensombrecía a la luz de la chimenea.

Una virilidad muy poderosa.

«Y una arrogancia muy despótica», se recordó la joven.

Y entonces Thea comprendió la verdadera gravedad de la tarea que debía cumplir allí.

Tenía que subir a bordo. Encima. De un duque.

Tendría que haber llevado consigo una cuerda y un pico. No era una encrucijada: era una expedición por la montaña.

Thea se desató los cordones de las botas. Lo más probable era que el duque, en cuanto la reconociese, la echara de sus aposentos sin cortesía alguna. Su mejor opción era seguir con el engaño cuanto le fuese posible. Y encontrar el momento más adecuado para sorprenderlo con sus exigencias.

Se acercó a la cama decidida, aunque con las piernas un poco flojas.

—Llegas tarde, Olofsson —refunfuñó el duque, quien no hizo siquiera el esfuerzo de levantar la cabeza para hablarle—. Es otra vez el hombro derecho. Se me ha agarrotado tanto el músculo que apenas puedo moverlo. —Tensó los abultados músculos del hombro y se quejó—. Haz tu magia.

«Eh, ¿y qué clase de magia era esa?»

Si Olofsson se ocupaba del hombro del duque, y no de otras partes de su anatomía, entonces la mujer era… ¿enfermera?

Thea debía subirse encima de él y después… ¿Después qué? ¿Qué era exactamente eso que la tal Olofsson hacía?

Al acercarse un poco más al duque, Thea pudo ver gracias a la luz que emitían las gruesas velas de los candeleros a ambos lados de la cama que el hombre tenía los ojos totalmente cerrados.

Una fina línea roja le cruzaba la mandíbula, una marca que no estaba allí la noche anterior, durante el baile que protagonizaron. ¿Se había batido en duelo? No era una posibilidad descabellada. Seguro que algunas de las mujeres casadas con las que se divertía tenían maridos celosos.

—Olofsson, no tengo toda la noche —reclamó el duque impaciente—. Te prometo que no voy a morderte. Sube y empieza a caminar.

De acuerdo, eso podía hacerlo.

Thea se subió a un taburete pequeño de madera y se impulsó sobre la cama para, después, con mucha prudencia, trepar sobre la espalda del duque apoyándose en las rodillas. Poco a poco, muy poco a poco, logró mantenerse en pie.

Los duros montículos que eran sus músculos hacían que hallar una llanura en la que descansar fuese una ardua tarea.

—¡Camina, Olofsson, venga!

Thea se aferró a las cortinas de terciopelo de la cama para mantener el equilibrio, y empezó a recorrer la enorme amplitud de la espalda del duque, hasta llegar al hombro.

—Ah —gimió—. Sí, ahí, ahí es. Quédate ahí un momento. —La joven ejerció presión sobre el hombro derecho del duque. ¿Cómo era posible que un hombre tuviera unos músculos tan firmes y con tantos nudos?—. Sí, así. Con los talones.

Debía de estar doliéndole una barbaridad. Tenía el cuerpo tallado en granito y destacaba contra el blanco de la ropa de cama, totalmente aliviado. No la miró ni una sola vez, ni siquiera levantó la vista. Tenía los ojos cerrados con fuerza y los labios apretados. Respiraba de forma entrecortada, con jadeos cortos.

Thea ejerció un poco más de presión sobre el omóplato con el talón, enfundado con las medias. El hombre gimió y apretó aún más los ojos.

—Justo ahí —dijo—. Así, sigue.

La joven movió el pie hacia delante y hacia atrás mientras apoyaba todo su peso primero en el dedo gordo y, después, en el talón, para hacer presión. Por los gruñidos que salían de la boca del duque, una podía llegar a pensar que disfrutaba con el dolor.

Así que eso era lo que debían de hacer las mujeres a las que pagaba. No era lo que Thea se había imaginado. Aunque desconocía lo que hacía con ellas cuando terminaban de magullarle la espalda.

—Te noto más ligera —comentó el duque—. ¿Has adelgazado?

—Mis disculpas, su excelencia. —Thea apoyó todo su peso sobre el pie derecho y le clavó el talón justo en la zona que había debajo del omóplato derecho.

—Ay.

—¿Ha sido demasiado, su excelencia?

—En absoluto —gruñó—. Con todas tus fuerzas, Olofsson. Con todas tus fuerzas.

Thea rebotó con más fuerza, y el duque jadeó. La verdad sea dicha, la joven estaba empezando a divertirse.

«Baila con ella. Haz que sea popular. Llena su vestíbulo con flores enviadas por lujuriosos lores de avanzada edad.»

La muchacha empleó toda la fuerza que tenía para incrustar bien los talones en las cumbres de su espalda.

—Dios mío —se quejó—. No tan fuerte.

—¿Le hago daño, su excelencia? —preguntó con dulzura mientras intensificaba sus movimientos.

—Un momento —dijo el duque en un tono grave y peligroso—. Esa voz me resulta familiar… —Con un rápido movimiento, el hombre se giró sobre su espalda, y desestabilizó a Thea. La asió por la cintura y la obligó a abrir las piernas y apoyar las rodillas sobre la cama, con él debajo, y la aprisionó contra su cuerpo—. Por las llamas del infierno, ¿qué está haciendo usted aquí? ¡Conall! —bramó—. ¡Juro por Dios que voy a matarte!

Capítulo 5

Thea distinguió el sonido de una risa distante.

Se revolvió en un vano intento de liberarse agarrándose a las cortinas de terciopelo para hacer palanca, pero el duque le sujetaba la cintura con sus enormes manos y la sostenía inmóvil encima de él.

—Su excelencia —jadeó—. ¿No ha recibido mi nota? ¿Por qué se sorprende tanto de verme?

Él entrecerró los ojos de forma amenazadora.

—Porque le ordené al inútil e irresponsable de mi mayordomo que la echara sin miramientos si osaba plantarse ante mi puerta.

Tenía las piernas abiertas a ambos lados de él con las rodillas apoyadas en la cama y el cuerpo apretado contra su sólida longitud.

Aquello era mucho peor para su cordura que danzar con él.

—Ah… Parece ser que me ha confundido con una tal Olofsson y me ha instado a entrar.

Él resopló.

—Es imposible que la confundiera. Los hombros de esa mujer son casi tan anchos como los míos. —Sus ojos pasaron del rostro de la muchacha a su torso—. Mientras que usted es delicada, redondeada y suave. —Su mirada se intensificó y se entretuvo en su pecho—. Por todas partes. —A ella le dio la sensación de que por primera vez la estaba viendo de verdad. Entonces su mirada se endureció—. Espero que su madre no esté fuera esperando para irrumpir en este preciso momento. Sé que le agradan tales cosas.

Thea apretó la mandíbula con furia tras oír el comentario acerca del papel que tuvo su madre en el intento de forzar al matrimonio al duque de Harland y le empujó el pecho con las palmas de la mano.

—No estoy tratando de tenderle una trampa, su excelencia. No me casaría con usted ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra de nuestro Señor.

Él crispó los labios.

—No me diga.

—Sí, sí le digo. Ahora suélteme, por favor.

—Me parece que no. Todavía no. —Apartó una de las manos de su cintura y le desató la capa. Le deslizó la prenda de los hombros y la lanzó al suelo.

Hubo un cambio sutil en el ambiente.

Thea sintió el deseo del duque.

Lo sintió literalmente, vaya; duro y firme contra la cara interna de su muslo, pero también en la atmósfera que los envolvía.

Quizá los hombres perdían la capacidad de raciocinio cuando tenían a muchachas postradas sobre sus cuerpos semidesnudos.

—Lo volveré a repetir. ¿Por qué está aquí, lady Dorothea? —inquirió el duque.

Estaba claro que no iba a lograr salir de aquel embrollo por la fuerza. Debía usar las palabras. Tomó aire con un suspiro profundo y tranquilizador.

—Porque estaba seriamente equivocada. Su preferencia fue suficiente para aniquilar años de fracasos. Y estoy muy cansada de que todo el mundo me utilice para sus propósitos personales.

»No puede andarse por ahí así como así y transformar a una cuasisolterona en una sensación cuando le plazca. —Parecía que Thea había descubierto el secreto para conversar con caballeros, y se trataba de la furia. La ira la convertía en una persona bastante elocuente—. Primero se niega a

mi sincera petición de catalogar su colección de arte sin proporcionarme explicación alguna, y después echa abajo todos mis planes a propósito. Y sé que lo hizo a sabiendas, no intente negarlo.

—Ah, si yo no estoy negando nada —dijo él con una sonrisa engreída mientras la apretaba con más fuerza contra su cuerpo—. Sabía que si la elegía para el primer baile la abrumarían los pretendientes y no tendría necesidad de perseguirme. Fue parte de mi plan para deshacerme de usted para siempre.

—Usted… será… —tartamudeó. Le golpeó el pecho con los puños—. ¡Maldito libertino manipulador, egoísta e insensible!

Él agarró los puños de la muchacha con las manos.

—¿Y qué me dice de idiota pretencioso? —sugirió para ayudarla—. ¿O malnacido engreído?

Thea jamás había usado un lenguaje tan burdo. Pero siempre había una primera vez para todo.

—Imbécil arrogante —susurró.

Él se rio.

—Dígalo más alto, por favor.

Conque le estaba tomando el pelo.

—¡Imbécil arrogante! —proclamó.

Sin previo aviso, él la levantó e intercambió sus posiciones, la colocó de espaldas y la acorraló contra el lecho con el peso de sus muslos.

—¡Ah! —gritó ella—. Me va a aplastar.

—Le voy a dar una lección sobre lo poco inteligente que es entrar en los aposentos de un duque, encaramarse a su lecho y proferir insultos a su persona.

Su corpulencia la hundía en el colchón. Él sostuvo ambas muñecas de la muchacha por encima de su cabeza con una de sus enormes manos.

¿Por qué diantres conseguía que le recorrieran escalofríos por cada una de las vértebras de su columna?

No estaba asustada, él solo estaba provocándola, dándole una lección; sin embargo, su cuerpo reaccionaba de forma poco habitual. Se levantaba y arqueaba de todas las maneras posibles.

Él acercó los labios. Unos labios muy sensuales. Firmes en la parte superior y un poco más carnosos en la inferior.

—Lady Dorothea, no aparta la mirada de mis labios. —Una chispa burlona le iluminó los ojos—. Normalmente eso quiere decir que una mujer ansía que la besen.

—No ansío ningún beso —argumentó ella a la defensiva.

Lo cual era una falacia absoluta. Por supuesto que ansiaba ese beso. Lo anhelaba con desesperación.

El calor le subió a las mejillas.

¿Por qué tenía que ser aquel duque bruto, arrogante y extremadamente pagado de sí mismo, el hombre que hiciera que anhelara un beso por primera vez en su vida?

Por supuesto, no quería que la besara, pues eso no resolvería nada. A no ser que alguien los descubriera juntando los labios. Entonces quedaría deshonrada en vez de levemente mancillada por un plantón en el altar. Aquello podría funcionar. Pero aquella noche no había ni un solo testigo. Él le soltó las muñecas. Le apartó un rizo del rostro y le acarició suavemente la mejilla con los nudillos hasta bajar al cuello; aquel contacto posesivo le cosquilleaba toda la piel y obligaba a sus sentidos a despertarse y percatarse de que estaba inmovilizada bajo un duque salvaje, enorme y peligroso.

La amplia extensión de su pecho se cernía sobre ella; la luz de las velas jugueteaba sobre las líneas implacables e inflexibles de las cordilleras de sus músculos.

Una fina cuerda de cuero le colgaba del cuello, portaba lo que parecía un trozo de roca rojiza… Un momento. Pasó un dedo por el familiar contorno afilado e irregular.

—Se trata de un fósil de *maërl*, ¿verdad? De las playas de la bahía de Balfry.

Él apartó bruscamente la mano de su mejilla.

—No, no lo es.

¿Por qué iba a negarlo?

—A mi parecer, sí que lo es. He paseado por esas playas cientos de veces y he recogido piezas de esta misma alga coralina de color rojo sangre.

—¿Para qué ha venido esta noche exactamente, lady Dorothea? —preguntó él irritado—. Me refiero a si está aquí para algo más que pisotearme la espalda, insultarme y contradecir cada palabra que digo.

«Para que me bese a conciencia un experto en la materia. No, no, ese no era el objetivo.»

—Es usted un díscolo. Está claro que sabe cómo engañar a la gente para que crean que su encanto es sincero. Así que encuentre la forma de volver a convertirme en una repudiada. Arréglelo.

—Y ¿cómo se supone que voy a conseguirlo?

—Difunda rumores acerca de mi persona, diga por ahí que me entregué a usted. Que le rogué que me deshonrara.

—Mmm. —El duque le acarició el cuello con la nariz, lo cual hizo que sintiera algo cautivador y burbujeante en el vientre. Después le mordisqueó la oreja e hizo que se le acelerara el corazón—. ¿Está pidiendo que la deshonre? —le jadeó al oído—. Porque… podría hacer una excepción a la regla de «nada de muchachas inocentes». —Trazó tentadores jeroglíficos por su clavícula con un dedo—. Aunque para su información, solo será por esta vez.

—Sería solo una deshonra teórica —se apresuró a explicar.

—Y ¿puede explicarme qué tiene esto de teórico? Estoy encima de usted. —Cambió el peso para enfatizar el apremiante y duro quid de la cuestión—. Y aquí está, tierna y complaciente debajo de mí.

—Déjeme que le explique el concepto, su excelencia —comentó con un tono alegre y risueño, como si estuvieran intercambiando opiniones mientras tomaban una buena taza de té en un respetable salón. Tenía que fingir que la situación era por lo menos algo común. Fingir que no tenía mariposas en el estómago ni la sensación de que algo se le derretía en el vientre—. Una deshonra teórica o un desfloramiento fingido, como a veces se refiere a ello, es algo de lo más sencillo. —Adoptó un tono de institutriz —. Usted difunde rumores acerca de mi comportamiento inmoral. Yo confirmo dichos rumores, de modo que lo exonero de cualquier culpa en la materia. Seré yo la que quedará deshonrada. Y usted tendrá libertad de seguir trepando por las celosías de rosas de las viudas y esposas londinenses en busca de emociones.

La bestia emitió un tenue resoplido.

—¿Por qué diantre no quiere ser la sensación de la temporada? ¿No es eso lo que desea toda dama de alta alcurnia? ¿No debería estar dándome las gracias? —La mirada del duque hizo que la piel se le enardeciera desde el interior, como ascuas de carbón en un calentador de cama de hierro—. Se me ocurren varias formas en las que podría mostrarme su… gratitud ya que está aquí.

Thea dejó escapar un chillido cuando sus enormes y callosas manos acariciaron sus costados y la acercaron más a su cuerpo. ¡Cielo santo! Quizá aquello sí que se trataba de una encrucijada… que la llevaría de cabeza a la verdadera ruina.

—No lo comprende, su excelencia —explicó ella desesperada—. Mi plan es aguantar una temporada más para que mi familia abandone toda esperanza y me deje desaparecer en Irlanda para vivir en paz con mi tía. —Cerró los ojos mientras recordaba el rechoncho y cariñoso rostro de su tía Emma y la forma en la que su ropa siempre olía intensamente a miel de trébol y humo de leña—. En Irlanda valía para algo. Tenía un propósito que iba más allá de atraer a nobles sin escrúpulos. Ayudaba a mi tía en sus

labores de apicultura. Y con sus famosas mermeladas. Era libre de los dictámenes de la sociedad… No espero que lo entienda.

—Prefiere que le piquen las abejas a contraer matrimonio. Lo entiendo perfectamente.

Thea abrió los ojos como platos. Si obviaba el hecho de que estaba en contacto íntimo con un hombre por primera vez en su vida y que el hombre en cuestión no era sino el libertino más famoso de Londres… Si obviaba que era conocido por su falta de corazón y sus artes de seducción… ¡Él la entendía! Ella le regaló una sonrisa de sorpresa.

—Exactamente. Haría cualquier cosa con tal de eludir las maquinaciones matrimoniales de mi familia.

Él se incorporó apoyándose en un codo y la miró con curiosidad.

—¿De veras no desea un marido con títulos y una vida segura y consentida con docenas de sirvientes que satisfagan todos sus caprichos? ¿No necesita perfumes franceses y pilas de diamantes?

—Ah, jamás he anhelado diamantes, su excelencia —suspiró—. Mi madre posee montones de diamantes fríos e inertes, y ciertamente no han mejorado su matrimonio… ni le han proporcionado la felicidad.

El duque apoyó la magnificente mandíbula cuadrada sobre la mano, por el lado en el que no mostraba el corte lívido.

Thea se preguntaba cómo se habría hecho aquella herida. Era del mismo tono rojo que el fósil que colgaba del cordel de cuero en su cuello.

—Una damisela privilegiada de buena familia que no anhela la pareja ideal. —Negó con la cabeza—. No. Sigue sin tener ningún sentido. Siento que no aprobara los resultados, pero yo realmente creía que le estaba haciendo un favor con mis zafios métodos.

Thea le empujó el pecho con la intención de quitárselo de encima.

—Pues gracias a su favor, mi abuela ha anunciado que debo ir a vivir bajo su estricta supervisión mañana por la mañana con el objetivo de

prometerme con el duque de Foxford o el conde de Marwood. Y preferiría morir antes que casarme con cualquiera de los dos.

El duque se quedó inmóvil.

—¿Foxford? —Rodó hasta quitarse de encima de la muchacha con un único y veloz movimiento y saltó de la cama. Cogió un atizador y removió la leña del fuego—. No se va a desposar con ese viejo sapo lascivo. No lo permitiré.

El espectáculo de verlo allí, frente a la chimenea mientras las llamas refulgentes lo lamían y él le prohibía casarse con Foxford era casi más de lo que una muchacha podía soportar. Tan solo llevaba unos calzones cortos y, bueno, parecían demasiado pequeños para contener ciertas partes de su anatomía. Partes que no le importaría ver en carne y hueso.

Thea se incorporó tan deprisa que la cabeza le dio vueltas. ¿Qué problema tenía? Nunca antes había tenido semejantes pensamientos.

Se alisó el canesú, se colocó bien las faldas y sacó las piernas sobre el alto borde del lecho. Consiguió bajarse de un salto sin caer de bruces.

Un pequeño triunfo.

Encontró sus botas.

—Precisamente es el objetivo por el cual he venido hasta aquí. Para no casarme con Foxford. Así que, ¿aceptará deshonrarme teóricamente para que Foxford me suelte como a un trozo de carbón ardiendo?

El duque clavó el atizador de manera salvaje en un leño medio quemado y las chispas naranjas volaron por el aire.

—No voy a deshonrarla, ni teóricamente ni de ninguna otra forma.

Dejó el atizador y agarró una bata de seda verde que se encontraba sobre el respaldo de una silla.

Thea apenas pudo contener un suspiro melancólico de decepción cuando se ató la bata por la cintura y cubrió aquel pecho suave y musculado.

—Pues si no tiene a bien deshonrarme teóricamente, tendrá que conseguirme una forma segura de viajar de vuelta a Irlanda. Si puede ser esta misma noche. No pienso irme a vivir con mi abuela mañana. —Se colocó las manos en las caderas—. Y me niego a contraer matrimonio con Foxford.

Lady Dorothea le sostuvo la mirada con ojos firmes y de acero. Dalton tenía la clara impresión de que acababan de retarlo a batirse en duelo.

«En los aposentos del duque de Osborne. A las once y media. Escoja su arma.»

¿Había pensado que la muchacha era delicada y frágil? Pues se había equivocado. Podía aparentar estar confeccionada a partir de sedas y curvas delicadas, pero tenía las mismas agallas de hierro que su madre.

—Lady Dorothea, parece estar usted albergando falsas ilusiones acerca de un posible éxito. —Se dirigió al aparador y se sirvió una copa de brandy —. De ninguna de las maneras pienso deshonrarla, ni teóricamente ni de ningún otro modo, y tampoco pienso ayudarla a huir a Irlanda. No me era posible saber que usted no deseaba ser la sensación de la temporada. Pensaba que le estaba siendo de ayuda.

—Ah, sí, al dignarse a bailar conmigo. El apuesto duque que le concede a la repudiada un baile por caridad para sacarla del fango del olvido. Y para evitar que le siga importunando. —Negó con la cabeza—. Bien, pues no quiero su caridad. Lo único que deseo es vivir mi vida en paz, lejos de abuelas autoritarias y de nobles viejos y lascivos. Y me va a ayudar a conseguir mi sueño.

«La satisfacción o la muerte. Den diez pasos y preparen sus pistolas.»

Dalton se pasó una mano por el pelo. Lady Dorothea se las había arreglado para sorprenderlo. Y no era tarea fácil.

A una parte de él le agradaba batallar con ella mucho más que seguir las cansadas reglas del cortejo con la insípida señora Renwick.

Sin embargo, había problemas más importantes que ocupaban su mente que dar con la forma de convertir a las repudiadas del baile en solteronas. Tampoco es que lady Dorothea fuera carne de solterona precisamente. Diantre, a la luz del fuego era espectacular. Todos aquellos rizos de mantequilla y mermelada cayéndole por los hombros. Le ponían hambriento. ¿Acaso había cenado? No debería haber bebido tanto, pero le aliviaba el dolor del hombro.

«Ella sí que sería un buen remedio para aliviarte del dolor.»

«Por los fuegos del infierno.» Lo que hablaba era el brandy.

—Palia su dolor con licores, su excelencia —observó ella—. Quizá debería tratar de plantarle cara, para variar.

—Usted no sabe nada de mí —gruñó. ¿De veras se encontraba en ropa interior mientras discutía con una dama exasperante? Dalton tiró del cinto de su bata para apretársela más—. Esta conversación ha terminado. —Giró sobre sus talones y dio tres pasos. Dos golpecitos. ¿En serio? Se dio la vuelta—. Y ahora ¿qué?

—Tres palabrillas, su excelencia.

Tres palabras. «Lléveme al lecho.» No, aquello no podía ser. «Estoy peligrosamente desequilibrada.» Aquello resultaba más convincente.

Ella se puso de puntillas y guardó equilibro con una diminuta mano contra su pecho. Los sedosos rizos le hicieron cosquillas en el mentón y el olor a rosas entró como un torbellino en su cerebro. Suave. Floral.

«Trastornada.»

Sus enormes ojos de color azul grisáceo parpadearon decididos.

—Exijo una satisfacción.

Ciertas partes sugestionables de su anatomía al sur del cinto dieron la bienvenida a aquellas palabras con desenfrenado entusiasmo.

«¡Quiere que la satisfaga!»

Apuntó a la puerta con el dedo.

—Fuera.

Ella alzó el pequeño mentón y lo miró a los ojos.

—No hasta que acceda.

Alguien llamó a la puerta y Conall irrumpió en la estancia. Cuando Dalton contempló la urgencia de su expresión, atravesó el cuarto apresuradamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja para que no los escuchara la dama.

El criado echó un vistazo a sus espaldas.

—Trent —musitó—. Ha estado preguntando por usted en el club. Dice que va a hacerle una visita. Puede que esta misma noche.

—¡Condenado sea!

No podía arriesgarse a que Trent le viera el corte de la mandíbula, pero tampoco era de los que se escondían como una rata en su agujero. Así que tomó una decisión de última hora: mejor salir de viaje y alejarse del peligro de ser descubierto.

—Nos marchamos de inmediato. Esta noche. No puedo arriesgarme a que me desenmascaren.

Conall asintió.

—El carruaje de viaje está listo.

—¿Carruaje? ¿Adónde va? —preguntó una voz delicada.

Dalton se dio la vuelta. Lady Dorothea se había acercado a hurtadillas. Le concedía una nueva definición a la palabra *entrometida*.

—Eso no es asun…

—Vaya, guapa, ¿es que su excelencia no le ha informado? —Conall ignoró los frenéticos gestos que le hacía Dalton para que se callara—. Nos dirigimos a las verdes costas de Irlanda.

Dalton gruñó. Que alguien le dijera por qué no había puesto a Conall de patitas en la calle antes de aquel momento.

Los ojos de lady Dorothea se iluminaron.

—¿Se va a Irlanda? No me lo había mencionado. ¿Por qué? ¿Por qué va a ir? ¿Va a visitar la mansión Balfry?

Demasiadas preguntas.

—Conall, acompaña a lady Dorothea a la puerta.

—¿Quién va tras de usted? —insistió ella—. ¿Un marido celoso?

—Ha dado usted en el clavo. Un marido celoso. Un tipo de lo más peligroso. De disparo fácil. Tiene que marcharse. Ahora.

Dalton trató de conducirla hacia la puerta.

—Pero ¿por qué Irlanda?

—Por… —Rebuscó en su cerebro aturdido por el brandy y por lady Dorothea—. Por una viuda —declaró triunfal. Estaba seguro de que aquello la mandaría corriendo a los brazos de su mamá—. Una encantadora y solitaria viuda de ardientes cabellos rojos y ojos color esmeralda. Requiere mi presencia. Me pasa constantemente, ¿sabe? Pobrecilla.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Requiere de su presencia desde el otro lado del océano?

—Su celosía de rosas necesita que alguien trepe por ella.

Conall dejó escapar un sonido ahogado; el hombre contemplaba su intercambio con una expresión jocosa en el rostro, como si estuviera viendo la tradicional pantomima navideña.

Lady Dorothea avanzó hasta que sus ojos se encontraron a centímetros del mentón del duque.

—Lléveme con usted. Si no piensa poner solución al daño que ha causado, me debe una vía de escape.

—Yo no le debo nada, demonios.

Dalton recogió la capa de la dama y se la colocó por encima de los hombros.

Esta se irguió, todo su metro y medio de altura y curvas, con los ojos centelleando como un fuego azul, como el corazón de una llama de gas.

—Se niega a librarme de mi popularidad y tampoco me lleva con usted. Pues muy bien. Será más complicado, pero encontraré yo sola la forma de llegar a Irlanda esta noche.

No podía hablar en serio.

—¿Con qué dinero? ¿En qué medio de transporte?

—Tengo algo de dinero para gastos personales en mi bolso. —Sacó la bolsita del bolsillo de su capa—. Me compraré un billete para el carro de correos. Sin duda saldrá alguno dentro de pocas horas.

¿El carro de correos? No iba a viajar de esa forma.

Era hermosa a rabiar y demasiado inocente. Y confiada en exceso.

Si se había encaramado a su torso desnudo, por el amor de Dios. Estaba claro que la señorita no tenía ni idea de los peligros inherentes a colarse en la cama de un libertino. Había bandidos, cazadores de fortunas, ladrones de joyas y asesinos esperando a jóvenes e ingenuas herederas con ojos tan amplios como un océano.

—No puede viajar en el carro de correos. No con todos esos… —Gesticuló con impotencia en dirección a sus lujosos rizos—. Y esos… —Agitó las manos hacia sus labios rosas y carnosos. Había perdido la habilidad de formar frases completas.

Conall resopló burlón.

—No le falta a usted razón, duque. Una señorita no puede viajar en un carro del tres al cuarto. Sería objetivo de malhechores.

En aquel momento Dalton se sentía como si se encontrara justo en el centro de una diana de arquería. Y ella lo había atravesado. Había dado en el blanco de la conciencia que no sabía ni que poseía.

Cada segundo que se quedaban allí discutiendo podía significar que Trent iba a plantarse ante su puerta, con preguntas y exigencias. Un guerrero jamás huía de la batalla, pero si se quedaba lo arriesgaría todo.

Parecía que todo se reducía a una competición entre enfrentarse a Trent o viajar con lady Dorothea. Al menos ella era de un tamaño más manejable.

Y no había peligro de que la muchacha revelara su secreto. No tenía ni idea de que él fuera nada más que el canalla desconsiderado, adicto al placer y a las apuestas que ella suponía.

Conall le guiñó un ojo a lady Dorothea.

—Tenemos espacio de sobra en nuestra carroza de viaje, ¿no es así, duque?

Thea miró con recelo a Conall. Jamás se había topado con un viejo réprobo indisciplinado tan mal enmascarado como sirviente.

—Solo son veinte horas de viaje hasta Bristol —comentó lady Dorothea, con la intención de convencer a Dalton de hacerle un hueco en su carruaje. Maldita sea. Iba a arrepentirse. Abrió la boca para aceptar a regañadientes, pero la señorita lo interrumpió—: Si no me proporciona una vía de escape yo… Yo… —Apretó sus pequeños puños de modo que no dejarían ni una muesca en las entrañas maduras de un melón diminuto—. Acamparé fuera de su entrada delantera y le explicaré a todo aquel que llegue que va a tomar la gran carretera del oeste hacia Bristol.

«Madre de Dios.»

Dalton golpeó el aparador con los puños y las copas de brandy se tambalearon con precariedad.

—Usted, lady Dorothea, es una plaga y una peste.

—¡Por eso mismo tiene que llevarme! —Curvó los labios en una sonrisa falsa que era una auténtica obra maestra—. Le estoy muy agradecida, su excelencia.

Conall sonrió con burla.

—El duque jamás le negaría nada a una damisela en apuros. —Hizo una reverencia elegante y llena de florituras que Dalton no tenía ni idea de que supiera hacer—. Su carruaje le espera, milady —informó con un acento británico nasal que tenía poco que ver con su habitual tono cantarín.

—Vaya, gracias —contestó lady Dorothea mientras se levantaba el borde de su vestido y capa, y zarpaba para atravesar la alfombra luciendo de

la cabeza a los pies tan apremiante como su formidable madre—. Me limitaré a seguir a su sirviente hasta el carruaje, ¿le parece? —preguntó dándose la vuelta para encararlo—. No me cabe duda de que tendrá que hacer algo respecto a eso. —Agitó una mano en dirección a su rostro—. Y… eso. —Lanzó una mirada desdeñosa a sus piernas desnudas, visibles bajo la bata.

Ambos marcharon, sin duda conspiradores en una guerra en contra de su cordura.

Dejaron a Dalton farfullando, agarrando con fuerza una copa medio vacía de brandy y maldiciéndose por ser un necio enajenado. Se tomó lo que quedaba de brandy de un sorbo fiero y fortalecedor.

¿Qué acababa de ocurrir? ¿De veras había aceptado acompañar a una joven dama inocente hasta Irlanda? ¿Y todo por el crimen execrable de bailar con ella?

No tenía sentido. Ningún sentido.

Analizó su alcoba afligido. Como Conall era su único criado (una mala, pésima idea), no le quedaba otra que reunir lo necesario de equipaje por sí mismo.

¿Qué necesitaba? Ropas que no fueran típicas de un duque, pues iba a viajar de forma anónima. Sus cuchillos. La cartera donde guardaba su pistola.

¿Qué no necesitaba? Una repudiada a la fuga en su carruaje con la idea de la deshonra teórica en una mente de una perspicacia y agilidad absolutas.

No parecía haber resuelto el problema de lady Dorothea.

Solo lo había empeorado.

Capítulo 6

Thea siguió al extraño ayuda de cámara del duque hasta los establos, temblando por el húmedo aire frío. Allí estaba, huyendo de un matrimonio forzado a altas horas de la noche, y todo por haber conocido en un baile una seductora sonrisa a la que no había tenido fuerzas de resistirse.

Si no hubiese bailado con el duque, seguiría siendo una decepción para toda su familia. El plan que había trazado para disfrutar de una última temporada tranquila y lograr una salida discreta de la alta sociedad seguiría en marcha.

Pero ya no tenía tiempo de planear su huida. A la joven le habría gustado llevarse ciertos objetos en su viaje de regreso a Irlanda. Un carruaje hasta arriba de libros para su joven amiga Molly, la hija de uno de los agricultores arrendatarios de una finca vecina. Era una ávida lectora cuya familia no podía permitirse una biblioteca. Durante su estancia en Irlanda, Thea y la muchacha habían forjado una amistad insólita. Gracias a los libros, Molly no se metía en problemas. Era de esas jóvenes que se metían en líos si no mantenía la mente ocupada.

Bueno, no pasaba nada. Thea podía comprarle libros a la niña en Dublín. Y también contaban con la biblioteca del duque en la mansión Balfry. Una sala grandiosa con techos altos y una extensión impresionante de lomos forrados en cuero.

«Primero los cuadros… después los libros», pensó Thea con una sonrisa.

Desde luego, en aquel viaje iba a tener que trabajar duro.

Pero conseguiría que cambiara de opinión.

Debía hacerlo.

Thea miró hacia atrás en un rápido vistazo en la dirección en la que estaba su casa, donde su madre dormía en su solitaria cama soñando que su hija se convertía en duquesa cualquier día… y a cualquier precio.

Thea era una heredera con la promesa de una importante suma de dinero llegado el día de su boda. Pero con una marcha tan precipitada como aquella lo único que podía llegar a imaginarse la joven era… que la desheredaban. Quizá nunca volvería a ver la casa de su padre.

—No estará pensando en cambiar de parecer, ¿no, señorita? —preguntó el raro ayuda de cámara del duque percatándose de hacia dónde miraba Thea.

—Ni hablar. —Thea se reajustó la capa que llevaba y continuó la ardua marcha tras los pesados movimientos del enorme sirviente.

Considerarían que su fuga era la más alta traición que había cometido.

Peor que los años de decepcionantes apariciones en sociedad. Peor que revelar la verdad en la iglesia el día de su boda con el duque de Harland.

Pero vivir bajo el opresivo control de su abuela y casarse con el caballero que esta eligiera por su rango y estatus social, sin tomar en consideración si era una persona decente, no era una opción, así de simple.

Sin saber bien por qué, Thea sentía que su inconformista media hermana Charlene comprendería su decisión. No era la primera vez que Thea deseaba hablar con ella y pedirle consejo, pero Charlene vivía en Surrey con el duque de Harland y su hijo recién nacido.

Eran dueños de una fábrica de cacao, quién lo iba a decir. Y a Thea le habían contado que la fábrica también era una especie de asilo para muchachas indigentes. Además, sabía también que allí enseñaban a las chicas a defenderse de cualquier tipo de insinuación no deseada de un hombre.

Thea quizá necesitara clases como esas si iba a vivir sola con su tía en Irlanda para siempre. Bueno, quizá… quizá algún día pudiera viajar a Surrey y visitar a Charlene. Y si en algún momento de su vida Thea recuperaba su herencia, sería todo un honor para ella invertir dinero en las obras benéficas de su media hermana.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Thea al ayuda de cámara del duque mientras se acercaban al carruaje que los aguardaba.

—Todo el mundo me llama Conall, milady.

—Estoy en deuda contigo, Conall. Gracias.

El hombre podía ser brusco, descortés y descuidado con su aspecto, pero, si no hubiese sido por él, el duque la habría echado a patadas de su casa. Thea le estaría eternamente agradecida por su ayuda.

El hombre inclinó la cabeza y las puntas de la canosa barba rojiza desaparecieron dentro del cuello del abrigo, que llevaba vuelto hacia arriba.

—No hay nada que agradecer. Necesitaba una forma de escapar. Y la casualidad quiso que nosotros tuviésemos el mismo destino.

Los faroles de cristal que había a cada lado de las ventanillas delanteras del impecable carruaje negro arrojaban un soberbio resplandor amarillo entre la oscuridad.

Thea buscó la mirada de Conall.

—Su excelencia ha dejado muy claro que no soy bienvenida.

El hombre alargó el brazo hacia el tirador de latón de la puerta del carruaje.

—No haga caso de las quejas del duque. Tiene una coraza tan fuerte como la cáscara de una nuez. Lo único que necesita es una buena grieta. Y un buen…

—Un buen sirviente que no muestre en público su falta de obediencia. —Thea se sobresaltó ante la voz grave del duque, cuando este apareció detrás del carruaje. A la joven se le aceleró el corazón—. Eso es lo que necesita el duque.

Conall y el duque intercambiaron una mirada desafiante, una señal de que sus desavenencias no eran puntuales y que nunca sabían quién saldría victorioso.

El ayuda de cámara había insinuado que en su interior el duque podía ser una persona dulce y afable. Era evidente que se equivocaba de cabo a rabo.

A la luz de los faroles, unos rasgos duros y unas sombras pesimistas formaban el rostro del duque de Osborne, como si el travieso hoyuelo que lucía en mitad de la barbilla fuese de otra persona y estuviese allí vagando tras haberse perdido en el viaje de vuelta a casa.

Sus vestimentas eran tan lúgubres como su semblante. Unas botas altas negras, unos pantalones estrechos de color marrón oscuro, un gabán negro y un sombrero de castor con un ala curva. Todo era de la mejor calidad, cómo no, pero las prendas estaban raídas y los zapatos sin pulir, y distaban mucho del elegante atuendo que había llevado en el baile.

Thea se percató de que el carruaje no lucía el blasón de la familia del duque. Quizá la sobriedad de sus ropas y la falta de distintivo en el carruaje se debían a que el hombre quería permanecer en el anonimato para escapar de más esposos posesivos.

Tendría muchísimos enemigos celosos que evitar.

Todo el mundo era conocedor de que el duque de Osborne apilaba señoras en su haber como si fuesen ramitas y él quisiera encender una hoguera tan grande como para que ardiera todo Londres.

—Es su última oportunidad para cambiar de parecer, lady Dorothea —avisó Osborne, al tiempo que se golpeaba en la palma de la mano con el par de guantes de montar de piel negros—. Le ordenaré a uno de los mozos que la acompañe para que llegue bien a su casa, a la seguridad de su colchón de plumas, con su madre, que tanto la adora.

«Su madre, que tanto la adora.» No, dado que Thea había sido toda una decepción como hija.

La joven no permitiría que el duque la intimidase con esa mirada burlona del color de la medianoche.

Y, desde luego, él no iba a tomar ninguna decisión en su nombre. Thea se enderezó un poco más.

—Me temo que tendrá que cargar conmigo durante toda la travesía, su excelencia.

—Y yo me temía que fuese a pronunciar esas palabras, lady Dorothea. —El hombre estrujó los guantes—. Muy bien, pues en marcha. No hay tiempo que perder.

Conall le ofreció la mano para ayudarla a subir.

—Arriba, milady.

Thea subió al estribo del carruaje, pero allí donde debería haber estado el suelo que pisaría, solo había…

—Una cama —dijo la chica desconcertada, con la mirada fija en el montón de cojines de seda, a rayas azules y color crema, que descansaban cómodamente sobre una superficie plana de madera, un poco inclinada—. Es una cama.

Se tambaleó un poco sobre el estribo, sin tener del todo claro qué debía hacer entonces. Lo que sí era seguro es que no era propio de una dama compartir una… cama… de viaje con un duque.

«Esto no tiene nada de indecoroso —se recordó a sí misma—. Vas a dejar el decoro y todo lo demás muy muy lejos.»

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el duque inclinándose para inspeccionar el interior del carruaje.

—Adelante, milady. —Conall tiró de la mano de la joven en un movimiento casi imperceptible; Thea perdió el equilibrio y entró al carruaje a trompicones, con cierta brusquedad—. Estas cuadrigas de viaje son todo un ingenio, ¿no le parece? —comentó, y le dio una palmada a la pared del carruaje—. Unos tableros de madera que se pueden plegar para los viajes nocturnos.

No podía saber a ciencia cierta qué había bajo esos bigotes, pero Thea estaba convencida de que una sonrisa traviesa adornaba el rostro de Conall.

El duque observó a Thea mientras la joven se recolocaba la capota y se acomodaba las faldas tras una entrada apresurada.

De pronto el duque retrocedió.

—Cámbialo y haz que sea un asiento —le ordenó a Conall.

—Es muy tarde, no tenemos tiempo. Debemos marcharnos de inmediato.

—Pues viajaré fuera.

—Imposible, alguien podría reconocerle.

El duque maldijo para sus adentros y se abalanzó al interior del carruaje; aterrizó junto a Thea con un golpetazo que hizo temblar toda la estructura de acero y madera.

Conall le guiñó un ojo a Thea y dio un portazo al cerrar la puerta.

Por el amenazador ceño fruncido que vio en su rostro, Thea era consciente de que el duque no estaba de humor para más provocaciones.

La única palabra que podía describir al hombre en aquel momento era *atronador*. Con una gran probabilidad de rayos y lluvias torrenciales. Pero nada iba a ahogar la vigorizante oleada de esperanza que Thea sintió cuando los caballos echaron a trotar y las ruedas empezaron a girar.

De vuelta a la casa de campo de Ballybrack.

Allí donde el zumbido de las abejas que vivían en las colmenas de las cestas de paja de su tía resonaba en el aire, y donde las cazuelas llenas de mermelada de naranja y miel borboteaban con furia y llenaban el aire con olor a especias.

Thea ya había malgastado demasiado tiempo intentando ser perfecta y, después, castigándose por no satisfacer las expectativas impuestas por sus padres y la sociedad. En Irlanda tendría la libertad de decidir quién era, no quien su madre dispondría que fuese.

Y la muchacha ya sabía que elegiría vivir con sus imperfecciones, siendo incisiva y torpe, como la basta mermelada de naranja a la que se le añadía un ligero toque de miel para rebajar el amargor de la piel de la fruta.

Thea se acomodó sobre los cojines con todo el decoro que pudo; se tapó las piernas con una manta roja de lana a cuadros y se deshizo de la capota.

El duque se despatarró sobre los cojines, con las piernas bien estiradas en la vacía cabina del carruaje. El bamboleo del vehículo al pasar por las calles de la ciudad hizo que sus cuerpos se acercaran, y Thea tuvo que aferrarse a las cortinas para permanecer inmóvil en su lado de la cama.

El duque todavía podía decidir echarla sin miramientos del carruaje.

Lo mejor sería darle un poco de espacio, al menos hasta que dejaran Londres atrás. Entonces la joven podría retomar su campaña para convencerle de que la dejara descubrir el resto de su colección de arte.

Estaba convencida de que había otra obra de Artemisia en algún rincón del desván. La obra perdida de un auténtico genio de la pintura.

Un cuadro tan conmovedor y fastuoso que los historiadores se verían obligados a concederle a Artemisia un papel más importante en los catálogos de historia del arte.

Y si resultaba que al final dicho cuadro era un autorretrato, en cierta forma Thea podría por fin conocer a su pintora predilecta.

Para lograr que el duque cambiara de parecer, Thea contaba con un día de viaje en carruaje hasta Bristol, y otro día más de viaje en barco para llegar a Irlanda. Al menos podría convencerle para que viese la *Venus dormida* con sus propios ojos antes de que le prohibiera terminantemente hacer más hallazgos.

Con ese tiempo debía bastarle para minar su determinación.

Tendría que ser suficiente.

Thea observó al duque con el rabillo del ojo. Si el vigor de su presencia resultaba abrumador desde el otro lado de un salón de baile, era devastador en un espacio tan reducido como aquel.

Thea se estremeció.

—¿Tiene frío, lady Dorothea?

En la oscuridad del carruaje, la mirada de la joven se cruzó con los ojos caídos del duque.

—Un poco —contestó y se arropó más con la manta—. Estaba pensando en su ayuda de cámara. Resulta bastante… peculiar.

—Yo elegiría otro adjetivo para describirlo. —Osborne miraba por la ventana con furia, y era evidente que se estaba imaginando varias formas lentas y retorcidas de matar a Conall—. Disfruta mucho con sus bromitas.

—¿Ha recibido una formación adecuada como ayuda de cámara de un caballero?

—No hay un ápice de caballerosidad en el cuerpo de ese hombre. Creía que a estas alturas se habría percatado de ello.

—Y ¿dónde lo encontró?

—Pues la verdad… —El duque se volvió hacia ella, y se incorporó apoyándose en el codo—. La verdad es que eso no es de su incumbencia.

—Doy por sentado que no tengo posibilidad alguna de hacerle entender por qué estoy haciendo esto, por qué tengo que marcharme de Londres. Por qué no voy a someterme a la autoridad de mi abuela ni a casarme con un hombre que haya elegido mi familia.

—Pensaba que lo estaba haciendo para atormentarme.

Ni un atisbo de sonrisa. ¿Dónde había quedado aquel famoso encanto que lo precedía? Como poco podría fingir que era un caballero para que ella se sintiera más cómoda.

—No es culpa mía que esté aquí con usted. —No pudo evitar pronunciarlo en un tono acusador. Era imposible que se diera cuenta de lo complicada que era la situación para ella.

—¿Que no es culpa suya? —El duque emitió un jadeo de incredulidad —. ¿Que no es culpa suya? ¿Quién se ha subido a mi cama esta noche y me

ha pisoteado la espalda? ¿Quién casi podría decirse que me ha extorsionado para montarse en este carruaje?

Thea se recordó a sí misma que debía respirar y sonreír con cortesía.

«Las señoritas nunca pierden los estribos —la reprendía la voz de su madre en la mente—. Si vas a ofenderte, que sea en privado. Después, reaparece con una sonrisa de serenidad en el rostro.»

—Ah, ¿y quién ha destrozado mis planes, su excelencia? —preguntó en un tono jovial—. ¿Quién hizo que mi casa se llenara de rosas de viejos lores libidinosos?

—Estoy seguro de que ha recibido flores de caballeros menos desagradables. Sin duda tendrá usted dónde elegir entre tantos pretendientes.

—Mi abuela está empeñada en que la elección sea entre Foxford y Marwood. Y no va a tomar esa decisión por mí.

El duque se la quedó mirando un momento; el pelo le brillaba bajo la luz de los faroles de la calle que dejaban atrás, y emitía un resplandor cobrizo.

—Es un impulso temerario, se arrepentirá cuando sea mayor.

Hablaba como si tuviera la edad de su padre, pero no podía tener más de veintinueve años.

—¿Cree que soy incapaz de tomar mis propias decisiones?

—Creo que no ha pensado detenidamente en las consecuencias de sus actos.

Era el típico hombre que daba su opinión libremente sin escuchar a nadie más. Igual que su padre. De vez en cuando, su padre daba órdenes encolerizado para saciar su ego, si bien todo el mundo sabía que quien supervisaba con mano de hierro la gestión de la casa de Londres y de todas sus propiedades era su madre.

—¿Por qué no puedo ser libre para elegir mi propio futuro? —preguntó Thea—. Si quiero vivir como una solterona, no permitiré que ningún duque

me detenga.

Una sonrisa se formó en los labios del duque.

—Lady Dorothea, usted no será nunca una solterona. —Desvió la mirada a los labios de la chica—. No está hecha para ese papel. —Bajó un poco más la mirada, como si pudiera ver a través de la manta—. Créame.

Dios mío. Allí estaba la cautivadora sonrisa que había hecho que la muchacha se metiera en ese aprieto.

—El caso es que no encajo con su visión del mundo. No hay ningún hueco en el que pueda colocarme y, después, olvidarse de mí para siempre —insistió la muchacha.

—Huecos —repitió el duque con una sonrisa lobuna—. Me gustan los huecos.

Deslizó los dedos desnudos por los flecos de la manta, apenas un par de centímetros por encima del brazo de Thea.

La sonrisa del duque la envolvió en llamas e hizo desaparecer el frío más rápido que la manta de lana. No tenía claro qué era peor para su salud mental, el ceño fruncido o tanta sonrisa.

Justo en aquel momento, las ruedas del carruaje pasaron por encima de un bache de la carretera; la cortina de la que Thea se sujetaba se rasgó y la muchacha acabó chocándose con el muro sólido que era el cuerpo del duque.

No se podía culpar a una joven si un carruaje la empujaba contra un duque, ¿no?

El hombre la rodeó con los brazos fuertes, y la estrechó contra su pecho.

—¡Santo cielo!

—¿Está usted bien?

—Sí, estoy bien. —Pero era mentira. De repente el deseo de acurrucarse junto al cuerpo del duque atacó las defensas de la joven. De deslizar las manos bajo el abrigo, dejar atrás toda la lana y el lino, y buscar la carne firme y tersa que Thea sabía que la esperaba allí abajo.

«Dorothea Beaumont, detente en este mismo instante. Las jóvenes refinadas jamás permiten que su mente vague por esas sendas pecaminosas.»

Quizá solo necesitaba que alguien la cogiera entre sus brazos. Que le asegurara que, aunque sortear esas aguas embravecidas podía resultar una ardua tarea, no tendría por qué hacerlo sola.

Qué absurdo.

Sí, el duque había aceptado su compañía en el viaje, pero había sido solo a regañadientes.

—Por lo visto pasamos una increíble cantidad de tiempo juntos en una cama, su excelencia. Y eso que apenas nos conocemos.

La muchacha soltó una risita incómoda, porque sentía la necesidad de aligerar la tensión que se había creado y de ahuyentar ese anhelo de que alguien la estrechara entre sus brazos. De que alguien la besara.

—Llegaremos a Hounslow en menos de dos horas y allí ordenaré que recoloquen el asiento del carruaje —contestó el duque con brusquedad.

«No, no será necesario.» Thea apenas pudo evitar que esas palabras salieran de su boca.

El carruaje se tambaleó otra vez, y el duque la acercó más a su pecho. Aquel hombre haría que la mente de la más casta de las señoritas vagara por la senda del pecado. Que sintiese en los dedos ese deseo de vagar por tierras desconocidas. Que tuviese… necesidades.

«Deja de pensar en eso ahora mismo. Una señorita jamás tiene esa clase de necesidades… y ni por asomo sucumbe a ellas. Jamás.»

Pero ¿por qué los caballeros sí podían obrar de acuerdo con sus necesidades, y hasta se esperaba que así lo hicieran, mientras las señoritas debían reprimir las suyas?

«Por Dios, Thea. ¿Qué pensaría el duque si pudiese leer tus pensamientos en este mismo instante?»

Pensaría que ansiaba hechizarlo para obligarlo luego a casarse con él.

Y no podría estar más equivocado.

Thea se negaba categóricamente a no ser más que otra de sus bobas admiradoras, que le ponían ojitos y se cruzaban en su camino con la vana esperanza de convertirse en su duquesa.

En cambio, ella había tomado ese camino con un propósito muy claro: escapar. Ser libre.

Y conseguir la oportunidad de estudiar la colección de arte del duque.

No es que se hubiera fijado en los sensuales labios del hombre, ni en el hoyuelo tan seductor que tenía en la barbilla… ni en los brazos, duros como piedras, que la estrechaban.

No, ni por asomo.

Dalton estrechó un poco más a lady Dorothea contra su pecho mientras el carruaje atravesaba el tramo de adoquines lleno de baches.

No podía permitir que la joven estuviera dando tumbos por el carruaje y que se hiciera con una colección de cardenales y arañazos, ¿no? Debían de estar cerca de Ludgate Hill. Las condiciones de la carretera no tardarían en mejorar.

Y, entonces, Dalton la recolocaría en su lado del carruaje. Enrollaría su abrigo, hasta darle forma de cojín, y lo colocaría entre ambos, bien apretujado.

—Es tarde —dijo tocándole el hombro a lady Dorothea—. Debería intentar dormir un poco. El viaje será más tranquilo cuando lleguemos a la gran carretera del oeste.

Unas pestañas muy curvadas revolotearon sobre unas mejillas blancas. ¿Era necesario que desprendiese un aroma tan apetecible? Era imposible que un hombre pudiese dormir en un carruaje perfumado con pétalos de rosa y el calor que emanaba de esa mujer.

Aunque resultara imposible de creer, tan solo el ritmo de su respiración ya le resultaba insoportablemente erótico. Con cada respiración que daba, el

pecho de la joven se elevaba bajo la manta. No era más que un hombre, por Dios. No podía evitar pensar en lo que se escondía bajo ese trozo de lana de cuadros escoceses.

Los pechos de lady Dorothea no se derramarían del abrazo de sus manos; se refugiarían en ellas, y encajarían a la perfección en sus palmas ahuecadas. Y, cuando Dalton le retorciera los pezones con el pulgar y el índice, la muchacha soltaría un jadeo de sorpresa y se arquearía sobre él.

Si Dalton deslizaba las manos por las curvas que formaban sus caderas, no le costaría esfuerzo alguno tirar de ella y colocarla sobre su cuerpo. Y la mantendría allí, inmóvil, mientras él la complacía con las manos, la boca, la lengua y el…

Dalton se dio un rápido puntapié mental. Sería todo lo problemática que fuese, pero era una señorita pura e inocente. No era una de sus viudas, mujeres versadas. No era una de las mujeres con las que él elegía yacer, cuyos maridos tenían fama de hombres crueles y desleales. Mujeres que lo buscaban para encontrar consuelo y vengarse de sus esposos.

Dichas mujeres recibían placer, y Dalton las reconfortaba diciéndoles que eran bellas y que debían tratarlas como si fuesen un bien preciado, mientras escuchaba cómo se desquitaban de sus maridos. Poderosos lores y hombres de negocios inmersos en la corrupción que dirigían el mundo criminal londinense.

Tanto él como las viudas y las mujeres con las que compartía lecho se utilizaban y se beneficiaban de su compañía, y nadie salía herido.

Ellas comprendían que él no tenía corazón que entregarles.

En cambio, sería demasiado sencillo herir a la joven lady Dorothea.

—¿Duerme, su excelencia? —susurró la muchacha medio dormida.

—Dormía —mintió.

—No es verdad. Si hubiese estado dormido, no habría podido oír mi pregunta.

—Intentaba conciliar el sueño, y ya casi lo había conseguido. Le sugiero que haga lo mismo.

Lady Dorothea bostezó, se acurrucó contra él y apoyó una de las pequeñas manos, cerrada, junto al lóbulo de la oreja del hombre.

Apenas un ligero roce contra su cuello.

Un roce suave, vacilante, y él ya estaba duro y ardiendo en deseo. Contuvo la respiración. Dalton siempre necesitaba aliviarse físicamente tras una noche en los infiernos, pues la sangre todavía le bombeaba con la sensación de peligro y en la mente le retumbaba la necesidad de dominar la situación.

Con delicadeza, Dalton levantó los dedos de la joven, y se preparó para moverla al otro lado del carruaje. Tenía que aumentar la distancia entre ambos.

En una contradicción total de sus movimientos, las ruedas del carruaje se sacudieron; el traqueteo hizo que las tablas sobre las que descansaban la joven y él temblaran, y el cuerpo de lady Dorothea acabó todavía más hundido entre sus brazos.

—¿Cómo se ha hecho ese corte? —murmuró la muchacha observándole la mandíbula—. ¿Se lo hizo el esposo posesivo del que huye?

Qué conveniente para él que los redactores de los periódicos se jactaran de todos los duelos en los que había participado. Los duelos que él mismo se había inventado con insinuaciones y los rumores apropiados.

—Un accidente en una taberna. Con la esquirla de un cristal roto. Nada tan espectacular como un duelo.

—Claro —respondió ella con un tono de lo más escéptico.

Al ver los cardenales y los cortes que lucía, la gente sacaba sus propias conclusiones. Si bien es verdad que esas marcas no eran habituales en él. Era demasiado rápido. Había sido descuidado en su encuentro con Trent; había bajado la guardia.

Jamás volvería a ocurrir.

—¿Me permitiría hacerle una pregunta, su excelencia?

—No, desde luego que no.

A pesar de que sus labios se negaron, Dalton estimuló su audacia con las manos. Consternado, se percató de que le había estado acariciando el pelo. Había estado pasando los dedos por esos mechones del color de la miel.

—Duérmase, lady Dorothea.

—Solo quiero saber una cosa. ¿Qué tienen los escarceos amorosos para justificar todos los riesgos que corre con ellos?

«Dalton, no contestes a esa pregunta. Ni se te…»

—En esta vida, hay cosas por las que vale la pena correr cualquier riesgo y pagar cualquier precio.

«Tus ensortijados rizos de un dorado rojizo, por ejemplo. No hay dinero en el mundo que pueda pagarlos. La forma en la que encajas entre mis brazos y apoyas la cabeza justo debajo de mi barbilla.»

Por los infiernos. Pero ¿qué le estaba pasando?

Era obra de la oscuridad. Y de la cama.

Y del bulto caliente y adormecido que era la mujer que tenía entre sus brazos.

—Pero, concretamente, ¿qué tiene la conquista, el hecho de reclamar a una mujer como suya, de hacerla suya, y después deshacerse de ella y pasar a la siguiente, que hace que actúe de esa forma? ¿Es el poder? ¿El placer, tal vez?

«Por el mismísimo diablo.»

—Esa es una conversación que no vamos a tener. Jamás.

—Es pura curiosidad, de verdad. Finja que soy un hombre. Finja que estamos conversando con una jarra de cerveza en mano, en una taberna.

No había forma humana en el mundo en la que pudiese fingir eso que le proponía. No con esas curvas tan suaves bien apretadas contra su cuerpo.

—Soy su mejor amigo —continuó la muchacha, bajando la voz hasta hablar con el adorable y ronco tono de un barítono—: Yo le pregunto: «Osborne, ¿ya ha llegado el momento de buscar una nueva querida? ¿Te has cansado de la dulce Renwick? ¿Quién va a ser la siguiente?».

Dalton reprimió una carcajada. ¿Qué podía saber aquella señorita de las queridas?

Y, de pronto, recordó algo. Su padre, el conde de Desmond, era un libertino celebérrimo. Sus hijos ilegítimos vivían dispersos a lo largo y ancho de toda Inglaterra.

James, uno de los amigos de Dalton, se había casado con una de esas hijas ilegítimas.

¿Acaso pensaba que Dalton y su padre eran iguales?

La sangre le hirvió por el enfado que sintió al pensarlo. Él no se parecía en nada a ese Desmond.

Pero nunca se lo explicaría a ella, desde luego. Con el paso de los años, Dalton se había labrado su libertina reputación con diligencia. Los rumores que corrían sobre sus escarceos amorosos desviaban las miradas de sus otras actividades nocturnas.

Aun así, la muchacha se merecía una explicación.

—Los hombres no somos complicados. Nos gusta romper cosas, beber hasta perder el conocimiento y dar placer a las mujeres. Es así de sencillo.

Pero no era tan sencillo, claro. La necesidad de venganza era mayor que la de amor. Y, en aquel momento, en aquel carruaje, con lady Dorothea acurrucada junto a su pecho, le convenía recordarlo.

No debería haber accedido a acompañarla hasta Irlanda. No había hecho más que lanzarse un farol; jamás le habría revelado a Trent dónde podría encontrarlo.

La imagen del viejo de Foxford manoseando a la muchacha le revolvió el pensamiento, como el brandy que había tomado la noche anterior y que todavía le quemaba en el estómago.

Le rodeó la cintura con un brazo. Ella nunca se casaría con Foxford. Dalton jamás lo permitiría.

Él seguiría con su despiadada misión, pero, a partir de ese momento, se encargaría de proteger a la muchacha hasta que llegase a casa de su tía. Era lo bastante fuerte para cumplir con ambas tareas.

Lady Dorothea ladeó la cabeza.

—¿Está diciendo que los hombres se mueven por necesidades primitivas… impulsos animales… sin importar las consecuencias?

—Sí, algo así.

La joven se acurrucó un poco más cerca, y enterró la barbilla en su cuello.

—¿Y usted no siente esos impulsos… ahora mismo? —preguntó susurrando.

Vaya si los sentía. Los sentía, se hundía en ellos y ansiaba poder desatar toda su furia.

—Por favor, duérmase —suplicó desesperado.

—¿Acaso usted no… me desea?

No tardaría en estallar. Y encontrarían sus trocitos por todo el camino, hasta Londres.

—Si yo la deseo o no, carece de importancia. Ahora, duérmase o le tapo la boca con este pañuelo.

—¡Dios! —Lady Dorothea volvió a su lado de la cama, lejos de él—. Solo intento comprender la mente masculina.

—En general, las mujeres ansían más de lo que los hombres estamos dispuestos a darles —dijo con más tacto.

—Lo sé. —Qué crudeza al hablar. Casi hizo que se estremeciera—. Así me lo enseñó mi padre —añadió—. Jamás ha demostrado el más mínimo interés en mí. Lo más probable es que ni siquiera se dé cuenta de que me he marchado.

—Pero ¿su madre no se preocupará?

—Se pondrá hecha una fiera, más bien. Ha puesto todas sus esperanzas y sueños en mí, en vez de vivir su propia vida. Me di cuenta de ello hace tiempo.

—Y por eso usted huye.

—Yo espero poder hacer algo con mi vida. Ser útil haciendo algo que merezca la pena. —«Ah, vaya… Así que eso era. Quería algo de él»—. ¿Por qué no me permite abrir los cuadros que guarda en el desván? ¿Qué daño puede hacer? Podría haber tesoros perdidos allí escondidos, de un valor incalculable. ¿Su padre compró las obras en Europa, en subastas?

—No las compró. Fueron las liquidaciones de varias deudas de apuestas. A veces ganaba fincas enteras y, otras, colecciones de arte ancestrales.

—¿No siente una mínima pizca de curiosidad por el valor de la colección? Tengo el presentimiento de que cualquier persona estaría dispuesta a darle una asombrosa cantidad de dinero si decide vender los cuadros.

—No.

—¿Por qué? ¿Qué daño podía hacerle? —insistió lady Dorothea.

—No voy a poner un pie en Balfry. —Las palabras emergieron de golpe de algún rincón enterrado de su alma—. Alec, mi hermano, se ahogó allí cuando tenía cinco años. En las frías aguas de la bahía. Se… se cayó por un acantilado.

La sociedad todavía recordaba lo ocurrido como un trágico accidente, si es que en algún momento pensaban en ello.

Lady Dorothea permaneció en silencio, anonadada. Con timidez, le rozó el brazo.

—Lo lamento —susurró—. No tenía ni idea, de verdad.

Dalton conocía ese suave tono con el que hablaba. Era el resultado de una confesión personal hecha por un hombre que llevaba a la mujer a

pensar que podía salvarlo. Dalton se impacientó, y los músculos del antebrazo se le tensaron como si fuesen cuerdas.

—La alta sociedad lo ha olvidado, pero mi familia no podría olvidarlo nunca. En especial mi madre. No ha vuelto a la mansión desde entonces.

Maldición. Lo había empeorado. No podía hablar de su madre, eso no haría más que darle más esperanzas. Tenía que cerrar la boca de una vez, y mantener los labios bien sellados. Ella corría peligro a su lado.

—¿Se ha planteado que, quizá, al visitar la casa, los espíritus podrían desaparecer, en vez de volver con más fuerza? —susurró lady Dorothea.

—No tengo deseo alguno de revivir el pasado.

—Es una pena, la verdad.

—No necesito su compasión, lady Dorothea. Solo se lo he contado para que comprenda por qué no me interesa lo más mínimo hacer una lista con lo que alberga esa casa.

La muchacha se ciñó un poco más la manta a la altura de los hombros y se acurrucó en su lado del carruaje.

—No le molestaré más, entonces.

Se había enfadado con él. Pero ¿qué más podía hacer? No tenía nada que ofrecerle, salvo su protección durante el breve viaje que compartirían.

Lady Dorothea empezó a respirar de forma rítmica y relajada. Lo había incitado a hacer unas revelaciones poco propias de él con esos ojos que emitían confianza y unas preguntas que lo habían molestado desde la inocencia.

No podía permitirse ninguna clase de distracción. Debía estar listo y atento a lo que se avecinaba. El enfrentamiento con O’Roarke. Mantener la concentración. Estar motivado.

Lady Dorothea suspiró dormida, un corto sonido de alivio que no hizo más que aumentar la herida de Dalton.

Huelga decir que él no podría dormir nada hasta que la cama recuperase su forma original de asiento. Lady Dorothea era toda una tentación, pero él

tenía la fuerza necesaria para resistirse a ella.

Aunque ella le suplicara que la besara. Aunque sus bucles serpentearan alrededor de su erección y le pidiese que le enseñara a darle placer a través de la cortina de satén que era su pelo.

«¿Qué demonios te pasa? Recomponte, hombre.»

Lady Dorothea poseía una belleza interior de gran valor. Él no era quién para mancillarla. Ni para poseerla.

Había decidido protegerla.

Y nunca perdería el control.

Capítulo 7

Un toque en el rostro hizo que Dalton se despertara del sobresalto. En un instante había prendido a su asaltante, que se retorcía y se encontraba inerme bajo su cuerpo.

—Su excelencia. —Era una voz femenina amortiguada e indignada—. Su excelencia, soy yo.

Una pausa. Varios jadeos desorientados. Una dama en su lecho. La luz del día.

Nunca había dormido junto a una mujer… y mucho menos una dama.

«No era su cama.»

Espacio reducido.

«El carruaje.»

Se quitó de encima de lady Dorothea. Los acontecimientos de la noche anterior se estrellaron contra su cabeza como el gancho derecho de un pugilista profesional.

Bajo la luz matutina, la situación se tornaba incluso más censurable. ¿En qué diantres había estado pensando, maldita sea? Jamás debería haber aceptado acompañarla a cualquier parte que no fuera a cruzar la plaza y llevarla de vuelta con la condesa.

Él suponía un peligro aún mayor para ella que las abuelas controladoras.

Maldición. Maldición. ¡Maldición!

—Pero, bueno —resopló lady Dorothea mientras se reajustaba la capota —. Tampoco era necesario aplastar a nadie.

—Me ha tocado. Mi reacción ha sido instintiva.

—Estaba intentando despertarlo. Hemos parado a cambiar de caballos. —Arrugó la nariz—. Huele a establo.

A juzgar por la luz, había permanecido sumido en sus sueños durante al menos tres patios de posadas bien iluminadas, una hueste de mozos de cuadra cambiando caballos, nuevos postillones tomando las riendas y los antiguos marchándose. Caer en la cuenta de aquello fue de lo más desconcertante.

¿Cuánto tiempo llevaba ella despierta?

Miró de reojo en su dirección.

«Diantre. No la mires fijamente. No…»

Un derroche de rizos de azúcar hilada. Leves ojeras oscuras bajo unos ojos del color de los cielos lluviosos. Un tentador atisbo de clavículas visibles bajo la seda con estampado escocés de color gris y verde.

Dalton apartó la mirada, se volvió a anudar el pañuelo con un nudo sencillo y se pasó una mano por los rebeldes cabellos.

Era hora de escapar de bellezas abatidas que lucen aspecto de recién levantadas con miradas atrevidas e inquisidoras.

—Nuestra estancia será breve. —Buscó su sombrero en el interior de aquel cachivache desastroso que se las daba de carruaje—. Nos habremos detenido en una posada mediocre. Podría haber indeseables en las cercanías.

Él, el primero. La noche anterior había pasado demasiadas horas imaginando todas las depravaciones que quería hacer con ella. Se encontraría más segura con un bandido.

La muchacha se abrochó los corchetes escondidos bajo el satén bordado de su abrigo verde pálido de talle ajustado.

—Bueno, estoy hambrienta, conque… —Se ató las largas tiras gris paloma de la capota en un lazo respingón bajo su afilado mentoncito—. Escúcheme. Necesitamos una historia, su excelencia, en el hipotético caso

de que alguien en la posada nos haga preguntas. ¿De quién es el carruaje en el que viajamos?

—Conall se lo alquiló a un mercader llamado Jones, según tengo entendido. —Localizó su sombrero. Lucía todavía más aplanado. ¿Acaso había dormido encima de él?—. ¿En qué afectaría eso?

—Significa que usted es el humilde, normal y corriente señor Jones. Y yo soy la estimable señora Jones. Veamos… —Se dio toquecitos con los dedos en el lazo de la capota y observó el ir y venir que tenía lugar en el patio de la posada, más allá de la ventana, mientras él buscaba a tientas su gabán por el carruaje—. El señor Jones es dueño de una próspera cadena de tiendas de comestibles no perecederos. Harina… cereales… copos de avena y bienes similares. Hay caballos que tienen que comer, ¿sabe? Y pan que hay que hornear. Y tenemos tres retoños esperando en Bristol. Sus nombres son… Melisande, Mirabelle y… Michaelvidad.

Dalton parpadeó. Todavía no se había tomado su café matutino. Era demasiado temprano para hablar de niños.

—¿Michaelvidad?

—La pobre nació en el día de la santa festividad.

—¿Michaelvidad es una niña? —Dalton se deslizó dentro de su gabán y se colocó el sombrero aplastado en la cabeza—. No necesitamos una historia. —Abrió la puerta y bajó del carruaje de un salto—. Porque no va a hablar con nadie.

La agarró de la cintura y la levantó para dejarla en el suelo. No era estrictamente necesario, pero sí conveniente. Excepto por el hecho de que sus manos no querían desprenderse de su delgada cintura. ¿Dónde se encontraba aquella capa gris voluminosa en la que se había envuelto la noche anterior?

Allí estaba, hecha una bola en una esquina del carruaje. Demasiado arrugada como para lucirla.

Los ojos de la muchacha se iluminaron con un brillo descarado.

—¿Acaso preferiría que tuviéramos un niño, señor Jones?

Dalton apartó las manos de golpe y dio un paso atrás.

—Lo que preferiría es no tener semejante conversación.

Por fortuna, todos los que se encontraban en el establo estaban atareados con sus quehaceres, ensillando caballos y arrastrando cubos de heno, demasiado diligentes para percatarse de la insurrección que estaba urdiéndose ante sus narices.

Se suponía que aquel viaje iba a ser tranquilo y sin incidentes.

Ella echó la cabeza hacia atrás para así poder verlo con mayor claridad desde debajo del ala de su capota.

—Entonces le ruego que me informe de quién es la mujer que viaja con usted en la cama de su carruaje. ¿Acaso se trata de Olofsson, la dama de los pies talentosos?

Él cerró de un golpe la puerta del carruaje y se encaminó hacia la posada.

—Es la decorosa lady Dorothea. Me la encontré desesperada y sola en el arcén de un camino; el carro de correos que tan imprudentemente había contratado la había dejado atrás cuando hizo una parada demasiado larga en una posada para acosar a preguntas al posadero.

Lady Dorothea sonrió con aire triunfal.

—Está inventando historias, su excelencia. Pero la mía me gusta más, ¿a usted no? El señor Jones es un individuo de lo más prosaico y agradable. Cielos, el hombre nunca regaña a su amada esposa. Y jamás de los jamases frunce el ceño. Ni gruñe.

Dalton frunció el ceño. Y después gruñó.

—Le ruego que entre en silencio y se tome su té sin dilación, lady Dorothea.

—Por favor, llámeme Thea, señor Jones. A mi parecer, siendo usted el padre de mis tres hijos, puedo concederle esa libertad.

Aquellas eran unas palabras peligrosas.

Las damas cuyo nombre era Dorothea jamás conversaban con mercaderes en una posada mediocre y atraían demasiado la atención. Pero las recalcitrantes Theas sí que eran muy capaces de montar un numerito.

Negó con la cabeza.

—Nada de Thea. Ni de señora Jones —murmuró.

Ella entrecerró los ojos bajo la luz matutina, llena de rocío.

Dalton ignoró la advertencia y la hizo apresurarse hacia la puerta de la posada.

Un hombre ataviado con sobrios ropajes negros y un alzacuellos blanco emergió de ella y pasó a su lado.

—*Caro mio! Che bella giornata!* —gritó lady Dorothea mientras apuntaba con la mano a los cielos encapotados.

El pastor estiró el cuello para contemplarlos.

—Pero ¿qué ha sido eso, por el amor de Dios? —susurró Dalton cuando el pastor se encontró a una distancia aceptable.

—Si no soy la esposa, entonces debo ser la querida. Y el serio señor Jones siente predilección por las apasionadas cantantes de ópera —anunció. Volvió a dirigir sus dedos al lazo de seda de la capota y lo acarició en toda su longitud—. Para su información, sé hablar en perfecto italiano. Y mi voz de soprano lírica es bastante buena.

Sí, y él era el maldito arzobispo.

—Es usted más inglesa que el pudín de Yorkshire. Nadie va a creerse que sea italiana. —La instó a caminar hacia la puerta—. Ahora entre. En silencio. Se acabó el italiano. Y se acabaron las historias. ¿Me ha entendido?

Ella frunció el ceño.

—Solía sentarme en una plaza en Florencia para analizar las conversaciones. El secreto está en los gestos de las manos, ¿sabe? —Levantó el brazo con dramática pomposidad—. Soy la dama Gabrielli, la célebre soprano de coloratura proveniente de Florencia.

Ladeó la cadera y colocó un puño en la curva resultante.

Un mozo de cuadra se volvió, los movimientos despreocupados de la muchacha habían captado su atención y los rizos de ranúnculo que le caían por los hombros apresaron su mirada.

Dalton apretó la mandíbula.

—Si lo que ansía son adulaciones, entonces debería volver a Londres, donde su público la espera lleno de adoración para lanzarle montones de rosas a sus pies.

El brillo de sus ojos se extinguió.

—No ansío adulaciones. Anhelo libertad. —Negó con la cabeza—. Quiero cantar con todas mis fuerzas. Quiero… Quiero vivir.

En el pecho de Dalton se alojó una punzada. Era de lo más corriente que se imaginara otras realidades cuando había estado viviendo bajo el severo control de su madre toda su existencia. Pero aquella floreciente rebelión no era en absoluto conveniente para sus planes. Él la empujó hacia la puerta.

—Debemos llegar a Bristol con la mayor prontitud posible y sin atraer la atención. Si nos topamos con alguna cara conocida, su reputación quedará arruinada al instante. Es peligroso para usted, sin duda será consciente de ello.

—¿De veras piensa que soy una cabeza hueca? Por supuesto que soy consciente. Pero la historia no puede más que servirnos de ayuda. Si los viajeros que se encuentran en esta mediocre posada, quienes a duras penas serán capaces de reconocernos, creen que se han cruzado con una cantante de ópera y un próspero mercader, no tendrán chismorreos que contar acerca… —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. De duques y solteronas.

Su idea tenía cierto sentido. No… no lo tenía. Lo mejor siempre era limitarse a mantener la boca cerrada. Dejar que la gente se inventara sus propias historias.

—Va a entrar y yo me dirigiré a los establos. —Le entregó algunas monedas del bolsillo de su chaleco—. Le invito a un té. Se lo tomará rápidamente.

Ella cerró los dedos alrededor de las monedas.

—Como desees, *caro mio* —dijo en aquel fingido acento italiano con una dulce sonrisa pegada en sus labios—. Tus deseos son órdenes para mí.

Aquel numerito de obediencia no iba a engañarlo. No había ni un pelo de sumisión en aquel cuerpo menudo y curvilíneo. Y las siguientes palabras que pronunció le dieron la razón.

—Intentaré no cantarles más de una o dos arias a la buena gente de la posada.

Meneó las caderas de un modo sospechosamente operístico mientras desapareció por el umbral de la posada.

Había demasiada gente a su alrededor para lanzarse la dama al hombro, atarle las muñecas con su pañuelo y enviarla de vuelta a Londres junto con Conall cual paquete.

Dalton podía viajar a caballo el resto del camino hacia Bristol. Él solo.

Pensándolo mejor, sería más apropiado dejar que Conall se encargara de amarrarla, pues pensar en llevar a cabo una acción de semejante intimidad con la dama le disparaba una flecha de pura lujuria a su ingle.

Le rugió el estómago. Tenía que desayunar. Aunque debían volver a ponerse en camino sin dilación para así minimizar el riesgo de que las noticias acerca de su paradero llegaran a Londres.

Dalton no sabía por qué Trent lo había estado buscando. Sin embargo, lo cierto es que no quería que se enterara del verdugón que lucía en el rostro. Sondeó la herida con cautela. Le vendría bien lavarla.

Avanzó en dirección a los establos con grandes zancadas y se echó agua fría del surtidor sobre el rostro.

Se le aclaró la mente por la impresión que le causó el agua vigorizante y el sonido de los caballos coceando. El penetrante aroma del estiércol. Del

cuero. De la paja. Aromas sencillos, sin rastro de pétalos de rosa especiados.

Siguió el sonido de los silbidos de Conall hasta una de las casillas.

El veterano rostro del hombre se iluminó con una sonrisa en cuanto lo vio.

—Bueno, bueno, si tenemos aquí a la Bella Durmiente. Por fin ha decidido despertar, ¿eh? ¿Dónde está su pretendienta?

—Ya puedes borrar esa sonrisa de la cara. No ha ocurrido nada. Y lo que has hecho con la cama ha sido una jugarreta de lo más infantil.

—No sé de qué me habla. —Conall no era muy bueno haciéndose el inocente. Era demasiado listo.

—Sabes de sobra de lo que te hablo. —Dalton le concedió una mirada de indignación.

—¿Quiere decir que no ha hecho lo que ha querido con usted? Pensaba que una jovenzuela insistente como ella le habría enseñado una o dos cosillas que usted no llegó a aprender en Cambridge.

—Ah, ja, ja. —Dalton hizo una mueca cuando le tiró la piel de la herida —. De veras, esto no tiene ninguna gracia. Si alguien nos reconoce, la reputación de la dama estará arruinada.

Conall tiró de unas bridas entre las manos para probar su aguante. Nunca dejaba nada al azar, prefería supervisar personalmente todos los detalles de sus trayectos.

—Mientras no la deshonre, sobrevivirá.

—Déjalo estar. Ya sabes que jamás corrompería a una doncella casta.

Aunque había sido una tortura exquisita apretar sus curvas contra el pecho.

«¿Y usted no siente esos impulsos… ahora mismo?»

Un hombre de pocos principios habría tomado esas palabras como una clara invitación a la seducción.

—Claro, aunque no estaba refiriéndome a corromperla. Optaba más por cortejarla. Componer versos zalameros acerca de sus ojos, ya sabe. Hacer que se enamore de usted y después abandonarla. —Sus ojos azules se tornaron más intensos—. No permitiré que lo haga. Me agrada la muchacha.

Dalton suspiró.

—A mí también me agrada, malditos sean sus rizos de mantequilla derretida. Aunque tenga la desquiciante costumbre de no escuchar ni una palabra de lo que digo… y después me desarme haciéndome reír.

Conall negó con la cabeza, el regocijo apenas disimulado tiró de sus bigotes.

—No puede permitir que le haga reír, no. ¡Adónde vamos a parar!

Dalton era un experto en rastrear a criminales por el laberinto retorcido que eran los caminos sombríos de Londres. Podía tumbar a un hombre de un golpe. Encontrar un cuello vulnerable con su navaja en cinco segundos justos.

Pero estaba comenzando a sospechar que había aprietos más peligrosos en los que podía encontrarse.

Para empezar, verse confinado en espacios diminutos con la mujer más irritante y atractiva que jamás había conocido.

Para continuar, repudiadas del baile que rompían a hablar en un apasionado italiano en medio de patios de posadas.

Ella anhelaba liberarse del control de su madre. Había conocido a la condesa y ciertamente no le agradaría que le dijera a él lo que tenía que hacer y lo que no, pero no podía permitir que la presencia de la dama incrementara los peligros inherentes que conllevaría confundir los estrictos límites que había marcado entre sus dos mundos: el libertino y el Cerbero.

Era demasiado peligroso. Para sus planes. Y para la seguridad de la dama.

—Tenemos un asesino que cazar —dijo Dalton con seriedad—. ¿O es que acaso se te ha olvidado?

—No me he olvidado. —Conall pasó la mano por los arreos de cuero para poner a prueba las bridas y las riendas—. Aunque tampoco es que me entusiasme sobremanera regresar a Irlanda. Jamás pensé que volvería a ver esas costas. Demasiados recuerdos dolorosos.

A Dalton le ocurría lo mismo. Ambos regresaban a sus pasados turbulentos.

—¿Te queda alguna familia en Cork? —le preguntó a Conall.

Este negó con la cabeza.

—No, ya no.

Dalton jamás había visto al hombre con tal desazón. Se dio cuenta de que no era justo pedirle que le acompañara.

—Deberías volver a Londres. Continuaré yo solo.

Conall gruñó y le pegó un último tirón al arnés.

—He llegado hasta aquí. Además, encuentro demasiado entretenido ver a esa dama diminuta irritarle a conciencia.

—Como si de hiedra venenosa se tratara —corroboró Dalton con desaliento—. Rascarse solo empeora las cosas. Probablemente se halle en el comedor cantando a todos los comensales un aria afligida.

Conall sonrió.

—Conque arias.

—Desea inventar historias acerca de nosotros. Yo soy el señor Jones y ella una célebre cantante de ópera. La déspota de su madre lleva reprimiéndola toda la vida y ahora está alzando el vuelo.

—Como he dicho, es muy entretenido. No me lo perdería por nada del mundo. —Conall le hizo un gesto a un mozo de cuadra para que fuera y se llevara los arreos—. Voy a acabar de preparar las cosas. Vaya a por la cantante de ópera y nos pondremos en marcha.

Alguien tenía que pastorear a la dama hasta el carruaje.

Y después hacer que se subiera, pues el riesgo de que un noble lo viera con aquel delatador corte carmesí recorriéndole la mandíbula era mayor a plena luz del día.

Al menos ya no habría más camas involucradas en su breve trato. Volvería a convertir el improvisado lecho en un asiento de inmediato.

Aunque aquella era una medida de protección ridícula.

Había algo en ella que despertaba a la bestia de su interior.

Cuando entró en la posada, la vio de inmediato al otro lado de la sala llena de humo y mal iluminada, como si el resto de las personas allí presentes se encontraran bajo el agua, con los rasgos desenfocados, y ella destacara en alto relieve.

La tenue luz del sol se filtraba por el vidrio veteado y le acariciaba los mechones de miel y ámbar de sus cabellos y descansaba sobre su piel porque tenía el derecho a tocarla, a calentarla.

Él quería tocarla. En aquel mismo instante. Proclamarla suya.

Y parecía que no era el único. Un muchacho desgarbado de cabellos claros, ataviado con un cuello levantado y almidonado que solo dejaba las puntas escarlata de sus orejas a la vista, se aproximó a la mesa de la dama y se dirigió a ella de una forma demasiado familiar e imperdonable. Una ola ardiente de rabia atravesó el pecho de Dalton antes de que se recordara a sí mismo que no podía estar celoso de un mancebo que apenas había comenzado a afeitarse.

No era de los celosos. Jamás se había sentido posesivo con una mujer. Eran divertimentos pasajeros. No más de su propiedad de lo que lo eran la luna o las estrellas.

Jamás les había creado ilusiones acerca de sus intenciones. Y jamás las dejaba insatisfechas.

Por lo tanto, no eran celos lo que sentía, sino una mera actitud protectora.

La misma actitud protectora que sentiría por cualquier criatura diminuta e indefensa que se cruzara en su camino.

Si no fuera por el hecho de que ella no estaba indefensa. Lo había doblegado en su propio beneficio con facilidad.

Aun así, algunos peligros eran excesivos incluso para una dama tan resuelta e ingeniosa.

Aquel mancebo podría parecer inofensivo, pero la primera regla al viajar era no hablar jamás con desconocidos curiosos. Sobre todo si deseaban saber qué ruta ibas a tomar o cuándo planeabas partir.

Ella había vivido sobreprotegida. No disponía de un caparazón que la salvaguardara.

Le sonrió al joven ataviado con el cuello alto.

Dalton cerró las manos en puños y atravesó la sala de tres zancadas.

—Ah, por fin apareces, señor Jones. —Ella le sonrió—. Estaba comenzando a pensar que te habías caído en el abrevadero de los caballos. ¿Café? —No esperó a que le contestara y le sirvió una taza de la cafetera de plata que había sobre la mesa—. Sé que tomas el café solo. No te agradaría si lo diluyera con leche o lo endulzara con algo tan indulgente como el azúcar.

El muchacho de cuello almidonado echó un vistazo al rostro de Dalton, farfulló unas disculpas y se retiró apresuradamente a su propia mesa. Como debía ser.

Dalton tomó asiento frente a lady Dorothea y aceptó el café solo e intenso. Le vendría bien una taza. O cinco.

Se dio cuenta de que debía de haber tomado prestada una caja escritorio de viaje, pues parecía estar componiendo una nota.

Dalton se bebió el café de dos sorbos.

—¿Le escribe una carta a alguien?

—A mi madre.

El plumín se deslizaba por el papel.

Dalton dejó la taza sobre el platillo de un golpe.

—Confío en que no me haya mencionado.

—Ni en una sola ocasión —corroboró ella airosa—. No todo gira a su alrededor, ¿sabe?

Un hombre robusto ataviado con un chaleco de rayas miró en su dirección. Había demasiada gente que podría recordar su cara, el verdugón de la mandíbula.

Dalton partió por la mitad un bollo y lo untó de mantequilla. Le concedería dos minutos más.

Bajo la luz del sol, en aquella sala de techos bajos, el duque era ciertamente monolítico.

Una sola mirada suya y los demás hombres huían como ratones aterrados.

Una sola mirada a su persona y su mente hervía con deseos prohibidos.

Recordó el tacto de sus brazos musculosos abrazándola, apaciguándola contra su pecho. El momento en el que le había dicho que pensaba que era hermosa.

Le tembló la mano y la tinta salpicó el papel.

«Serás boba. No debes dejar que se filtre en tus pensamientos y deje un borrón indeleble.»

Se había levantado varias horas antes que él y se había quedado tumbada a pesar del traqueteo del carruaje, contemplándolo mientras dormía. Contemplando la luz matutina desenredar hilos de bronce de su cabello y jugar por el paisaje escarpado de su rostro.

Él alcanzó otro bollo. Comía de la misma forma en la que abordaba cualquier materia: se lo tragaba casi entero, no se tomaba su tiempo para saborearlo; simplemente lo devoraba como si fuera dueño de todo lo que la vida ponía en su camino.

Ella se inclinó sobre su carta. Solo unas cuantas frases más.

El duque se limpió los dedos en una servilleta.

—Justo estaba considerando quitarme el pañuelo, atarla con él y mandarla de vuelta con su madre. ¿Qué le parece eso en vez de una carta?

Thea levantó la cabeza de golpe.

—No se atrevería.

—Ah, ¿cree que no? —Movió los dedos a su pañuelo y tiró del borde levemente, lo cual atrajo la atención de la muchacha a la amenaza—. No me tiente —dijo sombrío—. Solo necesito una razón más. Una insignificante razón más.

—Encontraría otra manera de escapar de Londres.

—¿Es eso lo que le proporciona el tipo del cuello almidonado? ¿Otra manera de escapar? —Dirigió la mirada feroz hacia el hombre que le había prestado la caja escritorio de viaje.

Aquella mirada ceñuda hizo que le recorriera un estremecimiento travieso. No cabía lugar a dudas de que él estaba reclamando su lugar junto a ella.

—Para su información, el señor Cooper es un trabajador de lo más respetable.

—No me agrada su aspecto. Demasiado carmesí por la zona de las orejas. Como si se tratara de un lechón poco hecho.

—Se ruboriza cuando habla conmigo. Me parece adorable. Yo necesitaba de los medios para redactar una carta. Él me ha prestado su caja escritorio de viaje. Es muy amable por su parte.

Dalton entrecerró los ojos azul oscuro.

—Prométame que no aceptará favores de desconocidos. Bajo ese cuello almidonado y formal podría latir el corazón carbonizado de un criminal reincidente. Uno con segundas intenciones y planes viles.

Cielo santo, el caballero tenía una imaginación de lo más delirante.

—Me cuesta creer que en las contemplaciones del señor Cooper hubiera planes malvados.

—No, pero lo que sí estaba contemplando era su figura. No podía apartar la mirada de usted.

—Usted mismo está examinándola con bastante descaro —replicó.

Por supuesto, su objetivo con todas aquellas groserías era incitarla a exhibir un indecoroso ataque de rabia. Quería que actuara como una princesa mimada. Que le suplicara que la ayudara a regresar a las comodidades de Londres.

Jamás le concedería tal satisfacción.

Se habían esperado ciertas cosas de ella.

Que se casara. Que se convirtiera en madre. Que siguiera el curso de la marea inexorable de generaciones de mujeres como ella que remaban en la misma dirección.

Ahora se estaba dando la vuelta a medio camino y abriéndose paso con esfuerzo a contracorriente. No sería sencillo.

Y había un obstáculo del tamaño de un duque obstruyéndole el paso en aquellos momentos.

—Señor Jones. —Dejó la pluma—. Nunca admita estar celoso de un pobre trabajador.

Él se echó atrás con tanta rapidez que la silla estuvo a punto de volcar.

—¿Celoso de ese mancebo? Absurdo. Acabe su carta.

Ella disimuló una sonrisa; terminó la última frase, firmó con su nombre, secó la pluma y la colocó con cautela dentro de su estuche.

—Yo lo devolveré. —El duque volvió a montar el maletín.

Thea se levantó, se limpió las migas y dobló la carta.

Cuando llegaron a la mesa del pobre y aterrorizado señor Cooper, se inclinó cerca de él.

—Le estoy tremendamente agradecida por haberme prestado los bártulos de escritura, señor Cooper.

El hombre se sonrojó, posteriormente se echó a temblar cuando Osborne le lanzó una mirada asesina para después volver a sonrojarse. Thea le regaló

al trabajador la mayor de las sonrisas.

—Se lo ruego, no le preste atención alguna al señor Jones. Se comió una ostra en mal estado la pasada velada. —Thea le dio unas palmaditas en el hombro al duque—. El pobre hombre está sufriendo lo indecible. Y eso lo convierte en una bestia incivilizada.

Ah, cuán satisfactorio le resultaba la expresión asesina en el rostro de Osborne.

Puede que los duques irritantes se hubieran convertido en su nuevo pasatiempo favorito.

Thea empujó la carta sobre sus enormes zarpas.

—Sé bueno y envía esto por mí, ¿quieres, señor Jones? Mira que eres complaciente.

Capítulo 8

La Gran Muralla del Duque se despatarraba junto a Thea; la copa de su sombrero negro rozaba el techo de seda a rayas azules, y la absoluta corpulencia física del hombre la relegaba a un trocito bastante reducido del asiento del carruaje.

Thea hizo todo lo que pudo por concentrarse en las colinas onduladas y las pintorescas haciendas de piedra que salpicaban la campiña que podía verse desde la ventanilla, pero le fue imposible.

El duque estaba demasiado cerca. Y, además, existía la posibilidad de que sus cuerpos se encontraran, que conversaran… mientras ellos permanecían en silencio. Una posibilidad que le impedía concentrarse.

El hombre no le había dirigido más de dos palabras desde que habían dejado la posada El Ciervo Blanco. Lo más probable es que todavía estuviese molesto con ella por haberlo enviado a hacer un recado propio de un criado, como era llevar su carta al correo.

Darle esa orden delante de un trabajador cualquiera había ido en contra de toda la educación que había recibido. Poco había faltado para que se arrepintiera y se disculpara en el acto.

«Los duques tienen prioridad sobre los demás, a menos que haya presente un miembro de la familia real.» Tenía grabadas las normas de etiqueta en la mente desde que había nacido, como si fueran los Diez Mandamientos.

Pero Thea se había pasado la vida disculpándose por una cosa u otra, y estar en ese carruaje era una especie de señal, su declaración de

independencia. De ahí que tal vez ya no debiera seguir las normas.

En ese nuevo y magnífico mundo en el que no había madres, quizá los duques no tenían prioridad sobre los demás. Quizá no eran más que hombres normales. Quizá no se merecían su respeto o sus halagos, solo y exclusivamente por derecho natural.

El duque la había sermoneado y le había recordado la falta de decoro que suponía hablar con un trabajador respetable en un comedor público; por el amor de Dios, si él había retozado con la mitad de las viudas, y una buena cantidad de las mujeres casadas, de Londres.

La magnitud de semejante injusticia la irritaba. Ella lo había observado durante sus dos primeras temporadas, como una gallina que vigilaba a un zorro que merodeaba alrededor del recinto seguro en el que vivía, consciente de lo peligroso que era su encanto, pero a salvo tras la barrera de su propia insulsez.

En los bailes de Londres, el duque había desprendido un carisma que seducía a todas las mujeres que se habían cruzado en su camino. Pero jamás se molestaba en mirar a las jóvenes que nadie sacaba a bailar. Era el rey de los amoríos, de los escándalos y de la arrogancia desconsiderada.

Poco tenía que ver con el hombre sombrío que tenía a su lado. ¿En qué estaría pensando? A decir por la forma en la que fruncía el ceño y daba golpecitos con el pie, en algo que le causaba muchas molestias.

Tap, tap, tap. Tres veces para expresar desaprobación.

Seguramente estaría planeando cómo deshacerse de ella en la siguiente posada en la que se detuvieran. Ya le había dicho que quería atarla y enviarla de vuelta a Londres. Como era de esperar, poco le importaba al duque la opinión de Thea. Para él, ella no era más que un problema pasajero. Un día y medio más, y podría desentenderse de ella para siempre.

Thea miró de soslayo las manos del duque, increíblemente toscas, que descansaban desprovistas de guantes sobre sus muslos. ¿Dónde se había visto a un duque con unas manos ásperas y un rastro de suciedad bajo las

uñas? El corte irregular que le recorría la mandíbula le daba aspecto de villano, y la incipiente barba marrón que se estaba dejando crecer lo acentuaba todavía más.

Era demasiado…, bueno, era demasiado todo. Demasiado grande, demasiado molesto, y estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya en todos los sentidos.

El duque levantó la mirada y la pilló observándolo.

—No he enviado su carta, ¿sabe? —comentó con indiferencia.

—Perdone, ¿cómo dice? ¿No ha enviado mi carta? ¿Y por qué no? Era una tarea muy sencilla; hasta un duque podría hacerla.

El hombre la miró con una tensa media sonrisa.

—En realidad, usted no quiere enviar esa carta.

—¿Y cómo sabe usted qué es lo que quiero? ¿Acaso ha leído mi correspondencia privada?

—Por supuesto que sí —contestó riéndose—. Usted quería que yo la leyera.

—La verdad es que no. —Thea ni siquiera se tomó la molestia de ajustar el tono de su voz para sonar como una dama—. Y le pediría encarecidamente que dejara de presumir de que conoce mis pensamientos mejor que yo misma.

—Si no quería que la leyese, se habría encargado de enviarla.

—Solo le di la carta porque era usted el señor Jones. Siempre me he imaginado que eso es lo que un caballero considerado haría por su querida: pequeños actos de amabilidad para demostrarle lo mucho que le importa.

—¿Debo recordarle, señorita, que no he sido yo quien ha buscado su compañía para este viaje? —preguntó entrecerrando los ojos—. En cuanto puso un pie en mi carruaje, quedó usted bajo mi responsabilidad.

—Su carruaje me fue muy práctico, nada más. —Thea le sostuvo la mirada, aunque en realidad lo que quería era evitarla—. No necesito su

protección, ni su reprobación, ni tampoco que bloquee mi correspondencia. Ahora, devuélvame la carta —exigió estirando la mano.

El duque se acercó amenazante y quedó a un par de centímetros de la joven.

Dejó que avanzara; ella no retrocedería jamás. Nunca renunciaría a la victoria.

Sus necesidades no eran más importantes que las suyas propias. Él no sabía qué era lo que más le convenía a ella.

—Además —continuó Thea—, el carruaje no es suyo, es del señor Jones, así que usted no es responsable de mí o de lo que me pase.

—Un simple tecnicismo. —El duque giró con brusquedad y se acercó más, hasta que la sujetó con los brazos al asiento.

Thea se replanteó su estrategia de no retroceder. Aquellos ojos azul oscuro amenazaban con ahogar su resolución y lanzarla a una vorágine de rendición y anhelo.

¿Cómo iba a poder un absoluto desastre, una cuasisolterona menuda, defenderse ante una bestia de tal arrogancia?

Debía intentarlo. Ya no podía seguir siendo la sumisa y débil lady Dorothea. Podía enfrentarse a un duque déspota y salir victoriosa de la batalla.

La muchacha lo miró directamente a los ojos:

—Devuélvame la carta, ya me encargaré yo de enviarla.

—No —respondió el duque alargando la vocal; era evidente que la estaba desafiando con aquella corta palabra.

—Démela de inmediato. —Thea estiró la mano hacia la solapa del abrigo del duque en un intento de encontrar el bolsillo interno donde guardaba la carta.

El duque la cogió por la muñeca. El tacto de su piel hizo que se le empañara la mente, como le ocurre a un espejo colocado junto a una tina de cobre.

—¿De verdad desea contar semejante mentira? —preguntó él suavizando la mirada—. Acabará con su reputación.

La preocupación que vio reflejada en sus ojos cogió a Thea por sorpresa, y la joven vaciló.

—Si no envío esta carta, mi madre creerá que me han secuestrado y organizará una batida en mi búsqueda.

—Y, si la envía, le romperá el corazón. —Notó un deje de verdadera inquietud en su voz.

—Hace años que le rompí el corazón a mi madre, cuando no me convertí en la dama exitosa que ella me había preparado para que fuera. —Thea buscó una forma de hacerle entender su postura—. Ella quería que yo deslumbrara a la gente, que los impresionara, que despertara los aplausos y la adoración, como los fuegos artificiales que se ven en los jardines de Vauxhall. Pero, en mi caso, yo chisporroteé un poco con un ruido sordo y nunca alcancé los cielos.

—Pero ¿un actor de una compañía ambulante? ¿De verdad piensa usted que su madre se creerá esa historia?

—¿Por qué no podría haberme enamorado y haber sido mancillada por un actor ambulante? Les pagan por representar la pasión encima del escenario.

—La gran mayoría de dichos actores llevan dientes postizos, pelucas, y se maquillan más que una madama de Covent Garden. Al menos podría haberse inventado que su amado era un terrateniente de mediana edad.

—Con dicho supuesto, mi madre albergaría demasiadas esperanzas. Con mi mentira, podrá llorar mi pérdida, pasar página y encontrarles la esposa perfecta a mis hermanos.

El duque suavizó el agarre con el que le sujetaba la muñeca, y le rozó el interior de esta con el pulgar.

—Lo dice con tal desesperación que cualquiera pensaría que ya está entrada en años. No tiene por qué tirar toda su vida por la borda; tiene por

delante un futuro prometedor. Thea, no creo que sea consciente de lo asombrosamente bella que es. Eso, unido a la brillante mente que posee…, es una combinación letal.

Cuando utilizaba todo su encanto, era como si uno de los faroles de la calle se encendiera en sus ojos, que ardían con una promesa llena de sensualidad. Él sí que era letal.

Thea se humedeció los labios, que se le habían secado de forma repentina, y el duque bajó la mirada hasta su boca.

—Tan hermosa… —La cogió de la otra muñeca y pasó uno de los dedos por la sensible piel de la cara interna de la muñeca de la joven.

Una voz grave y refinada. Y unos dedos que recorrían el interior de ambas muñecas, acariciándolo, rozándolo.

¿Cuál era el motivo de su discusión?

Quizá se había precipitado al escribir aquella carta.

«No dejes que te distraiga con ese encanto tan ensayado. Concéntrate, Thea. Esto es muy importante.»

Pero la joven no dejaba de contemplar unos fascinantes destellos de lo que se escondía bajo la fachada del hombre. Algo que ni por asomo se podía catalogar de libertino o superficial.

Algo verdadero, honesto y que destilaba una preocupación por algo más que su urgente placer.

—Le agradezco su preocupación por mi bienestar, su excelencia, pero es mi vida. Y ahora soy libre de poder vivir como quiera.

—Dos mujeres no deberían vivir solas en las tierras salvajes de Irlanda. Serán una presa fácil para los oportunistas y los canallas. Y, además, si la desheredan, no tendrá ni un centavo en el bolsillo, estará desamparada e indefensa.

Y, entonces, el duque tuvo que decir algo que la hizo enfurecer y que arruinó la conversación. Thea se soltó de su agarre, y se cuadró de hombros, irritada.

—No tienen nada de tierras salvajes, y no estoy indefensa. He recibido una educación excepcional, y me han instruido para administrar una propiedad mucho mayor. Y, por si fuera poco, soy más que capaz de ganarme mi propio sueldo si me viese en la necesidad.

El hombre cruzó los fuertes brazos sobre su imponente pecho.

—Dígame que no ansía lujos y comodidades. En mi vida he conocido a una mujer que no desee una vida así. Me juego lo que sea a que le gusta tanto la ropa de cama de buena calidad y el jabón francés como a cualquier otra dama. Su olor la delata.

—Aprenderé a vivir sin todo eso. Haré todo lo que sea necesario; cualquier cosa será mejor que casarme con un hombre que elija mi madre. Unirme a un hombre que me aborrece.

—¿Y qué hará ella, encadenarla al párroco?

—No conoce usted a mi madre.

—En realidad, sí. Recuerde que el año pasado estuve en la casa de James… del duque de Harland. Soy consciente de que es una enemiga temible. ¿Está segura de que está lista para provocar su ira? ¿Y qué estará dispuesta a hacer para conseguir ingresos?

Thea tenía un plan al respecto. Aunque, claro está, para ese plan necesitaba las obras de su desván. No le interesaba contrariarle demasiado.

—Con su italiano perfecto no pagará a los acreedores —continuó el duque—. Y es demasiado bella y delicada para vivir una vida rústica en una casita de campo hasta el día de su muerte.

«¿Delicada?» Ella no era delicada, en absoluto. Ya no, al menos.

«No pierdas los estribos. Necesitas analizar sus cuadros. No pierdas los…»

Thea perdió los estribos.

—Es usted… —farfulló—. ¡pretencioso, despótico, controlador…

—Te olvidas de arrogante.

—… y un maldito arrogante!

—¿Qué edad tiene su tía?

—¿Y eso qué tiene que ver ahora con nuestra conversación?

—¿La casa de Irlanda está en la herencia? ¿Cuántos criados tiene? ¿La finca está cercada por una verja robusta?

Thea lo miró con el ceño fruncido.

—No tendría que haberle confiado mi carta.

—Tiene razón —respondió, y se le oscureció la mirada—. Esa es la lección que intento que aprenda. Nunca confíe en un hombre, Thea. Somos como lobos, todos y cada uno de nosotros. Desde los trabajadores hasta los duques. Cogeremos sus cartas y no las enviaremos. Le diremos cuánto la queremos, y no será más que una vil mentira. La comeremos para desayunar y luego escupiremos sus huesos.

—Y, a pesar de todo eso, cree que debería casarme.

—Un esposo puede desatender sus necesidades, pero habrá jurado protegerla.

Thea estuvo a punto de reírse en su cara. ¿Jurado protegerla? Su padre jamás había protegido nada en toda su vida, salvo sus propios intereses.

—Antes, pensaba que el matrimonio sería la mejor opción para huir del control que ejercía mi madre sobre mi vida. E incluso tenía la boba idea de encontrar a alguien a quien amar. Pero, tras mi primera temporada, abandoné esos sueños tontos. No necesito que me enseñe a desconfiar de los hombres. Lo sé muy bien.

—Y, aun así, confió en aquel joven trabajador lo suficiente para aceptar un favor. Y me tendió la carta como un corderito inocente.

Thea se enderezó en un intento por parecer más alta.

—No hace falta que me advierta sobre los grandes lobos con malas intenciones. Puedo cuidarme yo solita, muchas gracias.

Pero algo cambió en los ojos del duque.

—¿Ah sí, corderito? —Se le oscureció la mirada un poco más, y se puso serio—. Me preocuparía por usted, totalmente sola, junto a aquel vasto y

lúgubre océano.

Entonces Thea tuvo una revelación repentina. Aquel trocito de fósil que el duque lucía alrededor del cuello era de la costa de la bahía de Balfry.

Allí donde le había contado que su hermano pequeño se había ahogado.

En el vasto y lúgubre océano.

A Thea se le encogió el corazón al pensar que ese fuerte hombre al que nada podía tumbar guardaba tanto dolor en su interior. Un dolor enorme que llevaba evitando demasiado tiempo.

Si tan solo pudiera convencerlo para visitar la mansión Balfry, quizá el duque podría encontrar allí mucho más que unas antiguas obras de arte. Tal vez podría pasar página y olvidarse de los terribles recuerdos de la muerte de su hermano.

Si pudiera visitar el lugar de lo ocurrido una vez más… Enfrentarse a sus tormentos.

A sus emociones.

Incapaz de reprimir la necesidad, Thea le acarició la mejilla; la barba incipiente de la mandíbula del duque le arañó la sensible piel de la palma de la mano, y se cruzaron sus brazos, sus codos se tocaron.

—No tengo miedo alguno al futuro, su excelencia —afirmó en voz baja —. No es un simple capricho. No es una fase, como las de la luna, que crece hasta estar llena. No menguará hasta convertirse en una rodaja fina que brilla en el cielo. Lo he meditado mucho, y he elegido seguir esta senda.

El duque volvió la cabeza y, por un momento fugaz, sus labios rozaron la palma de la joven. No fue un beso, sino el más breve de los roces, pero bastó para acelerarle el corazón.

—Debe de haber otro camino —dijo el duque—. Regrese a Londres, dígale a su madre que se niega a contraer matrimonio con Foxford.

—Si no es Foxford, será cualquier otro caballero —replicó Thea negando con la cabeza—. Mi madre y mi abuela están desesperadas por

cumplir sus sueños. Usted mismo presenció cómo mi madre contrató a la señorita Beckett, mi media hermana, en un intento por hacerse con Harland. Si eso no le parece un acto desesperado, ya no sé qué lo será. —Thea dejó caer la mano de vuelta a su regazo, mientras la marca que el principio de barba del duque le había dejado todavía le ardía en la palma—. Eso no basta para huir. Para ello, debo haber hecho algo irrevocable.

A Dalton se le ocurrió que, en aquel mismo instante, ellos dos podían hacer algo irrevocable.

En aquel carruaje. En ese mismo asiento.

Deshacerse de la capota. En su camino se interponían demasiada paja rígida y lazos de seda.

Él se encargaría de los ganchos bien escondidos bajo el satén bordado del abrigo. De hacer trizas su vestido. Las enaguas. El corsé.

Paseó la mirada por la esbelta figura de la joven. Tendría unos pechos firmes y erguidos. Algo pequeños, pero redondeados y con el tamaño perfecto para la palma de su mano. Rebotarían en ellas, firmes y suaves.

Le dejaría las ligas y las medias. Dalton disfrutaba de la visión de una mujer ataviada con las ligas, y nada más. El contraste de los lazos de seda contra los muslos tersos siempre conseguía ponerlo duro como una piedra.

Y nombrando al ruin de Roma… el duque se revolvió, y se recolocó la erección contra el muslo, en una postura más cómoda, con la esperanza de que la joven no bajara la mirada.

O con la esperanza de que sí bajara la mirada y viese lo que despertaba en él. ¿Ella no creía que era perfecta? Lo era.

Hecha a la perfección para poner a prueba sus propósitos.

Dalton quería besarla. No sabía bien cómo, pero se le había enredado la mano en aquellos rizos del color de la mantequilla y la mermelada.

Rosas de zarza silvestres de pétalos muy finos. Ese era el aroma que desprendía la muchacha. Sus labios eran de un rosa pálido, como las fresitas

francesas que crecían en libertad en los campos cercanos a Balfry. ¿Acaso esos labios sabrían igual que las fresas?

Reprimió la urgencia por reivindicar esa boca como suya.

Sería muy dulce. Peligrosamente dulce.

Y él ansiaba toda esa dulzura para él. ¿Cómo sería tener a una mujer como ella aguardándole en casa tras una noche en los infiernos, lleno de magulladuras y dolor?

La inocencia de la chica tenía el poder suficiente para aliviar su dolor.

«No, eso es un error.»

Su dolor tenía el poder suficiente para destruir la inocencia de ella.

El pecho de la joven subía y bajaba con rapidez. Y aquellos labios de fresa se abrieron un poco:

—¿Comprende por qué debo enviar esta carta?

«Ah, sí, es verdad, la carta.»

Aquel escrito en el que le informaba a su madre de que ya no podía seguir viviendo una mentira, que en Irlanda había mancillado su reputación con un actor ambulante. Todo mentiras ridículas.

Al leer semejantes palabras, Dalton había sentido una rabia repentina, visceral. Pero, después, se había percatado de que era una absoluta falacia. Mas ¿quién era él para decirle que no echara su vida a perder, si así lo había decidido ella? Mientras no fuera él quien se la arruinara… Dalton se aclaró la voz y desenredó los dedos de entre los mechones de la muchacha.

No iba a ocurrir nada irrevocable allí. Nada de nada.

—En la próxima posada enviaré la carta —dijo él.

Unos ojos del color de las gotas de lluvia cayendo sobre las olas del mar le escrutaron la expresión del rostro.

—¿De verdad?

—Si es lo que de verdad quiere, sí —contestó asintiendo.

Los ojos de la muchacha se iluminaron con una sonrisa que hizo que se le curvaran los labios carnosos.

—Vaya, muchísimas gracias. —Durante un instante, Dalton disfrutó de la luz que emitía la sonrisa de aprobación de la chica—. Ha visto, ¿a que no era tan difícil? —dijo la muchacha, y sonrió todavía más—. No tiene que ser usted siempre tan desagradable.

«Pídeme otra cosa, lo que sea. Pídeme que arruine tu reputación de una forma para nada teórica.» Dalton inspiró hondo para alejar esos pensamientos.

Control. Estoicismo. Ser desagradable. Porque, sin duda, en aquella situación el encanto los acabaría metiendo a ambos en problemas.

Y ni hablar de todos esos tocamientos indecorosos. Nada de ese estallido de sensaciones que le atravesaron el cuerpo entero cuando, con los labios, rozó la palma de su mano.

Con cuidado, se acercó al otro extremo del carruaje. Tenía que recuperar la concentración. El corazón tranquilo de la venganza. Su propósito firme y resuelto.

Trent lo había desconcertado, lo había hecho dudar de sí mismo por primera vez en muchos años.

La hoja afilada de un enemigo.

Un momento de debilidad en un carruaje.

Eran exactamente lo mismo.

Y ambas acciones dejaban cicatrices a la vista.

Después de ayudar a Conall a ocuparse de los bártulos, Dalton entró en la posada de Chippenham con la firme intención de cumplir con su palabra y enviar la carta de Thea. Pero, entonces, la vislumbró descansando en un sillón del salón principal, junto a la chimenea. Con los hombros hundidos, una mano sobre la otra, y la mirada fija en sus botas de piel rojas.

Parecía muy sola. La incertidumbre se reflejaba en su rostro ovalado, y tenía el ceño fruncido. Su vida cambiaría de inmediato en cuanto le informara a su madre de que la habían mancillado. El estigma social que

sufrían las mujeres deshonradas de alta alcurnia era muy fuerte. La aislarían de la alta sociedad. Le sería imposible regresar con su familia si cambiaba de parecer.

¿Y si se arrepentía? ¿Y si anhelaba volver a Londres con su familia?

Un pensamiento le atravesó la mente. ¿Y si su tía no quería que viviera con ella en Irlanda…? ¿O si la mujer había fallecido de forma súbita? ¿Qué pasaría con ella?

Desheredada. Sin amigos. Sola.

Ese simple pensamiento hizo que se le cerrara la garganta. Ella no debería estar sola nunca. Estaba hecha para la felicidad. Para que todo en su vida fuese bueno y agradable. Para el amor.

Dalton salió de la habitación sin llamar su atención.

Tras su petición, un posadero con pinta agradable, que era evidente que estaba disfrutando de ser su mozo durante la noche, le llevó un plumín y un tintero a Dalton.

—¿El señor desea algo más? —preguntó el posadero.

—La dama que está en el salón principal, que está sentada junto a la chimenea. Llévale una taza del mejor chocolate caliente que tengas.

Al posadero le brillaron los ojos.

—Señor, ¿ha apreciado la belleza de la señorita? ¿Quiere que le informe de que el chocolate es de su parte?

—No —contestó Dalton negando con la cabeza—. Dígale que es de parte del cocinero.

El posadero asintió con un gesto sabio.

—Claro, señor.

En un momento, Dalton escribió una carta de su puño y letra. Se negó a ser el medio por el que Thea acabara con una vida de dudas y de qué habría pasado si…

Él mismo era un experto en arrepentimientos y bien sabía que te reconcomían por dentro, te dejaban vacío, como termitas al atacar el interior

de un tronco caído.

Debería bastar con una amenaza velada por parte de Dalton a la condesa, en la que dejar claro que, si obligaban a Thea a casarse con Foxford, o con cualquier lord semejante, él mismo se encargaría de hacerle la vida imposible a lady Desmond en sociedad como solo un duque podría hacerlo.

Y un par de líneas más en las que le informaba a la condesa de que Thea… ¿Cuándo había empezado a pensar en ella como Thea? ¿En el carruaje, momentos antes?

Unas líneas en las que le informaba a la condesa de que su preciada hija, lady Dorothea, estaba ilesa y que la dejarían en Irlanda sana y salva.

Aunque, tras llevarla hasta allí, Dalton no podía garantizar su bienestar, pues él se marcharía en busca de O'Roarke.

Acabó de apuntar los últimos garabatos de la breve nota y se la tendió, junto a la carta de Thea, al posadero para que la enviara.

Estrictamente hablando, había cumplido con los deseos de la dama.

Había enviado la carta.

La única diferencia es que también había enviado otra escrita por él. A partir de aquel momento, qué misiva elegiría lady Desmond para creerse que dependería única y exclusivamente de la arisca señora.

Capítulo 9

Se encontraban a medio camino de Bath. Tenía las piernas agarrotadas de estar sentado en el carruaje. La mente revuelta por la culpa.

¿Había hecho lo correcto al enviar la carta? Preguntárselo ya no tenía sentido alguno. Lo hecho… hecho estaba.

Thea se escondía tras uno de los periódicos que había cogido, lo que probablemente era una buena idea. Siempre que se hablaban saltaban chispas. Si no iban con cautela, harían que el carruaje prendiera en llamas.

El periódico crujió cuando la muchacha lo bajó y unos ojos azul grisáceo emergieron por encima del borde.

—Aquí publicitan el Chocolate la Duquesa, el que elabora su amigo, el duque de Harland. Tomé una taza en la posada de Chippenham. No tenía ni idea de que fuera tan sumamente delicioso.

—James está empecinado en crear el mejor cacao soluble del mundo. Ahora ha conseguido bajar los aranceles al producto importado, de modo que hasta las posadas mediocres pueden permitirse servir chocolate.

Si la besara en aquel mismo instante, probablemente todavía conservaría el sabor a especias del famoso preparado de chocolate de Harland. ¿Por qué no dejaban de ocurrírsele semejantes pensamientos?

Era debido al espacio diminuto y reducido.

La hermosísima Thea brillaba bajo la luz vespertina, que ya se iba desvaneciendo. Jamás la había visto por la tarde.

Para evitar que su mente divagara por semejantes ocurrencias, le preguntó lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Ha tenido algún contacto con la duquesa de Harland desde que…?

—¿Desde que me robó a mi prometido? —Sonrió—. Me desterraron a Irlanda al día siguiente del que se suponía que iba a ser mi día de nupcias con el duque.

—Debe de haber sido muy difícil para usted.

—Ah, no sé qué decirle. En verdad no quería casarme con Harland. Nadie parece creerlo, pero es la verdad. Ni siquiera lo conocía.

—Es un buen hombre. —«Mucho mejor persona que yo, Thea.»

—Me gustaría volver a ver a mi media hermana algún día.

Dalton asintió. Había hecho lo correcto. En realidad ella no deseaba cortar todo tipo de relación con la sociedad. No quería estar sola.

Thea reajustó el periódico.

El crujido de las ruedas del carruaje. El sonido de las pezuñas de caballo sobre la gravilla.

Él volvió a repasar lo que sabía de O’Roarke una vez más para impedir que su vista se fijara en los esbeltos tobillos revestidos de flexible cuero rojo.

Según lo que le había contado su madre, O’Roarke fue empleado de una compañía naviera y en la actualidad era un rico mercante con sede en Nueva York. Deberían poder encontrar noticias acerca del hombre y de su negocio naviero en el puerto de Bristol.

¿Por qué su padre jamás había considerado a O’Roarke sospechoso? Quizá ni siquiera supiera de su existencia. En lo primero que pensó fue en todos los hombres a los que había arruinado en los garitos de juego.

No había considerado digno de su lista de sospechosos a un insignificante empleado.

La teoría de su padre siempre había sido que uno de sus enemigos lo había seguido a Irlanda desde Londres y atacó el mismo día que llegaron.

Pero podría haberse tratado de O’Roarke, quien se había agazapado expectante durante años. Esperando su momento. Quizá había considerado

al viejo duque un símbolo de opresión. Que le robaba a su amada. Que despojaba a los irlandeses de sus propiedades ancestrales.

—Ah… —Thea interrumpió sus pensamientos—. Aquí hay algo que podría resultarles de interés a los libertinos que merodean por la ciudad. El Cerbero ha atacado de nuevo. En el exterior del Carmesí, en Piccadilly. Dicen que le ha robado las ganancias a lord Trent y lo ha dejado en la calle sangrando.

Dalton había sido el que se había quedado sangrando.

«No muevas ni un músculo. No reveles ni el más leve atisbo de interés.»

O podría llamar la atención. Debería proferir algún comentario insulso.

—Últimamente las calles son más peligrosas que nunca —dijo con toda la falta de interés que pudo. Tenía que cambiar de tema—. Mi madre no ha salido del palacio Osborne durante casi una década, ¿puede creerlo? Le aterra aventurarse a las calles de Londres.

La boca de Thea se abrió en una mueca redonda y sorprendida.

—¿No ha puesto un pie fuera de su casa en diez años? Sabía que la llamaban la… —Dejó de hablar.

—La viuda ermitaña. Sé cómo se refieren a ella.

—Yo jamás la vi salir de casa, pero pensaba que, bueno…, pensaba que quizá salía a horas intempestivas o que quizá utilizaba la puerta trasera.

Dalton se aplaudió a sí mismo por la exitosa distracción.

—Mi padre intentó ingresarla en un manicomio, pero yo me negué a que se mudara. Dicen que sufre ansiedad, del tipo más severo que existe. Se estremece solo de pensar en salir de su mansión.

—Eso es tremendamente triste. —Thea hizo a un lado el periódico—. ¿Y no se puede hacer nada al respecto?

—Antes intentaba persuadirla para que saliera por la puerta. La envolvía en una capa y cargaba con ella hasta la entrada. Gritaba tan fuerte que tenía que devolverla a sus dependencias. Su mente sigue siendo decidida y fuerte, aunque sufre de ataques de abatimiento y miedo.

—¿Nunca ha vuelto a su hogar, en Irlanda?

—Sus hermanas le escriben para ponerle al día de las noticias, pero jamás las visita. Y ellas también han dejado de venir a verla. Es demasiado doloroso para todos los que estamos involucrados.

—Lo lamento.

Volvió la cara para no ver la compasión que se atisbaba en sus ojos.

—No siempre está afligida. Disfruta alimentando a sus gatos con manjares exquisitos. Y hace ejercicio en el jardín.

—Pero ¿no salir de casa jamás? Es como si estuviera prisionera.

—Es por voluntad propia.

El carruaje se sumió en el silencio.

Dalton trazó letras sobre la superficie dura y fría de la ventana. Se detuvo cuando se percató del nombre que estaba escribiendo: Alec.

Thea se aclaró la garganta con delicadeza y él la contempló.

—Dicen que el Cerbero es un hombre irlandés —narró ella con alegría, con toda probabilidad pensaba que le estaba haciendo un favor al cambiar de tema—. «Hablaba con un marcado acento irlandés», eso aseguran en el periódico.

Dalton se dio cuenta de que estaba dando toquecitos con el pie y se detuvo.

«No muestres demasiado interés. No con la perspicaz Thea justo enfrente de ti.»

Thea ladeó la cabeza.

—Usted frecuenta los clubes de apuestas, ¿no es así? ¿Alguna vez se ha topado con el Cerbero?

—Solo frecuento los clubes de mejor reputación. Y el Cerbero no es más que una invención creada para vender periódicos.

Ella negó con la cabeza de forma vehemente, lo cual hizo que sus rizos de oro dieran vueltas sobre sus hombros.

—Yo sé que es real. Lo he conocido.

Dalton tragó saliva. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Bueno, no personalmente —aclaró—. Mi hermano mayor, Andrew, lo conoció.

Dalton rebuscó en su mente a un tal señor Andrew Beaumont… Ah, sí. Aquel Beaumont. El beodo Beaumont, tal como se le conocía en el club.

—Su hermano es, y perdone mi franqueza, un borracho. Me encontré con él en varias ocasiones hace años y jamás se separaba de su copa durante un tiempo muy prolongado. Lo más seguro es que le limpiaran los bolsillos mientras se dirigía a casa a trompicones y tuviera que urdir una historia más impresionante para salvar su reputación.

Ella sacudió el mentón afilado con empatía.

—Eso no es en absoluto cierto.

Maldición. ¿Por qué no la había atado y la había mandado de vuelta a casa cuando tuvo la oportunidad?

—El Cerbero salvó a Andrew de derrochar su parte de la fortuna en apuestas. Creo que los periódicos están equivocados. En mi opinión, el Cerbero es más bien un ángel guardián que un ladrón canalla.

Dalton disimuló un jadeo de sorpresa con una tos.

—Si es real, es un criminal. Un rufián y saqueador irlandés. Lo apresarán algún día y lo colgarán, no me cabe duda.

¿Se había excedido? No quería mostrar ningún sentimiento vehemente, fuera cual fuese. Cualquier cosa podría delatarlo. Un temblor. Un estremecimiento nervioso. Eso levantaría las sospechas de la dama.

—Se equivoca. —Ella se acercó más a él con las manos juntas, decidida a convencerlo de su error—. Es honrado. Andrew había perdido casi la totalidad de su fortuna en el juego, además de una propiedad en Bedfordshire. Volví pronto de un baile a casa y él estaba sentado en el salón sin ninguna vela encendida y la cabeza apoyada en las manos. «He estado a punto de perderlo todo», me dijo con ardor en los ojos. «Él me ha salvado, Dorothea. Me ha salvado.»

Dalton también recordaba aquella noche. Había estado jugando en el mismo club que él, bajo el disfraz del libertino, y había sido testigo de cómo Beaumont perdía la mitad de su fortuna en el tiempo que le costó agitar el cubilete de los dados y verter su destino funesto sobre el tapete verde.

Aún era joven, pero ya estaba abocado a la ruina, con una incipiente barriga, los ojos enrojecidos y el aliento a enebrina de un devoto beodo. Beaumont se tornaba cada vez más imprudente. Cuando abandonó el club entre gritos en los que aseguraba que sin duda iba a ir a probar suerte al Viejo Crocky a continuación, Dalton lo había seguido al exterior.

Se había despojado de su ropa de gala. Se había convertido en el Cerbero.

Sabía que la oscuridad y el alcohol enmascararían su identidad; además, Beaumont no suponía amenaza ninguna.

Débil. Indefenso.

Dalton no tuvo ni que esforzarse. Una palabra de advertencia entre gruñidos y el tipo comenzó a lloriquear.

—Estaba pálido, conmocionado —narró Thea en voz baja y con insistencia—. Estuvo a punto de derramar la copa de brandy que sujetaba, tal era el temblor de sus manos. Mi hermano no es un hombre locuaz, pero aquella noche… Creo que necesitaba contárselo a alguien y yo, por cuestiones del azar, me encontraba allí. —Ella miró por la ventanilla—. Perdió tres mil libras en diez minutos. Era demasiado horrible como para creerlo.

El hombre había estado cerca de perder mucho más de tres mil libras.

—Ah, mire. Nos encontramos cerca de la barrera de portazgo de Bath.

Dalton señaló el poste indicador, pero ella ni siquiera lo miró. Sus pensamientos se aferraban con firmeza al secreto del duque.

—Andrew me contó que en un instante se encontraba fuera del club recobrando el aliento y, al siguiente, un brazo le rodeaba la garganta y lo

aprisionaba contra un muro de ladrillo; un monstruo enorme le empujaba la mejilla contra la pared. El Cerbero le advirtió de que la próxima ocasión él no se encontraría allí para salvarlo.

—¿Y qué tiene de honrada esa acción? A mí me suena a un bruto. Estampa a su hermano contra una pared y lo amenaza.

—Puede que sus métodos sean poco ortodoxos —comentó con remilgo —, pero son efectivos. Andrew no volvió a jugar nunca más. Y también dejó de beber. Después de que salvara a Andrew, yo comencé a sentir curiosidad por las actividades del Cerbero. He estado siguiendo de cerca sus hazañas en los periódicos desde hace ya un tiempo.

«Esto no es bueno, nada bueno.»

—Parece que la lluvia podría amainar —interrumpió Dalton desesperado.

—Sigue unas pautas. Jamás ataca a mujeres o a niños, siempre a hombres. Y suele tratarse de hombres ricos y corruptos. Además, en ocasiones, salva a personas caídas en desgracia, como Andrew. —Se alisó las faldas y miró por la ventana con aire soñador—. A veces me pregunto si Andrew se lo inventó todo porque necesitaba creer en algo más grande que sí mismo. Pero no. —Negó con la cabeza—. Yo creo que el Cerbero es real. Y a mi parecer es heroico. Como Robin Hood.

—E imaginario —se crispó Dalton—. No me cabe duda de que es imaginario.

—Es honrado.

—Odio ser yo quien se lo diga, pero se equivoca. No existe ningún campeón que pueda curar a esta sociedad enferma y defender a los desamparados. No es más que un mito.

—Usted es quien se equivoca. —Agitó el periódico en su dirección—. El duque y la duquesa de Harland defienden a los desvalidos, rescatan a jovencitas caídas en desgracia y les proporcionan formación y empleo. Eso

es honrado. ¿Por qué usted jamás ha considerado hacer algo semejante con su fortuna?

Ella misma le había proporcionado el cambio de tema en aquella ocasión, gracias al cielo.

—A decir verdad, he invertido una suma de lo más generosa en su institución benéfica. Harland es mi mejor amigo. Apoyo lo que él y Charlene están haciendo.

—Su excelencia. —Ella se volvió para mirarlo con los ojos brillantes—. No tenía ni idea. Qué maravilla.

—No es nada, de veras. Dispongo de amigos que son mucho mejores de lo que yo lo seré jamás. Me facilitan las cosas a la hora de encontrar la forma de darle buen uso a mi fortuna.

—Bueno, si el duque de Osborne, un díscolo sin corazón, puede invertir su dinero en ayudar a sacar a muchachas indefensas de las calles, entonces sin duda creo en que fue el Cerbero quien salvó a mi hermano.

¿Qué? Dalton estuvo a punto de estallar en un ataque de tos. No había forma de hacer que la dama cambiara de idea y ahora había utilizado sus dos títulos en una misma oración.

«Debo distraerla. Debo crear una distracción.»

Entonces, hizo lo único que se le ocurrió para hacer que aquella belleza perspicaz e inquisitiva dejara de enumerar más teorías o continuara haciendo comparaciones.

La rodeó entre sus brazos… y la besó.

«Cielos. Qué inesperado.» Thea dispuso del tiempo justo para pensar aquello antes de que los labios firmes y sensuales del duque la sorprendieran al juntarse con los suyos.

«Mi primer beso.»

Ella siempre había imaginado que su primer beso sería un auténtico desastre. Que estallaría en risitas tontas. O que le daría con los dientes en el

mentón.

O… como la extrema pesadilla que sufrió durante sus dos primeras temporadas, que vomitaría sobre las enlucidas botas hessianas del caballero nada más terminar dicho beso.

Y, aun así, no hizo nada de lo expuesto con anterioridad. Simplemente… se relajó. Se dejó llevar. Y se permitió a sí misma disfrutar a fondo de la extraña experiencia.

Los labios del duque eran tiernos a la par que exigentes, se movían sobre ella como un pincel deslizándose por un lienzo.

Sintió su beso propagarse por todo su cuerpo hasta llegar a los dedos de los pies revestidos de cuero, como una gota de acuarela azul al tocar una capa de agua para crear un cielo azul brumoso y repleto de nubes.

Los labios del duque exigían algo muy específico… y aún más inesperado. Querían que ella abriera los labios. Los acariciaron y empujaron suavemente hasta que ella acató sus órdenes y entonces… Ah, la lengua del hombre se deslizó dentro de su boca y abrió con su llave una porción escondida de su mente que había estado esperando la respuesta a ciertas preguntas…

¿A qué venía tanto alboroto? ¿A qué venían tantos sonetos de amor?

Ah. Se debía a aquello.

Un poderoso brazo le rodeó la cintura. La otra mano deshacía con urgencia los lazos de la capota, que después lanzó a un lado sin separar ni un instante los labios de los de ella.

Una mano enorme le rodeó la nuca y le inclinó la cabeza para profundizar el beso y promulgar más exigencias.

«Inclínate un poco más. Coloca las manos detrás de mi cuello. Usa tú también la lengua. Háblame sin palabras.»

Círculos cada vez más amplios de éxtasis le recorrían el cuerpo. Sentía como si estuviera flotando. Como si saltara a lo desconocido.

Las manos del hombre sobre su cintura. La aspereza del rostro sin afeitar que le raspaba las mejillas y el mentón.

Besar al duque le provocaba los mismos sentimientos que contemplar un cuadro en una galería cuyo impacto le cambiaba la vida. La percepción de una cortina abriéndose a otro mundo. La realidad cambiando, expandiéndose.

Le retiró el sombrero de un manotazo y hundió los dedos en los cabellos espesos y ondulados para atraerlo más hacia ella.

Sin duda, una dama jamás le retiraba el sombrero de un manotazo a un caballero. O se imaginaba arrancándole el gabán para exponer el fuerte pecho que había advertido la velada anterior.

¡Por todos los cielos, se estaba convirtiendo en una descarada!

Y estaba disfrutando de cada segundo.

Para Dalton, la mayoría de las veces un beso no era más que un beso. Labios que se encontraban en busca de una invitación, solicitando un encuentro. Un preludio al acto de hacer el amor. Una conversación que no requería de palabras.

En ocasiones, aunque en muy pocas, se convertía en algo más: en un vistazo al cielo, a la redención.

Y luego estaba aquello.

Dalton estuvo perdido desde el momento en que sus labios tocaron los de ella. Perdido ante el peligro, ante sus pensamientos.

Su perspicaz lengua se encontraba con la suya caricia a caricia a medida que abría más la boca y le concedía un mejor acceso.

Los sonidos que emitía. Gemidos tenues de sorpresa. La forma en la que tiraba de él para acercarlo a ella con los dedos enredados en sus cabellos.

¿Qué había de la represión, de los remilgos y la pasividad? ¿No se suponía que las vírgenes debían ser temerosas y tímidas?

Thea se entregó a los besos con un entusiasmo que lo endurecía más que los radios de las ruedas del carruaje. Toda aquella represión debía de haberla preparado para aquel momento. Y se estaba dejando llevar.

Volaba sin ataduras y a toda velocidad en dirección a la pasión.

La había besado para evitar que siguiera hablando. Para distraerla. Puede que incluso para asustarla un poco. Para arrancarla de su mundo seguro de peligros teóricos y mostrarle la realidad. Para evitar que aquella mente ágil sacara a la luz sus secretos.

Y, entonces, él había dejado de pensar porque ella se había lamido esos labios carnosos y rosas tan cerca de los suyos, y él necesitaba probarlos, beber de ellos, reivindicarlos.

Deslizó la punta del dedo por la pulsación de su cuello, el hueco donde su pulgar encajaba a la perfección.

Ella gimió y cerró los ojos. Él le mordisqueó el labio y ella se abrió para él; el duque volvió a deslizar la lengua en el interior de su boca y saboreó aquella dulce mezcla entre inocencia y abandono.

Puede que aquel fuera su primer beso y no el de ella.

Aquel pensamiento tan inusual le vino a la mente de forma espontánea y no pudo deshacerse de él.

Si hubiera habido espacio suficiente, se la habría subido al regazo; pero no podía y aquella restricción actuaba como un afrodisiaco.

Le acunó la mejilla con una mano y le acarició el labio inferior con un dedo mientras la besaba.

Sensación sin emoción alguna. La segregación de una gratificación física sin la necesidad de intimidad. Aquellos eran los principios que regían sus coqueteos.

Él jamás se entregaba por completo a una mujer. Siempre había una parte de él que vigilaba desde algún lugar fuera de su cuerpo. Que observaba. Que continuaba al margen, intocable.

Pero toda aquella charla acerca del Cerbero… y Dalton se había convertido en él. El guerrero primitivo. El que hacía equilibrios al filo de la lujuria. Repleto de anhelo salvaje, visceral. Anhelo por la victoria. Por el dominio.

Su cuerpo había creado la descabellada noción de que poseerla era su nuevo propósito en la vida.

Le separó los labios con el pulgar y profundizó el beso. Los suaves senos de la muchacha se apretaban contra su pecho.

Ella rozó su mejilla aterciopelada contra él como si se tratara de la caricia del rabo de un gato cuando pasaba por su lado. Diantre, no era lo suficientemente fuerte como para resistirse a esa invitación.

Le besó el cuello, las mejillas ruborizadas de color melocotón, la delicada piel tras las orejas.

Su estómago se tensó y su miembro hizo presión contra la portañuela de sus calzones.

Las diminutas manos de la muchacha se posaron sobre sus mejillas. Él pensó que lo estaba deteniendo, pero, en vez de eso, ella inclinó la cabeza hacia arriba y le besó las comisuras de los labios. Después besó el hoyuelo de su mentón.

—Llevo queriendo hacer esto desde el momento en el que bailamos —jadeó.

Él cerró los ojos. Ella podría darle una lección a varias de las viudas que conocía.

El carruaje tembló… ¿o fue él quien lo hizo? No, fue el carruaje.

Se ralentizó hasta detenerse con el chirrido de las ruedas y al grito de «so, so» del postillón.

Dalton se apartó a toda velocidad, se esforzó por calmar su respiración frenética y recogió la capota del suelo.

La puerta se abrió y apareció el rostro de Conall, que tenía la nariz colorada por el frío. Este echó un vistazo a los cabellos alborotados y los

labios hinchados de Thea y enarcó las pobladas cejas.

Dalton se aclaró la garganta.

—Ah, ¿por qué nos hemos detenido?

¿Cuándo se había oscurecido tanto el cielo? ¿Cuánto tiempo habían pasado besándose?

—¿Por qué no viene y lo ve usted mismo? —gruñó Conall—. Es lo más condenadamente extraño que he visto en mucho tiempo; le ruego que me perdone, milady. —Se levantó la gorra en dirección a Thea.

—No es molestia, Conall. —Thea se ató los lazos de la capota restaurando así al menos una fina capa de decoro—. Me… me vendría bien algo de aire fresco —declaró.

Conall extendió una mano para detenerla.

—Será mejor que se quede en el carruaje, milady.

—¿Por qué? ¿Qué problema hay?

—El dinero o la vida. —Se oyó una voz aflautada desde el otro lado del carruaje.

«¿De veras? ¿Un bandido?», pensó Dalton.

¿Es que acaso ese tipo no se había enterado de que aquellos tiempos hacía mucho que habían pasado? Cada vez era menos frecuente encontrarse con bandidos dada la gran cantidad de barreras de portazgo bajo vigilancia que se extendían a lo largo de la carretera.

El rostro curtido de Conall se iluminó con una sonrisa.

—Nos están robando a punta de pistola.

—¿Y eso qué tiene de divertido?

—Debería ver al bandido. O debería decir al «bandidillo». No tendrá más de quince años. Ni siquiera le ha cambiado la voz. Suena como un condenado niño del coro.

Prefería enfrentarse a una docena de bandidos antes que recibir más preguntas de Thea.

Y sus besos eran todavía más peligrosos.

Dalton se volvió para mirarla.

—No hay nada de lo que preocuparse, milady. Esto acabará pronto.

Capítulo 10

«¡Maldita sea! —pensó Dalton, y se dio una puntapié mental—. Eres un animal, un animal en celo.»

Estaba demasiado ocupado besando a la dama que debía proteger y cuidar como para darse cuenta de que un bandido los estaba asaltando. Apenas merecía llamarse bandido, pero portaba una pistola y daba la sensación de que podría convencerlos para marcharse con su dinero.

El malhadado chaval no parecía tener más de dieciséis primaveras; un rostro redondo cubierto de pecas, y unos fieros ojos marrones. Sin duda, sería el hijo de un jornalero empobrecido que actuaba movido por el hambre. Un muchacho alto, pero pura piel y huesos; apenas tenía espalda.

—Dadme todas las monedas —ordenó el zagal—. No quiero los billetes.

Conall lo había descrito muy bien, el bandido tenía voz de chico del coro, o de chica incluso. Pobre desgraciado.

—Calma —previno Dalton a Conall en voz baja—. No queremos asustarle. Las pistolas y los muchachos asustados y nerviosos no son una buena combinación.

—Bueno, venga, mi buen amigo —dijo Conall con jovialidad—. No tienes por qué agitar esa cosa así sin ton ni son.

Era una pistola vieja, herrumbrosa. Quizá ni siquiera estaba cargada.

Pero debían dar por hecho que sí.

En un rápido movimiento, Conall y Dalton intercambiaron una mirada.

Dalton sería quien distraería al zagal, mientras Conall lo desarmaba. Entretanto, el postillón al que habían contratado se quedó en silencio sobre el asiento del carruaje con buen tino, sin llamar la atención del bandido.

Dalton se hurgó en los bolsillos del chaleco en busca de las monedas.

—Venga, ten, chico. Con esto te sobra.

Dalton le tendió una guinea resplandeciente, y el muchacho siguió sus dedos con una mirada ávida; mientras tanto, Conall se acercaba a él con sigilo.

—No soy un chico. —El bandido levantó un poco más la pistola, y apuntó a Dalton al pecho—. Soy el espantoso barón de la noche, caballero de las carreteras.

Si no hubiese estado apuntándole con una pistola, Dalton se habría echado a reír ante semejante respuesta.

—A ver, ¿por qué no bajas eso…? —propuso en tono tranquilizador—. Vamos armados hasta las cejas, y te doblamos en tamaño. Coge las monedas y vete a casa con tu madre.

Conall ya estaba muy cerca del muchacho, caminando con movimientos silenciosos y preparándose para atacar. Con un rápido golpe de muñeca, lanzaría la pistola bien lejos del alcance de su agresor.

En tres… dos…

—Madre mía, debería darte vergüenza —dijo una voz femenina que destilaba indignación.

Thea. Cómo no. Había salido del carruaje y, al parecer, se acercaba al bandido con los brazos en jarra y el gesto severo.

Conall vaciló, sin tener claro si debía atacar al joven o no.

—Milady, ya nos estamos encargando nosotros —explicó Dalton, quien se puso tenso, listo para apartar a Thea y evitarle cualquier daño cuando Conall atacase.

¿Y qué estaba haciendo la impredecible joven? En vez de obedecer sus órdenes, se fue directita al bandido.

—¿No ves que lo estás haciendo todo mal? —le preguntó indignadísima.

—¿Ah, sí? Lo lamento —respondió el muchacho con la culpabilidad reflejada en los ojos.

¿Acababa de disculparse con ella?

—Debes esperar al abrigo del verdadero anochecer —explicó Thea—. Y, claro está, debes llevar un pañuelo que te cubra la nariz y la boca para que la gente no pueda reconocerte.

¿Estaba echándole un sermón al bandido?

Tendría que haber hecho que Thea fuese el postillón del carruaje, armada con una pistola. Era más que evidente que no necesitaba que él la protegiera.

—Milady —la llamó con dureza—, Conall y yo tenemos la situación bajo control.

Pero su intervención obtuvo la nula respuesta que esperaba. Thea se acercó al bandido y extendió la mano, con la palma abierta.

—Dame la pistola.

—Lo siento, milady. La desesperación era enorme —contestó el zagal agachando la cabeza.

—Dámela ya.

Para asombro de Dalton, el muchacho dejó la pistola sobre la mano de la dama. Esta cogió la pistola por el mango con suma cautela, con el pulgar y el índice. El rostro sin arrugas del bandido se suavizó, y esbozó un gesto muy similar a una sonrisa.

—Disculpe, lady Dorothea. Ya no sabía qué más hacer. Y, además, jamás pensé que pudiese cruzarme con algún conocido. El suyo es el primer carruaje que abordo, lo juro.

Dalton y Conall intercambiaron una mirada de perplejidad. ¿Era posible que el bandido la hubiese llamado «lady Dorothea»? Dalton se volvió hacia Thea.

—¿Por casualidad no conocerá a este bandido?

La dama se inclinó hacia delante y le arrebató el sombrero al chico; entonces, dos largas trenzas negras le cayeron a este por la espalda.

—Una bandida bastante marimacho, más bien. Les presento a Molly. Nos conocimos en Irlanda. Estoy segura de que nos explicará cómo narices ha acabado de bandida a las afueras de Bath. A ver, Molly, ven con nosotros. Al carruaje, venga, antes de que alguien te vea.

—Ese de ahí se estaba acercando a mí con sigilo —dijo la chica fulminando a Conall con la mirada.

—Llevabas una pistola en la mano e intentabas robarle. ¿Cómo no iba a acercarse a ti con sigilo?

—No estaba cargada.

—Ya, bueno, él no lo sabía —repuso Thea, y exclamó—: ¡Molly, sube al carruaje en este mismo instante! «El espantoso barón de la noche.» Pamplinas. —Entonces, la dama se dirigió a Dalton—: Viajará dentro conmigo —anunció en tono desafiante, como si él fuese a contradecirle.

—Me parece correcto. —Ya no se fiaba de sí mismo si estaba a solas en un carruaje con ella. Ni por asomo tras el trascendental beso que acababan de darse.

Conall se acercó a Molly y se agachó para que su rostro quedase a la altura del de la muchachita.

—Bueno, entonces, ¿cómo debo llamarte? ¿Señor Molly o señorita Molly?

—¿Eres irlandés? —preguntó la chica entrecerrando los ojos hasta que no fueron más que dos rendijas.

—Tanto como la taberna Blarney Stone. ¿Y qué te trae por aquí en esta preciosa velada?

Molly cruzó los brazos enjutos, y unos codos protuberantes se colaron por el abrigo raído.

—Me han robado. Ese miserable mal nac… —Molly miró a Thea—. Ese malvado hombre me robó el dinero y huyó a Bristol.

—Te llevaremos a Bristol gratis. Venga, adentro. —Conall ayudó a Thea y a la chica, a la que había conocido como el espantoso barón de la noche, a subirse al carruaje.

Dalton viajó montado en uno de los caballos. Estaban a tan solo un par de minutos de la barrera de portazgo de Bath, y ya estaba oscureciendo. No había riesgo de que lo descubrieran.

Cuando reanudaron el viaje, Dalton buscó la mirada de Conall.

—Y quedaron cuatro —comentó asintiendo con la cabeza.

—He de reconocerle el mérito a la dama —dijo Conall, quien tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de los caballos—. No hay un solo momento de aburrimiento con ella. Es muy divertida.

Dalton apretó las riendas de los caballos. *Divertida* era una palabra que la describía. Y él podía pensar en muchas más.

Aquel beso lo había dejado conmocionado, lo había desequilibrado por completo. Le había dejado una marca como la del corte que le atravesaba la mandíbula.

Perdía la batalla frente al control.

«Animal —pensó disgustado—. Si es que no podías controlarte, ¿verdad? Tenías que sucumbir a la tentación.»

Pero Thea había estado parloteando sobre el Cerbero, y él solo la había besado para que dejara sus teorías.

La culpa le abrasaba la mente.

Por el amor de Dios, acababa de enviarle una carta a su mismísima madre. Una carta en la que prometía dejarla en Irlanda sana y salva.

Por Dios, si había algo que haría en su vida, sería cumplir esa maldita promesa.

Se acabaron las conversaciones íntimas y privadas.

Y, desde luego, se acabaron los besos.

Molly rechazó el pañuelo que Thea le ofreció.

—No he llorado en mi vida —se mofó la chica al tiempo que arrugaba la nariz salpicada de pequitas—. Padre se ponía furibundo al ver que no lloraba cuando me pegaba con el cinturón.

—Molly, ¿en qué estabas pensando? Podrían haber acabado con tu vida; esos dos hombres son peligrosos.

Thea se había percatado de que la relación entre el duque y su mayordomo era, cuando menos, poco convencional. Había estado observando su conversación silenciosa; habrían desarmado a Molly en cuestión de segundos.

—El tipo ese irlandés, el de la barba gris y roja, me cae bien, pero no me gusta la mirada del apuesto de ojos siniestros. Jamás hay que confiar en los hombres apuestos. No debería viajar con él, milady. Es de los que le roba el corazón a una dama… y todo su dinero.

—¿Eso es lo que te ha pasado, Molly? ¿Qué narices haces aquí?

—Algo así —susurró la chica.

—¿Qué quieres decir con «algo así»?

—No puedo contárselo —contestó cruzándose de brazos en un gesto de cabezonería—. No intente obligarme.

Era la hija mediana de once hermanos, y hacía poco que había perdido a su padre, por lo que Molly se había visto obligada a trabajar en una fábrica de seda de Cork.

—¿Por qué no me lo cuentas? —la instó Thea—. Decirlo en voz alta hará que te sientas mejor. Quizá aligere un poco el peso de aquello que te aflige. Puede que no sea tan grave como piensas. O tal vez yo pueda ayudarte.

Thea y su tía habían visitado en varias ocasiones la casa de la familia de Molly, y les habían llevado tarros de miel, pan recién horneado, juguetes y colchas hechas a mano; todo para una madre agobiada, con mechones grises

en el pelo, el rostro lleno de arrugas por la preocupación, y once bocas que alimentar. Eran los agricultores arrendatarios de uno de los vecinos de su tía, un caballero despiadado que había dejado la administración de su finca en manos de unos capataces que desangraban sin miramientos a los arrendatarios con rentas altas y que no se ocupaban de los arreglos básicos.

En la finca del duque ya no había arrendatarios. En ella solo quedaba un reducido grupo de criados que envejecían, cuyas espaldas estaban tan retorcidas como los troncos de los olivos de aquellos terrenos. Con toda esa tierra que poseía, el duque podía proporcionar alojamiento y terrenos cultivables a una hueste de arrendatarios. Pero, en cambio, mantenía la casa cerrada y en la penumbra, como la tumba de un faraón.

Thea se estremeció al recordar la historia de la muerte de su hermano. Con apenas cinco años. Pero, aun así, no había razón para dejar que una propiedad de tal magnificencia se echara a perder.

—Es malo —dijo Molly cerrando aquellos ojos marrones—. Yo, yo soy mala persona. —Entonces se volvió a meter las largas trenzas bajo el gorro azul de material flexible—. Y ya no quiero ser una chica. Las chicas siempre nos llevamos la peor parte de la vida, no es ninguna mentira. Creo que, a partir de ahora, siempre vestiré pantalones. Y esconderé la melena —añadió frunciendo los labios—. No intente detenerme.

—No se me ocurriría hacerlo —replicó Thea sonriendo—. El espantoso barón de la noche puede hacer lo que le plazca.

—Ha sido ingenioso, ¿no le parece? Les temblaba todo el cuerpo, hasta las botas esas tan elegantes que llevan.

—Sí, estaban aterrorizados.

—Se me ocurrió gracias a uno de los libros que me dejó, uno sobre Richard Turpin, el bandido —comentó Molly con una sonrisa temblorosa.

Una noche, cuando Thea regresaba a casa, Molly la había seguido a un par de pasos de distancia, con actitud vigilante y recelosa. Al llegar a su

casa, Thea se dirigió directa a las estanterías llenas de libros, pues había visto cómo a Molly se le iluminaba la mirada al verlas.

Desde aquella noche, Molly había pasado todo el tiempo libre del que disfrutaba leyendo todos y cada uno de los libros de la casa. Thea había simpatizado con la joven, que caminaba con arrogancia, hablaba con denuestos propios de un marinero y ansiaba leer todo libro que hubiese en el mundo.

Molly visitaba la casa de Thea todas las noches con los dedos llenos de manchas de un púrpura azulado, obra del tinte para la seda color índigo, y con la mente ávida de libertad. Thea y ella se habían pasado las largas noches de invierno leyendo una junto a la otra, frente a la chimenea.

—Vaya, ¿así que ahora es culpa mía que te hayas dado a la delincuencia? —preguntó Thea.

—Claro que no —contestó Molly—. Es culpa de Jack Raney. —Entonces la chica se llevó la mano a la boca y miró a Thea con esos ojos llenos de energía.

—¿Jack Raney? Será mejor que me lo cuentes todo, Molly.

La chica suspiró moviendo los finos hombros.

—Yo, es que… no puedo.

—¿Y si antes te cuento yo un secreto?

—Está bien —respondió Molly inclinándose hacia delante.

—No puedes decírselo a nadie, pero el apuesto hombre de ojos azul oscuro no es otro que el duque de Osborne. Viaja de incógnito, haciéndose pasar por un comerciante de nombre señor Jones, porque huye del esposo celoso de una de las mujeres con las que ha compartido lecho.

—¿Osborne? ¿Se refiere al Osborne de la mansión Balfry?

Thea asintió, y prosiguió:

—Y me he puesto como objetivo convencerle para que reabra la mansión.

—Vaya —dijo Molly, y dejó escapar un suspiro de sorpresa—. Jamás pensé que ese hombre regresaría a Irlanda. —La chica miró a Thea con desconfianza—. Pero ¿por qué viaja usted con él? No será que… ¿Acaso él y usted están…?

—Nada semejante —se apresuró Thea a negar—. Solo me está acompañando como escolta a casa de tía Emma.

—¿De verdad? —Molly silbó con incredulidad—. Me he fijado en cómo la mira.

—Yo te he contado mi secreto, ahora te toca a ti.

—De acuerdo, vale —contestó la muchachita poniendo los ojos en blanco—. Pero, primero, cuénteme por qué se ha marchado de Londres. No ha pasado ni un mes desde que nos dejó.

—Añoraba muchísimo Irlanda. Y también te echaba de menos a ti. Tenía en mente traerte un carruaje a rebosar de libros, pero me marché de forma precipitada.

—¿Me ha echado de menos? —preguntó Molly con una sonrisa tímida —. ¿Iba a traerme libros? —Entonces se le ensombreció el rostro—. No puedo regresar a casa, nunca.

—¿Por qué?

—En aquel momento, Jack parecía ser la opción más favorable, de verdad. Ese malnacido mentiroso y estafador. Disculpe mis palabras, milady. Pero es la verdad. —Cerró las manos—. Cuando lo encuentre, deseará no haber nacido, lo juro.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los gerentes de la fábrica me cogió y se llevó un rodillazo en sus partes íntimas por las molestias causadas. —Molly apoyó el codo sobre la rodilla—. Perdí el trabajo y no se lo podía contar a mi madre. Debía huir, pero no tenía dinero. Así que me fui con Jack a Bristol. Es marinero, y me dijo que me encontraría trabajo como camarera en una posada de Bath.

—Será sinvergüenza.

—La historia todavía no ha terminado —continuó Molly con rencor—. Jack me dijo que necesitábamos dinero para comprarme el uniforme, para unos gastos que primero debíamos cubrir. Así que…, bueno…, le robé los ahorros a mi propia madre. Todo el dinero que tenía enterrado bajo el seto de tejo.

—Ay, Molly, no será verdad.

—Ya le he dicho que era mala persona. Pero iba a devolvérselo —contó asintiendo con la cabeza—. Jack me trajo a Bath y huyó con el dinero. Está en Bristol, viajando a Cork. Disfrutando en la taberna El Áncora. Me dejó sin nada, salvo una vieja pistola y un par de pantalones.

Tras oír su historia, Thea lo comprendió todo. Una chica caída en desgracia tenía pocas opciones en una ciudad desconocida.

—Cuando lleguemos a Bristol voy a buscarlo —añadió Molly con vehemencia—. Le encontraré y le obligaré a devolverme mi dinero. —Le dio una patada a la pistola herrumbrosa que descansaba en el suelo del carruaje—. Pero primero tendré que aprender a cargar esta cosa.

—Se acabaron las pistolas.

—Bueno, él no me devolverá el dinero si se lo pido con un «por favor» y «gracias». Debo meterle el miedo en el cuerpo.

—Es un pésimo plan. Hablaré con el duque, quizá él pueda ayudarte.

Molly la miró con desconfianza.

—Ese hombre no le habrá hecho ninguna promesa, ¿no?

—Ni por asomo, más bien lo contrario. Se ha esforzado en demasía por demostrarme lo mucho que me desprecia.

Si bien es verdad que había habido un beso. Bastante halagüeño, ese beso. Thea quería ahondar un poco más en él.

En Londres, un beso semejante le habría traído la deshonra a Thea. Pero ya no estaban en Londres.

Cuando lo recordó, para la joven fue como si lo envolviese en papel marrón, lo anudase con un lazo y se lo diese a sí misma, como regalo.

Ya desharía el lazo más tarde, en privado, cuando tuviese tiempo de revivir aquel recuerdo en toda su desconcertante gloria.

—Ahora no nos preocupemos por el futuro —sentenció Thea—. Primero lo primero: una buena comida caliente para ti. Por tu aspecto, pareces hambrienta. —Cogió las manos frías de Molly y las calentó frotándolas con sus propias manos—. ¿Cuándo fue la última vez que tomaste una comida completa?

—Hace dos días, creo. —Los párpados de la chica viajaron sin rumbo por unas mejillas salpicadas de pecas marrones.

¿Cómo era posible que un hombre hubiese querido robarle su pureza y su dinero?

Qué afortunada había sido Molly de haber escogido su carruaje. La joven no había tenido una vida sencilla, y ese aire fanfarrón y duro que mostraba no era más que la coraza que había desarrollado para sobrevivir.

Molly apoyó la cabeza en la pared del carruaje.

—Estoy muy cansada, milady.

—Descansa, pronto llegaremos a Bath.

Molly se acurrucó contra la pared y Thea la cubrió con su abrigo.

¿Por qué el duque tenía una coraza tan dura? Debía de ser por la muerte de su hermano. Y la enfermedad de su madre. Thea sabía que la crueldad de su padre había sido notoria, así como su falta de piedad, y que había sido dueño de varias casas de juego muy exclusivas.

Quizá el duque no había tenido la vida despreocupada y acomodada que ella pensaba.

El carruaje se detuvo a las puertas de una posada de Bath. Thea había estado tan sumida en sus pensamientos que no se había percatado de que las calles empezaban a estar atestadas de carruajes.

La dama no quiso despertar a Molly; la pobrecita lucía pálida y exhausta.

El cochero ayudó a Thea a apearse del carruaje, y la joven se estremeció por el aire frío de la noche.

El duque se bajó del agotado caballo, al que le susurró algo a la oreja, y después le acarició el flanco. No la miró ni una sola vez.

Una luz alegre salía de la sala del primer piso de la posada, así como el sonido apagado de los violines y de las pisadas.

—¿Acaso hay una celebración esta noche? —le preguntó Thea a uno de los mozos de cuadra.

—Un baile, señora. —El muchacho miró tras ella y se fijó en el carruaje —. Su carruaje tiene las ruedas amarillas con ribetes rojos. Si me permite el atrevimiento, ¿a qué caballero pertenece, señora?

Thea miró al duque de soslayo; sería mejor mantener su nombre ficticio.

—Al señor Jones.

Al parecer, el mozo de cuadra se llevó un susto de muerte.

—¿Ha dicho el señor Jones? Muchas gracias, señora. Debo marcharme.

Sin añadir nada más, salió de las caballerizas hacia el interior de la posada.

Qué extraño. ¿No se suponía que debía quedarse allí y ayudar a Conall con los caballos? Entonces, el susodicho llegó; se podía ver la bocanada de aire que salía de su boca al respirar.

—¿Dónde está la espantosa bandida marimacho?

—La pobrecita está durmiendo. Tenemos que pedirle algo caliente para comer.

Conall asintió.

—Creo que todos deberíamos tomar…

Entonces la puerta de la posada se abrió de golpe e interrumpió al irlandés. De ella salieron dos hombres corpulentos con el rostro ardiendo de ira.

—¡Jones! —bramó uno de ellos agitando los puños—. ¿Quién de vosotros es Jones?

Capítulo 11

«¿Y ahora qué?» ¿Acaso no podían tener un viaje agradable y sin percances hasta Bristol? ¿Por qué habían ocurrido todos aquellos besos prohibidos en el carruaje? ¿Y las mozas de campo disfrazadas de bandido?

Y ahora aquellos dos bufones.

Ojos como cuentas, puños como jamones alzados, bocas retorcidas en muecas desdeñosas y llamando a gritos a Jones.

—Bueno, bueno, caballeros —dijo Dalton en un tono deliberadamente jocoso—. Ha habido un error. Verán, yo no soy Jones. —Conall avanzó para colocarse a su vera—. Qué ansioso estaba tu amigo el señor Jones por arrendarte el carruaje —le susurró a Conall.

El irlandés se encogió levemente de hombros.

—Supongo que ya sabemos por qué.

El hombre de pobladas patillas negras y rostro arrugado como un bulldog, que claramente era el líder, dio un paso adelante hasta detenerse a apenas treinta centímetros de Dalton.

—Viajas en un carruaje negro con ruedas amarillas y ribetes rojos. —Escupió en el serrín—. Y ese montón de muselina de ahí… —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Thea—. Te ha identificado como Jones, ¿no es así?

—Sí, lo ha hecho —corroboró su compañero, tan huraño como él, quien lucía un pañuelo rojo raído.

Dalton gruñó para sus adentros: «Pues claro».

—Era mentira —se inmiscuyó Thea—. Su nombre no es Jones.

El bulldog se dio la vuelta.

—Entonces ¿cuál es, bonita?

—Es… es… —Estaba claro que Thea estaba rebuscando una nueva historia por su mente.

«Anda, pues sí que ha sido de ayuda.»

—Eres Jones —rugió el hombre volviéndose para enfrentarse a Dalton —. Y vas a pagar lo que le debes al señor Gatling.

—Siento decepcionarlos, mis queridos amigos. Pero no soy Jones. Sin embargo, sí que le he arrendado este carruaje a él. Ahora, si nos disculpan, debemos procurarnos una comida caliente.

¿Por qué no había más gente en el patio de las caballerizas? Parecía que una especie de festividad estaba teniendo lugar en la posada. Desde una ventana del piso de arriba se distinguía el resplandor de las velas y se oía música.

El bulldog siguió su mirada.

—Todo el mundo está bailando y bebiendo ponche. Lo más probable es que nadie oiga vuestros gritos.

Dalton se rio.

—¿Acaso te parece que hay algo por lo que reírse? —inquirió el hombre del pañuelo rojo arrugado.

—Estoy feliz porque hace una noche muy agradable —declaró Dalton —. Vigorizante y fresca. Con el aroma de las nuevas hojas en el ambiente. Pronto llegará la primavera e incluso los bellacos como ustedes sentirán los pasos más ligeros y una canción inundará sus arruinados corazones.

—¿A quién estás llamando pobre? —El bulldog dio un bandazo hacia delante.

—Yo jamás he tenido pasos ligeros —aseguró el del pañuelo rojo.

No era el dúo más avispado, pero sí fornido. Entre los dos sumaban suficiente músculo para someter a un elefante.

—¿Cuánto dinero les debe el señor Jones? —preguntó Dalton.

—Le debe cien libras al señor Gatling, lo que le robó amañando la partida de cartas la semana pasada.

—Ya veo. Este Jones es un tipo de dudosa reputación.

—Tacaño como una… un momento. —El bulldog entrecerró los ojos—. Tú eres Jones. Déjate de trucos y entréganos el dinero.

—Ha habido un error, caballeros —comenzó Thea, pero antes de que pudiera terminar de decir lo que pensaba, Molly salió del carruaje parpadeando y frotándose los ojos.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera? —dijo.

—Nada de tu incumbencia, muchacho —bramó el hombre del pañuelo rojo—. A no ser que tengas nuestras cien libras.

—No me encuentro bien.

Molly se balanceó. Thea le apoyó una mano en el brazo.

La cara de la muchacha estaba pálida como la de un fantasma bajo la luz de los faroles del patio y su frente brillaba por el sudor. Thea le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—¿Qué te ocurre?

—Creo… creo que voy a… desmayarme.

Conall llegó a su lado de una zancada y la enderezó. Le puso la mano en la frente.

—La muchacha tiene fiebre.

—¿Muchacha? —repuso el bulldog—. ¿Una muchacha que viste pantalones?

—Necesitamos un médico —apremió Thea.

Dalton deseaba ir a su encuentro, pero antes tenía que ocuparse de aquellos bobos.

—Conall, lleva a las mujeres adentro. Yo continuaré la conversación con estos agradables amigos.

Conall alzó a Molly entre sus brazos.

—Esa muchacha lleva pantalones —observó el bulldog.

—¿Te traes algo raro entre manos, Jones? —preguntó el del pañuelo rojo.

Dalton se aseguró de que Thea estuviera dentro de la posada, lejos de todo peligro, antes de darse la vuelta para encarar a los hombres. No podía permitir que viera aquello. Ya albergaba demasiadas sospechas, no quería que lo viera tumbar a aquellos tipos en menos de veinte segundos.

Debería prolongarlo un poco, por si acaso los estaba observando desde una ventana. Les concedería la ventaja de unos cuantos golpes de forma que no pareciera tan sencillo.

—Muy bien, caballeros. —Se despojó del abrigo y se arremangó la camisa—. Esto no llevará mucho tiempo.

La respuesta fueron carcajadas.

—Dice que no llevará mucho tiempo. Nosotros somos dos y él solo uno.

—Me agradan esos números —dijo Dalton.

Se acallaron las risotadas.

—Diantre, eres un tanto engreído para estar a punto de ser molido a palos.

—Bueno, ¿quién va primero? —inquirió Dalton—. Venga, no seáis vergonzosos. Nudillos al descubierto. Son las reglas de Queensbury.

Sabía que el del pañuelo rojo portaba una navaja, lo delataba la forma en la que sus dedos se crispaban por encima de su bolsillo. Pero el bulldog tenía aspecto de pugilista profesional y no sería capaz de resistirse a un desafío como el de pelear con los nudillos al descubierto.

Los hombres se pusieron en guardia, se prepararon y Dalton se aproximó.

Les permitiría asestar el primer golpe para que se confiaran.

La brisa vespertina transportaba el sonido de las palmas y la melodía de los violines.

A Dalton no le quedó más opción que alzar los puños.

Y danzar.

—Golpeadme —los provocó—. Golpeadme, malditos imbéciles.

Dalton recibió el primer golpe con toda su fuerza en la mandíbula. Su cabeza salió disparada hacia un lado y trastabilló unos cuantos pasos.

El bulldog se dirigió a las tripas en la siguiente ocasión, su rechoncho puño conectó con el estómago musculado de Dalton.

Escocía, pero se había entrenado para ello. El ruido sordo del hueso contra el hueso. Saliva y sangre saliendo disparadas.

Dalton escupió una franja densa de carmesí sobre el serrín. Parpadeó por el repentino escozor del sudor salado. Había recibido un golpe que habría derribado a cualquier otro hombre.

Pero entrenaba a diario para situaciones como aquella.

Castigaba a su cuerpo y a su mente para poder recuperarse de golpes semejantes.

Cada impacto que conectaba con su carne hacía que quisiera romper en una prominente risa salvaje.

Aquello era real. Dolor real. El tipo de sufrimiento que le hacía olvidar todo lo demás.

Podría pasarse así toda la noche.

Absorber ese dolor.

Esperar al momento idóneo para contraatacar. Agotarlos, hacer que se confiaran y pensaran que lo habían vencido.

Aquel era su talento, pelear.

Bueno, eso y darles placer a las mujeres.

El dolor y el placer.

Esperaría una cantidad de tiempo respetable y después acabaría con ellos. Debía aparentar estar lo bastante magullado. Lo suficiente como para acallar las sospechas de Thea.

Estaba aún recuperándose de un golpe, por lo que no se percató de que ella había entrado al patio. No hasta el momento en el que el puño del bulldog se detuvo a mitad de camino de su abdomen.

Dalton se dio la vuelta para contemplar qué era aquello que había interrumpido el ataque del bandido.

Era Thea. De pie en medio de las caballerizas, con los cabellos totalmente sueltos y cayéndole en cascada por la espalda, sin capota, sin pelliza, sin guantes. Tan solo una mujer rosada y exquisita ataviada en seda con estampado escocés de color gris y verde. Con el vaivén de caderas y los ojos resplandecientes.

Un elegante brazo alzado como si le diera su bendición a la escena.

—Yo soy la Gabrielli —proclamó—. El público llora de forma incontrolable cuando canto Rossini y alzo mi voz hasta llegar a un fa agudo. —Se besó las puntas de los dedos con sonoridad—. *«Che voce divina!»*, se desgañitan.

—¿Eh? —El bulldog emitió un sonido confuso y se enderezó para apartarse de Dalton. Le dio un codazo al del pañuelo rojo—. ¿Tú qué crees que ha dicho?

El del pañuelo rojo se había quedado boquiabierto.

—Ni idea. Pero es hermosa.

—*Silenzio!* —ordenó Thea en su pretencioso italiano—. Es su noche de suerte, caballeros. La Gabrielli va a cantar para ustedes.

Abrió los brazos, agitó sus rizos largos y lustrosos, y tomó una buena bocanada de aire que hizo que sus pechos rebosaran por encima del canesú. Entonces comenzó a cantar.

Sería una pieza de Rossini, pues ella lo había mencionado antes. Dalton no era un experto en ópera, pero Thea sonaba bien. Más que bien.

Tenía una voz aguda y ágil que vibraba con calidez y sonoridad.

Los otrora asaltantes se quedaron parados con la boca completamente abierta; se habían quedado mudos y vuelto inofensivos por la belleza de la muchacha y la elegancia natural de su voz.

Aquella melena dorada que resplandecía bajo la luz de la luna, los brazos abiertos y aquella sorprendente voz de soprano melosa que les

acariciaba los oídos.

Sus ojos centelleaban de color azul y plata, y con ese vestido y los rizos rebotándole en los hombros nadie la habría reconocido como la misma mujer ataviada de blanco y perlas cosidas firmemente con la que bailó haría apenas unas cuantas veladas.

Dalton tenía la sensación de que estaba viendo a la verdadera Thea por primera vez aquella noche. Sus movimientos eran más majestuosos, más despreocupados, menos restringidos. Se encontraba sobre un escenario y se deleitaba con el poder que ejercía sobre ellos.

No podía dejar de mirarla. ¿Por qué querría parar? Era lo más hermoso que jamás había contemplado y sabía que aquella imagen se le grabaría a fuego en la mente para siempre.

El tiempo se ralentizó. Los hombres la miraban fijamente.

Ella pensaba que lo estaba rescatando. Desconocía por qué eso le causaba una punzada en el pecho. Era… adorable. Y valiente. Y también estaba funcionando.

En realidad, no le agradaban los buenos resultados que estaba dando. No le agradaba que aquellos brutos la desvistieran con la mirada, estupefactos por aquella pasión alumbrada por la luz de la luna, mientras prácticamente resollaban de lujuria observándola balancearse y gorjear con la cabeza hacia atrás y los senos subiendo y bajando.

Que subiera la cuenta a tres brutos.

El aria alcanzó una cumbre dramática y apasionada, y después descendió al silencio.

Thea avanzó hacia ellos. El bulldog parpadeó.

—Eh… eres hermosa.

—Cielos, gracias. —Thea le obsequió con una sonrisa tan deslumbrante que el hombre retrocedió dos pasos a trompicones—. Ahora que he captado su atención, caballeros, tengo una y solo una pregunta —pronunció en ese ridículo acento italiano que imitaba.

—Y ¿cuál es señorita Gab… eh…?

—Gabrielli. —Corrigió al bulldog con el ceño fruncido de forma censuradora—. Y para usted, señor, es dama Gabrielli. —Se dio la vuelta para dirigirse al otro hombre—. La pregunta es… si hay alguien dentro de esta posada que podría haber visto al tal señor Jones del que ustedes hablan y quizá confirmar que mi esposo, el señor Gabrielli aquí presente, no es el hombre del que buscan vengarse.

¿Su esposo? Por Dios.

Thea se acercó lo suficiente como para que pudiera tocarla.

—¿Me puede explicar qué cree que está haciendo? —preguntó Dalton en voz baja.

—Rescatándole, por supuesto. —Sonrió alegremente—. Por si no se había percatado, lo están pulverizando. He visto a debutantes batirse en duelo de forma más efectiva.

El bulldog se rascó el mentón.

—Bueno, supongo que quizá Betsy conoce a Jones. Dado que lo, esto… entretuvo.

¿Por qué no se le había ocurrido aquella solución a él?

—Hombres —profirió Thea asqueada—. Siempre se precipitan a usar los puños antes que nada. Jamás se toman el tiempo para pensar bien las cosas. Entonces debo ir a buscar a Betsy. No muevan ni un solo dedo. —Les lanzó una mirada asesina a cada uno de ellos, incluido Dalton, y después se deslizó imperiosamente de nuevo a la posada.

Dalton enarcó las cejas.

El del pañuelo rojo le dirigió un encogimiento de hombros avergonzado.

Thea volvió a aparecer al poco tiempo con una mujer oronda con mejillas como manzanas y una espesa melena de color castaño.

—¿Es este caballero el señor Jones? —le preguntó a Betsy mientras señalaba a Dalton.

Betsy lo miró de arriba abajo y silbó de admiración.

—Caramba. Si ese fuera Jones habría viajado de polizón en su carruaje para seguirlo hasta Londres.

—Pero este es el carruaje de Jones —protestó el bulldog.

—Ya se lo dije —jadeó Dalton mientras se agarraba las costillas—. Le arrendé el carruaje a él.

El del pañuelo rojo se aclaró la garganta.

—Eh… No ha sido nada, ¿a que no, señor Gabrielli? —Alargó una enorme zarpa en un gesto conciliador.

—Pasa adentro, *caro esposo* —gorjeó Thea—. ¿Te han herido esos delincuentes? ¿Deberíamos avisar a la vigilancia nocturna?

El bulldog sacudió la cabeza melenuda.

—No hay necesidad de avisar a nadie. Solo ha sido un malentendido.

—Serás majadero, Brown —le reprendió Betsy—. Y tú, Morgan, mira que atacar al hombre que no es. El señor Gatling se va a enterar de esto.

Los hombres agacharon la cabeza como estudiantes a los que les habían golpeado en las manos con una regla.

Thea le sonrió a Dalton. «¿Lo ve? —decía claramente aquella sonrisa —. Mi método era mejor.»

—Vamos, *caro esposo*. —Le pasó el brazo por el codo—. Estos simpáticos caballeros van a pagar nuestra comida.

—Oiga, está usted hecho de cemento, de verdad, Gabrielli. Tiene un estómago como una placa de hierro. —El bulldog le rodeó los hombros con un brazo, de repente eran mejores amigos—. Déjeme que le compense. ¿Qué se le antoja? ¿Brandy? ¿Vino?

Dalton gruñó.

—Whisky.

El bulldog sonrió de oreja a oreja.

—El mejor que Irlanda pueda ofrecer. Haré que se lo envíen a sus aposentos.

—Necesitaremos su mejor alcoba —ordenó Thea—. Agua caliente, ropa de cama limpia y pomada para sus heridas y magulladuras. —Le lanzó una mirada reprobadora a los hombres y estos agacharon la cabeza.

—¿Necesita algo más para el señor, señora Gabrielli? —preguntó Betsy.

—A usted —susurró Dalton en voz baja e intensa para que tan solo Thea pudiera escucharlo—. Le necesitará a usted.

Había recibido demasiados golpes directos al cráneo. Aquella era la única explicación que le encontraba a aquellas palabras.

—Eso será todo, gracias, Betsy. —Thea se sonrojó.

—Le enviaré al médico que está atendiendo a Molly —informó Thea mientras subían las escaleras detrás de Betsy.

—No —gruño Dalton—. Nada de médicos.

—Pero… está herido. Y está sangrando.

—No es nada. —Hizo una mueca de dolor—. Solo había dos hombres.

—Menos mal que llegué cuando lo hice. ¿Cómo llama a esa técnica de pugilismo? ¿Dejarse caer y tumbarse?

—Ja. —Dalton hizo otra mueca de dolor cuando una punzada le atravesó las costillas—. Deje de hacerme reír. Me duele demasiado.

—Estoy hablando en serio. Cuando vuelva a Londres debería tomar lecciones en el local del pugilista John Jackson. Debería aprender a defenderse por sí mismo.

Ah, la infinita ironía de esas palabras.

Podría haber tumbado a aquellos brutos ineptos en el intervalo de diez segundos con ambas manos atadas a su espalda.

Por supuesto, jamás podría confesarle aquello. Haría demasiadas preguntas.

Diez minutos después, Dalton se había colocado en una butaca baja de terciopelo rojo junto al fuego crepitante en la alcoba más espaciosa disponible en la posada. Estaban ansiosos por impedir que se quejara.

La complaciente Betsy trajo una palangana de agua caliente, ropa de cama, toallas limpias y pomada.

—Pronto le enviaré la cena. Si necesita que le ayude a limpiarle las heridas, señor Gabrielli, o si necesita cualquier cosa… —Le obsequió con un guiño coqueto—. No tiene más que preguntar por Betsy.

Thea frunció el ceño.

—Eso será todo —dijo con firmeza mientras acompañaba a Betsy a la puerta.

Dalton sonrió. A Thea no le agradaba que Betsy le guiñara un ojo. No tenía ni idea de por qué le complacía aquello, pero lo hacía.

La muchacha se volvió para contemplarlo.

—Esos hombres le han dado una buena tunda.

Ah…, lo que debía hacer para impedir que la repudiada del baile descubriera sus secretos.

—Son solo unos cuantos rasguños y magulladuras. Nada fuera de lo común. —Se estremeció cuando el dolor se le extendió por el abdomen—. Puede que me haya roto una o dos costillas. Pero no hay nada de lo que preocuparse. Vaya a visitar a Molly. Yo estaré bien.

—¿Está usted seguro?

Se mordió el labio inferior, lo cual dejó una manchita de un color rosa oscuro que atrajo su mirada y le hizo recordar el beso interrumpido en el carruaje. Le gustaría terminar ese beso. Terminarlo como Dios manda.

La preocupación sincera le empañaba los ojos.

—Si está herido de verdad tendré que mandarle al médico. No aceptaré un no por respuesta, su excelencia.

—Nada que unos cuantos tragos de whisky no puedan curar. Alcánceme la botella, ¿quiere, corderito?

Cuando los potentes cereales y la miel le calentaron el estómago y Thea y sus tentadores labios abandonaron la alcoba, Dalton estiró las piernas ante la chimenea y cerró los ojos.

El alcohol aliviaba el dolor de sus magulladas costillas.

Pero el whisky no podía hacer nada por la tortura que era desear a Thea con tal vehemencia.

Capítulo 12

La alegre melodía de los violines de la orquesta era casi imperceptible desde el cuarto de Molly.

Conall montaba guardia junto a la cama de la muchacha, y cuando Thea entró en la habitación la saludó con un gesto de la mano.

—¿Qué tal se encuentra? —susurró Thea mientras con delicadeza le apartaba un mechón de pelo de la frente a la joven. Molly dormía tranquilamente, aunque todavía estaba pálida y tenía los labios secos.

—El médico le ha dado una pastilla para dormir —respondió Conall en voz bajita—. Ha dicho que se pondrá bien. Ha sido por el agotamiento y el estado cercano a la inanición, nada más.

—¿Ha comido algo antes de quedarse dormida?

—Se ha tomado un buen plato de caldo de carne y ha devorado seis panecillos —replicó Conall asintiendo. Después miró a Molly con una expresión de ternura poco habitual en él—. Usted la conoce, ¿verdad?

—Proviene de una gran familia de granjeros arrendatarios que viven cerca de la ciudad de Balfry. Once bocas que alimentar. Desconozco cómo la señora Barton se las ingenia para conseguirlo.

Conall abrió un poco los ojos azules, y su semblante bigotudo y arrugado cambió.

—¿Ha dicho «señora Barton»?

—Sí, es viuda.

—¿No sabrá usted por casualidad cuál es su nombre de pila?

Thea hizo memoria. Jamás se había dirigido a la madre de Molly de otra forma que no fuera «señora Barton». Negó con la cabeza, y dijo:

—Me temo que no.

—Carece de importancia. —Conall frunció el ceño al mirar a Molly—. Me recuerda a una persona de mi pasado. Tiene los mismos ojos marrones, y la misma mirada feroz. —Entonces desvió la vista hacia Thea—. Bueno, cuénteme, ¿qué tal le ha ido a su excelencia con aquellos dos indeseables? Ni las vieron venir, ¿verdad?

Thea ladeó la cabeza y miró a Conall.

—Más bien todo lo contrario. Su excelencia se ha llevado varias costillas magulladas, un corte justo encima del ojo, y estoy más que segura que un par de cardenales.

Las pobladas cejas de Conall se alzaron en un gesto de sorpresa.

—¿Lo dice en serio? En tal caso, quizá lo mejor sea que vaya y cuide de él. Yo me quedaré aquí y vigilaré a Molly. Estará bien, no tiene de qué preocuparse.

¿En qué momento había pensado que Conall era un individuo rudo y sin modales? Era todo lo contrario. Thea rozó la manga del hombre.

—Te lo agradezco.

—Márchese, milady. Tiene un animal herido al que cuidar —contestó Conall tras aclararse la voz.

Mientras recorría el pasillo, Thea notó que el estómago se le revolvía por los nervios. La decisión más prudente sería pedir dos habitaciones separadas; por el bien del decoro.

Entonces se detuvo.

Apenas un rato antes había estado cantando un aria bajo la luz de la luna para un público formado por rufianes.

El decoro había brillado por su ausencia.

De acuerdo, un paso más por la senda de la aventura.

Y luego otro.

Y, entonces, llamó a la puerta del duque.

—¡Adelante! —fue la orden brusca que profirió este con voz grave.

Se había desanudado el pañuelo manchado de sangre, y se había desabotonado el abrigo, pero al parecer no había hecho avances con la limpieza de la sangre del rostro. Por lo visto, había estado demasiado ocupado bebiendo whisky. La cantidad de líquido ambarino que había en la botella había disminuido de forma significativa.

—¿Cómo se encuentra, su excelencia?

—He estado peor.

—Si me lo permite, voy a echarle un vistazo a las heridas.

Thea habló con tono de eficiencia, como se imaginaba que una enfermera experimentada trataría a un paciente. Era puro interés médico. Un comportamiento completamente honrado e intachable.

El duque gruñó.

—Estupendo. —Thea se desabotonó los puños de las largas mangas que llevaba y se las arremangó un poco, por encima de la muñeca—. Tendrá que sentarse en la cama. Me es imposible limpiarle las heridas si está colocado de esa forma.

El duque alzó la mirada y Thea sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Unos ojos de un azul intenso. Y llenos de dolor. Thea estiró la mano hacia él, pero, de pronto, se arrepintió y la dejó caer junto a la cadera.

—Su excelencia, no puedo levantarlo. Tendrá que ponerse en pie usted solo. Pronto nos traerán la comida.

—Quiere que me tumbe en la cama, ¿eh? —preguntó con un resplandor en la mirada.

El calor se adueñó de las mejillas de Thea.

—Únicamente por una cuestión médica, como comprenderá.

—Sí, claro, lo comprendo.

El duque se levantó dando tumbos, jadeando, pero rechazó la ayuda que Thea le ofreció. Se quitó el abrigo y entonces fue ella quien jadeó.

—Tiene la camisa manchada de sangre.

—¿Ah, sí? —El duque miró hacia abajo—. Vaya, es verdad. Uno de los hombres llevaba una navaja.

—¡Dios mío, podrían haberlo matado!

—Lo dudo —respondió él con una sonrisa lobuna—. Soy duro de pelar. —Entonces se recostó en la cama—. Con todas sus fuerzas, Thea. Con todas sus fuerzas —dijo y bebió más whisky.

La muchacha desabrochó los botones de la parte superior de la camisa blanca de lino. El duque dejó escapar un suspiro lento por la comisura de la boca mientras Thea se encargaba de quitarle la camisa con suma delicadeza, pasándola por los brazos y la cabeza.

Al ver el fornido pecho del duque, y su abdomen duro y marcado, a Thea se le cortó la respiración.

Mojó un trozo de tela en agua caliente y, con él, le limpió la sangre del corte que le habían hecho justo encima del ojo; con el contacto, el duque hizo una mueca de dolor y la cogió por la muñeca.

—Disculpe, su excelencia.

—Llámame Dalton. —El duque la miró fijamente escrutando su rostro —. Y no te disculpes, Thea. Una mujer que rescata duques cantando arias a la luz de la luna no debería disculparse nunca… por nada.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿Dalton? Pero ¿ahora no es usted Osborne?

—Dado que llevo tantos años siendo Dalton, mantengo mi antiguo título de cortesía, a pesar de mi actual título de duque.

«Dalton…» ¿Acaso ese cambio quería decir que pasaban a ser… cercanos?

Thea le limpió la sangre que cubría el profundo corte que le habían hecho en el pecho. Qué diferente era el cuerpo de un hombre… La joven le pasó los dedos por el pelo, de color castaño dorado, que le cubría el pecho y un pezón redondo y aplanado.

El duque tenía más cicatrices. Fantasmas de otras heridas.

—Posees un atractivo mucho mayor que el de mi enfermera habitual, ¿sabes? —dijo y curvó los labios—. Siempre es Conall quien cuida de mí tras un par de asaltos de pugilismo.

Thea le limpió una manchita de sangre de la mejilla.

—Jamás en toda mi vida he llegado a comprender la fascinación que sienten los hombres por el pugilismo. No son más que personas pegándose entre sí con los puños, por diversión. ¿Es que el mundo no está ya lleno de violencia? ¿Qué necesidad hay de hacer de ella un ritual?

—Thea, ya te lo he explicado, los hombres no somos complicados. Nos gusta romper cosas. Lo llevamos en la sangre. Me sentía vulnerable tras la muerte de mi hermano. Así que, en cuanto fui lo bastante mayor, aprendí pugilismo y esgrima, para ser más fuerte.

—Quizá tendrías que haber prestado un poco más de atención en las clases.

—Ah, solo estaba calentando —contestó él con una sonrisa de superioridad—. Cinco minutos más y los habría dejado inconscientes a ambos.

—Ajá…

—¿No me crees?

—Es que…, bueno, no les estabas pegando.

—Pero era una simple estrategia. Agotarlos, cansarlos, y después… ¡bum!

El duque le dio un puñetazo al colchón y gimió, pues había sentido una punzada de dolor en las costillas por la sacudida del movimiento.

—Deja de moverte —protestó Thea. La joven le untó un poco de ungüento por el corte que le recorría el pecho, y deslizó los dedos por la piel suave y los músculos firmes del hombre—. Siéntate bien, por favor. Voy a taparte la herida con un trozo de tela.

El duque se enderezó apoyándose en el codo. La anchura de su cuerpo y su espalda era impresionante. Thea tardó un buen rato en envolverle el torso con la tela. Y para hacerlo tuvo que inclinarse y acercarse mucho a su cuerpo.

El deseo de envolver aquel cuerpo fornido con algo más que un trozo de tela se apoderó de Thea, y apartó la mano.

—Pediré que te traigan una camisa limpia —dijo.

Se volvió y se alejó de la cama para que el duque no viese el anhelo reflejado en su mirada. Pero él la cogió por la muñeca y tiró de ella para que volvieran a quedar cara a cara.

—No será necesario. —Los ojos le brillaban osados a la luz de las velas —. Siempre duermo desnudo.

Thea sintió de nuevo oleadas de calor, que se extendieron por el estómago hasta llegar a las mejillas. Un pensamiento descabellado y atrevido le sobrevino. Si el duque dormía desnudo, entonces también tendría que quitarle los pantalones.

Sus dedos vacilaron, pero sintió el deseo de bajar la mano hasta la entrepierna del pantalón. Por el amor de Dios. Necesitaba darse una vuelta por las caballerizas, que le diese un poco el aire frío nocturno. Y lavarse la cara con agua helada.

—Voy a preguntar por la comida —dijo para esconder su confusión. Para encubrir el hecho de que todo su cuerpo se había derretido por el deseo y que había estado a apenas un par de segundos de arrancarle los pantalones.

Lo cual no era, ni por asomo, el pensamiento propio de una dama.

Al otro lado de la puerta, fuera de la habitación, Thea se apoyó contra la pared para recuperar el aliento.

Betsy apareció por las escaleras sujetando una bandeja de plata llena de platos y cuencos.

—¿Qué tal se encuentra el señor Gabrielli? Espero que no tenga heridas de gravedad.

—Me temo que, en estos momentos, está semidesnudo. Por favor, que nos traigan una camisa limpia.

—Enseguida, señora Gabrielli.

—Yo me encargo de la bandeja. Gracias, Betsy.

Thea cogió uno de los extremos de la bandeja, pero la mujer no la soltó.

—Señora, pesa demasiado para que usted cargue con ella. Si me lo permite, yo misma la llevaré dentro.

En otras palabras, quería echar un vistazo al cuerpo semidesnudo de Dalton.

—No pesa en absoluto. —Thea tiró con más fuerza y Betsy, a regañadientes, soltó la bandeja.

—Entonces, permítame que le abra la puerta.

Betsy abrió la puerta y volvió la cabeza hacia la cama, pero no pudo ver nada a través del dosel que rodeaba el colchón. Thea no sabía qué había en la bandeja, pero olía de maravilla. En aquel momento se percató de lo hambrienta que estaba. Y no solo de duques.

Dejó la bandeja encima de la mesa y despidió a la curiosa Betsy en la puerta. Dalton se levantó de la cama y se sentó en la butaca que quedaba frente a Thea. Solo llevaba puesto el pantalón de ante y el retal de lino con el que ella le había envuelto el pecho.

—Te traerán una camisa nueva.

El calor inundó las mejillas de Thea, que no pudo evitar ruborizarse. Nunca había comido frente a un hombre semidesnudo. ¿Cómo era posible que la desaliñada barba incipiente que lucía y el cardenal azulado de la mejilla hicieran que estuviese más atractivo e intensificaran el azul de sus ojos?

Intentó desviar sus pensamientos concentrándose en el sencillo caldo de carne y zanahorias que tenía delante, y en el buen trozo de pan crujiente,

untado con mantequilla. Aquella noche no le importaron los modales; hasta limpió los restos del plato con un poco de pan.

Dalton también comió con apetito y el silencio reinó en la habitación durante un buen rato, mientras ambos satisfacían su avidez.

—¿Has visto cómo el hambre puede hacer que una comida sencilla resulte más deliciosa que el banquete más elegante del mundo? —preguntó Thea al tiempo que se limpiaba las manos con una servilleta—. ¿Qué bebes? Huele un poco… —se inclinó un poco y olfateó la botella— como a musgo.

—Es una buena comparación —respondió Dalton levantando la botella —. Es una botella de whisky de malta irlandés que se ha destilado tres veces.

—¿Es muy fuerte?

—Bueno, no diría que esté hecho para ti.

—¿A qué te refieres? —repuso Thea frunciendo el ceño.

—Es que, por lo general, las jóvenes damas prefieren beber un poco de jerez suave. Nada de lo que avergonzarse. Yo mismo disfruto de una buena copa de jerez de vez en cuando.

Thea se enderezó en su butaca.

—Tomaré un poco de whisky, por favor.

¿Por qué no? Esa nueva experiencia podría ayudarla a ignorar las firmes llanuras del pecho del duque. Y lo grandes que parecían sus manos alrededor del vasito en el que estaba sirviendo un dedo de whisky para ella.

Thea tomó un sorbito, y se enorgulleció de no haber escupido ni una gota. Después tomó otro. El líquido le aterrizó en el estómago, le calentó el cuerpo y relajó el nudo que tenía entre los omóplatos.

—Caldo de carne y whisky. Madre mía, qué bajo ha caído la señorita — la molestó Dalton.

—Eso parece. —Thea miró a su alrededor fijándose en los sencillos muebles de la habitación—. Sin duda, la calidad del arte de las posadas ha

decaído.

—¿El arte de las posadas?

—Sí, las mismas cinco reproducciones de obras clásicas que cuelgan de las paredes de cualquier posada de Inglaterra. Habrá cientos de aprendices de pintura copiando con desenfreno los cinco cuadros de siempre, día tras día.

—Mentiría si dijera que me había fijado —dijo el duque asintiendo con la cabeza.

Thea señaló una de las paredes con el vaso de whisky en la mano.

—Un Gainsborough, cómo no. Nunca falla. Las posadas siempre eligen los paisajes más tranquilos. Nubes mullidas. La aguja de una iglesia que se ve a lo lejos. Borlas de ovejas pastando en una colina. Es reconfortante, ¿no crees?

Dalton miró el cuadro con los ojos entrecerrados y Thea aprovechó la oportunidad para servirse un poco más de whisky y bebérselo.

—No es de mi agrado —sentenció el duque—. No hay suficientes diosas.

—Entonces el Tiziano del baño tampoco será de tu agrado —comentó Thea riéndose—. ¿De verdad no eres entendido en arte?

—No le he dedicado mucho tiempo de mis pensamientos.

—¿Y has pensado un poco en la colección de arte que guardas en Balfry?

—Puede que le haya dado un par de vueltas a la idea. —A la luz de las velas, los ojos le centelleaban.

Entonces alguien llamó a la puerta y Thea se levantó para recoger el pañuelo y la camisa limpia que le habían llevado a Dalton; no estaría bien que él abriese la puerta semidesnudo. Podría provocarle palpitaciones a Betsy.

«Aunque es una verdadera pena tapar ese cuerpo», pensó Thea mientras Dalton se pasaba el cuello de la camisa por la cabeza. Era más que evidente

que era el whisky el que hablaba.

—Me parece que me gusta este brebaje —declaró Thea—. Un invento maravilloso, la verdad.

El whisky le daba el valor que necesitaba para hacer cosas como la que iba a hacer… Se recogió el pelo, se colocó el montón de mechones sobre la cabeza, y arqueó la espalda, sacando pecho.

Dalton la observaba con hambre, y ella disfrutó del poder que ejercía sobre él. Dejó caer la melena de rizos y asintió con la cabeza; le encantaba la sensación del peso de su pelo sobre los hombros, y el suave roce de los mechones contra el cuello.

Existía más de una forma de conseguir convencer a un duque para que este le dejara descubrir su colección de arte.

Ese díscolo pensamiento se asentó en su mente como el whisky que le calentaba el estómago.

Dalton apretó con fuerza el tenedor en un intento por hacer caso omiso de la chica, pero falló estrepitosamente.

Thea meneó la melena de rizos, y la luz de la chimenea hizo que brillara incandescente.

A pesar de sus esfuerzos por relegarla a aquella parte de su mente reservada a los problemas, los peligros y los padecimientos, para Dalton Thea era demasiado atractiva y demasiado interesante.

Poseía una conversación que brillaba por su inteligencia, y una sensualidad natural que destilaba con cada movimiento.

Además, admiraba su valentía. Desafiar a la dragona que era su madre, y al fuego que escupía, y abandonar su vida segura y llena de comodidades era una decisión muy valiente.

—Anda, mira —dijo Thea y levantó la tapa del último cuenco de plata que quedaba—. ¡*Trifle* de postre!

Thea hundió el dedo en el dulce con unos modales que distaban mucho de ser los de una dama, y después… Por Dios, después se chupó el dedo.

Y Dalton perdió la cabeza. Quizá podían dormir juntos en la misma cama. Y compartir un ratito de diversión. No demasiada.

—Mmm —exclamó ella cerrando los ojos—. Bizcocho… —Volvió a chuparse el dedo—. Mermelada de albaricoque. Nata con azúcar y aderezada con vino dulce. —Se llevó a la boca lo poco que le quedaba en el dedo—. Un ligerísimo sabor a limón, y claras de huevo montadas. Delicioso.

Ella era deliciosa. Con los ojos cerrados y las mejillas arreboladas por el whisky y el calor de la chimenea. Con los rizos del color del limón y el albaricoque que caían por el respaldo de terciopelo rojo de la butaca.

Thea cogió una cucharada de *trifle* directamente del cuenco.

—Voy a devorarlo.

«Al *trifle*», añadió él, por el bien de su miembro, siempre listo y lleno de esperanza.

—Ay, esto está… No tengo palabras. —Cogió otra cucharada de postre y, con ese segundo bocado, puso los ojos en blanco.

¿Acaso esa mujer tenía que actuar como si el *trifle* la estuviese llevando al clímax?

—Veo que te gusta —comentó Dalton con dureza.

—Está perfecto. —Thea frunció el ceño—. ¿No quieres? Deberías probarlo, en serio. —Dio otro bocado y, con la lengua, rescató un poquito de claras montadas que se habían perdido por el camino hasta su boca.

El miembro del duque sufrió un espasmo, esperanzado.

—Ten. —Thea cogió una buena cucharada del empalagoso postre y se la ofreció—. Pruébalo, por favor.

Dalton cerró los labios con fuerza.

—No me gusta el *trifle*.

—¿Lo has probado alguna vez?

—No.

—Un poquito entonces.

Y así fue como nacieron todos los problemas del mundo. Tuvo que abrir la boca, aunque solo fuera porque ella le estaba ofreciendo un bocado cerca de los labios, y él quería saborear lo que ella le diera… pese a que no le estuviera ofreciendo más que su cuchara.

Thea tomó un sorbo más de whisky y soltó una dulce risilla.

—¿Qué te causa tanta gracia? —preguntó él.

—¿Recuerdas cuando caminé por tu espalda? Me dijiste: «Con todas tus fuerzas, Olofsson. Con todas tus fuerzas».

—Sí, me acuerdo —contestó Dalton—. ¿Cómo podría llegar a olvidarlo?

—Tendrías que haber visto la cara que pusiste al ver que no era Olofsson quien te pisaba, sino yo. Querías estrangularme.

El ceño fruncido del duque no hizo más que potenciar la risilla de ella.

—Creo que ya has bebido suficiente. —Intentó coger el vaso de Thea, pero esta lo alejó y se terminó el contenido de un solo trago.

—Ojalá hubieses podido verte la cara.

—Me veo todas las mañanas en el espejo, y con eso me basta —gruñó.

—Admítelo, fue muy gracioso —replicó ella riéndose todavía más.

—Es posible. —El duque intentaba enmascarar una sonrisa, pero falló en su intento—. Soy lo bastante hombre como para admitirlo.

—Lo que has hecho hoy… —Thea suspiró—. Aceptar a llevar a Molly hasta Bristol. Pasar la noche aquí, para que ella pueda recuperarse… —Cogió un largo rizo del color de la mantequilla entre los dedos y lo retorció —. Eres un encanto.

No, no era verdad. Todo lo que estaba pensando hacerle en aquel mismo instante tenía poco de encantador. Era primario y casi incontrolable.

—Y Molly necesita toda nuestra ayuda —añadió Thea serenándose.

—¿Cómo acabó la chica escondida entre los arbustos a un lado de la carretera con esa vieja pistola oxidada?

—No puedo contarte todos los detalles, pero las circunstancias son… atenuantes. Se vio obligada a intentar asaltar a los viajeros por una serie de hechos desafortunados. Necesita que la ayudemos a regresar con su familia, a Cork.

—Molly podría viajar con nosotros. —Dalton se recostó contra la butaca. El whisky empezaba a obrar su magia: el calor se le extendía por el cuerpo y sentía las extremidades débiles y adormiladas—. Siempre y cuando sea yo quien se quede con la pistola.

—Serás… —Thea esbozó una sonrisa pícara—. Te quejas mucho, pero no eres tan malo en realidad. Conall decía la verdad.

—¿Cómo? —preguntó el duque receloso—. ¿Qué ha dicho Conall?

—Solo que, por dentro, eres blando y dulce, y que lo único que necesitas es una buena grieta.

—Ese metomentodo hijo de… Voy a matarle con mis propias manos —dijo furioso.

—Pero ¡es verdad! —Thea lo miró con expresión petulante—. Todos esos arrebatos de rudeza y crueldad. No es más que una fachada. Llevo observándote todo el viaje, ¿sabes? —Se comió otra cucharada de *trifle* y continuó—: Hay algo que no cuadra. O que sí cuadra…, como si tuvieras corazón y quisieras hacer lo que sabes que es correcto.

Tenía que dejar de hablar.

Dalton se removió en la butaca.

Quizá debería dormir en las caballerizas; sería la única opción segura. La joven llevaba demasiado tiempo bajo el dominio de su madre, y estaba empezando a poner a prueba sus poderes… de seducción y deducción.

Dalton soltó la cuchara y dejó la servilleta encima de la mesa.

—Será mejor que…

—Además, empiezo a pensar que hay un motivo oculto para tu viaje a Irlanda —añadió Thea agitando la cuchara en el aire.

El duque se obligó a permanecer tranquilo, a no mover ni un músculo, ni tan siquiera a levantar la comisura de la boca. Si se marchaba en aquel instante, resultaría demasiado sospechoso.

Era imposible que la dama fuese a afirmar que era duque de día y que, por la noche, se convertía en un defensor de la justicia que luchaba por una causa.

—Sí, guardo secretos —reconoció él tomando otra vez asiento y con una sonrisa despreocupada—. Me has descubierto. —Levantó las manos en un gesto de rendición—. Tengo un motivo oculto para viajar a Irlanda.

—¿De verdad? —Thea abrió los ojos como platos y se inclinó hacia delante.

—No voy a Irlanda a visitar a una viuda.

—Entonces ¿cuál es el motivo del viaje? —Thea se sentó en el borde de la butaca, con la respiración contenida por la ilusión.

«¿Por qué viajo a Irlanda? Venga, Dalton, piensa. Un motivo plausible. Algo que la distraiga lo suficiente para desviar su atención.»

—Voy a buscar… una esposa.

A Thea casi se le cae la cuchara.

—¿Una esposa, dices?

—Exacto. —Dalton se puso cómodo en la butaca y cruzó el tobillo sobre la rodilla—. Es tradición familiar que los duques de Osborne elijan a una mujer irlandesa como esposa. Mi padre se casó cuando tenía mi edad.

La muchacha cerró la boca de forma repentina.

—Ah…

—¿Cómo dices?

—Creía que… que no ibas a casarte nunca.

—Mi madre ansía que me case —respondió él encogiéndose de hombros—. Creo que, quizá, si yo tuviese un hijo, si le diese un nieto,

encontraría las fuerzas necesarias para salir de casa. Es irlandesa, así que seguro que me dará su bendición si me caso con una chica irlandesa.

Thea lo miró herida e indignada.

Diantres. Quería tenerla entre sus brazos y susurrarle al oído que todo era mentira. No estaba buscando una esposa. No podía casarse, jamás.

—En Londres todo el mundo afirma que nunca te casarás —dijo ella como si fuese un comentario más—. Que no eres más que un libertino desalmado y sin corazón que jamás sentará cabeza ni cumplirá con sus obligaciones.

—Y no erran en sus suposiciones… en parte. Me caso más por mi madre que por mí. —A Dalton no le gustaba mentirle.

—Entonces ¿me estás diciendo que no eres un libertino?

—Soy el mayor libertino de todo Londres —replicó él—. Lo sabes.

—¿Ah, sí? Sí, de acuerdo, eres encantador, pero me he percatado de que tu sonrisa nunca te llega a los ojos, ni siquiera cuando estás besando a una chica.

—Thea, ¿me has analizado como si fuera uno de tus cuadros?

—Quizá. Al parecer, posees varias capas ocultas.

—¿Quieres decir que soy una obra de arte? —sugirió él bromeando. No podía dejar que viera lo mucho que lo desconcertaba.

Thea ladeó la cabeza y lo recorrió con la mirada, desde la barbilla hasta… ¿acaso esa dama que tenía enfrente estaba mirándole la entrepierna?

—Solo digo que no dices mucho con las palabras, pero el cuerpo revela ciertas señales de forma involuntaria. Por ejemplo, el golpeteo del pie. —Dalton dejó de dar golpecitos contra el suelo. Maldita fuese su inteligencia —. Das golpecitos con el pie izquierdo cuando algo no es de tu agrado —continuó ella—. Por lo general, das tres golpecitos, como acabas de hacer.

—Eres muy observadora —replicó él sin moverse.

—¿Quieres saber algo más? —Thea se inclinó un poco más, acercándose a él, y deslizó los codos entre el espacio que dejaban los dedos de Dalton—. Me apuesto lo que quieras a que no eres un libertino de verdad. Solo finges serlo para mantener a raya a las madres ansiosas por que sus hijas se unan a ti en matrimonio.

Con un golpe seco, Dalton apoyó las manos sobre la mesa.

—Esa es una apuesta que no tardarías en perder. Puedes preguntarle a cualquier londinense; habla con el editor del *Times*. Ya solo con mis hazañas puede costearse la comisión de su hijo.

Thea negó con la cabeza, y le lanzó una mirada desafiante.

—No me convences.

Con qué maestría lo había puesto a la defensiva. Era, seguramente, la rival más fuerte y formidable a la que se había enfrentado en toda su vida. Debía tener sumo cuidado con ella. No podía dejar ni una sola emoción a la vista.

Por fortuna, Dalton era un hombre versado en el arte del subterfugio. Se acomodó una vez más en la butaca.

—Lo único que tienes que hacer es mirar el libro de apuestas del White’s. Las anotaciones que enumeran mi lista de conquistas. Hablan por sí solas, de forma bastante irrevocable.

Thea hundió la cuchara directamente en el cuenco de *trifle*, dejando a un lado toda la educación que había recibido.

—No es así, a mi parecer —expuso tranquilamente—. Solo cuentan la mitad de la historia. Y yo busco descubrir toda la verdad.

Dalton mantuvo una sonrisa fría y seductora.

—No hay nada que descubrir —afirmó con indiferencia—. Odio decepcionarte, corderito, pero soy un libertino de los pies a la cabeza. —Abrió bien los brazos—. Aquí dentro no hallarás un corazón de oro. A decir verdad, no hay corazón de ningún tipo.

Una mirada azul entrecerrada.

—¿Quieres apostar algo?

—No, no quiero.

Nada de apuestas. No tenía nada que demostrar. Debería marcharse en aquel instante.

—Prueba A —dijo la dama y, con la cuchara, señaló a sus pies—. Tus botas.

—¿Cómo? ¿Qué les pasa a mis botas?

—No las has limpiado desde que nos marchamos de Londres, y todo el mundo sabe bien que los libertinos siempre lucen unas botas hessianas brillantes y bien lustrosas, para poder admirar su propio reflejo en ellas. —Hizo una floritura en el aire con la cuchara—. Por lo tanto, no eres un libertino.

—Mañana mandaré que me lustren las botas —respondió él mofándose.

—Prueba B. —Thea cogió un poco más del postre y lamió la cuchara—. No hueles ni por asomo como un libertino. Me has estrechado contra tu pecho, y no hueles como ellos. —Empezó a dar golpecitos con el índice sobre el tablón de la mesa—. Un aroma almizclado. Sándalo, o pino. El ya mencionado cuero lustrado. Todos esos aromas resultarían aceptables si fueses un libertino. Pero, si deseas saber la verdad, tu olor es más como a… caballerizas.

—Porque he estado ocupándome de los caballos —balbuceó Dalton.

—No —replicó ella con una sonrisa engreída—. Es porque no eres un libertino.

—Por el amor de… esto no son más que pamplinas. —Dalton hizo amago de levantarse del sillón—. Me voy a las caballerizas, a estar con los de mi calaña.

—¡Espera! —Una vez más, Thea blandió la cuchara en el aire—. Molly es la prueba C. Has permitido que una chica que te ha apuntado con una pistola sea partícipe de tu viaje. Eso deja ver que no eres un ser despiadado sin corazón.

—No voy a dejar a una joven vestida con pantalones, temeraria y pistola en mano, en mitad de la carretera. Podrían haberla matado. O podría haber acabado en el patíbulo colgada de una soga.

—A eso me refiero. Te preocupas por los que son más débiles o menos afortunados que tú. Y no me cabe la menor duda de que amas a tu madre. Y de que te preocupas por Conall. Y todo ello me lleva a la prueba final —proclamó.

—Creo que has tomado demasiado whisk…

—Prueba D: estás en una alcoba con una dama como yo, un poco embriagada por el alcohol, y ni siquiera has intentado besarme. Ni tan siquiera me has mirado los labios con intenciones indecentes. —Thea dejó la cuchara sobre la mesa de un porrazo—. Así que, en definitiva, no eres un libertino como tal. —La dama se levantó de la mesa e hizo dos reverencias, una hacia la izquierda y otra hacia la derecha—. Estimados miembros del jurado, hasta aquí el alegato de la acusación.

Dalton gruñó. Esa muchacha iba a matarlo. Había arrojado el guante. Lo había desafiado. Estaba jugando con fuego. A él no habría nada que lo complaciera más que demostrarle lo libertino que podía ser.

Sobre la alfombra. Y después en la cama.

Levantar sus faldas y, luego, subirle el cuerpo del vestido. Hacerla gemir y gritar. Que sus cuerpos ardieran más que los troncos de la chimenea.

Existía un límite en la provocación que un duque casi en estado de embriaguez puede soportar.

Dalton clavó la mirada en los labios de Thea con intenciones indecentes. Entonces bajó los brazos, asió de las patas de la butaca de la joven y la arrastró hacia él.

—Ven aquí —gruñó— y te demostraré lo libertino que soy.

Capítulo 13

—¡Dios! —exclamó Thea.

Una interjección de lo más inapropiada. Dalton agarró su butaca y tiró de ella alrededor de la mesa.

Quizá lo había presionado demasiado. Los hombres debían tener un límite. Aunque estaba comenzando a pensar que las mujeres también.

En su interior se acumulaba la presión. Una sensación imprudente que se ovillaba en la base de su columna, esperando a propagarse. Ansiaba tener aquellas manos sobre su cuerpo. Aquellas manos enormes y ásperas.

Thea jamás había sentido semejantes impulsos.

«Él podría satisfacer dichos impulsos esta noche.»

Aquel pícaro pensamiento zumbaba como una abeja volando cerca de su oído y constituía una agitación secreta y peligrosa. Le quedaba una vida por delante de estar sola y sin que la tocaran. Aquella velada deseaba dejar muy pero que muy atrás la elegancia y el decoro.

Otro tirón veloz a la butaca y sus piernas cerradas a conciencia se vieron forzadas entre los poderosos muslos del duque.

Por supuesto, sabía que era un libertino. Había compartido lecho con la mitad de las viudas y las esposas de Londres. Mujeres hermosas y sofisticadas. Con lo que, sin duda, no la encontraría tentadora a ella.

Decían las malas lenguas que en una ocasión había seducido a tres damas en una misma velada y que aquella fue la razón por la que la señorita Antonia Bradford había ingresado en un convento en Francia.

Bueno, aquella última parte se la había inventado ella, pero las leyendas que lo envolvían eran suficientemente intrigantes para cualquier dama con un gusto recién adquirido por las aventuras.

El hombre colocó las manos a ambos costados de la muchacha; la rodeó sin llegar a tocarla. Ella le miró fijamente el cuello y le contempló el pulso, que le latía tan cerca que podría haberse inclinado hacia delante para besar aquel lugar.

—Un libertino te levantaría el bajo del vestido ahora mismo. —Su mirada obedeció a sus palabras, se desplomó hacia el dobladillo de sus faldas para después volver a subir—. O te ordenaría que te lo levantaras tú misma. —Las seductoras palabras ondularon contra su mente como olas que rompían en un acantilado distante.

—Yo jamás haría tal cosa.

«¿O sí?» Rebatió el temerario pensamiento de inmediato.

—Claro que sí. —Esbozó una sonrisa perezosa—. Créeme, lo harías.

Qué confiado y seguro de sí mismo.

El problema fue que, cuando él habló de levantarle las faldas, Thea se imaginó la situación y de la imaginación al deseo tan solo había dos pasos, y otros dos pasos más para convertirlo en realidad.

Todas aquellas sensaciones que se extendían por su columna podrían viajar hasta sus manos y hacer que se deslizara hacia arriba el vestido, centímetro a centímetro, sobre las botas de cuero rojo o incluso más arriba, hasta las medias blancas.

—Llevo tiempo preguntándome qué se esconde bajo ese recatado vestido. —Ladeó la cabeza y un mechón de sus cabellos le cayó sobre la frente—. Apostaría a que hay delicada muselina. Alguna prenda que deje entrever las cimas de tus pechos.

Semejantes groserías deberían ofenderla, pero su cuerpo respondía a sus palabras como si la estuvieran tocando, las puntas de sus senos se endurecieron y tiraron de la tela de su viso.

Él alzó las manos. Ella contuvo el aliento.

Sin embargo, él no alargó las manos hacia ella, sino que las dirigió a sí mismo.

Se despojó del gabán. Se aflojó el pañuelo y deshizo el nudo.

—Cualquier libertino que se precie sabe que una mujer disfruta de contemplar a un hombre bien formado. —Se recostó sobre su butaca con los muslos separados y las manos abiertas—. Le pone húmeda y hace que esté preparada para él.

¿Preparada para qué? La mente de Thea se anticipó e imaginó todas las posibilidades mientras sus ojos bebían de la imagen de Dalton.

Botas de cuero negras, desgastadas por haberles dado buen uso. Pantalones de ante que envolvían muslos compactos. Un pañuelo que colgaba aflojado de un cuello ancho. Una mandíbula marcada dulcificada por un hoyuelo redondo que se alojaba en medio de su mentón. Cabellos de color bronce espesos y ondulados, impacientes por derramarse sobre sus ojos.

La quietud que lo rodeaba. Una serenidad que atraía miradas.

Dominaba cualquier sala en la que entrara. Ya fuera un salón de baile o una alcoba.

En aquellos momentos se estaba esforzando por controlar sus reacciones. Aunque, justo como le había ocurrido mientras bailaban, anhelaba rendirse ante él.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Ya lo has visto todo?

Thea tragó saliva.

—He… he visto a hombres más apuestos.

—No me digas.

Se desabrochó los botones de la parte superior de la camisa y se la deslizó por la cabeza, vistiendo solamente su pañuelo desatado.

—Sin duda alguna. He visto estatuas… de guerreros.

Había estado a punto de decir dioses y semidioses, pero aquello tan solo habría alimentado su ego. El hombre ciertamente se tenía en alta estima.

Aunque se trataba de una comparación acertada. Estaba hecho de bronce, siempre por encima de los meros mortales que osaban caminar a sus pies.

El sonido de su risa retumbó como las ruedas de un carruaje sobre la gravilla.

—Un libertino sabe cuándo una mujer no puede apartar los pensamientos de esto. —Se agarró su virilidad por encima de los calzones en un gesto tremendamente obsceno—. ¿Quieres echar un vistazo?

Thea soltó un grito ahogado. Estaba intentando desconcertarla para que le pusiera fin al juego. Para que admitiera que era un libertino y que ella estaba fuera de su elemento.

—Podría resultar ameno. —Ella alzó todavía más el mentón—. Pero no sería la primera vez que veo una.

A él se le desencajó la mandíbula.

—¿Disculpa?

«Por fin lo he sorprendido —pensó Thea—. A este juego podemos jugar ambos.»

—Una no puede dedicarse a estudiar arte sin analizar la anatomía masculina —comentó con remilgo—. En el cuadro de Caravaggio en el que representa a Zeus, por ejemplo, su… virilidad… flota directamente hacia la mirada del observador.

—¿Flota sobre tu rostro?

—Cielos, no literalmente. Me refiero a que la perspectiva del cuadro es tal que aquello es lo primero en lo que repara quien lo observa.

—No me cabe duda de que es lo primero en lo que reparáis las damas.

—En realidad, no es una vista imponente. Simplemente está flotando, ¿comprendes? Zeus está flotando. Sobre una nube.

—Suena bastante… flácido. Te puedo asegurar que aquí no verías flotar nada.

—He visto más ejemplos —aseguró ella impertinente—. En los muros de un templo de Roma. Un grabado al aguafuerte del dios Príapo. Sus atributos eran… de lo más impresionante. Mucho más impresionantes que los tuyos, no me cabe duda.

—Ve con cuidado, Thea. Algunos caballeros se tomarían esas palabras como una invitación para llevar a cabo una comparación.

—Y algunas damas aceptarían dicho desafío.

«Las jóvenes damas no aceptan desafíos. Ni clavan la mirada en los calzones de un hombre. Ni… ¡Ni rompen todas las reglas! Todas y cada una de ellas», instó una voz en el interior de Thea.

¿Podría? ¿Se atrevería?

Vacilante, con el corazón a punto de salírsele del pecho, Thea alargó los dedos… y ciertamente rompió una regla muy importante.

Él se retiró de un salto, como si su contacto le hubiera abrasado.

—Ah, no. —Negó con la cabeza—. Todavía no, corderito. Precipitarse va en contra del código de conducta de un libertino.

Se deslizó el pañuelo del cuello y tiró de la prenda de lino que agarraba entre sus puños de forma que los músculos se apretujaron y ondularon.

—Muéstrame las muñecas —ordenó.

¿Qué iba a hacerle? Thea abrió más los ojos mientras él le levantaba las muñecas y le pasaba el pañuelo alrededor de ellas para atarlas con un nudo suelto.

—Las damas que rompen las reglas deben sufrir las consecuencias. —Dio un último tirón y se apartó, dejándola amarrada y sin aliento.

Él alcanzó el vaso de whisky y se tragó el líquido que quedaba.

Ni siquiera la había tocado aún. Exceptuando las muñecas mientras las ataba.

Había agarrado las patas de la butaca, se había acariciado su propio pecho mientras se despojaba de su gabán y, en aquellos momentos, acariciaba la copa como si se tratara de una de sus malditas viudas.

Exasperante.

Y ya no podía siquiera tocarlo, pues su pañuelo le sujetaba las muñecas. ¿Por qué conseguía aquello que su cuerpo se calentara y apretara los muslos?

—Levanta las manos por encima de la cabeza —ordenó.

Ella alzó los brazos hasta que las muñecas anudadas colgaron en el aire sobre su cabeza.

—Eso me gusta —murmuró con aprobación—. Me gusta mucho.

Rozó con las yemas de los dedos la parte de arriba de sus senos, que asomaban por encima del canesú. Ella se arqueó con descaro bajo sus caricias.

Los dedos del duque trazaron una senda que le subía por el cuello y recorría el interior del brazo estirado. Le bajó la manga para exponer la piel de esa parte de su anatomía.

Aquella sensación de propagación ya no se limitaba solo a su columna. Él le había contado que una mujer se humedecía y ahora sabía a qué se refería. La calidez y el ardor le encharcaban aquel lugar entre los muslos. Se removió en su butaca y apretó los muslos en un intento de aplacar la necesidad que allí se acumulaba.

Los pulgares del hombre le recorrieron la piel del brazo. Ella estaba cautiva, le era imposible liberarse, pero no debido al pañuelo que le amarraba las muñecas, sino porque anhelaba más.

Él le besó la parte interior del codo y ella estuvo a punto de gemir en voz alta.

Qué vulnerable era aquella parte del cuerpo. Un lugar totalmente inesperado en el que recibir un beso.

Él repitió la acción en el otro costado, pasó la lengua por el pulso de la otra cara interior del codo. El delicado toque de sus labios reverberó por todo su cuerpo e hizo que le martilleara el pulso y le bullera el vientre.

—Cuando te toco aquí… —Le acarició el interior de los codos con el pulgar—. Ansías que te toque aquí. —Rozó levemente con los dedos la tela que cubría la juntura de sus muslos.

Aquel breve contacto consumió las capas de algodón entre llamas, más sugerente y devastador que una caricia real.

Le dolían los brazos de sostenerlos sobre su cabeza.

—Te tiemblan los brazos. Quieres bajarlos —auguró—. Quieres rodearme el cuello con ellos. Tus labios se separan levemente. Tomas aliento, con rapidez, llenas tus pulmones y después exhalas.

No cabía duda de que el hombre era un versado seductor.

Ella sacudió los cabellos hacia atrás para apartarlos del cuello mientras mantenía los brazos por encima de la cabeza.

¿Qué necesitaría hacer para que Dalton perdiera el control y rompiera sus propias reglas?

—Si hago esto… —Echó los pechos hacia delante y la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto la garganta—. Ansías tocarme. —Al hombre se le aceleró la respiración—. Quieres enredar tus dedos en mi cabello. —Las palabras fluían como un manantial salvaje por su mente—. Más que nada.

Él emitió un tenue gemido y le acunó la mejilla en la palma de la mano.

«Prometedor.»

Ella ladeó la cabeza y rozó el interior de la palma de la mano del duque con los labios. Sacó la lengua un instante para probarlo. Sal. Piel. El desconocido sabor de un hombre.

Unos brazos fuertes se tensaron cuando inclinó la butaca en la que ella se sentaba hasta que cayó entre sus brazos y él la aferró. La levantó. Le

colocó ambas piernas a cada lado de él, colgando a los costados de la butaca de madera.

Le puso los brazos todavía atados sobre su cabeza, y tomó la boca de Thea con los labios, la besó con avidez. Ella saboreó un rastro de sangre metálica y olió el aroma a limpio del jabón de abedul que había utilizado para limpiarle las heridas.

La sensación se le propagó por la columna, se deslizó e hizo que su deseo cobrara vida. Ella era un jarro de cristal lleno de luciérnagas cautivas que zumbaban con emociones y luz, que deseaban escaparse y volar.

Dalton enterró los dedos en su pelo y la guio en dirección a su beso.

Saboreada, rodeada, atesorada; él le acunaba el rostro entre las manos a la par que se separaba y le besaba las comisuras de los labios. El roce suave de sus dientes sobre el labio hizo que se retorciera de placer.

Aquel era el legendario duque de Osborne. Y ella no estaba contemplándolo desde el otro lado de una sala de baile abarrotada.

Dalton estaba ahí.

Besándola cálida y profundamente. Haciendo que el placer se le deslizara por la columna.

Tenía la sensación de derretirse, como la mantequilla cuando se topaba con la superficie de una sartén caliente.

Un grito de placer le brotó de la garganta y él lo aplacó con su boca.

El ardor se le alojó en el centro de los muslos, la encharcaba con la humedad.

Ella gimió entre sus labios mientras se tensaba contra su cuerpo implorando más contacto.

Sabía que él estaba intentando darle una lección acerca de la naturaleza depravada de los hombres, pero Thea se negaba a prestarle atención.

No quería que aquel beso terminase jamás.

Quería enredarle las manos en el pelo, conducir sus labios hacia sus pechos, pero no podía mover las manos.

«Mueve la boca hacia abajo, Dalton. Por favor.»

Su respiración le hizo cosquillas en la piel. Ella alzó el pecho levemente, las cimas de sus senos se habían endurecido por una sensación desconocida, un hormigueo, y le imploraban su atención, contraídas en pétreas puntas.

—Por favor…

Por fin, él agarró sus senos a través del viso y los alzó hacia sus labios.

La habilidosa lengua de Dalton reclamó como suya la punta de uno de los pechos a través del fino algodón. La sensación le recorrió todo el cuerpo y se arqueó sin control alguno.

—Ah, eso es… No tengo palabras —gimió.

—Thea —gruñó Dalton mientras apoyaba la cabeza sobre sus suaves y turgentes pechos—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Se le ocurrían cincuenta ideas depravadas, ninguna de las cuales podía llevar a cabo con una virgen encomendada a su protección. No necesitaba whisky para aliviar sus costillas doloridas. Cuando la tocaba, su cuerpo se olvidaba de la existencia del dolor.

Podría echarle la culpa a la bebida, a los efectos todavía vigentes de aquellos golpes que había recibido en el patio, o podría reconocer la realidad. Ansiaba tocar su piel de satén…, escuchar su risa apasionante…, saborear el albaricoque y el whisky de su lengua.

La deseaba con un anhelo tan visceral que se había convertido en un sexto sentido.

Le apartó las manos atadas que le envolvían el cuello, la volvió a colocar sobre la butaca y se desplomó de rodillas frente a ella.

Quizá podría probar un poco su sabor.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó ella cuando él le alzó las faldas y las enaguas lentamente por las piernas revestidas de medias blancas.

Piernas proporcionadas de tobillos finos.

Se arrodilló para desatarle las botas rojas de media caña. Despacio. Llenándola de anticipación. Ella lo contemplaba con ojos entrecerrados, el espesor de las pestañas le proyectaba sombras en las mejillas.

Lucía unos simples calzones de algodón con una raja por el medio.

Acceso fácil. Le gustaba aquello.

No tenía tiempo para desatárselos. Necesitaba probarla. En aquel mismo instante.

Ella se retorció en un intento de escapar, pero él la agarró para inmovilizarla.

Thea dejó escapar un suspiro de sorpresa cuando los dedos del hombre se deslizaron por dentro de sus calzones. Estaba húmeda para él, resbaladiza por el deseo.

Él extendió con cautela aquella humedad melosa sobre los labios mayores de su feminidad, separándola, preparándola.

—Dalton, ¿qué estás…? Ah…, cielos. —Ella se revolvió, pero él la inmovilizó con un brazo agarrando su cintura. Su cuerpo se estremeció cuando la tocó con la punta de la lengua y la deslizó levemente alrededor del exterior de su sexo.

Solo un atisbo. Una promesa.

Ella se quedó quieta. Esperando. Deseaba más. Volvió a lamerla, pasaba la lengua hacia arriba y hacia abajo de los labios, sin tocar el núcleo de su cuerpo todavía.

Paladeó el gusto dulce y ahumado, introdujo la lengua en el interior para saborear más y después la arrastró de arriba abajo sobre su centro.

En aquel momento, la muchacha movía las caderas en pequeños círculos ondulantes, revelándole así de forma inconsciente el ritmo que prefería.

Le soltó las caderas y alzó entre sus puños las enaguas de modo que pudiera contemplarla retorciéndose sobre él. Era tan perfecta y hermosa…

Él estaba totalmente duro para aquel entonces, lo más rígido que nunca había estado. No podía evitar pensar en levantarla de esa butaca con un rápido movimiento y deslizar el miembro en su interior. Estaba tan húmeda y resbaladiza que entraría sin problemas, aunque fuera casta.

Sabía tan bien…

Su pene se estremecía y rogaba que lo aliviara mientras le daba placer a la muchacha.

Empujó sus dedos en el interior de Thea, donde su virilidad quería entrar, y la acarició con los dedos y la lengua a la vez.

—¿Dalton? —Se escuchó una pregunta, un anhelo tembloroso. Los músculos interiores se tensaron alrededor de sus dedos. Ya estaba muy cerca.

No podía responderle porque tenía la boca llena de aquella mujer dulce y gratificante. Impulsó los dedos hacia su profundidad y chupó con cautela mientras pasaba la lengua sobre su feminidad al mismo tiempo.

Ella gimió y se presionó contra sus labios, todo su cuerpo en tensión y estremeciéndose.

—Yo… ah…

«Ya casi has llegado, Thea.»

Entonces, lamió y chupó con más intensidad, aumentó el ritmo.

El cuerpo de la muchacha se tensó y tembló bajo sus labios y, después, echó la cabeza hacia atrás. Se desplomó sobre la butaca y él navegó por los persistentes temblores del orgasmo con la lengua y los labios para prolongar su placer.

Su Thea, su diosa de la sensualidad. Gimiendo con abandono y las piernas abiertas.

Le desató las muñecas y volvió a colocarle la falda por encima de las piernas.

—Que eso te sirva como última advertencia —gruñó él—. Sobre por qué no es inteligente apostar con un libertino. Siempre pierdes.

—Soy lo bastante mujer para admitir que me equivoco —dijo ella con la voz temblorosa mientras se frotaba las muñecas con los dedos.

—¿Cómo dices? —Dalton se sentó en la butaca frente a ella y cruzó los brazos por encima de su pecho, esforzándose por acallar su respiración acelerada—. No he oído bien lo que has…

Adoraba el tinte rosado que le había concedido a sus mejillas y la forma en la que su labio inferior lucía hinchado y carnoso debido a sus besos.

Probarla un poco no había sido suficiente. Necesitaba más.

Sorbió más whisky, el sabor terroso le inundó la boca y se mezcló con el persistente dulzor de Thea.

—Sin duda eres un libertino acorde con tu fama —contestó ella.

—¿Y?

—La condición de tus botas no significa nada.

—Entonces doy por terminado mi trabajo. —Aquella era su señal para salir de allí. Así que, ¿por qué no lo levantaban de aquella condenada butaca sus piernas?

—¿De veras? —Unos ojos azul brumoso lo contemplaron—. ¿Has… terminado?

El whisky le bajó ardiente por el lado que no tocaba de la garganta y él no pudo evitar echarse a toser.

—¿Hay algún problema? —inquirió ella inocente.

—Esa no es una conversación que vayamos a tener durante esta travesía —informó él entre toses.

Ella se inclinó hacia delante y la carne de satén se derramó por encima de la seda estampada de su vestido.

—Pero ¿qué ocurre después?

Capítulo 14

—Nada, no ocurre nada. —Dalton alejó su butaca de la de Thea—. Dormiré en las caballerizas.

—¿En las caballerizas? ¿Con las costillas magulladas?

—O me quedaré aquí, en la butaca, junto a la chimenea.

Thea desvió la mirada hacia la cama situada junto a la ventana.

—O podríamos… compartir la cama.

—No más camas.

Maldita sea, ¿por qué siempre tenía que dirigirse a ella gruñendo? Tal como había podido observar antes, la muchacha sacaba el animal, la bestia que tenía dentro.

—Tengo curiosidad. —Thea frunció el ceño—. ¿Cuánto dura… todo lo demás? Por lo que he podido ir recabando, parece algo rápido.

—No tendría nada de rápido, eso puedo asegurártelo.

—Desde luego, dado que has decidido que el único propósito de tu vida sea la búsqueda del placer. Estoy convencida de que has desarrollado cierto… talento. ¿O quizá las mujeres se limitan a adularte? ¿A fingir que disfrutan?

—Las mujeres que disfrutan entre mis brazos jamás fingen.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? —preguntó la dama con una sonrisa maliciosa.

Vaya, ya comprendía qué estaba pasando. Thea estaba construyendo un muro de humor y despreocupación con el que fingía que aquella conversación no suponía más que un placer físico para ella.

—Créeme, Thea, si compartimos lecho, no tendrías que fingir en ningún momento. Y disfrutaríamos toda la noche. Pero es un asunto sumamente irrelevante, pues jamás ocurrirá. Esto no volverá a pasar.

—¿Por qué no? ¿Y si quiero que ocurra?

Dalton se inclinó hacia delante y acunó la barbilla de Thea con la palma de la mano.

—Porque, a los hombres, el placer nos azota como una borrasca en pleno océano. Lo sentimos y, en un instante, ha desaparecido. Pero para las mujeres es diferente.

Thea se soltó del agarre y desvió la barbilla.

—Quizá yo no sea como las demás. A lo mejor puedo disfrutar del placer y protegerme el corazón con una barricada, como hacéis los hombres.

—En esta vida no has aprendido las suficientes lecciones para poder separar esto —dijo él tocándole la frente— de esto —continuó, deslizando los dedos por el pecho de ella con delicadeza hasta llegar al corazón—. Y deseo con toda mi alma que jamás lo hagas. Y yo soy demasiado honrado para ser el causante de que algo semejante ocurra.

—Ah, eres muy honrado, honradísimo —repuso ella entrecerrando los ojos—. Te pavoneas por los salones de baile, y te burlas de las jóvenes educadas con tu físico perfecto. ¡Contemplad mi impresionante musculatura! —Thea gruñó imitando la voz grave de Dalton y sacando pecho, en lo que era un intento por reproducir sus movimientos. Entonces se levantó de la butaca y sacó barbilla—. ¿Os gusta este hoyuelo irresistible que tengo en la barbilla? —Luego se puso derecha—. ¿Acaso no os estremecéis ante la visión de esta espalda fuerte y ancha? —Dalton estiró la mano para cogerla de las faldas, pero Thea lo esquivó, al tiempo que un brillo burlón resplandecía en su mirada—. Ah, no, no, señoritas, podéis mirar, pero no tocar.

El duque no pudo evitar que se le escapara una risilla. Lo había desarmado por completo.

—¿Eso es lo que piensan durante el baile las señoritas a las que nadie saca a bailar?

—Sí, desde luego —convino suspirando—. Y no es en lo único en lo que pensamos.

Dios santo. La joven bajó la mirada y el miembro viril de Dalton dio una sacudida ante la atención, luchando por su libertad.

El duque se levantó del sillón, la cargó entre sus brazos y la llevó hasta la cama, olvidándose por completo del bien y del mal. No podía más que pensar en aquello… en la suave curva del labio inferior de la muchacha. Y en el bulto, más suave si cabía, del busto de Thea bajo su propio pecho.

La joven se acurrucó contra su cuerpo con un suspiro que, para Dalton, fue una caricia que le recorrió toda la erección. Y, de pronto, hizo algo completamente inesperado: se acurrucó contra su pecho hasta que el duque acabó cayendo de espaldas sobre la cama. Se irguió sobre él, y con los dedos delineó el vello que le recorría el estómago y desaparecía dentro de sus pantalones.

—¿Quieres saber en qué más pensábamos las jóvenes repudiadas en los bailes?

«No respondas. No respondas.»

Un gemido comprometedor se le escapó de entre los labios. Thea clavó la mirada en su entrepierna.

—Pensábamos en esto mismo. —Movió los dedos por encima de la portañuela de los pantalones del duque—. Nos preguntábamos si rellenas tus pantalones o si es todo real.

Por todos los cielos, había corrompido la mente de la muchacha. Había desatado a la libertina. Y era magnífico.

—Thea, vas a acabar conmigo.

Con el dedo, la joven trazó la línea de vello que cruzaba su abdomen.

—Deseo saber adónde me lleva este sendero.

Dalton debía detenerla, pero era una sensación gloriosa. Y, además, ella lo había acusado de haberla tentado. No podía tolerarlo, ¿no?

Las tornas se habían vuelto totalmente. Él estaba a su merced. Un tonto lujurioso que ansiaba que la joven correspondiera a sus palabras con actos.

—Thea —gimió en un tono febril. Con un rápido giro de muñeca, se desabotonó el pantalón y su virilidad emergió libre. Lo cogió por la base y se ofreció a ella—. ¿Era esto lo que querías ver?

Ella asintió, y abrió los ojos mientras observaba su erección.

—¿Deseas verme tú también? —preguntó con la voz suave y seductora.

Él asintió, incapaz de pronunciar una sola frase coherente.

Thea llevó las manos a la parte delantera de su cuerpo y desabrochó los botones de su vestido, que luego se quitó por encima de la cabeza; a la vista dejó solo un corsé de algodón blanco colocado sobre una camisola del mismo color.

Desesperado como estaba por la visión de los firmes y turgentes pechos de la joven, Dalton tiró del borde de la camisola hacia abajo y estos se derramaron sobre el corsé.

—Dios, Thea, eres demasiado hermosa.

La chica bajó la mirada y observó sus propios senos.

—¿De verdad lo crees?

Dalton asintió, incapaz de hablar por el deseo, y con el dedo trazó el delicado bulto de los pechos de la joven, paseándose por la piel suave y firme, y los pezones rosados.

Ella se colocó sobre él apoyándose con las muñecas. El pelo le caía en círculos, ligeros como plumas, sobre el pecho del duque.

—Yo también ansío darte placer —susurró.

Entonces le rozó el pecho con la mano y la movió hacia abajo, por su firme y tenso abdomen. Más abajo…, vacilante, un roce suave como los pétalos de una flor por los bordes de su miembro viril.

—Enséñame… enséñame a darte placer.

En ese momento le envolvió la erección con los dedos. Dalton gimió. Ella lo asió con más fuerza. Y el deseo se apoderó de él. Él posó la mano sobre la de la chica y la guio en un movimiento ascendente hacia el glande y, después, en otro movimiento descendente recorriéndole el tronco.

Thea aprendió muy rápido. Dalton apartó la mano y ella continuó, subiendo hasta la cima lubricada por una mezcla de su propio sudor y varias gotitas de su simiente, que indicaban que no duraría mucho.

Todo ese placer conseguía ahuyentar el dolor.

Era la visión más erótica que había tenido en su vida. Thea con los labios fruncidos, y aquellos ojos azules grisáceos bien concentrados mientras deslizaba los dedos por toda su erección.

El duque gimió, haciéndole saber que lo estaba complaciendo.

En aquel momento la mente le ardía en deseo. Las manos se aferraban a la ropa de la cama, a ambos lados de su cadera, para evitar que le separara los pliegues de su sexo con los dedos y le hundiera el miembro en todo su esplendor. Hacer que lo rodease con las piernas, levantar sus caderas y mecerse en la cuna que era su cuerpo.

Ella lo igualaría en pasión. Y en inventiva. Ella lo montaría…, correspondería sus movimientos e improvisaría los suyos propios.

El cuerpo en tensión, los músculos apretados y la mente en blanco.

Él estaba muy cerca y ella estaba más que preciosa con los pechos sobre el corsé y los rizos dorados que le caían por los hombros mientras se concentraba.

Dalton estiró el brazo hasta cogerla por la nuca y la besó, rozando su lengua con la de ella, y profundizando el beso mientras Thea se encargaba de su miembro con unos dedos suaves y delicados.

Sabía a miel. Como si fuera la sustancia más dulce del mundo y él pudiese quedarse para siempre con ella, ahogándose, embriagado por el placer.

Se olvidó de las costillas magulladas, y apretó el delicado cuerpo de la joven contra el suyo, palpitando en su mano, perdido, pero con el apremiante deseo recorriéndole las venas.

—Más rápido —jadeó. Y ella aceleró sus movimientos, con más velocidad, con más fuerza.

Dalton enterró el rostro en su melena con aroma a rosas, con el cuerpo húmedo por el sudor y retorciéndose por el deseo.

El orgasmo le dio de lleno como un puñetazo en el estómago; hizo trizas su control. Provocó que la sangre le recorriera todo el cuerpo, y el placer, cada uno de los nervios.

Se dejó caer sobre la cama y atrajo a Thea contra su pecho. Los rizos de ella se mezclaron con su sudor. La mano de ella empapada con su simiente, que se le extendía por el abdomen.

El placer retumbó por su cuerpo, con menor intensidad, como el débil redoble de un ejército que se retira. No quería que acabara nunca.

—Thea, eso ha sido fantástico —dijo acariciándole el pelo—. Gracias.

—De nada. —La joven alzó la cabeza con una sonrisa tímida—. ¿Lo he hecho… bien?

—Más que bien.

Cuando se recuperó, Dalton cogió la vieja camisa rota de lino y los limpió a los dos con ella.

A la luz de las velas, se percató de que los ojos de Thea poseían un círculo de un gris más claro, como si una cinta de plata le rodease la pupila. ¿Cómo no lo había visto antes?

La envolvió con los brazos y la acurrucó contra su pecho, embebiéndose del aroma de una mujer cálida y recién complacida.

No iba a detenerse a pensar por qué se sentía tan bien. O por qué ni siquiera le importaba romper sus propias normas. ¿Por qué no debería dormir con Thea entre sus brazos?

Podía dejarse llevar por el placer un par de horas más.

Cuán inesperada era esa felicidad.

¿Acaso no debería estar escuchando en su cabeza la voz imperiosa y acusadora de su madre? Protestando. Regañándola.

Pero, en lugar de la voz de su madre, solo oía la respiración de Dalton y el rítmico latido de su corazón junto a la oreja; además, sentía un agradable zumbido, lánguido y persistente, en las extremidades.

—Me parece que el deporte en la cama me agrada bastante —comentó Thea—. Creo que siento cierta inclinación hacia él.

—Mmm. —Dalton le frotó la oreja con sus labios firmes y exploradores —. No seré yo quien lo niegue.

Por todos los cielos, a Thea le encantaba oír su respiración entrecortada.

—Por cierto, ¿cómo se le llama? Al momento de… bueno, cuando se acaba.

—El orgasmo… —murmuró él soñoliento—. Éxtasis… Culminación… Mi placer. —Acariciándole el pelo añadió—: Nuestro placer.

Thea se acurrucó, bien apretada en el círculo cálido de sus brazos. Si hubiese sabido que Dalton iba a estar así de agradable tras alcanzar el éxtasis, entonces habría hecho todo aquello la primera noche. Las cosas habrían sido mucho más sencillas.

La joven sonrió contra el pecho del hombre.

La descarga… La culminación. Y, entonces, el descubrimiento.

Thea jamás se había planteado todas las posibilidades que tenía su cuerpo. No había pensado en cómo podía ser algo mucho más que una masa inerte, silenciosa, envuelta en satén y llena de plumas para seducir a un varón.

Su cuerpo era muchísimo más que aquello.

El placer que le corría por la sangre y los músculos contraídos.

Además, en aquel viaje también había mucho más. Un destino que la llevaría a más descubrimientos.

—¿Dalton? —Un gruñido; seguía despierto—. El cuadro que busco en tu desván es un autorretrato de Artemisia, la pintora italiana de la que te he hablado. En sus cartas menciona una obra en la que estaba trabajando, titulada *El autorretrato como alegoría de la pintura*, pero nadie la ha encontrado.

Dalton le pasó los dedos por el hombro, en un roce delicado.

—¿Qué harías con el cuadro?

—Escribir sobre él… Quizá redactaría un artículo para la Institución Británica. La historia la ha relegado a una breve nota a pie de página. El siglo XVII no estaba preparado para una mujer valiente y terca que utilizó el arte para juzgar una sociedad que limitaba su libertad.

—Así que lo que ansías es reescribir la historia.

—Me gusta pensar que, quizá, el mundo podría estar listo ahora para dicho autorretrato. Listo para abrazar el talento atrevido y absoluto de Artemisia.

—Quizá. Pero yo no albergaría muchas esperanzas.

—En el caso de las obras de autoras femeninas se pensaba que… bueno, todavía se piensa que deben ser femeninas, serenas, plácidas. Artemisia acabó con todo aquello. En sus obras mitológicas no hallarás serenidad ni belleza femenina. La sangre mana del cuello del Holofernes que pintó, mientras una Judit poderosa y atormentada le atraviesa los huesos y el cartílago.

Dalton se recolocó bajo ella.

—¿De verdad? Me gustaría ver esa obra.

—El cuadro está en un museo de Florencia. Creo que, gracias a esa pintura, estoy aquí en vez de estar en la casa de mi abuela en Londres, bordando un dechado con diligencia, esperando a que mi familia me venda a Foxford. Esa obra proclama que nuestros dedos no son menos habilidosos, que nuestras mentes no son menos agudas, y que nuestra sensibilidad, la forma en la que vemos el mundo, no es menos única.

—Hay más, ¿sabes? —comentó Dalton medio dormido.

Thea escrutó su rostro en la oscuridad de la habitación.

—¿A qué te refieres, con que hay más?

—Más desvanes… habitaciones… propiedades enteras atestadas de obras de arte y antigüedades que mi padre ganó en las apuestas. Robó, más bien.

—¿Es eso cierto? —Thea sintió palpitaciones—. ¿Dónde?

Bajo su cuerpo, notaba el pecho de Dalton subir y bajar con cada respiración, como los movimientos de las olas con el paso de los navíos.

—Cuando tenía quince años, volví a casa de Eton para pasar las vacaciones allí, y mi padre me llevó a una gran casa solariega de Mayfair. Por su forma de actuar, tan sospechosa y sigilosa, pensé que quería presentarme a una de sus queridas.

»Pero me equivoqué. —Entonces se sumió en el silencio, y Thea contuvo la respiración; necesitaba que la historia continuara, y temía que Dalton se quedara dormido antes de terminarla—. La casa estaba literalmente revestida, del suelo al techo, de tesoros, como si fuese la guarida de un dragón mitológico. Estatuas de mármol… cofres llenos de monedas… montones de cuadros antiguos de un valor incalculable…

Thea estaba anonadada.

—Debiste de haberte quedado asombrado al presenciar todo aquello. ¿Qué hizo con todos esos tesoros?

—Nada. —Thea notó un dejo de amargura en la voz grave de Dalton—. Los amontonaba. El viejo duque tenía buen ojo para las cosas bonitas, pero no ansiaba más que reivindicarlas suyas, poseerlas, convertirse en el hombre más acaudalado de toda Inglaterra. —Su voz se fue apagando y la respiración se tornó más profunda.

Thea le acarició la mandíbula áspera y angulosa, con el deseo de mitigar el recuerdo.

—¿Sigue todo allí?

—Con una buena capa de polvo —murmuró él adormilado—. Y lleno de telarañas… El desván de la mansión Balfry no es más que el principio. Desconozco qué se debe hacer con todo lo que mi padre atesoró durante años.

Al estar rodeada por los brazos del hombre, Thea sentía el calor manar de su piel, y a eso se le sumó que la mente le iba a una velocidad desenfrenada, llena de posibilidades. Ella lo ayudaría con mucho gusto a decidir qué debía hacer con las obras de arte.

—Hay nobles que donan obras de arte ancestrales a la Institución —susurró Thea en un tono de voz monótono, pues no quería ahuyentarlo con el entusiasmo y el fervor que ardía en su mente—. De vez en cuando, la Institución expone los cuadros al público, y permite que los estudiantes de Arte los vean para copiarlos y estudiarlos.

—Me parece buena idea. —Thea notó un movimiento nervioso del brazo de Dalton contra su hombro y el hombre empezó a respirar de forma rítmica.

—¿Dalton? —susurró.

No hubo respuesta.

Le resultaba muy extraño escuchar la respiración de otra persona tan cerca. Nunca nadie había estado en sus aposentos. Ni hermanas, ni amigas que pasaran la noche en su casa y que treparan a su cama para compartir secretos entre susurros.

Siempre había estado sola.

¿Qué se dirían a la mañana siguiente Dalton y ella? ¿Cómo podría mirarlo sin imaginarse las cosas perversas y secretas que habían hecho?

Con solo pensarlo, Thea sintió una ola de calor por todo el cuerpo, y después de frío.

Tras lo ocurrido, había roto cualquier vínculo con la estabilidad y seguridad que le otorgaba su familia.

Ante ese pensamiento, le sobrevino una sensación de peligro. De incertidumbre.

Pero también de emoción.

Y el tentador sabor de la libertad.

Capítulo 15

«Maldición, maldición y maldición.»

Dalton se despertó con la cabeza de Thea acurrucada contra su cuello y su diminuto puño remetido bajo su mentón. Contó un pecado imperdonable por cada suspiro que daba contra su pecho.

Aceptar un bocado de cremoso *trifle* de su cuchara.

Servirle un vaso de whisky a la miel irlandés.

Aceptar su desafío de demostrar que era un libertino. Anudarle las muñecas con su pañuelo.

«Señor.» ¿De veras lo había hecho?

Lamer su cremosa dulzura hasta que gritó en su culminación. Aferrar su mano con la suya y mostrarle cómo hacer que se aliviara él.

¿Y el peor crimen de todos?

Envolverla entre sus brazos y confesarle que los cuadros del desván de Balfry solo eran el principio.

«Estúpido, despiadado y tres veces maldito imbécil.»

Jamás dormía la noche entera con una mujer vulnerable y saciada de placer entre sus brazos.

La noche anterior se había abandonado a una necesidad autoindulgente de conexión ante la que no se había rendido desde Cambridge, cuando se consideraba a sí mismo un poeta, bebía vino barato en tabernas y escribía versos incluso más difíciles de digerir que el propio alcohol.

«¿Qué ocurre después?», le había preguntado ella.

Se moría de ganas de enseñarle sin obviar detalle lo que ocurría después.

El alivio interior. Encontrar el ritmo, el ángulo que ella necesitaba. Hundirse hondo. Más hondo.

Un estallido de placer, tan maduro y fugaz como un día de verano.

«Así es. Sigue esos pensamientos hasta llegar a la conclusión lógica. No serás capaz de pedir su mano y la culpa te partirá en dos.»

Ella era un peligro para él porque lo hacía sentir. Lo calmaba.

Y él era un grave peligro para ella pues cualquiera que estuviera cerca de él se convertiría en un objetivo. A Alec lo habían ahogado para destrozar al viejo duque, para castigarle por sus pecados.

Si el secreto de Dalton salía a la luz, los hombres poderosos que lo detestaban por haberles robado sus beneficios y ahuyentado a sus clientes intentarían controlarlo de la misma forma.

Podrían tratar de utilizar a Thea como moneda de cambio. Un arma para hacer que se arrodillara ante ellos.

Jamás se lo perdonaría si le ocurriera cualquier cosa por haberse asociado con él.

Quería ser quien cumpliera todos sus deseos. Pero él no era aquel hombre.

Ella se movió entre sus brazos, suspiró levemente y se acurrucó más cerca; sus cálidas curvas le calentaban la piel. Reconocía el anhelo de la muchacha por el amor, por la aceptación. Lo reconocía y no podía hacer nada al respecto.

Porque él jamás podría ser lo que ella necesitaba y tendrían que despedirse pronto.

Y él tendría que soñar con aquel momento durante el resto de su solitaria vida.

En cómo lucía acurrucada, el oscuro espesor de sus pestañas sobre las mejillas, un suave hombro al aire.

«Tienes que marcharte. Ahora.»

Con cautela, la levantó de su pecho y la colocó de nuevo sobre la cama.

Alzó las sábanas, preparado para marcharse.

«Maldición.»

Se había despojado del corsé y sus adorables senos se transparentaban claramente bajo la fina batista de su camisola. La prenda se le había subido por las piernas y se encontraba enredada entre sus muslos. Podía ver sus torneadas piernas, el parche oscuro entre sus muslos.

Aquella visión le mandó una descarga de deseo por los brazos, le recorrió las yemas de los dedos y se dirigió a un sitio más profundo, a su pecho, a alguna región en la que se suponía que debía estar su corazón.

Saltó de la cama sin importarle ya si ella lo escuchaba y recogió sus prendas y sus botas.

«Agarra el pomo de la puerta. Ábrela y no mires atrás.»

En el pasillo, Dalton estampó la espalda contra la pared deseando volver a entrar en la alcoba.

Despojarle de la camisola para revelar sus pechos curvados y bien colocados, la esbelta cintura y las caderas ardientes.

Ella se levantaría el pelo para apartárselo de los hombros y se volvería para captar su mirada, ojos rodeados de plata y enmarcados por ondas de oro.

En aquella mirada vendría implícita una tímida invitación. Todavía no. Todavía no podía tocarla.

Quizá necesitaba asearse. Podría seguir pegajosa por el abandono de la noche anterior.

Él mojaría un trozo de tela en el agua templada. Le pasaría una capa de jabón con olor a rosas y después le deslizaría la tela por las curvas del cuello, la espalda, los hombros.

Usaría el jabón en vez de sus dedos.

La haría esperar, haría que se le entrecortara la respiración… Le pasaría la pastilla de jabón por encima. Sobre los pezones, bajo los montículos de los senos. Bajaría despacio hasta el ombligo, y entonces aferraría con más fuerza el jabón.

Lo arrastraría hacia abajo… entre sus muslos. Donde él quería estar. Donde quería deslizarse.

Le abrumaba la necesidad. Estaba demasiado cerca de perder el control.

La sumiría en la locura hasta que gritara su nombre y entonces… la alzaría entre sus brazos y la llevaría a la cama.

Se golpeó la cabeza contra la pared. ¿Qué demonios estaba haciendo ahí de pie en la puerta de su alcoba jadeando como un necio en celo?

—¿Señor Gabrielli?

Se enderezó.

—Buenos días, Betsy —saludó bruscamente mientras cruzaba los dedos para que la mujer no echara un vistazo a lo que se encontraba bajo su chaleco—. La señora Gabrielli necesita una taza de chocolate caliente para desayunar.

Bajó a grandes zancadas las escaleras y se dirigió a las caballerizas.

Viajaría a caballo, fuera del carruaje, las dos horas que les quedaban para llegar a Bristol.

Separado de Thea mediante capas de madera y hierro.

Y de imposibilidad.

—Hemos llegado, milady.

Conall les ofreció la mano primero a Thea y luego a Molly para bajar del carruaje ante la puerta pintada de un alegre color verde en la fachada de ladrillo naranja de la posada El Trompetista, en la calle St. Maryport de Bristol.

—Aquí descansarán hasta que zarpe el barco esta noche. —Conall se percató de que Thea estiraba el cuello para contemplar a los caballos—. En

estos momentos el duque se encontrará en el muelle para encargarse de lo del barco.

—Ah. —Thea trató de esconder su desilusión.

Pensaba que quizá podrían tomar el almuerzo juntos. Dalton no le había hablado desde que salió a hurtadillas mientras ella dormía. Había viajado a caballo, junto al carruaje, y no se habían detenido en el trayecto que separaba Bath de Bristol.

Molly había dormido la mayor parte de la travesía, ya que aún se sentía cansada. Aquello le proporcionó dos horas para rememorar cada detalle íntimo y demoledor de la velada anterior.

Thea había cambiado. Había tomado conciencia de la luz, el sonido y el gusto en una nueva forma.

El chocolate que había desayunado aquella mañana le había resultado increíblemente intenso. Y cuando la brisa hizo que los lazos de su capota le acariciaran el rostro, el suave y sedoso contacto había desencadenado recuerdos de los dedos del hombre rozándole la mejilla.

Se estremeció levemente.

—¿Podría ser que el duque estuviera evitándola por alguna razón? —En los ojos azules de Conall se atisbaba un brillo sagaz.

A Thea le ardió el rostro.

—No seas ridículo.

Lo sabían, estaba claro. Conall y Molly sabían que había compartido alcoba con Dalton.

¿Qué pensarían de ella? En cualquier momento sus mejillas prenderían en llamas.

Las pecas de Molly danzaron en las alturas cuando enarcó las cejas.

—Creo que la dama protesta demasiado, ¿no crees, Conall?

Quizá no había sido una idea muy inteligente haberle prestado la obra completa de Shakespeare a Molly.

Conall soltó una risilla y contempló a Thea con una sonrisa divertida.

—Está adquiriendo un matiz de lo más interesante. ¿Cómo llamarías a ese color, Molly, cariño?

Molly fingió estar deliberando.

—¿Grosella? —Ladeó la cabeza—. ¿Escarlata?

—¿Sabes, Molly? —le dijo Conall—. Llevo mucho esperando que aparezca una dama y que ponga a ese hombre en su sitio, que lo convierta en alguien bueno y decoroso. Y lady Dorothea va a ser quien lo consiga sin cometer error alguno. Yo diría que casi lo ha logrado ya.

Thea abrió la boca para quejarse y entonces volvió a cerrarla. Cualquier cosa que pronunciara en aquellos instantes solo la incriminaría.

—Uf. —Se tiró de la capota hacia abajo para esconder el rostro—. ¿Podéis dejarlo estar los dos?

Un joven conserje con brillantes botones de latón recorriendo de arriba abajo su chaqueta roja, y dos manchas de un rojo todavía más brillante alrededor de la nariz, los condujo al interior de la posada.

Thea y Molly aguardaron mientras Conall se encargaba de los preparativos con el posadero de aspecto arisco, quien lucía un lánguido bigote oscuro.

—Todo arreglado —aseguró Conall de manera jovial mientras se reunía con ellas—. Volveremos pronto, señora Gabrielli. —Le guiñó un ojo a Thea —. Y señorito Gabrielli. —Otro guiño para Molly. Se colocó la gorra negra sobre los cabellos pelirrojos y canos, y se alejó a zancadas.

Molly le echó un vistazo triunfal al conserje, deleitándose sin duda por el hecho de que nadie en la posada parecía percatarse de que fuera una muchacha ataviada con prendas masculinas.

Era ciertamente alta y esbelta en la zona del pecho, pero no se trataba solo de eso. Thea la contempló con curiosidad. Tenía algo que ver con la forma en la que se comportaba. Se había acostumbrado a quedarse de pie con las piernas separadas y con los hombros echados hacia atrás, tal como hacía el duque.

Siguieron al conserje con mejillas cubiertas de espinillas hasta sus alcobas temporales.

—¿Y bien? ¿Qué ocurrió anoche después de que me desmayara? —susurró Molly—. ¿Acaso usted y… ya sabe quién… compartieron alcoba?

—No me mires así —contestó Thea también entre murmullos—. No ocurrió nada.

Bueno, lo que se dice nada… Pero Molly no necesitaba saberlo.

—Jamás tomé al duque por un cobarde —declaró Molly con una sonrisa traviesa.

«Ni a mí por una descarada», pensó Thea.

La primera alcoba que alcanzaron fue la de Molly.

—Creo que echaré otra siesta —informó.

—¿Todavía te sientes débil? —inquirió Thea. En aquellos momentos, las mejillas de Molly mostraban más color, lo cual era buena señal.

—Estoy bien. Solo cansada, nada más.

Thea se aseguró de que Molly se instalara en su alcoba y después ordenó agua caliente para tomar un baño en la suya propia.

Cuando la bañera de cobre estuvo llena, Thea se hundió agradecida en el vapor, ansiosa por limpiarse toda la suciedad que había acumulado durante el viaje. Cuando se hundió más en el agua, él estuvo allí, envolviéndola entre sus brazos, saturando su cuerpo con calor líquido. Cuando se removió, el agua chapoteó sobre su cuerpo como las manos de Dalton acariciándola.

La noche anterior había sido reveladora. Y extraordinariamente excitante.

Cerró los ojos y echó atrás la cabeza. Deslizó los dedos por sus brazos, sobre sus senos y después más abajo, sobre su vientre.

Quería saber más acerca de su cuerpo. La había besado… ahí. Sus dedos hallaron el lugar y se deslizaron por la sensible carne.

Sus piernas se estremecieron bajo el agua. Colocó una mano sobre un pecho y la otra sumergida, dentro de la escurridiza abertura de su cuerpo.

Aquel placer todavía palpitaba.

No tenía por qué seguir viviendo bajo las reglas de su madre. Podía ser imprudente. Escandalosa.

¡Podía tener un amante!

Aquella sobrecogedora idea jamás se le habría ocurrido a la decorosa y refinada hija de la condesa de Desmond. Pero, definitivamente, se le había pasado por la cabeza a la Thea fugitiva. En especial tras el placer que había recibido la noche anterior.

Había planeado abandonar la sociedad sin causar alboroto, de forma discreta. Pero ahora que había enviado una carta a su madre en la que aseguraba que la habían mancillado, ya no había esperanzas.

La gente susurraría acerca de su precipitado abandono de la sociedad.

Alguno de los sirvientes podría leer la carta y esparcir rumores.

Artemisia había tenido amantes y la habían tildado de promiscua, su vida privada eclipsaba su arte.

Incluso la tía Emma disponía de un pasado escandaloso. Thea no conocía todos los detalles, pero se rumoreaba que había tenido una aventura con un conde casado cuya esposa estaba inválida. Lo cual explicaba que jamás se invitara a su tía a Londres.

Movió el dedo con mayor velocidad, salpicó sobre el botón de carne firme donde se concentraban todas las sensaciones. Quería descubrir más en el barco a Irlanda aquella noche, mientras las olas se mecían bajo ellos.

Hablar. Reír. Y después… dejarse de charlas.

Quería saber qué ocurría luego.

Jamás había considerado la posibilidad de que existiera semejante placer.

Las olas se mecían entre sus muslos y se abrían hacia el centro de su cuerpo. Se tensó. Con un movimiento más rápido de sus dedos. Más

intenso.

Se le tensó el vientre. La ola alcanzó su punto álgido y derramó placer por todo su cuerpo.

Gimió de forma tenue y dejó caer la cabeza por encima del borde de la bañera.

Quizá se estaba formando un nuevo hábito.

Era demasiado corto. No duraba lo suficiente y le creaba la necesidad de más.

Igual que comer del dulce *trifle*. O beber chocolate caliente. La explosión de especias y dulzor en su boca. El primo lejano de aquellas olas ardientes de magma que aún rompían en su cuerpo.

«Una dama jamás se come más de una galleta. Una dama se priva del placer.»

Pero, sin lugar a dudas, Thea ya no era una dama.

Alguien llamó a la puerta. El corazón se le aceleró.

—¿Quién es? —dijo.

—Jenkins, señora —contestó una voz femenina.

La doncella. No Dalton.

—Pasa —ordenó Thea.

—¿Es este su único vestido, señora? —preguntó la robusta doncella de mejillas rosadas mientras sacudía la seda de cuadros escoceses azules y grises.

—Eso me temo.

—Bueno, no se preocupe, lo cepillaré y lo dejaré como nuevo. —Levantó las botas de cuero rojo—. En cuanto les quite el barro volverán a brillar, rojas como rubíes.

Thea le dio las gracias a la doncella y esta se marchó.

Ella sí que se sentía como nueva. Había descubierto varias cosas acerca de su persona durante la travesía.

Había cortado los lazos con su madre. Se había enfrentado a una pistola. Había evitado un duelo. Había sacado de sus cabales a un duque arrogante.

Tenía una nueva perspectiva, como si un artista hubiera decidido que la pose en la que se encontraba al principio de la travesía no fuera la correcta y hubiera pintado por encima para concederle un perfil nuevo y más descarado, el fantasma de su antiguo yo apenas discernible bajo capas de pintura recién aplicada.

Capítulo 16

Dalton abrió la puerta de la taberna El Áncora de un empujón, y el olor rancio de la ginebra derramada y de la basura pudriéndose al fondo del callejón le apabullaron los sentidos.

Eligió una mesa que había apartada en una esquina y se puso de espaldas a la pared, de modo que la puerta de entrada quedaba en su campo de visión. Le pidió una jarra de una cerveza negra Porter a una camarera de gran busto con una melena de un cobrizo encendido y una sonrisa coqueta; así, mataría el tiempo hasta que llegara Conall.

Dalton había alquilado un bergantín mercante con un nombre de lo más poético: *La verdad y el alba*, del que los estibadores del navío habían estado descargando varios barriles de madera en los que podía verse el cuño del Mercado de Mantequilla de Cork. También había negociado las condiciones con el capitán del bergantín para despacharlos enseguida y partir hacia Cork esa misma noche.

Además, había comprado billetes de primera clase para que Thea y Molly viajaran en la embarcación de vapor más lujosa de todo Bristol. Conall se reuniría con ellas en los muelles del puerto de Cork y las escoltaría hasta sus respectivas casas.

Para Thea, Dalton era un peligro mucho mayor de lo que podía serlo cualquier persona que conociera en el respetable comedor de un paquebote de vapor.

¿Qué estaría haciendo la joven en aquel momento? Seguramente estaría dándose un baño; envuelta en vapor, con una pierna elegante y torneada

colgando de la bañera, y el pelo húmedo cayéndole enroscado por los hombros.

O quizá estaría acurrucada en una cama mullida, dormitando un rato.

Él necesitaba saciar su sed, de inmediato. ¿Dónde estaba su cerveza?

Dalton levantó la mirada justo a tiempo para ver a un hombre de un tamaño excepcional apoyar un barril de cerveza sobre la barra sin esfuerzo alguno.

La camarera llenó su jarra de cerveza y se la llevó a la mesa.

—Me llamó Perla —anunció apreciando sus brazos con la mirada—. ¿Le gustaría disfrutar de un poco de compañía?

—Hoy no —respondió él negando con la cabeza—. Pero muchas gracias por el ofrecimiento.

La camarera se inclinó sobre la mesa para que la amplitud redondeada de su pecho quedase a la altura de los ojos del duque.

—¿Está seguro?

—Completamente —dijo Dalton con certeza.

Le dio un buen trago a la fuerte cerveza negra, densa y copiosa como una rebanada de pan, mientras recordaba todo de lo que se había enterado tras arreglar el asunto del bergantín.

La nave de O'Roarke, la *Trotamundos*, había zarpado del puerto de Cork hacía dos días con destino a la ciudad de Nueva York.

El grandullón de la barra se acercó a la mesa de Dalton. Había algo en él que le resultaba familiar; algo en esa nariz torcida, en el grueso cuello y en esos hundidos ojos azules.

—¿Lo conozco? —preguntó Dalton.

—Por mi mala fama, sin duda. —El hombre se acomodó el pañuelo del cuello—. Albertson, aunque casi todo el mundo me conoce como el Azote de Bristol. —Tenía unos puños gigantes, llenos de cardenales morados—. Este establecimiento es de mi propiedad.

Dalton había visto al Azote en una pelea varios años atrás.

—Un local muy elegante. —A Dalton le habría gustado sentarse y tomarse la cerveza en paz mientras esperaba a Conall, no hablar con el propietario, por lo que le lanzó al hombretón una mirada intimidante.

Albertson, sin inmutarse, apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Qué le trae a Bristol, señor…?

—Jones —dijo Dalton cortante—. Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—No es asunto suyo.

—Vaya, vaya. —Albertson retrocedió un par de pasos levantando las manazas—. No era más que una pregunta cordial. Disfrute de la cerveza.

Mientras Albertson se alejaba con andares pesados, Dalton lo observó con mucha atención. No era insólito que un boxeador profesional fuese el dueño de una taberna. Los húmedos y fríos callejones sin salida de las barriadas que rodeaban los muelles estaban atestados de estibadores, boxeadores profesionales y demás personajes desesperados.

Pero a Dalton no le habían gustado sus preguntas.

Negó con la cabeza para ordenar sus pensamientos. No sería nada; estaba nervioso, no se encontraba bien.

Conall llegó a la taberna y, con un gesto, Dalton le indicó a Perla que le llevara otra cerveza a la mesa.

—Están en la posada —informó Conall y tomó asiento—. He podido ver cinco tonos diferentes de color carmesí en el rostro de lady Dorothea cuando he mencionado su nombre. ¿Ocurrió algo anoche que deba saber?

—No quiero hablar del tema. —Dalton se terminó de un trago lo que le quedaba de cerveza y pidió otra más con un ademán.

Conall se arrellenó en el asiento y cruzó una pierna sobre la otra, apoyando la bota en la rodilla.

—Me agrada la señorita. Es una mujer con espíritu y de buen corazón. Y no quiero que le haga daño. Si anoche pasó algo…

—No la he deshonrado.

Conall lo miró con actitud desafiante durante unos instantes y después se relajó.

—Bueno, todavía queda tiempo —dijo con una sonrisa de satisfacción —. Esa muchacha acabará conquistando su corazón.

Dalton hizo caso omiso del último comentario y recibió la cerveza que Perla le ofrecía.

—Zarparemos esta noche. He encontrado un bergantín que ha llegado de Cork, estaban descargando las mercancías. El capitán me dijo que la tripulación se mostraría reacia a salir de nuevo a alta mar en tan poco tiempo, pero le he ofrecido un veinte por ciento más de su tarifa habitual para partir esta misma noche.

—El veinte por ciento más de las ganancias habituales por un viaje puede ser una cantidad elevada. No lo vale —se quejó Conall—, ni por cuatro pasajeros de más.

—Dos.

—¿Dos? —preguntó Conall levantando las cejas.

—He comprado dos billetes para que las señoritas viajen en un paquebote de vapor que zarpa mañana por la mañana. Un bergantín mercante no es lugar para ellas.

Conall le lanzó una mirada avispada y apoyó la jarra en la mesa.

—Entonces ¿de qué tiene tanto miedo?

—De nada —se rio Dalton.

«Thea», se corrigió el duque en sus pensamientos. Se había enfrentado a hombres que ardían en deseos de matarlo, pero estaba mucho más aterrorizado por una muchacha menuda de ojos del color del cielo encapotado y con una sonrisa similar al primer indicio casi imperceptible de un arcoíris tras la tormenta.

Conall se cruzó de brazos.

—Con el tiempo no se hace usted más joven, es consciente, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que debería casarse. Engendrar un mocoso.

—Sabes que eso es un imposible.

—El hombre que llega solo a la tumba puede que se arrepienta de sus decisiones.

—No estoy solo. Disfruto de una gran cantidad de compañía femenina.

—No se comporte como un gusano. No me refiero a eso.

—Sabes que no voy a casarme en la vida. Además, mira quién fue a hablar. No es que hayas comentado que tengas pensado visitar a Bronagh.

Conall clavó la mirada en la jarra de cristal, llena de cerveza.

—He estado pensándolo… Quizá vaya a verla. —Dalton había levantado la jarra para dar un trago, pero se quedó a mitad de camino—. Lo mínimo que puedo hacer es darle la oportunidad de gritarme —explicó Conall—. Igual le viene bien.

¿Acaso eso que notaba en su voz era un deje de esperanza?

—Bueno, a ti también podría venirte bien.

—No me gusta la idea de que Molly y lady Dorothea viajen solas.

—No estarán solas. Le he pedido al capitán de la nave que se asegure de que su destacamento personal cuide de ellas, y en el paquebote de vapor abundarán mujeres respetables de avanzada edad. Te reunirás con ellas en el muelle, con un carruaje alquilado, y las llevarás a sus respectivos destinos.

—Ya que menciona el destino de Molly… —Conall meneó el líquido marrón que llenaba su jarra de cristal—. Es la hija de Bronagh.

—¿Cómo dices? —Dalton apoyó la jarra de un porrazo contra la mesa, y la cerveza le salpicó los nudillos—. ¿Cómo lo sabes?

—Anoche me quedé con ella, después de que perdiera el sentido, y charlamos sobre su familia. —Un brillo de perplejidad resplandecía en los ojos de Conall—. Es la hija de Seamus y Bronagh. Es mi sobrina.

—¿Es cierto eso? —preguntó Dalton, y Conall asintió—. Pues asunto arreglado, entonces. Verás a Bronagh, quieras o no. ¡Por el tío Conall! —brindó Dalton levantando la jarra.

—Ahora, no crea que de pronto me convertiré en un hombre dulce y casero —dijo Conall con un resoplido—. Bronagh debe de odiarme por haberla dejado. Lo más probable es que me eche de su propiedad con una pistola herrumbrosa. De tal palo, tal astilla.

—O quizá te reciba con todos los besos que se ha guardado en estos veinte años.

—Ja.

Había algo en aquel *ja* un poco vacilante que revelaba mucha información. Dejaba a las claras que quizá Conall ansiaba esos besos. Que quizá llegara a plantearse la jubilación y convertirse en un granjero honrado. Sentar la cabeza. Encontrar el amor.

Dalton miró de soslayo a su viejo amigo y cómplice mientras trataba de imaginarse a un montón de bebés rebotando sobre sus rodillas. A unos pequeñines que tiraban de la larga barba grisácea, y que trepaban por sus botas.

Y… no. No se lo imaginaba.

El Conall que él conocía evitaba casi todo contacto humano y prefería la soledad y vivir entre las sombras. Ambos permanecieron en un silencio habitual entre ellos durante un par de minutos, mientras se tomaban la cerveza. Dalton pensaba en lo raro que se le hacía imaginarse a Conall arando un campo u ordeñando una vaca.

—¿Sabemos algo de O’Roarke? —preguntó Conall.

Dalton se inclinó hacia delante y respondió en voz baja.

—Su navío, el *Trotamundos*, ha zarpado a Nueva York. Salió de Cork hace un par de días.

—Tenemos tiempo de alcanzarlo —comentó Conall con la jarra en la mano.

—Conall, creo que es el asesino de mi hermano. Lo noto. —Llevaba muchísimo tiempo buscando al culpable consumido por el deseo de venganza.

Conall soltó un gruñido.

—Ya veremos. Pero, ahora mismo, debe ir a explicarle a la señorita por qué no va a viajar con nosotros. —Entonces esbozó una sonrisa de satisfacción—. Dele la oportunidad de gritarle.

Dalton llamó a la puerta de los aposentos de Thea.

Había ido hasta allí para hacerle saber cuál era su decisión, y no había nada en el mundo que pudiera hacerle cambiar de opinión. Había ido hasta allí para despedirse de ella.

Entró en su habitación con permiso de la muchacha, y se preparó para la visión de unos vivos ojos azules grisáceos y de unos labios curvados del color de las fresas.

—Dalton. —Thea permaneció sentada, pero levantó una de las manos y la tendió hacia él.

La chica sonrió, pero Dalton tuvo que volver la cara y fingir que sentía un repentino interés por la moqueta.

—Hola, lady Dorothea.

—¿Lady? —repuso Thea en tono burlón—. Por Dios, sí que estamos formales hoy.

Todavía llevaba el pelo húmedo por el baño que se había dado, y el producto que hubiese usado para lavárselo emitía un aroma diferente al habitual. Era más intenso. Como el aroma de las rosas que solo florecían por la noche.

Tuvo que frenar el impulso de inclinarse e inhalar la fragancia de la joven.

No iba a haber forma fácil de hacer lo que debía hacer.

Él era peligroso para ella. Lo mejor era terminar con todo, cuanto antes. Dalton se aclaró la garganta y levantó la cabeza.

—Me marcho.

—Pero si acabas de llegar —respondió Thea riéndose—. Ven, siéntate. Tómate una taza de té.

—No tengo tiempo; zarpo a Cork esta misma noche.

—Sí, ya lo sé —dijo ella frunciendo el ceño.

Él todavía la deseaba; cómo no iba a hacerlo. Ese sentimiento no iba a desvanecerse jamás. Ni ese día, ni nunca hasta el día que muriera. Pero jamás podría tenerla.

—Conall y yo continuaremos nuestro viaje solos, y Molly y tú tomaréis un paquebote de vapor mañana por la mañana.

Ella extendió la mano otra vez, y Dalton tuvo que controlarse para no retroceder. Si Thea lo tocaba, estaría perdido.

—Prometiste que me acompañarías hasta Irlanda, si mal no recuerdo. —Le brillaban los ojos al hablar—. Ese era el trato. Y eres un hombre de palabra. Solo tienes que leer el libro de apuestas de White's, ¿recuerdas?

Dalton apretó los dientes.

—¿Te acuerdas de lo que te dije? Nunca confíes en un hombre, Thea. Decimos que haremos una cosa, y luego hacemos otra. Os he comprado unos billetes de primera clase en el mejor paquebote de vapor de todo Cork. Disfrutaréis de un comedor lleno de lujos. Y de una orquesta de música de cámara para distraeros.

—Bien sabes que no me importa nada de todo eso.

—Hará que el viaje sea mucho más ameno.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó ella entrecerrando los ojos —. ¿Es por lo que ocurrió anoche?

Claro que era por lo que había ocurrido la noche anterior.

—Lo que pasó entre nosotros anoche fue…

—Nada por lo que haga falta disculparse —lo cortó. Thea sacudió la melena que llevaba suelta y el seductor aroma que esta desprendía invadió el aire—. Estoy perfectamente bien. Más que bien.

Dalton se había preparado para las lágrimas, los reproches o, por lo menos, para unos ojos llorosos y un dolor de cabeza provocado por el whisky. No para unos ojos brillantes y una sonrisa seductora.

—Eres demasiado buena para que alguien te trate de semejante forma, Thea. Demasiado buena para una noche de diversión. Demasiado buena para mí.

—Tienes miedo —lo acusó ella—. Crees que me aprovecharé de lo que pasó entre nosotros anoche para exigirte algo más.

No podía estar más equivocada. Dalton tenía miedo de sí mismo, del océano de anhelo que se había abierto en su pecho, que había derribado los muros que había alzado y que había arrasado con todo, salvo con la fuerza de la marea de los brazos de Thea.

—Crees que no sé lo que quiero, pero te equivocas —continuó Thea. Se aferró a los brazos del sillón con ambas manos—. Me he pasado la vida alejada de todo. En las aulas. En los bailes. Jamás estaba en el centro, a no ser que mi madre me empujara hasta allí y, entonces, era propensa a los tropiezos y las caídas. Quiero vivir la vida y aprender. Dalton, ¿confías en mí?

En quien no podía confiar era en él mismo.

—Thea, me estás obligando a ser claro, a hablar sin rodeos. —Se acercó a ella, la cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo a la cara—. Jamás me casaré contigo.

Entonces ella se libró de su agarre.

—Soy muy consciente de que zarpas en busca de tu futura esposa irlandesa, con un cuerpo curvilíneo, el pelo de un rojo intenso y unos ojos verdes como las esmeraldas.

Maldición. Se había olvidado por completo de la búsqueda ficticia de su futura esposa. Antes de contestarle, se aclaró la garganta:

—Nunca te dije cómo era.

—Bueno —contestó ella haciendo un gesto con la mano—. Sé cómo son las de tu tipo. Altas. Elegantes. Llamativas. Con un busto generoso. Escasas en inteligencia.

Salvo que su tipo había cambiado.

Le gustaban menudas, insistentes, tercas… y provocativas con una recién adquirida sensualidad.

—Crees que en Irlanda seré una solterona solitaria e indefensa —lo reprendió—. Cuando, en realidad, mi vida no será ni por asomo nada semejante. —Entonces soltó una carcajada despreocupada—. Seré una vergüenza de solterona. Me buscaré un amante en Irlanda; o quizá más de uno. —Lo desafió con la mirada—. Unos irlandeses bien apuestos. Se parecerán a tu amigo, el duque de Harland. De pelo oscuro y ojos verdes. Con los músculos bien trabajados. —Lanzó una mirada a los brazos de Dalton—. Pero sin alardear de ellos.

¿Acaso estaba insultando su físico?

La conversación no iba por buen camino, desde luego. A Dalton no le parecía bien contarle ni una sola mentira más a la muchacha, pero llevaba tanto tiempo mintiendo que ya era una reacción instintiva.

—Debería irme. Tengo que hacerle una visita a… —La palabra se le atragantó—. A una viuda amiga mía de Bristol. Antes de que zarpe mi navío.

La mirada de Thea se oscureció y adquirió el mismo tono gris del cielo durante una tormenta, tal como Dalton se había imaginado que ocurriría.

—¿Una viuda? —Unas manchas de rubor se desperdigaron por las mejillas de la joven e intensificaron los peligrosos rayos de su mirada—. Ya no necesitas la compañía de más viudas.

—Mis viudas me comprenden a la perfección.

—Lo único que comprenden es el tamaño de tu fortuna.

—¿Me estás dando un discurso moralizador, Thea? Te tenía por una joven aventurera y fuera de lo habitual.

—Porque lo soy —respondió ella asintiendo con la cabeza.

—La primera regla de la aventura es la variedad. Cuando un camino está restringido, tomas otro. Comprendo la fascinación que puede provocar pensar que uno de los caminos podría ser la respuesta y solución a todo. —Dalton miró detrás de ella y clavó los ojos en la ventana y en el edificio de ladrillos que se alzaba al otro lado de la calle—.Y yo no soy la respuesta ni solución de nadie.

—¿Por qué estás actuando así? —susurró ella.

Porque era mejor hacer que lo que sintiera por él fuera odio. A la larga le haría la vida más fácil.

—Porque creo que quizá necesitas más pruebas de que soy un libertino sin corazón. En caso de que anoche no te hubiese quedado claro.

—Dalton, ¿acaso crees en algo? ¿Sientes preocupación en algún momento por algo o alguien? ¿O es que para ti la vida no es más que un juego?

—Creo en que el sol se pondrá esta noche, y que saldrá mañana por la mañana. —Se caló el sombrero y añadió—: Y creo en el hecho de que los hombres buscan sentir algo para mantener a raya el pensamiento de que, con cada respiración, nos acercamos más a la vida eterna. Que el diablo habita en los bolsillos vacíos y la codicia lleva a las personas a pecar. Creo que el amor no es más que una ilusión que la gente se inventa para enmascarar el temor a la muerte.

—Yo no soy nada para ti —afirmó Thea con un tono sombrío, sin un ápice de alegría en la voz.

Dalton no podía otorgarle una respuesta sincera a dicha afirmación, así que permaneció en silencio. La verdad era que, para él, ella lo era todo. Y por eso mismo debía marcharse de inmediato. Thea se merecía mucho más en la vida que lo que él podía ofrecerle. Noches apacibles de lectura junto a una lumbre bien caliente. Descorchar una botella de un vino joven francés. El tintineo y la promesa del choque entre dos copas. Una capa de pintura

para la habitación del bebé. Que su vida estuviese llena de ternura y cariño. Todo lo que él no podría darle nunca.

—De acuerdo, ve tras tus gustos vacíos. Ahógate en el mar de viudas complacientes —sentenció Thea, y se apartó un mechón de pelo, todavía húmedo, de los ojos.

Bien, su labor había terminado. Thea lo detestaba, y eso era lo mejor.

Dalton se volvió para marcharse, pero la puerta se abrió de pronto y Conall entró de una zancada a la habitación.

—¿Sabe dónde está la señorita Molly? No la encuentro por ningún lado.

—Está descansando —contestó Thea—. En el carruaje ha dormido casi todo el camino. Me parece que sigue un poco indispuesta.

—No está en su cuarto, y la cama está intacta —dijo Conall negando con la cabeza—. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace una hora.

Conall recorrió la moqueta con motivos florales.

—No creerá que será capaz de cometer alguna… tontería, ¿verdad? Que no volvería a fingir que es un bandido, por ejemplo.

—Su pistola la tengo yo guardada —informó Dalton—. No creo que llegue muy lejos sin ella.

—Pero ese tal Raney, el que le robó todo el dinero… —insistió Conall —. Anoche me contó que es marinero. ¿No cree que quizá se haya ido tras él?

Thea se puso tensa.

—Creí que estaría demasiado agotada para dejar la posada, pero, ahora que lo mencionas, es justo la clase de imprudencia que cometería Molly. —Se retorció las faldas de seda con la mano en un gesto de nerviosismo—. Debería haberme quedado con ella, haberla vigilado.

—No es culpa tuya —la tranquilizó Dalton—. La encontraremos. Si Raney es marinero, lo más probable es que esté cerca del muelle.

—Molly mencionó el nombre de la taberna que frecuenta ese hombre. A ver… ¿cómo era? Algo relacionado con el mundo náutico… —Thea desvió la mirada, llena de preocupación, a la chimenea buscando la respuesta en las llamas temblorosas. De pronto levantó la cabeza—. ¡El Áncora! Allí es.

Dalton y Conall intercambiaron una mirada. Acababan de marcharse de allí, y esa taberna no era lugar para una jovencita.

Conall agarró con fuerza el ala de su sombrero.

—Tenemos que encontrarla. ¡No hay tiempo que perder! —Giró sobre los talones y salió del cuarto con paso airado.

Capítulo 17

—Date prisa, hombre. No tenemos todo el día —bramó Conall sacando la cabeza por la ventanilla del carruaje.

Dalton conocía a Conall lo suficiente para saber que se tomaría muy a pecho que algo le pasara a su sobrina bajo su vigilancia.

Estaban atascados en la maraña de carruajes y carros de granja que trataban de adentrarse en el embudo que eran las callejuelas de los barrios bajos de St. Jude.

De algún modo, Thea había conseguido inmiscuirse en la misión de rescate tras insistirle mucho a Conall, por lo que los tres estaban encajados en el único asiento del carruaje de Jones. Había asegurado que no pensaba quedarse de brazos cruzados ella sola en la posada mientras Molly podía estar en peligro.

Solucionarían rápido el asunto. Dalton y Conall asaltarían El Áncora, rescatarían a Molly y después volverían a poner rumbo a la posada en cuestión de diez minutos.

—Estamos tardando mucho. —Conall se movía inquieto en el asiento, daba golpecitos con las botas y apretaba los puños sobre sus rodillas.

—Llegaremos pronto —lo calmó Thea.

A Dalton no le entusiasmaba la idea de regresar a la taberna. No le habían agradado las preguntas de Albertson o la forma en la que le contemplaba la mandíbula, casi como si estuviera buscando el corte que le había hecho Trent. Con un poco de suerte el hombre no estaría allí y podrían entrar y salir sin armar un escándalo.

Thea se sentaba en silencio, oculta bajo la voluminosa capa gris, resguardada tras los hombros de Conall y con el rostro cubierto por el ala de la capota.

Dalton sentía su preocupación como si de una cuarta presencia en el carruaje se tratara, un recuerdo acechante de las palabras que le había dicho hacía tan solo unos minutos. Las mentiras que había urdido para alejarla. La noción absurda de que prefería a una viuda hermosa antes que a ella.

Había cometido un error.

En cuanto las palabras abandonaron su boca, se arrepintió de ellas. Y cuando el brillo travieso se apagó en sus ojos mientras su sonrisa flaqueaba y desaparecía, se sintió como un cobarde y un criminal.

Confusión, traición… y finalmente resentimiento en las aguas cambiantes de sus ojos. ¿Cómo iba él a culparla? Había abandonado todo control la noche anterior, la había atado a él, primero con grilletes de lino y después con besos, para rechazarla al día siguiente.

No podía contarle la verdad acerca de la razón por la que debía cortar toda relación con ella, pero detestaba la traición que atisbaba en sus ojos. Parecía que daba igual lo que hiciera, siempre acababa haciéndole daño.

El impulso que sentía de arroparla entre sus brazos, acariciarle los cabellos sedosos y susurrarle que lo que le había dicho no era cierto… Tenía que ponerle fin en aquel instante.

En cuanto volviese a tomar aliento se centraría. Sería implacable.

No habría rastro de Thea en él.

Aquella travesía en carruaje no cambiaba nada.

Tanto Thea como Molly viajarían sin percances en elegantes camarotes dentro de un paquebote de vapor mientras Conall y él se escabullían en el bergantín mercante con rumbo a Irlanda esa misma noche.

Se acabaron las confesiones. Y los besos.

—¿Has estado antes en El Áncora? —le preguntó Thea a Conall.

—En realidad, vengo justo de allí —informó Conall—. Es un lugar peligroso. No me agrada que Molly esté allí.

—Estamos a plena luz del día —objetó Thea—. ¿Cuán escabrosa puede resultar una taberna a las cuatro de la tarde?

Conall negó con la cabeza.

—El Áncora no es lugar para jovencitas. Está abarrotada de marineros procedentes de todos los puertos.

—Entonces menos mal que estoy aquí —declaró Thea—. Tengo un efecto calmante sobre los hombres toscos. Amansé a las fieras en el exterior de la posada la noche pasada con bastante eficacia.

Ella miró a Dalton de soslayo desde debajo de su capota para ver cómo se tomaba aquella declaración.

«Efecto calmante y un cuerno.»

No tenía ni un pelo de calma en aquel cuerpecillo ágil.

Él entrecerró los ojos y ella sonrió; una curvita triunfante se dibujó en sus labios, pues sin duda sabía que lo había sacado de quicio, y atormentarlo era su nuevo propósito en la vida.

Y condenado fuera él; a pesar de todos sus propósitos, quería que lo atormentara de todas las formas que su agudo intelecto pudiera concebir.

Antes de que aquel precario hilo de pensamiento fuera demasiado lejos, el carruaje se ralentizó por fin en el exterior de los ladrillos ennegrecidos por el hollín de la taberna El Áncora.

Dalton se inclinó sobre Conall para dirigirse a Thea.

—Esta vez te vas a quedar en el carruaje, por favor. Apenas nos llevará un instante. —Thea arqueó las delicadas cejas con desdén—. Bien. —Dalton suspiró, aunque ella no había pronunciado palabra le había dirigido la mirada de «nadie va a decirme lo que debo hacer, y mucho menos un duque» que había llegado a conocer tan bien—. Pero, te lo ruego, no te separes de mí.

Ella asintió, se apretó los lazos grises de la capota y se cuadró de hombros.

—Dense prisa —instó Conall, quien ya se dirigía a la entrada.

Cuando se abrió la puerta, la estridente algarabía de los marineros en medio de partidas de juego se vertió sobre la calle. El sitio se había llenado desde que Dalton se había marchado. No había ni un asiento libre en todo el local.

Iluminada por velas chisporroteantes fabricadas con desagradable sebo y lámparas de gas colgadas del techo, la oscura y cavernosa sala retumbaba con risas sonoras y gritos mal articulados.

Los fornidos marineros, ataviados con abrigos azules y pañuelos rojos, se atiborraban a cerveza, bromeaban con las camareras y apostaban su salario en las cartas o los dados.

Algunos de ellos sin duda apostarían hasta la ropa que vestían antes de que acabara la noche y se escabullirían a sus hogares, medio desnudos y dando trompicones debido a la ebriedad, para encontrarse con esposas que habían envejecido prematuramente debido a la preocupación y una casa llena de niños de miradas tristes que pasaban frío.

Los ojos de Thea se abrieron como platos cuando vio a un hombre con las mejillas picadas por la viruela y ataviado con un abrigo raído agarrar las faldas de una mujer con ojos severos y hastiados para después tirar de ella y darle un sonoro beso en público.

Era desconcertante tener a Thea allí, en su mundo. Su dulce aroma contrastaba con el hedor rancio de la ginebra derramada.

Había estado pensando en ella como una tentación inmensa, un peligro monumental contra el que debía salvaguardarse a toda costa; sin embargo, allí, entre aquella abrumadora cantidad de marineros, estibadores y vendedores ambulantes, ella era demasiado menuda y frágil, demasiado fácil de perder.

Le colocó una mano en la cintura porque los inútiles borrachos de la estancia debían saber que se encontraba bajo su protección.

No porque se estuviera muriendo por tocarla, se dijo a sí mismo.

Ella le echó un vistazo desde debajo de las largas y oscuras pestañas, y él la acercó todavía más a su cuerpo, envolviendo la curva de su cintura con la mano.

«Mía. Toda mía», proclamaba su agarre.

No había ni rastro de Albertson. Ni de Molly.

Conall estudió la estancia, el ángulo receloso de sus hombros traicionaba su tensión.

—¿Tan pronto vuelve? —La mirada de Dalton se cruzó con la descarada Perla, la camarera de pelo cobrizo encendido que se le había propuesto con anterioridad. Ella meneó las caderas y le guiñó un ojo—. ¿Me añoraba, canalla? —Le apretó el brazo como si probara lo fuerte que era su bíceps. Thea entrecerró los ojos a modo de amenaza—. Ha traído compañía. —Perla miró a Thea de arriba abajo, sin duda considerándola una rival en potencia.

—Puf… —Thea negó con la cabeza, lo cual no tuvo mucho efecto ya que sus gloriosos rizos estaban cubiertos por la capota de paja marchita por el viaje.

Dalton apartó la mano de Perla de su brazo caballerosamente.

—He añorado vuestra cerveza negra —comentó con cordialidad—. Dos jarras más del brebaje para mi amiga y para mí.

—Y ¿qué hay de usted? —Contempló a Conall esperanzada—. Es usted el navío más digno de navegar que he visto jamás. ¿Necesita una pasajera?

Conall negó con la cabeza distraído, centrado en buscar a Molly en la sala abarrotada.

—Tan solo las jarras —pidió Dalton.

Perla se marchó entre frufrús, sus raídas faldas de seda roja volaron con indignación.

Conall hizo un gesto con la cabeza en dirección a la parte trasera de la sala.

—Ahí.

La muchedumbre que se apelotonaba alrededor de una mesa esquinera abrió un pequeño hueco, lo cual permitió a Dalton distinguir una partida de dados que estaba teniendo lugar.

Molly estaba de pie contra la pared del fondo, con los hombros echados hacia atrás y una sonrisa dibujada en el rostro; agitaba los dados con dramatismo mientras los espectadores observaban cautivados todos y cada uno de los movimientos de sus delgadas manos.

Un hombre en la veintena, alto y de cabellos rubios, con botones de latón pulido cosidos en el abrigo azul, rodeaba con un brazo a una camarera de provocativos rizos castaños y le lanzaba una mirada asesina a Molly desde el otro lado de la mesa.

No parecía nada complacido con el hecho de haber perdido contra un muchacho así de joven. Si no hubiera sabido que era una chica, a Dalton también lo habría engañado. Con las trenzas remetidas dentro de aquella gorra azul de paño, junto con el abrigo y chaleco del mismo color, bien podría tratarse de un grumete diminuto y andrajoso que se dedicaba a hacer recados y servir al capitán y tripulación de un navío mercante.

Dalton conocía íntimamente casi todos los tugurios de apuestas de Londres y los habituales juegos de azar que allí se jugaban para ganar a la banca, aunque no estaba seguro de conocer el juego en el que participaban aquellos dos.

Sin embargo, los fascinados marineros sí que parecían saber lo que allí estaba sucediendo, y gritaban al unísono después de que Molly hubiera lanzado los dados sobre una esterilla de lienzo.

Engreída, estridente y confiada, la chica compartía ocurrencias y bromas subidas de tono con los marineros que la rodeaban.

—¡Un triple de áncoras, muchachos! ¡Os lo había dicho, estibo un áncora colosal y sé meterla hasta el fondo!

Dalton tuvo que reírse. Molly sonaba como un marinero, resultaba admirable. Estaba tan concentrada en la partida que ni se molestó en mirar en su dirección.

El rostro ya de por sí rubicundo del hombre alto se tornó visiblemente más rojo mientras contaba monedas lentamente y las deslizaba hacia el centro de la mesa. Molly se rio con alegría en la cara del hombre mientras arrastraba las monedas.

—Debe de ser Raney —informó Conall a la vez que señalaba con la barbilla hacia el rubio.

Dalton asintió.

—No creo que la haya reconocido —dijo Thea en un susurro pasmado al lado de Dalton.

—Cierto —corroboró Conall—. No me gusta. Raney ha estado bebiendo y está molesto por haber perdido.

Molly golpeó la mesa con la mano hasta que su montón de monedas rebotó alegremente. Raney entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

Conall se quedó totalmente inmóvil.

Dalton también conocía aquella expresión. Estaba evaluando el peligro. Tomando decisiones apresuradas sobre cuál sería el mejor modo de mitigar las posibilidades de una pelea.

La mejor opción sería limitarse a caminar hasta allí y agarrarla. Decir que el capitán la necesitaba y que habría terribles consecuencias si no se presentaba allí de inmediato.

Raney había tomado unas cuantas jarras a juzgar por la forma en la que se tambaleaba sobre sus pies. Una situación como aquella no se solucionaba fácilmente. Perder dinero jamás hacía que un hombre se sintiera más benévolo.

Conall cruzó miradas con Dalton. Era la hora.

—No te acerques —susurró el duque en el oído de Thea—. Prepárate para marcharte. Deprisa.

—Pero ¿no está ganando?

—Sí, pero el asunto podría ponerse feo si alguien se percata de que es una muchacha.

Thea entrecerró levemente los ojos.

—No necesita un rescate. —Se movió hasta que sus cuerpos dejaron de tocarse—. No tienes que intervenir. Créeme, Dalton. Deja que Molly tome sus propias decisiones. Para ella es importante disponer de este momento en el que supera en poder a Raney después de la manera en la que este la ha tratado.

Conall le echó un vistazo a Dalton; sus ojos preguntaban a qué se debía la demora. Dalton realizó un movimiento abrupto y fulminante con el dedo índice, el cual era su señal para detener una operación. Para retirarse.

Conall frunció el ceño.

—Dalton, ¿confías en mí? —Los ojos de Thea relucieron bajo la luz tenue.

Había pronunciado esas mismas palabras en la posada.

Aquello no involucraba solo a Molly. También era importante para Thea. Tan solo había recibido órdenes y coacciones por parte de su madre… Jamás confianza. Hablaba de Molly haciéndose con el control y tomando las riendas de su poder, cuando era ella la que ansiaba dicho control.

Había estado poniendo a prueba su poder durante toda la travesía, asumía papeles descarados y sensuales. Y quería liberarse de las reglas impuestas por su madre.

Dalton le prestó mucha atención a Molly. Si llegara a estar en verdadero peligro, tanto él como Conall actuarían con rapidez.

Thea se percató de la mirada que intercambiaron los dos hombres. Se puso de puntillas.

—Gracias —le susurró a Dalton al oído.

Él reforzó el agarre alrededor de su cintura, adoraba la forma en la que sus curvas se adaptaban a él a la perfección.

Ella le regaló una sonrisa brillante y, de repente, la sala cerrada y oscura adquirió un color vibrante, como si hubiera tomado una curva en el camino y súbitamente se abriera una vista del océano ante él con el sol centelleando en las amplias aguas azules.

Qué no daría por esa sonrisa. O por hacerla reír. Adoraba la manera en que reía. Aguda y argentina, como el repicar de un cascabel.

A Conall no le hacía gracia esperar, pero no se puso en marcha, se quedó allí con la cabeza gacha sin apartar la vista de Molly.

Le tocaba a Raney realizar su apuesta y lanzar el dado. Empujó un montoncillo de cobre hacia delante en una porción de la esterilla marcada con una corona.

—Todo a coronas —dijo arrastrando las palabras.

La multitud de espectadores volvió a rugir.

—¡El diablo está de tu parte esta noche, muchacho!

—¿Vas a permitir que ese mochuelo se embolse tu calderilla sin más, Raney?

La camarera de los rizos castaños se despojó del brazo del joven y se acercó furtivamente a Molly para susurrarle algo al oído.

Molly le dio una moneda y la camarera le rodeó el cuello con los brazos para después darle un sonoro beso en la mejilla. Molly le devolvió el beso en la mejilla y la agarró de la cintura.

Los hombres que rodeaban la mesa estallaron en carcajadas mientras apuntaban a Raney y golpeaban a Molly en la espalda, claramente mofándose de este por haber perdido el afecto de su oportunista compañera.

Raney miró fijamente a Molly, ella le contestó con una sonrisa mientras disfrutaba de su triunfo.

Dalton se inclinó hacia Thea.

—Granjeras venciendo a marineros y besando a camareras —susurró—. Ahora sí que lo hemos visto todo, ¿eh?

Ella ahogó una risa con la mano.

—Es todo un espectáculo.

—Tu Molly maldice y apuesta como un marinero —murmuró él—. Me pregunto dónde habrá aprendido tales cosas.

—Tiene diez hermanos. Me imagino que fueron sus maestros en dichas artes.

—Diez hermanos. —Dalton silbó levemente y se volvió para mirar a Conall—. ¿Has oído eso, Conall? Tiene diez hermanos. Sabrá un par de cosillas acerca de la mente masculina.

Conall le respondió con su habitual gruñido evasivo, pero relajó un poco los hombros.

Thea le concedió a Dalton otra sonrisa de aprobación y él le acarició la espalda con la mano.

En un acto temerario, Molly empujó todo su montón de monedas a la mesa.

—Pues yo apuesto todo a espadas. Es hora de enterrarte, bellaco. ¡Prepara el ataúd! —advirtió.

A Raney se le oscureció el semblante.

—En algún momento se te acabará la suerte, muchacho.

Molly alzó su jarra y vació el contenido del vaso de un trago, lo cual fue acompañado de los gritos de aprobación de la pequeña multitud.

—Sin duda me quedé sin suerte el día en que te conocí, Jack Raney.

Él levantó la mirada de golpe mientras escudriñaba su rostro, como si fuera a caer en la cuenta en cualquier momento.

Conall se puso tenso.

Molly volvió a comenzar su elaborado ritual con el cubilete, el conocido castañeteo, lo que dio paso a demasiados recuerdos en la mente de Dalton.

Se alzó una ovación proveniente de los hombres que contemplaban la partida, pues comenzaron a apostar a favor de alguno de los implicados.

—¡Cinco chelines a favor del grumete!

—¡Cinco para Raney!

La muchedumbre contuvo la respiración.

El dado cayó sobre la mesa y rodó.

Capítulo 18

Thea no se atrevía a mirar qué destino habían elegido los dados. Desvió la mirada de la mesa y centró toda su atención en Dalton.

La camarera pelirroja ataviada con un vestido escarlata había dicho que era un canalla. Sí que lucía como un canalla con aquel corte en la mandíbula. No se había afeitado y una barba incipiente de color marrón oscuro le poblaba el mentón y le ocultaba el hoyuelo; pero Thea sabía que estaba allí, aguardando hasta que ella volviera a descubrirlo.

La camarera había repasado el cuerpo del duque con la mirada como si fuese el ganso de la cena de Navidad. Bueno, ¿quién podría reprochárselo?

Dalton tenía esa belleza peligrosa que hacía que cualquier mujer se detuviera a observarlo, pues se preguntaba si era posible que hubiese caído del cielo y aterrizado en el mundo, y si estaría dispuesto a arrastrarla con él a los infiernos.

El duque le rodeó la cintura con una de sus enormes manos, en un gesto de posesión. Con el que la reclamaba como suya. Confiando en el instinto de Thea.

Los presentes irrumpieron en ovaciones y Thea volvió la cabeza a la mesa de juego.

Molly se quitó la gorra de la cabeza y sus largas trenzas quedaron a la vista de todo el mundo.

—Soy yo, Jack Raney, estafador con cerebro de mosquito: ¡Molly Barton! ¿No me recuerdas? —La chica cogió un buen puñado de monedas y las arrojó dentro de su gorra azul—. Me llevaré esto conmigo.

Jack entrecerró tanto los ojos que parecían dos rendijas.

—Tú… —farfulló—. Tú… Maldita, voy a…

La multitud de marineros estalló en carcajadas, dándose palmadas contra el muslo y riéndose con ganas del chico.

—¡Le ha ganado una chica! —gritó uno de ellos.

Raney se llevó la mano al bolsillo del chaleco con una mirada peligrosa en los ojos, y Thea se aferró al brazo de Dalton; sin embargo, Conall ya se estaba acercando a ellos con grandes y atronadoras zancadas. Apartó a la muchedumbre sin mayor dificultad y le rodeó los hombros a Jack con aire amenazador, mientras evitaba que sacara la mano del bolsillo.

—Veo que conoces a mi sobrina, ¿verdad? —dijo el hombre.

Molly soltó un grito ahogado y miró a Conall. Movió la cabeza mirando a su alrededor, y se puso blanca al reconocer a Thea y a Dalton entre la multitud.

—¡Suéltame, viejo! —gritó Jack entre dientes, mientras intentaba zafarse del agarre de Conall, pero el hombre era mucho más fuerte que él.

—En mi opinión, la chica te ha ganado en buena ley —comentó Conall —. Vámonos, Molly.

Conall soltó a Jack y le hizo un gesto a Molly para que lo siguiera. La muchacha cogió con fuerza su gorra azul y se aventuró tras él.

—No corras —le indicó Dalton a Thea mientras la asía por el brazo y la dirigía hacia Conall y Molly—. Camina con confianza, como si fueses la dueña y señora de este lugar.

Dalton dejó un par de monedas sobre la barra, una cantidad más que suficiente para cubrir el coste de sus bebidas, y los cuatro atravesaron la apretada muchedumbre caminando con paso tranquilo hacia la puerta de atrás.

El callejón al que daba la trasera del bar apestaba por el montón de basura podrida que se amontonaba allí. Thea miró hacia atrás, imaginándose que la puerta se abría de golpe y por ella emergía una

muchedumbre enfurecida, con Raney a la cabeza, que los había seguido hasta allí. Pero nadie apareció por el umbral de la puerta.

Sin embargo, enseguida tuvieron compañía en el callejón.

Tres hombres de gran tamaño y aspecto violento los esperaban; lucían unos sombreros de ala negra que les caían sobre un tosco ceño.

Dalton se puso tenso, detuvo sus pasos de forma abrupta y tiró de Thea para resguardarla tras su espalda. Conall hizo lo mismo con Molly, y entre ambos hombres crearon un baluarte de duro músculo que separaba a Thea y Molly de aquellas tres bestias.

Thea tuvo que escudriñar por encima de la enorme espalda de Dalton para ver qué ocurría.

Los tres hombres avanzaron hacia ellos con andares pesados y aire amenazador. No le cabía la menor duda de que eran guardias que trabajaban para la taberna. Buscaban pelea en un callejón.

Thea se estremeció y miró a Molly.

—Estaremos bien —le susurró la chica a la dama, y apretó los puños con fuerza—. Lucharemos si es necesario —añadió fulminando con la mirada a los hombres que se acercaban a ellos.

—Buenas noches, Albertson. —Dalton bajó el tono de voz, que se tornó más grave y peligroso—. ¿Este callejón también es tuyo?

—Sí, y pronto tú también lo serás —contestó Albertson. A tan poca distancia, se podía ver la nariz torcida del tabernero, así como las orejas mutiladas y unos ojos azules que destilaban crueldad. El hombre se detuvo a unos centímetros de Dalton y le hincó un dedo en el pecho—. Ofrecen una recompensa por ti, Jones.

Thea barajó en su mente todas las posibilidades. ¿Acaso Albertson pensaba que Dalton era realmente Jones? ¿Debería decir la verdad? ¿Intentar distraerlos?

La joven volvió a mirar de soslayo al tabernero tras la espalda de Dalton y muy pronto descartó la última de las opciones. El hombre era más ancho

de espaldas que el duque, y poseía unos puños gigantescos, con los nudillos amoratados. Era evidente que había sido pugilista profesional. Muchísimo más peligroso que los bobos inútiles del jardín de la posada.

—Mack —dijo Albertson—, el papel.

Mack era un hombre de frente ancha y llana, con los ojillos hundidos. Rebuscó en el bolsillo del pecho, sacó una hoja de papel arrugada y se la tendió a Albertson.

El papel crujió cuando Albertson les enseñó su contenido a Dalton y a Conall.

—Trent dice que debemos estar atentos al Cerbero. Que huyó de Londres hace un par de días disfrazado de caballero. Tenemos un dibujo de un tipo con aspecto de matón. De metro ochenta. Unos setenta y cinco kilos. Con una cicatriz… —Albertson le pasó el dedo a Dalton por la mandíbula— justo aquí.

Thea soltó un grito ahogado. Dalton le había contado que se había hecho esa cicatriz en una pelea con un esposo celoso. ¿De verdad había pronunciado esas mismas palabras? Quizá no había sido más que una suposición por su parte.

Albertson estrujó el papel hasta hacerlo una bola y lo tiró al suelo.

—A mi parecer, esa descripción coincide bastante con una persona que se encuentra en este callejón.

Dalton se quedó muy quieto, como una estatua. No soltó palabra, pero en la cabeza de Thea retumbó la voz grave del hombre.

«Si el Cerbero es real, es un criminal peligroso… Lo colgarán.»

«No existe ningún campeón que pueda curar a esta sociedad enferma y defender a los desamparados. No es más que un mito.»

Y después…

«Me has descubierto; tengo un motivo secreto para viajar a Irlanda.»

Todas las negaciones y las evasivas.

Aquel beso en el carruaje, cuando mencionó el nombre del Cerbero.

Podía tener un secreto mayor. Podía ser…

La risa de Dalton resonó con estruendo en la luz que se desvanecía al anochecer, e interrumpió los pensamientos convulsos de la joven.

—Una forma curiosa de sacar beneficios. —Se quitó los guantes de un tirón y se los tendió a Conall—. Abordar a clientes que saldan sus deudas en un callejón oscuro no debe de ser bueno para el negocio.

—Ni un movimiento más. —Albertson se colocó en posición y levantó los puños—. O ensombreceré tus días.

Thea siguió un impulso repentino y salió de detrás de la espalda del duque.

—Te equivocas de hombre, Albertson. El señor Jones duerme más que lucha.

Dalton la cogió por las faldas.

—¡Thea, vuelve aquí!

—¿Ah, sí? —Albertson se rio entre dientes y le echó un vistazo de admiración a la joven—. Trent no dijo nada sobre ti. Eres una belleza, ¿eh? —Estiró la mano para cogerla por el brazo—. Un botín de guerra, que se suele decir.

Todo ocurrió rapidísimo, como las llamas que devoran un campo de almiar seco.

Dalton se abalanzó hacia delante como una mancha borrosa de puños, un destello con los dientes al descubierto.

Cada movimiento preciso y calculado a la perfección. Un golpe enérgico directo al rostro, y Albertson se desplomó sobre los adoquines sucios de la carretera como un muñeco de trapo.

Los otros dos hombres atacaron a Dalton, pero los esquivó a ambos con facilidad, e hizo que las cabezas de los dos agresores se chocaran.

Magistral. Preciso.

Y con una velocidad de movimiento tal que Thea solo tuvo tiempo de dar un paso hacia atrás antes de que todo hubiera terminado.

Los hombres gemían en el suelo, paralizados por el dolor, pasmados ante la sumisión.

Conall ni siquiera había levantado el puño; se quedó quieto como un centinela, con una expresión de intensidad letal en el rostro deteriorado por el paso del tiempo.

Dalton se alzó cuan alto era, ocupando todo el campo de visión de Thea, y la sombra del duque se cernió por los adoquines pringosos por las manchas de sangre.

El pecho le subía y le bajaba a gran velocidad, y todavía tenía los puños en alto.

Dalton alzó la cabeza y la miró fijamente.

No era más que una sombra del azul de un océano del color de la obsidiana.

«Ay, Dalton —pensó Thea—. Eres tú. El mito. El campeón de los desamparados. Eres a quien buscan.»

Casi se arrojó a los brazos del duque para decirle que ya no debía alejarla, que conocía su secreto. Pero Dalton rompió el momento al acercarse a sus agresores para recuperar su sombrero. Conall le tendió los guantes.

—Será mejor que nos marchemos —aconsejó Conall con voz ronca.

Molly miró a Dalton con los ojos abiertos como platos y con un brillo de curiosidad en la mirada.

—¡Caramba! —exclamó en un suspiro—. ¡Ha sido espléndido!

—Al carruaje, ya. —Conall cogió a Molly del brazo y la guio evitando a los hombres inconscientes que yacían en el suelo.

Con un gesto, Dalton le indicó a Thea que lo siguiera y emprendió el paso con el hombro inclinado en un ángulo extraño, como si le doliera.

Soportaba mucho dolor. En los huesos…, los músculos. En el corazón.

Thea cogió la bola de papel que Albertson había tirado y se la metió en el bolso. Después se apresuró a seguir a Dalton.

Se subieron al carruaje, que los esperaba, apretados unos junto a otros, y las rodillas de Dalton quedaron pegadas a las de Thea.

Cerraron de un portazo la portezuela y el carruaje emprendió su viaje con un traqueteo.

—No hay un solo momento de aburrimiento —comentó Conall mientras negaba con la cabeza.

Molly miró a Conall con entusiasmo, y después desvió la mirada hacia Dalton.

—¡Enséñame a pelear así! Soy menuda pero valiente.

—Bien es verdad —dijo Conall riéndose.

Thea buscó la mirada de Dalton.

—Nos vamos a Cork con vosotros.

—Ya le he dicho al cochero que nos lleve al muelle —contestó él asintiendo—. Esos hombres os han visto la cara.

Thea contuvo la respiración. Quería que estuviera con ella.

Cuando Molly se palmeó el bolsillo, pudieron oír el tintineo de las monedas que se había guardado.

—Con esto tengo bastante para reponer los ahorros de mi madre, y puede que incluso más. Ese marinero lo pensará dos veces antes de traicionar la confianza de una chica.

—El espantoso barón de la noche ataca de nuevo —aclamó Thea.

—Cuánto me alegra que no llevaras la pistola —dijo Conall.

—No necesito una pistola para hacer que le tiemblen las piernas —contestó Molly con una amplia sonrisa. Entonces se puso seria—. ¿Dijiste que eras mi tío para asustar a Jack o es verdad?

Conall vaciló. Thea pudo ver el miedo reflejado en el rostro del hombre. Entonces asintió.

—Me temo que tienes a este hombre por tío, Molly, cielo.

—¿Ibas a contármelo? —A la chica le temblaba el labio inferior.

—No lo había decidido todavía —respondió él siendo sincero—. Verás, conocí a tu madre hace muchísimo tiempo. Eres igualita a ella. —Le dio un tironcito de la trenza—. Salvo por los pantalones, claro.

—Ja. —Molly frunció el ceño—. Si eres mi tío, ahora seguramente me obligarás a ponerme vestidos y me castigarás con la vara si no los llevo.

A Conall se le puso el bigote de punta de la emoción, y empezó a sacudir la cabeza.

—Jamás, cielo. Nunca te pegaría. No soy como Seamus.

Molly se mordió el labio.

—No te pareces a él, eso está claro.

El corazón de Thea se hinchó de esperanza por esas dos almas perdidas. Molly necesitaba cariño con urgencia, y Conall se merecía una segunda oportunidad.

Todo el mundo se merecía la oportunidad de ser feliz.

Con los ojos entrecerrados, Thea miró a Dalton de soslayo. La joven no podía estar tan cerca de él y no ansiar rodearlo con los brazos. ¿Acaso sentiría él lo mismo?

Sus miradas se cruzaron.

Él sentía lo mismo. Thea lo sabía.

Dalton le cogió la mano y le rodeó los dedos con los suyos.

Su tacto le provocaba una sensación estupenda. Saber que él también necesitaba tocarla…

A Thea se le aceleró el corazón al pensar en aquella noche.

¿Qué empujaba a un hombre a convertirse en un mito?

La muerte de su hermano. El aislamiento y el miedo de su madre. La avaricia de su padre.

Todas las piezas empezaban a encajar, como los símbolos de un cuadro alegórico que se combinaban para ofrecer un significado más profundo.

Los amoríos, los encuentros amorosos, las viudas y las celosías de rosas. Las apuestas exorbitantes, los duelos, las cicatrices… ¿Eran todo…

distracciones?

Dalton, el consumado libertino, escondía a Dalton, la fuerza de la justicia.

Thea recordó las noches en las que lo había estado observando mientras él reinaba en las salas de baile. El libertino de oro en torno al que todo el mundo giraba, llenando los periódicos de tinta y dejando a las viudas desvergonzadas sin aliento ante la expectación de su próxima hazaña. Para ella, Dalton era como su padre, nada más. Un hombre que pasaba de mujer a mujer, y dejaba un rastro de dolor a su paso.

¿Era él así? ¿O era alguien completamente diferente?

El sol del anochecer otorgaba un color ambarino al cielo mientras el carruaje se dirigía al muelle. Estaba claro que, si llevaba tantísimo tiempo engañando a tanta gente, se le daba muy bien mentir, y si se le daba tan bien mentir… ¿de verdad la quería o los besos que se habían dado no habían sido más que una distracción más?

Ella lo convencería para que se abriera a ella y le revelara su secreto.

Él confiaba en ella. Y no tenía que cargar con ese peso él solo.

Podía ser él mismo con ella.

Y Thea también podía ser ella con él. Formada a partir del valor, no del miedo.

Coger la vida por los cuernos y recorrer el camino del placer.

Thea apretó la mano de Dalton y él la miró; los ojos del hombre centelleaban en la creciente oscuridad.

Nada había cambiado. Aquella noche ella iba a elegir a un amante atento y hábil.

Todo había cambiado. Aquel amante podía ser un libertino… y un guerrero.

Capítulo 19

Cuando se subieron a bordo de *La verdad y el alba,* Conall informó al capitán del barco acerca de los pasajeros adicionales. Por supuesto, también le había informado de que Thea era la esposa de Dalton, maldita fuera su entrecana barba desaliñada.

Dalton no había tenido las fuerzas para rebatirlo. El capitán sonrió y aseguró que su camarote resultaría adecuado para ambos.

Habían tomado una cena rápida de fiambres, queso y pan en las cocinas. Thea había ido con Molly para acomodarla en su litera.

El camarote del capitán era sorprendentemente espacioso, se ubicaba en la popa de la cubierta superior y abarcaba toda la anchura del navío. La hermosa mampostería de los armarios empotrados, la mesa y los bancos brillaba bajo la luz vespertina que se colaba por las ventanas y se deslizaba por las paredes que daban al mar.

A Dalton le estaba matando el hombro. Le palpitaba debido a la fuerza que había utilizado en el puñetazo que le había asestado a Albertson con todo su brío. Aquel golpe había estado a punto de sacarle el hueso de la glena.

Necesitaba descansar. Preferiblemente en una cama.

Y si en aquel lecho se encontraba Thea, como solía ocurrir con frecuencia aquellos últimos días, simplemente tendría que estar demasiado exhausto para hacer nada.

Se tumbó sobre el colchón. Era evidente que al capitán del barco le agradaba dormir cómodo y Dalton suspiró cuando sus doloridos músculos

se hundieron en el lecho de plumas colocado sobre el canapé de crin de caballo de perfecta elaboración.

Con toda probabilidad, Trent había hecho correr la voz por todos los tugurios infernales de apuestas de Londres para que estuvieran alerta y buscaran a un hombre con un corte que le recorría la mandíbula. Pero no parecía que hubiera establecido una conexión entre el Cerbero y Dalton. Albertson lo había llamado Jones. Pero Albertson había visto su rostro. A plena luz del día. Sin hollín en los cabellos ni pañoleta que le enmascarara las facciones.

A partir de ahora debía andarse con suma cautela. Los hombres de Trent estarían buscándolos a los cuatro. No podían volver a verlos juntos. Tendrían que separarse: Conall llevaría a Molly con Bronagh, y Dalton acompañaría a Thea a casa de su tía.

Después, él dispondría de un día para descubrir más detalles acerca de O'Roarke antes de enfrentarse a él. Cuando uno forzaba una confesión era mejor ir armado con detalles minuciosos de la vida de dicho hombre. Circunstancias desencadenantes que pudieran hacer que se sintiera potencialmente atrapado y admitiera sus pecados.

Se extendió sobre el enorme lecho sin molestarse en cerrar las cortinas, arrullado por el vaivén del barco bajo su cuerpo, y se permitió cerrar los ojos.

Notó la llegada de Thea. La oyó tomar agua de la palangana y lavarse el rostro.

Lo cual significaba que ya se había despojado de la capota de paja.

Lo cual significaba que sus cabellos estaban al descubierto y él querría enredar los dedos entre aquellos rizos.

Abrió los ojos.

Ella estaba de pie frente al espejo circular con marco dorado y se quitaba los ganchos del pelo.

Unos amplios y recelosos ojos azul grisáceo.

Un fragmento de opulento y carnoso labio inferior.

El cristal convexo del espejo refractaba las últimas caricias rojas del sol y las pintaba sobre sus mejillas.

Se despojó del último de sus ganchos y se ahuecó los rizos de mantequilla sobre los hombros, donde se retorcían en dirección a su cintura.

Dalton cerró los ojos con fuerza.

—¿El hombro vuelve a molestarte? —preguntó ella en voz baja.

Él se lanzó el codo izquierdo sobre los ojos para que ella no pudiera percatarse de su dolor.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Estás torciendo el gesto. —El lecho se movió cuando se sentó en el borde. Ella le apartó un mechón de pelo de la frente—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Demonios, ya le habían herido antes. Le habían dado palizas hasta que su vida había pendido de un hilo. Las lesiones no eran nada nuevo para él. Hacía con su cuerpo lo que quería de forma temeraria; se sentía invencible aunque sabía que la muerte acechaba en cada esquina sombría y en cada navaja de los asaltantes de caminos.

—Estoy bien —repitió.

—Y exactamente… ¿qué es lo que hace Olofsson para ayudarte?

—A veces se me engancha el hombro. Olofsson manipula los músculos de modo que pueda volver a moverlo. Tengo una antigua lesión que sufrí cuando peleaba unos asaltos con mi amigo Hatherly.

—Ah, sí. Boxeo.

Dalton se quedó inmóvil. Se apreciaba un nuevo tono en su voz.

—Así es.

—Date la vuelta —ordenó ella.

Él se planteó negarse durante un instante, pero la promesa de sus manos sobre la piel magullada y dolorida le resultó demasiado tentadora.

Se puso boca abajo, alzó los brazos y apoyó la cabeza en el antebrazo.

—Voy a tener que despojarte de la camisa —dijo ella con brío.

—No será necesario.

—Como quieras.

Ella le masajeó el hombro izquierdo a través del lino de su camisa.

Sus diminutas manos no servían de mucho, pero tan solo con que lo tocase ya le resultaba tremendamente placentero. Ella empujó con un poco más de fuerza, hizo presión sobre su escápula y él dejó escapar un largo suspiro.

—¿Es ahí? —preguntó.

—Sí.

—Has tumbado a esos tres brutos en un abrir y cerrar de ojos. Debo admitir que ha sido impresionante. Ha tenido muy poco que ver con tu rendimiento… o falta de él… en Bath.

—Albertson te agarró del brazo. Todo se tiñó de rojo. Y golpeé.

Ella extendió algo plano y arrugado sobre el lecho junto a su rostro. Él abrió un ojo. El retrato que Trent había hecho del Cerbero, con la cicatriz en el lugar exacto de la mandíbula.

Él arrugó el papel dentro del puño. Thea deslizó un dedo por la mandíbula del hombre.

—¿Hay algo que quieras contarme? —Aquel impulso por abrirse, por delatarse, era demasiado peligroso. ¿Qué ocurriría si le contaba la verdad? —. Dalton. Mírame. —Él alzó la cabeza. Ondas sedosas de cabello cayeron alrededor de su rostro cuando ella acercó la cara a la suya—. Has confiado en mis instintos en la taberna. Y le permitiste a Molly tomar sus propias decisiones. Ahora te pido que vuelvas a confiar en mí. Cuéntame la verdad. Soy lo bastante fuerte para soportarla.

Quería contársela… Quería desahogarse, pero, si lo hacía, ella se vería envuelta en un peligro aún mayor que en aquellos momentos.

Volvió a esconder el rostro en su brazo.

—No hay nada que contar. Te he defendido. Cualquier hombre habría obrado de la misma forma.

—Estás mintiendo.

—Thea —refunfuñó—. Déjalo estar. Ha sido un día muy largo. ¿Por qué no te acuestas?

—Cuéntame la verdad —insistió ella.

—No puedo.

—Entonces al menos admite que quieres hacerlo.

El deseo de abrirle el corazón a Thea había ido acumulándose y ya era casi imposible de soportar.

—Thea… yo…

«Voy a la deriva en el ancho mar sin brújula.»

Ella le había hecho darse cuenta de que estaba absoluta y totalmente perdido. Su insistencia por conocer la verdad era como una cuerda que habían echado a los mares tormentosos. Podría agarrarse a la cuerda y tirar hasta ponerse a salvo.

Agarrarse a ella.

Buscó su mano y tiró de ella para que se tumbase junto a él en el lecho. Después enterró el rostro en su cuello.

Ella le acarició los cabellos.

—No tienes por qué cargar con esto solo. —Él la apretó más entre sus brazos e inhaló el dulce aroma de su melena y la calmada resolución de su voz. No quería que las olas rompieran por encima. Ella le levantó la cabeza y le sostuvo el mentón entre ambas manos—. Sé la verdad, Dalton. —Él cerró los ojos—. Eres honrado y noble —susurró—. Y te deseo. Desesperadamente. Te necesito.

Lo sabía.

No había sido capaz de salvar a Alec o evitar que su madre se abocara a la locura, pero quizá Thea sería capaz de salvarlo y abrirle el corazón. Quizá podría ser el hombre que ella necesitaba.

Se sentía débil por lo mucho que la anhelaba.

Así que la buscó y la agarró con fuerza.

Y ella entrelazó los brazos a su alrededor.

—Quiero descubrir lo que es capaz de experimentar mi cuerpo. —Se subió encima de él y colocó las piernas a ambos lados de su cuerpo—. Quiero ahogarme en el placer. —Le pasó ambas manos por el cuello y presionó los suaves senos sobre su pecho—. Te elijo a ti, Dalton.

«Te elijo a ti.»

Aquellas palabras lo dejaron sin aliento. Ah, cómo le gustaría que fuera tan sencillo.

—Puede que no sea exactamente la tentación que tanto te gusta. —Curvó los labios—. No es que sea escultural. Y mi figura dista de ser generosa.

Él acunó sus pechos con las palmas de la mano y apretó con dulzura.

—Eres perfecta, Thea.

—No tengo unos deslumbrantes ojos color esmeralda. Los míos no pueden decidir si son del color de la tormenta o azules. —Se inclinó hacia delante y presionó los suaves labios contra su mejilla—. Pero, si te tuviera, duque, cambiarías tus preferencias.

Entonces él la besó con todo el deseo acumulado que se había estado negando. La besó porque quería creer que la vida podía ser así de simple. Todo aquel dolor y lucha, los juegos a los que jugaban los hombres para evitar que la muerte los golpeara con demasiada fuerza.

La vida podía ser el aroma a rosas cuando ella se acercaba y el calor persistente de su cuerpo en la palma de sus manos.

Arroparla entre sus brazos.

Construir un puente a otro mundo.

Una ventana iluminada en lugar de una callejuela sombría.

Él podría ser un hombre. No un títere de la venganza.

Tan solo un hombre.

Un hombre que quería compartir lecho con aquella mujer. Con aquella mujer compleja, sagaz y hermosa.

Dejó de luchar. Ella conocía su secreto. No tenía que admitirlo en voz alta.

Y no era lo suficientemente fuerte para volver a alejarla de él.

Ella se movía sobre él, ágil y tierna. Él se llenó las manos con los pechos redondeados, la diminuta cintura, las amplias caderas.

La besó.

Y se agarró a la cuerda de la esperanza.

Capítulo 20

Thea hizo presión hacia abajo, en busca de alivio para el dulce dolor que sentía entre los muslos.

Cuando Dalton gimió y la estrechó contra su cuerpo con firmeza, guiándole las caderas con sus grandes manos, una oleada de triunfo le inundó el pecho a la joven.

Su madre la había obligado a encajar en un molde. La sociedad. Cada una de las personas que se habían reído de ella, que habían hablado de ella entre susurros y que la habían bautizado como la Catastrófica Dorothea.

Thea le rozó el pecho firme con la punta de los senos, y el gesto le osciló por el estómago hasta el rincón oculto que ella había tocado aquella mañana en el baño.

La joven que acataba las reglas, la candidata perfecta a ser duquesa… se había ido.

Se había deshecho de ella, como una serpiente se deshace de la piel al mudarla.

Allí estaba delante de él, desnuda y real.

En su compañía, solos.

Una velada de placer que la cambiaría para siempre.

Pureza. Elegancia. Refinamiento. «¡Al diablo con todo!»

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —preguntó él con la voz grave e impregnada de deseo y cariño.

Thea arqueó la espalda y restregó los muslos contra su cuerpo.

—Sí —gimió.

—Dios mío, Thea, eres tan preciosa…, maldita sea.

Thea sintió palpitaciones y tenía la piel tan sensible al tacto que, cuando Dalton le rozó la mejilla con la punta de los dedos, se sobresaltó y se estremeció.

—Dame otro beso —susurró ella.

Y él obedeció. Unos labios firmes y exigentes reclamaron los suyos y los separaron. La lengua descarada de Dalton se adueñó de su boca.

Dalton la hizo girar y se colocó encima de ella; la apretó contra el colchón de plumas. Sus cuerpos se enredaron: brazos alrededor de cinturas, dedos en el pelo, muslo con muslo.

Thea sintió cómo la dura erección de Dalton chocaba contra su vientre, y sabía que no tardaría en notarlo en su interior; lo recibiría de buen grado y se abriría de piernas para él de forma impúdica.

Perdida en el océano. Corriendo hacia algo nuevo.

Thea lo deseaba. A todo él. Al libertino y al canalla. Al hombre y al mito.

Quizá, si no lograba hacer que la creyera con sus palabras, lo conseguiría con su cuerpo. Haría todo lo posible para que así fuera.

Su cuerpo sabía lo que quería. Le indicaba que debía arrancarle la ropa a Dalton, porque su piel necesitaba el roce de la suya.

Con la mano, Thea buscó los botones de la camisa de él.

Demasiados botones. Demasiado complicado para ella, con unos dedos demasiado torpes. Asió la camisa con las dos manos y la abrió arrancándoselos.

Bueno, solo saltó un botón, pero cayó contra el suelo con un impresionante ruido seco.

Dalton terminó la labor y se sacó la camisa por la cabeza. Eso mismo era lo que ella ansiaba. Toda esa carne suave, llena de cicatrices y cardenales, sobre ella.

Él le levantó la pierna y deshizo el lazo de una de las botas, luego de la otra; se las quitó y las dejó junto a la cama.

Después se encargó de su propio calzado.

Se deshizo de su vestido, de su ropa interior y, por último, del viso.

Con una timidez repentina, Thea se cruzó de brazos, pero él se encargó de hacerlos caer a los lados.

—Deja que te vea. —Dejó escapar un ruido grave, gutural, un gruñido salvaje—. ¿Todo esto es para mí? ¿Toda esta belleza? Estas curvas delicadas y seductoras…

Le recorrió todo el cuerpo con las manos, desde los hombros hacia la punta de los pechos, por la cintura y las caderas.

El cuerpo de la joven vibró ante la conciencia de lo que se avecinaba. Thea extendió los brazos.

—Quiero más besos.

—Qué codiciosa —la reprendió él. Pero la envolvió con los fuertes brazos y la besó hasta dejarla sin aliento.

Cuando se alzó sobre ella, el fósil que colgaba de la cuerda de cuero que le rodeaba el cuello se meció cerca de su rostro, y ella lo cogió con la mano; al presionarlo, los bordecitos irregulares se le clavaron en la palma.

Un recuerdo de la muerte de su hermano.

Ella podía consolarlo.

Lo único que se interponía entre ellos eran los pantalones.

Thea pudo vislumbrar el frío océano gris a través de una ventana redonda que había en lo alto de la pared.

Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo de éxtasis mientras él le acunaba los pechos con las manos y jugaba con sus pezones, tirando de ellos hasta que sintió placer.

Cuando la húmeda lengua de él le lamió el pezón, ella alzó el cuerpo hasta su boca; con ese movimiento, le demostró su aprobación sin vergüenza ninguna.

Dalton se explayó con sus pezones, lamiéndolos y chupándolos, y notó la sensación entre los muslos, como si le estuviese pasando la lengua allí abajo y no estuviese entretenido con sus senos. No sabía bien cómo, pero todo su cuerpo estaba conectado, como un triángulo de placer que se extendía hostigador entre sus pezones y bajaba hacia el centro entre sus muslos.

Si sus pezones eran tan sensibles… ¿los de él también lo serían? Thea levantó la cabeza y le pasó la lengua por uno de los pequeños pezones planos de él.

Dalton no la apartó, y ella se lo tomó como una buena señal. Thea empezó a besarle y chuparle el otro pezón, apenas rozándolo con los dientes. Él gimió y se impulsó hacia arriba con los brazos, con lo que le facilitó el acceso.

Mejor que buena señal.

Thea le cubrió el pecho y el hueco de la clavícula de besos, y los montículos que eran sus enormes y musculosos hombros.

Dalton dejó vagar las manos por los laterales del cuerpo de ella, y las deslizó por su espalda, le masajeó las nalgas y la presionó contra su erección.

La basta tela de ante de los pantalones de él se restregaba contra su sensible carne, y ella sintió su propio interior empaparse. Dalton le frotó el pulgar entre las piernas, recorriendo su carne resbaladiza, e hizo que todo su cuerpo se estremeciera.

Entonces introdujo los dedos en su cuerpo. Ella se levantó para encontrarse con él y, cuando Dalton los metió hasta el final, hasta que ya no pudo más, los meció hacia delante y atrás, con un movimiento lento y suave.

Aceleró un poco el ritmo, y le rozó la carne sensible con la base de la palma de la mano, mientras la guiaba con los dedos hacia el placer.

Algo se desató en su interior. Thea se contrajo alrededor de los dedos de él y, entonces, rompió en un estallido de placer; fue tan intenso e instantáneo que la joven gritó. Un sonido similar al graznido lejano de una gaviota que revoloteaba por el océano. Que sobrevolaba en el vasto cielo sin fin.

Si ya sentía tal descarga con sus dedos… ¿Qué sentiría con el miembro duro y firme que había cogido entre las manos la noche anterior?

Dalton forcejeó con los botones del pantalón y su erección emergió libre; parecía que era todo un placer para ella ver a Thea.

Mientras él se despojaba de sus pantalones y de sus prendas íntimas, Thea llevaba a cabo su propia exploración. Deslizó los dedos por su miembro, a modo de saludo.

—Thea —gimió él—. Te prometo que no te deshonraré.

—Calla, no hables. Dalton, mírame. Estoy aquí, contigo. No quiero nada de ti, salvo este momento.

Él se presionó contra sus muslos, como pidiendo permiso para entrar, y ella separó un poco más las piernas. Una sensación de estiramiento mayor que la que había sentido con los dedos de él.

Mucho mayor.

Apoyando su peso en los firmes y fuertes brazos, colocados a ambos lados del cuerpo de Thea, Dalton bajó la cabeza para lamerle los pechos mientras su dura erección se abría paso en su interior.

Thea jadeó con el siguiente movimiento de cadera, mientras él se hundía un poco más en ella, y la estiraba con su circunferencia, moldeando su cuerpo.

—Thea, estás muy mojada. Necesito estar dentro de ti ya.

Thea supo por instinto que la única respuesta que debía darle era levantar las piernas y rodearle la espalda con ellas; con dicho gesto, lo mantuvo donde debía estar.

—Dios —suspiró él. Después retrocedió un poco y volvió a entrar en ella con una embestida lenta pero implacable. Dalton cesó sus movimientos, resoplando y mirándola directamente a los ojos—. Te esperaré. Hasta que empieces a sentir placer —añadió con la voz ronca y cansada.

Podría tardar un rato.

La intrusión la había estirado al máximo y la sensación era más que incómoda. Thea se mordió el labio.

—¿Sentiré placer?

—Sí, te lo prometo. Respira conmigo, sigue el ritmo de mi respiración. —Dalton, encima de ella, inspiró hondo y ella lo imitó.

El suave vaivén de la nave arrullaba sus pensamientos. Dalton no se movía, permanecía inmóvil dentro de ella; le estaba dando todo el tiempo y el espacio que necesitaba para adaptarse a aquella nueva sensación.

Entonces Dalton empezó a moverse, apenas un poco, siguiendo el movimiento de las olas que mecían el navío. Mientras se balanceaba, le apartó el pelo de la frente con los dedos, con ternura.

Le lamió los pezones y deslizó el pulgar entre sus cuerpos; entonces le frotó la zona de carne abultada que tenía abajo, el sensible rincón que ansiaba su tacto.

De pronto Thea empezó a sentir algo mejor que el placer.

—Uf —gimió ella—, me encanta.

—Me lo imaginaba.

Dalton sonrió mientras la temblorosa luz de la lámpara de aceite subía por la pared y proyectaba unas sombras azuladas por las facciones angulosas del hombre. Debería sentirse cohibida al estar allí, debajo de él, con las piernas abiertas y con la mitad de la erección de Dalton dentro de ella, mientras el hombre se mecía con delicadeza y se iba introduciendo poco a poco.

¿Cuánto más quedaba de su ser por entrar en ella?

Thea pudo vislumbrar el vello que rodeaba el tronco de su miembro pegado a su propio pelo rizado. Ya casi había entrado por completo. La joven hincó los talones contra los fuertes músculos de la espalda de él, para acercarlo más a su cuerpo.

Dalton gimió y hundió el último centímetro que faltaba, hasta que sus cuerpos quedaron pegados por completo, tanto que ni siquiera cabía el pulgar de él entre ellos. Thea se movió con vacilación. ¿Qué sentiría si presionaba el cuerpo contra el de Dalton y encontraba algo con lo que frotarse?

Acababa de descubrir la entrada al paraíso.

Mientras experimentaba con su cuerpo, el dolor remitió casi al instante. El hecho de tener los talones pegados a la espalda de él la ayudaron a rozarse con la presión correcta.

—Sí —gimió él—, encuentra tu ritmo. Escucha tu propia respiración.

Lo había encontrado.

Como el movimiento de las olas del océano, el ritmo perfecto, lento. Thea se restregó contra el cuerpo de Dalton y, entonces, él la llenó. Se mecieron hacia delante y atrás. Danzando al ritmo de las olas.

Regresaron los estremecimientos, bien dentro, y provocaron que se tensaran los músculos internos de Thea que rodeaban a Dalton.

—Así, sigue —la animó él.

Entonces empezó a darle unos besos largos y profundos, mientras la embestía, y buscaba el mismo punto exquisito de su cuerpo que había hallado antes con los dedos. El punto con el que se tensaba alrededor de él, en el umbral de sentir más placer.

Era una sensación tan agradable que a Thea le entraron ganas de llorar.

Dalton aceleró el ritmo y cambió un poco el ángulo para poder profundizar más los movimientos. A Thea le fascinaban los gestos que veía en su rostro a la luz temblorosa.

Lo oscuros y azules que eran sus ojos, como el fondo del océano. Dalton la necesitaba. Se necesitaban el uno al otro para encontrar la satisfacción.

Más fuerte y más rápido, moviendo la cama, meciéndose con el barco.

El placer los llamaba. Justo más allá del horizonte. Yendo más rápido mientras el viento azotaba con fuerza y las velas de su placer se hinchaban y se tensaban.

—Qué bien estoy aquí dentro. Muy bien. —Dalton le acunó el rostro con las manos—. Dios, sí. —Se le tensó todo el cuerpo y se estremeció—. Ya, Thea —gimió—. No culminaré dentro de ti, pero debes llegar al éxtasis para mí ya.

Thea aumentó la velocidad con el viento, y dejó que el placer se adueñara de ella.

El cuerpo le cantaba. Cantaba un coro de Bach con una armonía de cuatro partes en una catedral con buena acústica.

«Ay, Dios, oye mi canción.»

Dalton gimió y salió de su interior; deslizó la erección sobre el vientre de Thea, y la joven sintió que la simiente de él se esparcía por su piel, caliente, espesa y vigorosa.

Entonces él se derrumbó sobre ella, con la respiración agitada y la cabeza apoyada sobre su pecho.

Thea le acarició el pelo empapado y los hombros húmedos por el sudor.

—La mejor, Thea. —Dalton le dio un beso en la parte superior del pecho y volvió a sentir una oleada de placer—. Sabía que serías la mejor.

La joven disfrutó de la dulzura de sus palabras.

—¿Les dices lo mismo a todas tus amantes? —preguntó ella con ligereza.

—Jamás. Nunca he pronunciado tales palabras.

—Estoy convencida de que eso no es así —dijo Thea alborotándole el cabello—. Siendo que has yacido con tantísimas mujeres hermosas.

Dalton levantó la cabeza.

—A veces no todo es la experiencia. —Trazó un círculo imperfecto alrededor del borde exterior del pezón con la lengua. Esa provocación hizo que regresara el deseo—. Resulta que estamos hechos el uno para el otro —susurró soplándole a la punta del pecho hasta que ella le suplicó que tomara su boca.

¿Acaso era él consciente de lo que provocaban aquellas palabras en su corazón?

En aquel momento, con la guardia baja y con su simiente todavía empapándole el valle del estómago, Thea estaba vulnerable.

Y quería creer que, cuando él decía que estaban hechos el uno para el otro, el hombre se refería a algo más que a la perfección con la que encajaban sus cuerpos.

Por el momento, aceptaría los firmes labios de él moviéndose sobre los suyos, la aspereza de su mejilla contra su piel sensible.

La promesa de la llegada de más placer.

Saciado. Plenamente satisfecho. El dolor del hombro olvidado en un mar de euforia.

Egoísta de estrecharla en la oscuridad, tomar el consuelo que le ofrecía con sus dulces besos y su cuerpo perfecto, consciente de que tenía muy poco que darle a cambio.

El silencio reinaba en el barco. Solo se oía el crujido de las maromas; el suave chapoteo de las olas contra la madera.

Se habían quedado dormidos abrazados.

Thea ejercía ese efecto en él. El efecto de hacer que olvidara todos sus problemas gracias al disfrute de los suaves y cálidos brazos de la joven a su alrededor.

Qué sensual era la mujer que se había acurrucado entre sus brazos.

Satisfacción. Ese sería el nombre de la sensación que sentía.

Pero, claro, no era más que la corta franja de tiempo que se anticipaba a lo inevitable. El regreso a la oscuridad, a la caza.

¿Qué podía darle él? ¿Qué promesas podía hacerle?

Dalton desconocía lo que le esperaba en Irlanda. Un enemigo formidable o una quimera más en su haber; una respuesta, el fin del sufrimiento de su madre o más preguntas.

Lo que quería darle a Thea era seguridad, protección y la confianza en la fuerza y el poder que él veía en ella.

Thea se acurrucó más contra su pecho y, en cierto modo, el sintió que era lo correcto.

Era lo mismo que sentía al tomar una buena bocanada de aire fresco nocturno tras pasar horas dentro de un antro de perdición, inhalando el humo del tabaco y la desesperación.

Dalton se había reído de su amigo James por haberse enamorado perdidamente de su esposa, la media hermana de Thea, con una intensidad tal que Dalton había asegurado que se desvanecería con el tiempo. Pero, en aquel momento, estrechando a Thea entre sus brazos, ya no estaba tan seguro.

La mujer que dormitaba contra su pecho, dentro de sus brazos entrelazados, conocía sus secretos más profundos y estos no habían hecho que huyera despavorida.

Con ella, él podía ser él mismo. No tenía que interpretar ningún papel.

—Thea, ¿estás despierta?

—Sí —susurró ella sin levantar la cabeza y extendió los dedos por el pecho de él—. Estoy despierta.

Estaba inmóvil y tranquila entre sus brazos, y él la pegó más a su cuerpo.

¿Se atrevería?

Respiró hondo, despacio… y saltó al vacío.

—La primera vez que me até un pañuelo alrededor de la boca y me aventuré en plena noche en busca de venganza tenía veinte años.

Se calló. Si ella se equivocaba en la elección de palabras, él podía parar. No tendría por qué contárselo.

Thea no dijo nada. Pero no alejó la mano de su pecho, haciendo un poquito de presión, como si lo estuviese apoyando para contar su historia.

—La muerte de Alec, mi hermano, en el océano, no fue un accidente —continuó—. Lo asesinaron. Y yo busco venganza, y al hombre que le arrebató la vida. Llevo diez años buscando al culpable. —La única muestra de sorpresa fue un ligero crujido—. El asesino dejó una nota: «Me arrebataste lo que era mío, yo te arrebato lo que es tuyo».

»Y mi padre le había arrebatado tantísimo a tanta gente que no tenía ni idea de por dónde empezar a investigar. Su lista de enemigos era interminable. —Las palabras le brotaban de la garganta como si fuese un diluvio bíblico que aguardaba a ser liberado—. No supe nada hasta que cumplí los dieciocho. Yo pensaba… pensaba que había sido mi culpa. Alec era cinco años menor que yo. Me seguía allá donde fuera. Aquel fatídico día me siguió hasta el acantilado. Me alargó una mano, y yo me aparté. Le dije que se fuera a casa. Y, cuando volví… se había ahogado.

Thea seguía sin articular palabra. No le dijo que no había sido culpa suya. Que en aquel momento no era más que un niño de diez años, y que no podía responsabilizarse de lo ocurrido.

Escuchaba sus palabras con una intensidad tranquila que actuaba como un bálsamo: aliviaba las aristas de su dolor y le permitía hablar de aquello de lo que nunca le había hablado a nadie, ni siquiera a Conall.

—Tras mi decimoctavo cumpleaños, mi padre me contó la verdad. Alguien había asesinado a Alec como castigo por sus pecados. Por eso mi madre lo odiaba. Por eso lo odiaba yo. Primero visité los locales de juego y derroché su dinero, para hacerle daño. Después emprendí la búsqueda del asesino de mi hermano a mi manera. —Quería que supiese por qué no podía

amarla. Por qué no tenía corazón que ofrecerle—. No inicié mi cruzada para convertirme en un supuesto vengador. Solo buscaba hallar al asesino de mi hermano. Pero, después, se convirtió en algo más grande.

Un dedo le acarició la cicatriz que le recorría la mandíbula. Un silencio consolador. Dalton inspiró el dulce aroma que manaba de la cálida piel de Thea. Si la estrechaba con la fuerza suficiente, quizá jamás tendría que alejarse de ella.

—Mi madre enloqueció por el dolor. Mi padre quería más hijos, pero ella se negó. Le dijo que su hijo había muerto por sus pecados, y que no daría a luz a otro mártir. —Dalton había sufrido con el dolor de su madre más que con el suyo propio. Había enterrado ese sufrimiento en un lugar muy profundo bajo la superficie—. Este deseo de venganza me ha impulsado en la vida durante muchísimo tiempo.

»No concibo otro motivo por el que vivir mi vida. —Thea se estremeció contra su pecho y él la calmó acariciándole el pelo—. No viajo a Irlanda para encontrar una esposa. Voy en busca del asesino de mi hermano. Hay un nombre, O'Roarke… Podría ser a quien busco. —Ella permaneció quieta. A Dalton le dolía el pecho por la emoción—. Lamento haberte mentido, Thea. Lo siento muchísimo. —Silencio. El sonido sofocado de un gimoteo—. Thea, dime algo. No estarás… ¿estás llorando?

La joven levantó la cabeza y se enjugó las lágrimas con las manos.

—Estoy llorando por el Dalton de diez años. Por la cruz que has tenido que cargar durante todo este tiempo. Pensar que fue culpa tuya, y después descubrir que a tu hermano lo habían asesinado. Demasiado para un niño.

—No quiero tu compasión.

—Oh, claro que no. Jamás necesitarías compasión, comprensión, ni… ni amor. —Thea pronunció la palabra en un susurro, y a Dalton le dolió en el pecho.

—Thea, la venganza es mi compañera de vida. Cuando me despierto por la mañana, lo primero que hago es pensar en ella, y es lo último que ronda

mi mente por las noches.

—La venganza no te devolverá a tu hermano.

—Lo sé. Pero podría serle de ayuda a mi madre. Si supiese que se ha hecho justicia, quizá tenga el valor suficiente para salir de casa.

—Ahora lo entiendo todo, Dalton —susurró Thea—. Ya entiendo por qué me alejas de ti.

—Tu vida corre peligro por estar conmigo. Conall también vive en constante riesgo. Si mi secreto sale a la luz, él estaría implicado. Podrían colgarlo. Y jamás permitiré que eso ocurra. —Cogió con el puño un montón de rizos satinados—. Y jamás permitiré que te hagan daño por estar relacionada conmigo.

—Eso ya lo sé, Dalton.

—Esos hombres de la taberna me estaban buscando. Podrían haberte lastimado. Soy peligroso para ti.

La empatía se adueñó del corazón de Thea. Había escuchado todo aquello que no había pronunciado. Que encontrar al asesino de su hermano era una oportunidad para conseguir el amor de su madre. Que no había tenido amor en su vida. Ni de su madre, ni de su padre, y que había cargado con el peso de la culpa.

Con la oreja pegada al pecho de Dalton, y con el brazo de él cubriéndole la otra oreja, para Thea no había más mundo que la cálida y tranquila realidad del latido del corazón de Dalton, de su respiración, y de la perfección de aquel momento.

Una intimidad que nunca había vivido.

Le ardían las mejillas por el roce del pelo de la barba de él, y esa crudeza se trasladó a su corazón. Todavía le temblaba el cuerpo. Se sentía satisfecha, y sosegada, y sentía cierta tristeza por Dalton; pero también gratitud por lo que le había descubierto.

—¿Qué dirías si te dijera que me has hecho un regalo excepcional, Dalton? —preguntó.

—Te he deshonrado, Thea. ¿Cómo va a ser eso un regalo? —dijo él sin rodeos dándose la vuelta.

—No me refiero a lo que hemos hecho esta noche, aunque ha sido impresionante y… y quiero repetir.

—¿De verdad?

Thea levantó la cabeza y sonrió.

—Desde luego —ronroneó ella—. Pero no me refiero al placer. Me refiero a la confianza. En la taberna confiaste en mi instinto y fue una sensación maravillosa, vertiginosa. Si te soy honesta, creo que nadie ha creído así en mí en toda mi vida.

—Thea, tendrías que confiar en tu instinto. Eres brillante. Tienes un instinto soberbio.

La joven enterró la cara en el cuello.

—He dudado de mí misma toda la vida. —Buscó la mejor manera de hacerle entender lo que era para ella estar con él—. A las mujeres nos enseñan a dudar de nuestra valía, a disculparnos por nuestras virtudes. Mi madre me instruyó en esas habilidades. Para ella, nunca fui lo bastante buena, y por ende yo pensaba que jamás sería lo bastante buena en nada. —Le acarició la mejilla—. Por eso… muchas gracias.

Dalton le besó la coronilla.

—Thea, tras lo que ha pasado entre nosotros, debemos comprometernos.

Ella se quedó quieta y confesó:

—Esta noche, estos momentos, es lo único que quiero de ti.

«Mentirosa. Sabes que quieres más.»

Ella tiró de él hacia su boca y lo besó. Dalton gimió durante el beso y lo profundizó; colocó una mano en la nuca de ella y la acercó más hacia su cuerpo.

Dalton la empujaba a la diversión. Y ella no lo había entendido hasta entonces. Él la impulsaba, como las olas llevaban a un barco hacia los acantilados, y resquebrajaba su calma.

Él rompió el abrazo y le llenó el cuerpo de besos. Hasta que enterró la cabeza entre sus piernas, hasta que ella gimió de placer.

Todo lo que ella tenía estaba justo allí, en aquel instante. Ese momento.

Thea tiró de él hasta que acabó de nuevo sobre ella. Dejó caer la cabeza por el lateral de la cama y la melena rozó el suelo.

Dalton le rodeaba la cintura con uno de sus fuertes brazos.

—Pensándolo bien… —dijo Thea levantando la cabeza—. Tengo una exigencia. —Los firmes músculos del abdomen de Dalton se tensaron sobre el cuerpo de ella. Él cerró los ojos—. Exijo… —metió la mano entre sus cuerpos y guio su erección hacia donde ansiaba que estuviese— una satisfacción.

Capítulo 21

Dormitar en la cama de plumas con Dalton mientras el barco se balanceaba suavemente en las aguas tranquilas resultó no ser tan placentero como se había imaginado.

La pierna del hombre sujetaba sus muslos contra la cama, y uno de sus enormes brazos reposaba sobre su pecho aplastándolo como un ancla. Su otro brazo colgaba por el borde del colchón. De alguna forma conseguía ocupar cada centímetro de un lecho de un tamaño más que adecuado para los dos.

¿Qué había significado la noche pasada para él? ¿Alguna vez llegaría a saberlo? No era muy partidario de expresar sus sentimientos o admitir debilidades. Y parecía considerar su conexión con ella como tal.

Thea sabía lo que su unión había significado para ella. Desentrañar miedos, un salto temerario a una nueva vida, libre de expectativas familiares, de la sociedad y de las censuras. Un cúmulo de amor en su corazón, que inundaba su pecho y amenazaba con hacer que se le saltaran las lágrimas.

Quizá debería haber separado sus sentimientos de la respuesta que tenía su cuerpo a un libertino desconsiderado e insensible. Pero descubrir su verdadera personalidad había tirado abajo sus defensas y la había abierto en canal hasta llenarla de un anhelo tan inevitable como la marea y tan sólido como los acantilados de piedra que se alzaban desde los mares.

No quería que la luz del sol le calentara el rostro, pues eso significaría que habían llegado a Irlanda y su viaje llegaba a su fin.

Con su brazo aprisionándola contra el colchón y el pecho presionado sobre sus senos, en lo que duraron unos cuantos latidos de su corazón, Thea se permitió imaginar no un final, sino un principio.

Los vio a ambos descendiendo por los escalones de piedra hasta los jardines italianos terraplenados de la mansión Balfry. Vio a Dalton ayudándola a quitar el lino que envolvía marcos dorados. Estornudarían debido al polvo mientras limpiaban años de suciedad y telas de araña. Se haría un silencio sobrecogedor cuando descubrieran el autorretrato de Artemisia: demasiada belleza enterrada y verdad absoluta.

Y si se lo imaginaba allí con ella en la mansión Balfry, también podía imaginárselo enfrentándose a O'Roarke, el asesino de su hermano, dejando que manaran palabras desde las profundidades de su alma para hacer que la ira y el dolor que tanto tiempo había soportado se desvanecieran.

Era imposible ayudarlo a cargar aquel peso o absorber su tormento.

Pero quizá podría guiarlo hacia un mejor entendimiento. Aunque reticente al principio, él la había acompañado en su travesía; había sido testigo de su transformación y le había permitido experimentar con nuevas identidades de forma segura y, después, cuando más lo había necesitado, él había estado allí sin más, fuerte como una roca y enmendado a un único propósito: ser el guerrero implacable y el amante consumado.

Ella quería estar allí para él, a su lado, para protegerlo cuando pusiera a prueba los límites de su nueva existencia. Cuando se librara del yugo de su obsesión por la venganza.

Se dio la vuelta y apoyó la frente sobre la de él. Pasó un dedo con cautela sobre el hoyuelo de su mentón.

Él tendría que permitirle que se quedara.

Tendría que ser él quien abriera a la fuerza su corazón oxidado y se creyera merecedor de su amor y comprensión.

Con cuidado, le levantó el brazo y se deslizó para salir de su agarre. Él se volvió, pero no se despertó.

Thea se puso las medias y las enaguas para después introducirse el vestido por la cabeza y pelear con los ganchos que le subían por la espalda. Se enrolló los cabellos en un simple recogido, lo fijó con ganchos y se calzó su única capota mustia sobre la cabeza de un tirón.

Se envolvió en su pelliza para calentarse y abrió la puerta del camarote del capitán para salir a la cubierta, donde la brisa marina hizo que le escocieran los ojos por la sal.

El timonel que se encontraba en la cubierta por encima de ella la miró e hizo un gesto con su gorro.

—Buenos días, señora.

Ella le saludó con la mano y continuó su camino en dirección a la proa.

La verdad y el alba disponía de un castillo de proa de barandas altas que ya le había llamado la atención cuando se subieron a bordo. Thea ascendió con cuidado por la escalera de mano que llevaba al castillo. Molly estaba allí de pie, asomada por la borda.

Thea se unió a ella, bañada por el resplandor del sol que danzaba sobre olas de plata y se zambullía en la estela blanca y espumosa.

Después de un rato, Molly inclinó la cabeza en su dirección.

—Me da un poco de miedo regresar a casa —admitió con la vulnerabilidad reflejada en sus ojos marrones.

Thea rodeó los delgados hombros de la muchacha con un brazo y se asió a la borda con la mano que tenía libre.

—Es comprensible.

—Mamá estará furiosa conmigo por haber robado sus ahorros. Y después le arrojé mi margarita a un puerco, como diría ella. Maldita sea. ¿Qué problema tengo? —Molly levantó la cabeza y parpadeó para evitar que cayeran las lágrimas—. Papá siempre decía que tenía el diablo dentro.

Thea le apretó los hombros.

—Y has recuperado ese dinero con intereses, le has dado una lección que no olvidará pronto a ese puerco y llevas a tu tío contigo a casa. Eso

debería suavizar el golpe, ¿no crees?

—Podría ser de ayuda, es cierto. —Molly se pasó la manga por los ojos —. Aunque también estará enfadada con él. Con ambos. Hoy para cenar nos dará pan correoso y leche quemada.

Thea sonrió.

—Dale tiempo. Conall es un buen hombre. —Al principio lo había considerado un bruto y un maleducado, pero ahora sabía que en el interior era tan tierno como Dalton. Fuerte y estoico. Honrado y amable—. Siempre caerás de pie —continuó Thea—. Estás destinada a hacer grandes cosas, Molly Barton. Recuerda mis palabras.

Molly sonrió.

—¿Me dejará asaltar la biblioteca cuando viva en la mansión Balfry?

—¿Disculpa?

—Cuando se case con el duque y viva allí. ¿O quizá pensaban ir a vivir a Londres?

Thea apartó la mano del hombro de la muchacha.

—Eso no va a ocurrir jamás.

—No sé qué decirle. Sonríe mucho más que cuando nos conocimos y sus ojos se ponen la mar de brillantes cuando lo mira. Y la forma en la que le mira él… —Soltó un silbido tenue y arrugó la nariz pecosa—. Es bastante desagradable.

Thea sonrió.

—¿Lo ve? —dijo Molly dándole con el dedo en el brazo—. Está sonriendo.

No podía evitar sonreír. Se trataba de la dicha persistente que todavía le bullía por el cuerpo. La brisa vigorizante en las mejillas. Su corazón no podía más que alzarse con el viento. El día era gris y la bruma espesa, pero en algún lugar los cielos eran azules.

La cubierta rebosaba actividad. Los marineros ataviados de franela oscura, pantalones de lana, chaquetones y gorros, parecían estar llevando a

cabo una extraña danza: un, dos, tres, enrolla esa cuerda, tira de aquella, sube por este mástil, un, dos, tres.

—¡Listos para izar las velas! —gritó una voz que resonó desde la popa del barco.

—Los hombres están en sus posiciones —le contestó a voces un marinero que se encontraba cerca del trinquete.

—¡Subid a la arboladura y soltad las velas!

A la orden, cuatro marineros saltaron a los obenques, sujetaron el trinquete a los flancos del navío y comenzaron a subir a toda prisa al aparejo.

—Ah, mira. —Señaló Molly—. ¡Van a izar las velas!

Los marineros se pusieron manos a la obra con el entramado de cuerda a un ritmo increíblemente rápido. Otro grupo saltó sobre los obenques y comenzaron a trepar tras la primera tanda de marineros, pululando hacia los costados y hacia arriba como hormigas a una gran altura.

Thea contuvo el aliento cuando el primer marinero se soltó del mástil y comenzó a deslizarse hacia un lado en una posición de lo más precaria.

En cuestión de minutos los hombres se habían separado y habían soltado los cabos que mantenían las velas atadas y amontonadas. Las velas se abrieron hasta la mitad de su capacidad, siguieron parcialmente plegadas en la parte inferior, y se llenaron de forma instantánea con el fuerte viento que se había levantado por la noche.

—¡Imagine hacer eso en la oscuridad más absoluta durante una tormenta! —comentó Molly emocionada—. Voy a verlo más de cerca.

Salió corriendo sombrero en mano.

Thea sonrió mientras la contempló alejarse con prisas. A los marineros no parecía importarles que Molly luciera los mismos pantalones que ellos. Sin duda alguna, habrían sido testigos de cosas más peculiares durante sus travesías.

Comparado con las argollas de la pobreza con las que había nacido Molly, las restricciones de la estricta crianza de Thea y el peso de las expectativas de su familia parecían triviales. Pero las palabras y las normas a veces alzaban barreras tan inquebrantables como el más sólido de los muros de una mazmorra. Ahora era libre.

Estudiaría la colección de arte de Dalton y les escribiría a los directores de la Institución Británica cuando hubiera terminado el catálogo. Quizá incluso podría contratar a Molly como ayudante.

El navío se deslizaba por el mar, las velas blancas ondeaban sobre su cabeza. Las olas infinitas se abrían ante ella y las gaviotas planeaban en las alturas.

—Es una vista agradable, ¿no cree, milady? —Conall la acompañó junto a la borda—. Pronto veremos las costas verdísimas de Irlanda. —Se despojó de su boina y la puso contra su pecho—. Cuando Erín se alzó de entre la caudalosa marea oscura, Dios bendijo la isla verde, pues contempló su hermosura. La Esmeralda de Europa brillaba, resplandecía, en el anillo de este mundo, roca bella en demasía. —Se volvió a colocar la gorra en la cabeza—. El doctor Brennan supo plasmarlo, ¿no cree?

Thea asintió.

—¿Te quedarás en Irlanda, Conall?

Conall se agarró a la borda con sus dedos largos y deteriorados.

—Mi hogar está ahora en Londres. Ya tengo mis costumbres. Tengo un trabajo estable y otras… actividades.

—Lo sé.

Conall asintió de forma ausente.

—No, Conall. —Thea le sostuvo la mirada—. Lo sé.

Él parpadeó y estudió su rostro.

—Vaya, vaya. Está claro que realmente ha podido con él, milady. Jamás pensé que llegaría a ver este día. Quizá sí que haya esperanza para ese pecador después de todo.

—Me he enterado de tu pasado con la madre de Molly. ¿Hay esperanzas para…?

Thea no quería decir algo que le quitara a Conall de la cabeza la idea de reconciliarse con la señora Barton, pero sin duda los pensamientos del hombre seguirían el mismo curso que los de ella.

Él entrecerró los ojos.

—Seguramente no habrá posibilidades de reavivar un fuego que se apagó hará casi veinte años.

Thea pasó los dedos sobre el bordado en relieve de los puños de su camisa.

—Siempre hay esperanza. Incluso para ti. Incluso para el duque.

El barco se abrió paso entre las olas con demasiada rapidez aproximándolos a Irlanda. Planeaba quedarse allí para siempre. La tía Emma necesitaba a alguien que la ayudara con la apicultura. Y Thea sería libre allí.

—El duque regresará a Londres después… después de obtener respuestas.

—Puede que encuentre más de lo que se esperaba en Irlanda. A mi parecer… —Alzó la voz—. Hablando del rey de Roma…

El corazón de Thea revoloteó como las gaviotas sobre ella cuando Dalton apareció por las escaleras y caminó hacia ellos.

Por Dios, una no tenía ni la más mínima oportunidad. Aquella mañana solo era una fracción de duque y la gran mayoría de canalla. El ala curvada de su sombrero negro se ladeaba en un ángulo de lo más díscolo sobre unos ojos azul intenso que iban a juego con su gabán. No portaba pañuelo y los botones superiores de su camisa estaban desabrochados, con lo cual dejaban entrever un atisbo de tentadora piel.

¿Qué ropas vestía cuando caminaba al acecho por las calles de Londres bajo la luz de la luna en busca del mal?

Un escalofrío le recorrió los omóplatos.

—Conque estabais hablando de mí… —comentó Dalton con una sonrisa secreta y juguetona dibujada en los labios que solo era para ella—. Confío en que solo bondades.

Conall enarcó ambas cejas y le concedió una mirada mordaz.

—¿Qué le parece?

Molly recorrió la cubierta a gran velocidad.

—¿Tiene un barco? —le preguntó a Dalton recordando las órdenes de no dirigirse a él por su título.

Él le brindó una sonrisa divertida.

—Tengo varios atracados en Londres.

—¿Y necesita un grumete? Quiero ver un volcán entrando en erupción en las islas Sándwich.

Los labios de Dalton se elevaron.

—¿Un grumete?

—Así es. —Molly asintió con determinación—. No pienso quedarme en el pantanoso pueblucho de Cork para casarme con algún pobre diablo que tenga una granja.

El corazón de Thea dio un vuelco cuando Dalton no se rio de las ideas extravagantes de Molly. Se limitó a asentir con admirable gravedad.

—Haré algunas consultas, ¿te parece?

—Ah, sí, por favor —dijo Molly con ilusión.

—¿Quieres ver cómo funciona el timón del barco? —le preguntó Conall mientras le dirigía a Thea un rápido guiño que claramente decía que había urdido un plan para dejarla a solas con Dalton.

Ante la perspectiva, el corazón le latió todavía con más fuerza.

—¡Pues claro! —Molly lo agarró de la mano y pusieron rumbo al otro lado de la cubierta mientras pisaban cuerdas enrolladas y se detenían para hablar con los tripulantes.

Dalton se colocó a la vera de Thea, casi rozándola. El calor y la fuerza de su cercanía siempre ejercían el mismo efecto en ella, hacían que le

temblaran las rodillas y que sus mejillas se prendieran en llamas.

—¿Ha dormido bien, milady?

La insinuación inherente a aquellas simples palabras y el brillo de complicidad que se distinguía en sus ojos hizo que ella se asiera a la borda con más fuerza.

—Me temo que no lo suficiente. —Le regaló una media sonrisa.

—¿Y de quién ha sido la culpa? —Alargó el brazo con el pretexto de recolocarle uno de los rizos dentro de la capota y le murmuró en el oído—: Alguien me exigió una satisfacción.

Ella apoyó la mejilla en su mano.

—Y alguien aceptó y me la concedió.

Su risa grave retumbó de forma deliciosa por su columna.

—Y alguien me robó el aliento.

«¿Y tu corazón? —quiso preguntar ella—. ¿También te lo han robado? Porque el mío lo he perdido para siempre.»

Él le acarició la mejilla y el labio inferior con el pulgar.

Todavía notaba la piel sensible donde él había frotado la áspera barba incipiente que le cubría la mandíbula mientras se besaban. Cuando se había mirado al espejo aquella mañana, había visto las mejillas rubicundas.

Su corazón también estaba sensible y lo habían limpiado hasta dejarlo en carne viva.

Él apartó la mano de su mejilla y apuntó hacia la distancia.

—El puerto de Cork.

Un faro solitario se posaba sobre un promontorio rocoso y proyectaba su funesto ojo rojo sobre el mar y, alzándose en la distancia, se apreciaban los acantilados irlandeses cubiertos por una manta de niebla verde y empañada.

Él tensó los hombros y sus ojos perdieron el brillo pícaro. Estaba de pie con las piernas separadas para soportar el movimiento del mar y con los ojos caídos estudiando el horizonte.

Debería de estar pensando acerca de la última vez que vio aquellos acantilados.

Hacía ya muchos años.

Ella le cubrió la mano con la suya.

—Dime lo que ves, Dalton.

¿Qué ves cuando tienes diez años?

No ves oscuridad. No ves venganza.

Solo vida. Marineros levantando amarras pesadas e izando velas, cantando interesantes canciones obscenas sobre sirenas. El vaivén de las olas y orgullo henchido.

«Yo no me he mareado, papá. Alec está vomitando en un cubo, pero yo soy fuerte como tú.»

Diez años y desesperado por ganarse la aprobación de su padre.

«No soy el favorito de mamá, pero ¿qué importa? No soy un niñito de mamá llorón como Alec. Yo ya soy un hombre.»

Un roce delicado sobre sus nudillos.

Unos suaves dedos que se entrelazan con los suyos.

Su cuerpo grande. Sólido. No el de un niño de diez años.

La mano de Thea aferrada a la suya sobre la borda del barco.

Notó una punzada en el pecho. No estaba solo. Ella estaba allí, con él.

La brisa enérgica le robaba rizos de mermelada de la capota y se los entregaba a la luz del sol.

En la distancia, acantilados irregulares se cernían sobre el océano.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con dulzura, la preocupación le inundaba los ojos y lo trajo bruscamente de vuelta al presente.

—Tenía diez años la última vez que vi aquellos acantilados —admitió —. Pensaba que yo había creado el mundo. Que estaba todo al alcance de mi mano.

—Quizá algún día si… si todo va bien, podrías traer a tu madre a Irlanda. —El viento hizo que los rizos le impactaran contra las mejillas—. El hogar es una cura poderosa.

—Los médicos jamás nos dieron muchas esperanzas de que fuera a ser capaz de salir del palacio Osborne —replicó con gentileza Dalton—. Es la única casa que le queda ahora.

—Puede aprender a conquistar sus miedos si dispone de tu amor y tu apoyo.

Al mirarla a los ojos, repletos de una pura determinación de hierro, casi podía creer que tenía razón. Quería creer que O'Roarke era la sombra que había estado buscando durante tanto tiempo y que enfrentarse a él acabaría con su obsesión por la venganza.

—Quiero que estés en lo cierto, Thea. De veras que sí. —Él agarró su mano con más fuerza—. Pero no sé qué ocurrirá mañana.

—Entonces olvídate del mañana. —Una sonrisa tiró de sus labios—. Tenemos este momento. Y es más que suficiente.

El deseo de besarla era tan intenso que estuvo a punto de lanzar las precauciones por los aires. Necesitaba desatarle la capota y lanzarla también por la borda. La ocultaba demasiado.

Necesitaba que fuera libre, que no la obstruyeran los alambres y la paja.

Arriar las velas. Calmar el viento.

Quedarse balanceándose en el océano el tiempo suficiente para volver a hacerle el amor una vez más.

Unas cuantas horas más de placer dulce y explosivo, y secretos susurrados.

—Thea. —La palabra se le escapó de los labios como una plegaria.

—Estoy aquí, Dalton. —Una mirada firme. En sus ojos se apreciaba una descarada invitación.

—Siento interrumpir, pero ya casi estamos. —La voz ronca de Conall hizo añicos el momento.

Y a ellos también.

Habían navegado por la parte de aguas profundas del puerto y habían pasado de largo los enormes navíos preparados para atravesar los océanos que allí atracaban, mientras los barcos de calado poco profundo como *La verdad y el alba* continuaban con su curso por el río Lee en dirección a Cork.

La Gran Isla se cernía a estribor en todo su esplendor, el pueblo de Cobh se extendía por ella como rocío de luces de faroles. La niebla empezaba a acumularse y espesarse a medida que el viento amainaba. Las filas de cañones que recorrían el puerto apenas eran visibles, parecían centinelas durmientes que vigilaban en silencio desde las fortificaciones de la isla de Haulbowline.

—No pueden vernos juntos. No después de lo de ayer. Trent habrá hecho correr la voz. Puede que incluso hasta Irlanda —aseguró Conall.

—Por supuesto. —Dalton se apartó de Thea—. Estaba actuando sin pensar.

Y por eso mismo no podía sucumbir a sus anhelos. Porque debía protegerla de aquellos hombres que buscaban sacar a la luz su secreto. Y del hombre peligroso que él buscaba.

—Me quedaré abajo con Thea mientras atracamos —le dijo a Conall—. Tú te marcharás primero con Molly.

—Le mandaré noticias cuando esté todo despejado —informó Conall lacónicamente—. Habrá un carruaje esperando para recogerlos a usted y a Thea.

Dalton asintió. Le debía a Thea un salvoconducto hasta la puerta de su tía por lo menos.

—Nos encontraremos después en el pueblo —dijo Conall.

Dalton le colocó una mano sobre el brazo.

—No. Quédate con Bronagh y Molly. Puedo encontrar a O’Roarke yo solo.

Conall estudió su rostro durante unos tensos instantes.

—Muy bien. Pero, si me necesita, ya sabe dónde encontrarme. —Le dio un golpe suave en el hombro—. Tenga cuidado, ingrato charlatán del demonio.

—Y tú, viejo desgraciado. Intenta no fastidiar mucho las cosas con Bronagh, la de los ojos marrones.

Capítulo 22

—El carruaje estará esperando un poco alejado del muelle —le informó Dalton a Thea mientras bajaban por la plancha. Ella iba envuelta en su voluminosa capa gris, y él vestía un sobrio abrigo negro, una pañoleta azul alrededor del cuello, y llevaba las botas, ajadas, llenas de arañazos.

Nunca las lustró.

Ella lo había calado con facilidad. La cara que le enseñaba al mundo, el encanto displicente, y la risa despreocupada.

Dalton había bajado la guardia con ella, y Thea era la persona que mejor lo conocía en el mundo. Y lo más asombroso era que, a pesar de eso, todavía entrelazaba la mano con la suya mientras caminaban por el muelle de madera del puerto de Cork.

—¿Tu tía vive cerca de la mansión Balfry? —preguntó él.

—Muy cerca. En la carretera de la costa.

—Me han llegado rumores de la mermelada que hace. —Dalton quería que Thea recuperara la sonrisa—. ¿Crees que estará dispuesta a compartir un tarro de mermelada con un viajero hambriento?

—Nunca permite que nadie se marche de Ballybrack sin un tarro de su mermelada. Mi queridísima tía Emma… La he añorado. Me encantaría que os conocierais.

—A mí también —admitió él.

Ya no podía obligarse a alejarla de su vida. Estaba hastiado de hacerlo. Quería estar con ella. E iba a esforzarse para hacer que cada segundo que pasase con Thea fuera tan bueno y perfecto como pudiera.

—Tal vez, antes de ir a Ballybrack, podríamos… ¿visitar la mansión Balfry? —preguntó Thea. Pronunció la pregunta con tono despreocupado, pero Dalton sabía lo importante que era para ella.

Le apretó la mano con delicadeza. A Dalton ya no le preocupaba la posibilidad de lastimarla. Sabía que estaba hecha de fuego y acero.

Podía empezar a buscar a O'Roarke a la mañana siguiente.

Un día más con Thea. Siendo él mismo, y libre del peso de los secretos y las mentiras.

Visitar la mansión Balfry lo obligaría a enfrentarse a los terribles recuerdos de su infancia, pero ella estaría a su lado, cogiéndolo de la mano, como en aquel mismo momento.

—¿Por qué no? —contestó él, con una sonrisa—. Así me enseñas la *Venus dormida*, y me explicas todo el simbolismo que esconde.

La sonrisa con la que respondió la joven a su propuesta iluminó la neblinosa tarde de primavera como los rayos del sol de julio.

—¡Me encantaría! La luz de las horas vespertinas es perfecta para iluminar el efecto de luces y sombras de sus extremidades. Artemisia era una pintora muy diestra con la técnica del claroscuro.

Claroscuro. El contraste entre las luces y las sombras.

Con la apasionada Thea a su lado, llena de luz. Y el oscuro y secreto deseo de venganza en su interior.

Dalton era plenamente consciente de lo que ocurriría cuando la joven le enseñara el cuadro. Cogería la borla de las cortinas con la mano y las descorrería con un solo movimiento; entonces, algo se despertaría en su interior.

Algo se le removería en el pecho cuando la luz del sol atravesara la penumbra y cayera justo sobre la fantástica obra, de gran belleza; aunque ni la mitad de bella que la mujer que caminaba a su lado.

Y, quizá, ya estaba preparado.

—Diosas —dijo Dalton con una mirada elocuente—. Me gustan las diosas. Sobre todo cuando las tengo en mi cama.

—Me pareció que habías dicho que nada de camas. —Bajó un poco los párpados sobre los ojos azul grisáceo, con sensualidad.

—Y a mí me parece que tú quieres más escándalos.

Al diablo con todo; cuando ella lo miraba con esa sonrisa traviesa en el rostro, sentía la urgencia de besarla. La cogió por la cintura y la estrechó contra su pecho.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Estamos en un muelle público, querido.

—¿Querido?

Thea se sonrojó.

—Eh… sí…

—No, no lo retires. Me gusta mucho más que me digas *querido* a que me digas *maldito arrogante*… Y me trae sin cuidado quién me vea besándote. Haremos que se escandalicen todos los trabajadores del puerto desde aquí hasta Dublín.

Dalton la besaría y reclamaría su parcela de luz en aquel mundo gris e incierto, si es que ella aceptaba a un pecador como él. Le acunó las mejillas con las manos y atrajo sus labios hasta su boca.

Sabía a la mermelada y la mantequilla que se había untado en el trozo de pan duro que habían tomado aquella mañana para que fuese más apetitoso. Dalton la besó con ansia y se deleitó en la suavidad sedosa del carnoso labio inferior; lo atrapó entre los dientes antes de hundir la lengua en su boca.

Thea se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos, exigiendo más.

Dalton se olvidó de dónde estaba, se olvidó de todo lo que le rodeaba excepto de la estrepitosa ola de deseo que lo embargó. Hizo jirones el lazo de las cintas de la capota de la chica y tiró al suelo el molesto y harapiento objeto de paja y seda.

Thea dio un grito ahogado cuando una carreta pasó a toda velocidad a su lado y aplastó la capota con las ruedas.

—No importa —gruñó él—. Te compraré una nueva. Y un vestido nuevo también. Y unas ligas de seda. Azules.

Eran muchas compras las que debía hacer. Jamás se había llevado a una mujer de compras. Pero ¿qué más daba? Nunca había sentido por una mujer lo que sentía por Thea.

—Unas ligas —repitió ella, con la respiración entrecortada, y le regaló una sonrisa—. Me gustan las ligas de seda.

Dalton reclamó los suaves labios de la joven otra vez, imaginándosela con las ligas de seda azul, unas medias blancas y aquella sonrisa en el rostro.

La posaría en la cama ducal de la mansión Balfry en la misma postura en la que estuviese la Venus. Y, después, se esforzaría tanto por complacerla que las paredes de la vieja casa temblarían y crujirían, y los malos recuerdos se marcharían.

Ella se alejó de él un momento.

—Dalton —lo llamó.

—Mmm. —Este le dio un beso en el cuello. En aquel punto obstinado del mentón. En la punta de la nariz, ligeramente respingona.

Se conocían desde hacía muy poco tiempo. ¿Cómo se había adueñado tanto de sus pensamientos… y de su vida? Le resultaba muy difícil imaginarse otra vez una vida en soledad.

Quería creer que, con ella, podría cambiar. Convertirse en el hombre que ella veía en él. Alguien noble y bueno.

Entonces le sobrevino un pensamiento. Un recuerdo. Una pluma en su mano, garabateando palabras en un papel. Levantó la cabeza.

Le había escrito una carta a su madre. Los padres de Thea podrían estar saliendo de Londres en aquel instante, con la esperanza de salvar la reputación de su hija.

La reputación que él había destrozado a conciencia. Dios. ¿Qué había hecho? Debía avisarla.

—Thea, yo…

—Dalton, ¿no me habías dicho que la nave de O'Roarke se llamaba *Trotamundos*? —dijo ella interrumpiéndolo y mirando por encima de su hombro—. Será mejor que te gires.

Dalton notó algo en su voz que hizo que desviara la mirada con brusquedad, y se volvió para ver qué había tras él.

Se le paró el corazón. Estaba allí, justo a su lado.

Un bergantín bien equipado de una madera oscura que resplandecía al sol matutino y con el nombre *Trotamundos* grabado con letras doradas en un lateral, más claro que el agua.

¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo era posible que Conall no lo hubiera visto?

Aturdido por la sorpresa, Dalton se percató de que estaban preparando la nave para zarpar. Las velas ondeaban.

—¿Y bien? —Thea se apartó un par de rizos de los ojos y le lanzó una mirada provocadora—. ¿A qué esperas? ¡Ve a por él!

Le dio un empujón a la altura del pecho, salió corriendo y lo dejó atrás.

Dalton estaba pasmado, y se le había helado la sangre.

Thea. Corría hacia Dios sabía qué clase de peligro. Dalton la siguió, pero la joven ya estaba subiendo la plancha del bergantín a toda prisa, levantándose las faldas para correr más rápido, con el pelo ondeándole por la espalda.

Todo se había vuelto borroso.

Dalton cruzó la plancha de un salto y cogió a Thea por el brazo.

Un hombre con un abrigo azul de oficial y unos botones de latón relucientes se acercó a ellos.

—Vamos a ver, ¿qué hacen aquí? La nave está a punto de zarpar. No se admiten visitas.

Entonces Dalton vio a un hombre en la proa del barco con un catalejo de gran valor en la mano oteando el horizonte. Sus vestimentas lo diferenciaban como un caballero entre los marineros y los oficiales.

«O'Roarke.»

Dalton asió al oficial por la manga del abrigo.

—¿Ese hombre de ahí es el dueño del barco? ¿El señor O'Roarke?

El hombre lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Quién desea saberlo?

Era la respuesta que Dalton necesitaba.

—Mantenga a salvo a la señorita —pidió con tono de urgencia mientras lanzaba a Thea a los brazos del oficial.

Atravesó la cubierta haciendo un esfuerzo por ignorar los gritos de indignación y protesta de Thea. Se tapó la boca con el pañuelo, por la fuerza de la costumbre; sacó la navaja de mango de marfil que escondía en la funda especial de la parte superior de la bota.

—¡O'Roarke! —bramó—. ¡Vuélvase!

El hombre no se volvió, pero, al ver cómo encorvaba la espalda y doblaba las rodillas, Dalton se percató de que el tal O'Roarke quería saltar por encima de la barandilla de la plancha y zambullirse en el océano para escapar.

Era el hombre que había estado buscando.

Los marineros bajaban por las jarcias y se abalanzaban hacia Dalton. En cualquier momento, los hombres lo asaltarían y sería incapaz de moverse.

Pero no podía apuñalar a un hombre por la espalda.

—¡O'Roarke! —volvió a bramar.

El hombre enderezó las piernas y se volvió.

Del sombrero sobresalía un poco de pelo, de un castaño rojizo oscuro, y unos ojos verdes lo miraron, entrecerrados.

Joven. Muy joven. Demasiado joven. Como mucho, tendría veintiséis años.

Dalton sintió una presión en el pecho, no tenía aire para respirar. Todavía portaba la navaja en la mano.

Sin saber cómo lo había logrado, Thea estaba a su lado, con la mirada turbulenta y llena de intensidad.

El mundo dejó de girar, y todo se paralizó.

Dos marineros imponentes y el oficial ya casi estaban sobre ellos. Dalton empujó a Thea para que quedara detrás de él, y la contuvo con las manos para que no se escapara como había hecho con Albertson en el callejón.

Se preparó para el impacto.

—¡Podéis retiraros! —gritó el hombre de ojos verdes, y los marineros se detuvieron en el acto.

Thea le arañó las manos a Dalton, pues este seguía manteniéndola cautiva tras su espalda. El hombre aflojó el agarre y ella se colocó a su lado.

Dalton se llevó una mano al trozo de roca calcificada que le colgaba del cuello. Cerró los dedos alrededor de los bordes irregulares que tan bien conocía.

Voces del pasado resonaron a su espalda.

«Espérame, Dalton. Yo también quiero ir.»

«Vuelve a casa, Alec.»

Los recuerdos se chocaron con la realidad. La esperanza hizo que le diera un vuelco el estómago. Dalton se quitó el pañuelo que le cubría la boca, con la necesidad de romper el silencio.

—Pero… estás muerto.

Aquella mirada, verde como las hojas de los árboles, se endureció.

—Pues no, no estoy muerto, como bien puedes comprobar.

«No estoy muerto. No estoy muerto.»

A Dalton empezó a darle vueltas la cabeza.

Si no estaba muerto… entonces…

—Eres mi hermano, eres Alec.

Capítulo 23

—¿Qué ibas a hacer? —preguntó Alec de forma seca con la furia moteando su rostro de rojo—. ¿Apuñalar a un anciano débil por la espalda como un maldito cobarde?

Era Alec. Había algo en el interior de Dalton que lo sabía sin dejar lugar a dudas.

¿Alec era americano?

Un ataque de risa histérica se alojó en su pecho. No sabía si se trataba de carcajadas o de llanto.

—Padre tenía razón —espetó Alec—. Eres un animal.

—Pensaba que estabas…

No pudo terminar la frase. Su mente se había topado con un muro infranqueable.

Quería alargar el brazo, tocar el fantasma de su hermano, tomar su mano. Y lo que atisbó en los ojos de Alec fue aversión.

—Dejadnos —ordenó su hermano haciendo un gesto con la mano para que los marineros y el oficial se marcharan.

—Señor, creo que debería quedarme —dijo el oficial—. Para protegerle…

—No. —Alec sacudió la cabeza—. Márchate.

Los hombres se alejaron y los dejaron a solas en la proa del navío.

Thea se aproximó a Dalton hasta que sus hombros estuvieron en contacto con los brazos del hombre.

—¿Es usted el hermano de Dalton? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Y esta quién es? ¿Tu furcia? —inquirió Alec con las cejas arqueadas mientras estudiaba los rizos movidos por el viento de Thea y su capa desgastada por el viaje.

Dalton dio un paso adelante con aire amenazador.

—Te dirigirás a ella con el debido respeto. Es una dama.

—Pues no lo parece. —Se mofó Alec—. La decadente aristocracia que solo vive para el placer, despilfarrando vuestra fortuna en apuestas y mujeres elegantes mientras vuestros arrendatarios se mueren de hambre. Me ponéis enfermo.

El odio en la voz de Alec era palpable. Solo le faltaba haber escupido sobre la cubierta.

—Siento decirte que tú formas parte de la aristocracia, Alec.

—No me llames Alec. Me llamo Patrick. Patrick O'Roarke. Me criaron en la orgullosa ciudad de Nueva York y soy americano.

—Pensábamos que estabas muerto —confesó Dalton—. Asesinado. Las prendas que arrastró la marea en las costas de Balfry. La nota que nos dejó el asesino…

—No es un asesino —interrumpió Alec con frialdad—. Es mi padre.

—Pero te raptó.

—Por una buena razón.

—¿Es que no recuerdas nada de aquel día? Me seguiste al exterior de la casa hasta los acantilados. Te solté la mano…

Él tenía el recuerdo grabado a fuego.

—Tenía recuerdos borrosos, pero se han disipado con el tiempo. Los reemplazó mi nueva vida. Jamás seré como tú. Jamás aceptaré una fortuna que yo no haya ganado. Riquezas labradas a costa de la sangre de otros. —Sus ojos azules se entrecerraron hasta convertirse en una línea—. Ah, sí, lo sé todo acerca de nuestro señor padre, el viejo duque.

A Dalton se le aceleró la respiración en el pecho.

¿De qué mentiras le había estado alimentando O’Roarke? ¿De qué verdades?

Thea le colocó una mano en el brazo.

—¿Por qué no volvemos a comenzar? ¿Dónde está su padre, el señor O’Roarke? ¿Sigue en Nueva York?

—Muerto y enterrado. —Por un momento se atisbó en sus ojos el dolor —. Hace seis meses. En su lecho de muerte me suplicó que volviera aquí, al antiguo país, para solucionar sus tareas pendientes. Encontré una carta. Una confesión.

Dalton se tensó.

—Confesó tu secuestro.

—Confesó que me había rescatado del criminal que teníamos como padre, el duque de Osborne. Ahora eres tú, ¿no es así? El duque sin corazón. Tan corrupto como las aguas de pantoque de un barco.

Thea le masajeó el antebrazo con los dedos.

—Dalton —susurró—. Todavía portas tu navaja.

Ahí se encontraba, con las botas ajadas y el pañuelo raído, la navaja reluciendo en su mano y había revelado en voz alta que era el duque.

Una mirada rápida le aseguró que no había nadie cerca que pudiera haberlo oído, pero las palabras ya estaban en el aire. El secreto se había desvelado.

Volvió a colocar la navaja dentro de la bota y se pasó el puño por encima de los ojos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquirió; su voz sonaba vacía y monótona.

—Desde hace dos semanas. —Alec escrutó la cubierta y bajó la voz—. Que el secreto quede entre nosotros —comentó con urgencia—. Soy asesor jurídico en Nueva York. No querría trastocar la vida que me he labrado allí.

—¡Eso es totalmente egoísta! —atacó Thea a Alec como una leona protegiendo a su manada—. Dice que el duque no tiene corazón, pero ¿qué

hay de usted, señor O'Roarke? ¿Puede pararse a pensar en lo que debe de estar sintiendo su hermano en estos instantes? Le quiere. Ha estado llorando su pérdida todo este tiempo. Ha dedicado su vida entera a expiar el pecado inexistente de soltarle la mano aquel día en la playa. Se creía responsable de su muerte.

La mirada de Alec titubeó por un instante.

—Han pasado veinte años. Por favor, marchaos y fingid que esto no ha ocurrido nunca.

—¿De veras quieres que nos marchemos? —preguntó Dalton.

El dolor le punzaba en el pecho.

«Vuelve a casa, Alec. No quiero que me sigas.»

Aquello era lo que se merecía.

Agarró el cordel de cuero que le colgaba del cuello con tanta fuerza que se le rompió entre las manos. Se lo arrancó y lo tiró sobre la cubierta.

Thea bajó la mirada al fósil rojo sangre y negó con la cabeza.

—No nos vamos a marchar. —Dio un paso en dirección a Alec—. No hasta que los dos hablen como hombres en vez de como bestias salvajes.

Alec parpadeó brevemente.

—Por favor, milady, no quiero problemas.

Los ojos de Thea emitieron un fulgor del gris más intenso que Dalton había visto jamás.

—Su hermano se ha recorrido todos los antros infernales de apuestas de Londres en busca de problemas para expiar los pecados de su padre y proteger a las víctimas indefensas del mundo del juego.

Dalton sintió el pecho henchido de orgullo al ver la forma en la que ella saltaba en su defensa, pero no cabía duda de que Alec estaba empecinado en dejar el pasado enterrado.

—Thea. —Le agarró la mano—. Deberíamos marcharnos.

Ella levantó el mentón en señal de desafío.

—No. Todavía no. —Separó los pies y se dirigió a Alec—. ¿Acaso O'Roarke también le habló de su madre? —exigió saber—. ¿Cómo le rompió el corazón al secuestrarle? ¿Que no ha abandonado su casa en diez años y ahora tan solo es una mujer muerta en vida?

Antes de que Alec pudiera contestar, una pequeña silueta salió disparada a través de la cubierta y lanzó los brazos alrededor de las piernas del hombre.

—¿Padre? —El chiquillo tendría unos seis años, cabellos castaños rojizos y unos ojos color avellana enormes. Levantó la vista hacia Alec—. ¿Por qué estás enfadado? ¿Quiénes son estos visitantes? ¿No vamos a zarpar?

Alec le revolvió el pelo al niño.

—No estoy enfadado, Van. Y los visitantes ya se marchan. Ve abajo y busca a Ned, sé un buen chico.

¿Era Van su sobrino? ¿Significaba aquello que Alec estaba casado? La carita del pequeño conmovió a Dalton, pues desempolvaba recuerdos de Alec cuando tenía su edad.

El pequeño contempló a Dalton.

—¿Cómo se ha hecho ese corte en la mandíbula? ¿Ha luchado en un duelo? —Se irguió cuan alto era y se cuadró de hombros—. Yo soy un espadachín excelente. —Hizo un movimiento fulminante como si estuviera blandiendo una espada de esgrima—. Nadie escapa a mi espada.

Dalton se arrodilló para tener los ojos al mismo nivel que los del niño.

—Tendrás que trabajar ese ataque directo. Necesitas a un buen profesor de esgrima.

Van tiró de la mano de su padre.

—¿Puedo tener un profesor de esgrima?

Alec soltó la mano de su hijo y lo agarró por los hombros.

—Ve abajo, Donovan.

Conque Van era un diminutivo de Donovan. Dalton tenía un sobrino. Demasiada información que asimilar.

Thea sonrió y se inclinó hacia abajo para hablar con Van.

—El duque podría ser tu profesor de esgrima.

Alec se tensó. Van se volvió para mirar a Dalton con los ojos enormes y brillantes.

—¿Es usted un duque? ¡Jamás había conocido a un duque antes!

—Ve abajo —ordenó Alec con firmeza—. Ahora.

Van se marchó a regañadientes, arrastrando los pies y lanzándole miradas persistentes a Dalton.

Alec esperó hasta que el niño hubo desaparecido antes de volverse en dirección a su hermano y a Thea con todo el cuerpo temblando.

—No permitiré que corrompas a mi hijo. Jamás conocerá la mácula que porta su sangre.

Dalton asintió.

—Nos marchamos.

—Dalton, por favor —instó Thea—. Si tu madre fuera capaz de ver a su hijo y conocer a su nieto, le sería de gran ayuda. Sé que lo sería. Tienes que explicárselo, tienes que luchar…

—Estoy harto de luchar —dijo Dalton encorvando los hombros.

Alec asintió con sequedad.

—Gracias.

Dalton se forzó a sí mismo a darle la espalda a su hermano y llevarse a Thea lejos de la cubierta.

Alec. No estaba muerto.

Su mente todavía bullía por la sorpresa y aún persistían las olas que le revolvían el estómago… pero sí que había sacado algo en claro.

Su hermano no quería que estuviera allí. Así que tenía que marcharse.

Thea no podía creerse que estuvieran partiendo sin más. Contempló fijamente a Dalton, pero este evitó su mirada mientras hacía uso de su fuerza para empujarla por el muelle de camino al carruaje que los aguardaba.

Ella trató de hundir las botas en los tablones, pero él era demasiado fuerte. Hacía que siguiera caminando sin esfuerzo, casi levantándola del suelo.

—Te llevaré a rastras al carruaje si hace falta —murmuró con el rostro oscurecido y sin emoción alguna.

Unas ominosas nubes oscuras habían conquistado el cielo durante su conversación. Pronto comenzaría a diluviar. No habría sol para contemplar los cuadros aquel día.

—Pero… —farfulló Thea—. Debes regresar, encontrar la forma de convencerlo para que vuelva a Londres. No puedes permitir que zarpe ese barco, Dalton. No puedes.

Él siguió con su caminata, su brazo era una fuerza implacable alrededor de la cintura de la muchacha.

—No es decisión mía. Me ha dicho que me vaya y eso he hecho.

—Ese chiquillo no puede tener más de seis años. Es tenaz. Se sabe adaptar. Se hará a la idea de tener una nueva identidad. ¿Debería ser elección de tu hermano privar a su hijo de tener una abuela?

Dalton apretó la mandíbula.

—No quiere que el niño sepa que es medio británico y descendiente de un aristócrata corrupto y malvado.

—Pero ¡eso es una cobardía!

—Es su elección.

—Él no te conoce como yo. —Thea le rodeó el antebrazo con los dedos en un intento fútil de ralentizar su avance—. Debes volver al barco y hablar con él. Antes de que zarpe. Convéncelo de que se equivoca. Si te conociera, querría que su hijo te tuviera como tío. Un tío fuerte y amable que lo guiara.

¿Por qué eran tan gélidos sus ojos? ¿Por qué sacudía la cabezota testaruda de aquella forma?

—No sé qué pensar, Thea. Todo este tiempo lo había creído muerto. Quizá sea mejor así. Mejor que la verdad permanezca oculta.

—¡No! No pienso aceptarlo. —Thea le agarró la mano para intentar hacer que comprendiera—. No acepto que nuestro sino esté grabado en piedra. Mientras respiremos podemos cambiar. Hasta que no seamos más que huesos en una tumba tenemos la potestad de darle forma a nuestro propio destino.

Dalton ni siquiera respondió a su apasionado discurso. Se limitó a abrir la puerta del carruaje, la levantó por la cintura y la colocó en el interior. Se montó detrás de ella, dejándola sin vía de escape.

Cuando las ruedas del carruaje comenzaron a rodar y a transportarlos por encima de los tablones irregulares del puerto, Thea apretó los puños sobre su regazo.

Estaba claro que no iba a hacerle entrar en razón. Era de lo más exasperante.

Aquel hombre era demasiado tozudo.

Estaba permitiendo que su oportunidad de ser feliz y tener una vida plena se desvaneciera arrastrada por la marea. Sentía ganas de llorar.

Él se sentó a su vera, cubierto por una espesa capa de silencio, y Thea casi podía creer que era un hombre cruel y sin corazón, todo aquello de lo que lo había acusado su hermano. Con la excepción de que ella sabía más.

Sabía que tenía corazón. Y que ahora mismo dicho corazón lloraba la pérdida de aquel hermano, que ya había perdido una vez y ahora corría el peligro de volver a perder.

Ella quería consolarlo, ayudarle a buscarle un sentido a aquel sentimiento de confusión que debía de estar sintiendo. Pero él mostraba aquella pena de la única forma que sabía hacer: poniéndole una muralla a sus sentimientos y dejándola a ella al otro lado.

El carruaje avanzaba a un ritmo lento por South King Road. Los campos verdes y las propiedades de Lough Mahon que tanto habían hecho sus delicias ahora la dejaban impasible.

—Haz que el carruaje dé la vuelta, Dalton. —Le tomó de la mano—. Vas a arrepentirte de esto el resto de tu vida.

Un músculo se tensó bajo la cicatriz irregular que le recorría la mandíbula.

—Es mejor así —dijo finalmente.

—¿Cómo va a ser mejor?

—Es demasiado complicado. Alec está preparado para dejar el pasado atrás.

—Terco desgraciado —soltó con voz ahogada.

—No sabes ni la mitad de la historia —contestó de forma acuciante y apartó la mano. ¿Qué quería decir?—. Quedan veinte minutos para llegar a Ballybrack —informó con una voz que no demostraba emoción alguna.

—¿No vamos a Balfry?

Él negó con la cabeza y le dio la espalda para mirar por la ventanilla.

Entonces comenzó la lluvia.

Un repentino diluvio primaveral: el cielo se había oscurecido, al igual que sus pensamientos. Agujas de agua implacables. La lluvia caía en riachuelos por las ventanillas del carruaje.

«Dos pueden jugar al juego del silencio», pensó Thea.

Se ciñó la capa alrededor de los brazos y se movió al otro lado del carruaje.

Todo estaba yendo extremadamente mal. Encontrar a su hermano debería haberlo liberado. Sin embargo, él solo hacía que levantar más barreras.

Finalmente llegaron a su destino y los queridos y conocidos muros encalados repletos de enredaderas con rosas de la casa de campo Ballybrack fueron lo único que se veía desde el carruaje.

Su corazón no pudo evitar danzar ante tal vista. La tía Emma no estaría en el exterior con semejante lluvia. Estaría sentada junto a la lumbre del salón, leyendo un libro sobre métodos de apicultura o tejiendo calcetines para las familias arrendatarias del vecindario.

Entraría afanosamente a la cocina para poner la tetera al fuego.

Y el duque probaría un poco de su mermelada de albaricoque y miel casera.

Quizá aquella dulzura mejoraría el temperamento de la bestia.

No le quedaba otra que tener esperanza.

Él la ayudó a bajar del carruaje todavía evitando su mirada y caminó junto a ella a la entrada principal.

La puerta se abrió de forma abrupta, como si alguien hubiera estado en la ventana esperando su llegada.

Thea alzó la cabeza y unos ojos azul pálido la anclaron a los escalones de la entrada.

—¿Madre? —inquirió, la incredulidad corriendo por su mente.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó la condesa—. La viuda y yo hemos estado esperando.

¿La condesa viuda se encontraba allí?

Como si de una pesadilla se tratara, Thea se apresuró a entrar al salón mientras los pequeños detalles estallaban en su mente.

Cuatro tazas sobre la mesa. El aroma de la costosa agua de colonia de lirios franceses que utilizaba la viuda.

La susodicha erguida en la butaca de crin de caballo junto a la chimenea.

La tía Hen también se encontraba allí. Saludó a Thea.

—Hola, querida. ¿Has tenido un buen viaje?

Thea estaba demasiado aturdida para contestar.

La tía Emma se levantó.

—Iré a por otra taza de té. —Se detuvo cuando el duque se adentró en la sala, inclinándose un poco para pasar por debajo del umbral—. ¡Ah! Su excelencia. —Hizo una reverencia exagerada y nerviosa.

Él asintió bruscamente, sus ojos oscuros y sin vida.

La mirada de la condesa viuda recorrió con desdén los rizos despeinados de su nieta y las botas ajadas de Dalton.

—Cielo santo. Ambos tendréis una aventura que contarnos.

Thea por fin consiguió dar con su voz.

—¿Qué… qué estáis haciendo todas aquí?

La condesa esbozó una sonrisa triunfante.

—¿Por qué no se lo preguntas a su excelencia? Él fue quien nos invitó.

Capítulo 24

—¿Qué has hecho? —le preguntó Thea a Dalton mientras avanzaba hacia él y lo alejaba de la puerta del salón—. ¿Qué has hecho?

El gesto de Dalton permaneció inmutable, sin mostrar emoción alguna.

—Iba a contártelo.

Thea lo empujó hacia fuera y ambos salieron de la sala hasta que llegaron junto a la puerta principal.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ibas a contarme que habías invitado a mi familia a que viniese a buscarme como si fuese una oveja cualquiera que se ha alejado del rebaño?

—Hoy. Iba a contártelo todo, pero entonces… pasó lo de O'Roarke. Y se me fue de la cabeza.

—¿Cuándo lo hiciste?

Thea tenía la mente aturdida y paralizada, y las palabras emergieron como si vinieran de muy lejos. Quería hechos. Quería la secuencia de lo ocurrido tal como había acontecido. La disección de una traición.

Dalton dio un paso hacia atrás.

—Le escribí una carta de mi puño y letra y la envié junto con la tuya. No podía permitir que echaras a perder tu futuro de ese modo.

Entonces su espalda se topó con la jamba de la puerta. Pensaba que lo había hecho para protegerla.

«Maldito arrogante controlador.»

—Es mejor así —añadió él.

Las mismas tres palabras que había pronunciado en el carruaje.

—¿Mejor para quién? —Thea había alzado mucho el tono de voz, estaba casi gritando, pero no le importaba. Que la oyesen. Que supiesen cuánto había cambiado. Que supiesen cómo había encontrado su voz y que jamás volvería a ser aquella chica dulce e insegura—. ¿Para ti? ¿Porque así dejaré de ser una carga para ti?

La mirada de Dalton se ensombreció hasta adquirir el tono del carbón.

—Thea, no soy ninguna de las cosas que has dicho que era. Te advertí que no debías confiar en mí. Te he traicionado. Mi propio hermano me odia. Toda mi vida ha sido una mentira. No tengo respuestas.

—¿Qué pusiste en la carta?

—¿Acaso eso importa ahora? La envié. Están aquí.

—Quiero saber qué ponía en la carta.

—Le conté a tu madre que estabas mintiendo. Que no te habían deshonrado. Le dije que todavía contabas con la oportunidad de ser feliz. —Dejó caer la cabeza contra la pared con un golpe sordo—. Pero ahora lo que yo mismo escribí ya no es cierto. Yo te he mancillado. He limitado tus posibilidades.

—Lo he oído. —Esa era la voz aflautada y seca de la condesa viuda.

Dalton se sobresaltó, y desvió la mirada hacia la puerta del salón.

—No confiabas lo suficiente en mí para dejar que tomara mis propias decisiones —lo acusó Thea.

—Y ese es el hombre que desposará, lady Dorothea —dijo Dalton alzando la voz—. Se casará con un libertino sin corazón. Ahora tendrá que cargar conmigo.

Impasible. Apagada. En sus palabras no había amor por ella… ni en su voz.

Solo el deber de la obligación. El estúpido deber y el honor.

—Regresaremos a Londres. Vivirá en el palacio Osborne —anunció el duque.

Se oyeron unos gritos de emoción desde el salón.

«No, no, no.»

Thea cerró las manos. Eso no era lo que ella quería.

La joven abrió la puerta y lo empujó hacia fuera mientras se debatía con desesperación con las lágrimas, que amenazaban con escapar.

Fuera, la súbita lluvia le cayó con fuerza sobre la cabeza desprovista de capota; el agua se deslizó por la capucha de su capa y buscó la abertura para colarse por su espalda.

Thea cerró la puerta tras ellos de un portazo.

—No me puedo creer que hayas hecho algo así.

El dolor y la ira le invadieron la mente, avanzando al galope hasta la línea de meta. El final de aquel viaje, y el final de su sueño de compartir vida y futuro con Dalton.

Jamás se había imaginado que todo acabaría así. Nunca se le ocurrió que él pudiese traicionarla. Que tratara de obligarla a regresar a la jaula que eran para ella las expectativas de su familia.

—Te advertí que no debías confiar en mí —repitió él.

Había intentado avisarla, pero ella se había hecho ilusiones pensando que… ¿qué? ¿Qué había pensado? ¿Que anhelaba la misma vida que tanto su madre como su abuela querían para ella? ¿Casarse con un duque?

Ja. Ese era el último de los deseos de Thea. Casarse con un duque que no la amaba. Jamás.

—No me casaré contigo, Dalton. Tú eres precisamente todo de lo que huía al marcharme de casa. Prefiero vivir aquí sola, en Irlanda, que vivir encadenada a un matrimonio sin amor. Solo me casaré si hay amor, confianza y…

—No tienes alternativa.

Y, como suele decirse, eso fue el colmo.

—¡Sí tengo alternativa! —gritó Thea fulminando con la mirada el rostro frío y arrogante que tenía ante ella—. Y mi alternativa es no casarme contigo. No me amas. Ni siquiera me conoces. —Dio una patada contra el

suelo embarrado, y se manchó de lodo las botas rojas—. Pensé que me escuchabas, que de verdad me prestabas atención al hacerlo. Pensé que comprendías mi necesidad por esta independencia que con tanto esfuerzo he conseguido. Pero me equivocaba.

—No te falta razón. —Dalton sacó pecho, se enderezó y recibió los improperios que ella le lanzaba con una tranquilidad exasperante—. No soy digno de ti.

—Serás… —farfulló ella.

En su vida había estado tan furiosa. Estaba mojada, cansada, y todo lo que habían vivido en los últimos días la había dejado muy vulnerable.

La pasión que habían compartido. Las conversaciones privadas e íntimas.

No eran más que viles mentiras.

—Eres todo un experto en levantar muros entre tus emociones y tú —le recriminó ella—. Un muro que me mantenga alejada de ti. Un muro que te distancie de tu hermano. Barreras como las que cercan a tu madre. Muros alrededor de tu corazón.

—No te falta razón —repitió agachando un poco la cabeza.

—¿Te das cuenta? Lo estás volviendo a hacer. —Dio otra patada contra el suelo, y la salpicadura le manchó de barro el bajo del vestido—. El hecho de admitir que tengo razón no es más que otro muro más que levantas. —Se apartó el pelo mojado de los ojos—. ¿Nuestro viaje no significa nada para ti? —preguntó; necesitaba escucharlo pronunciar esas palabras—. ¿En ningún momento empezaste a creer que la vida podía ofrecerte algo más? ¿La posibilidad de confiar… y de amar?

Thea susurró la última palabra, consciente de cuál sería la respuesta de Dalton; consciente de que no sería más que otro muro entre ellos.

—El amor es solo una ilusión. Así como lo es también la persona que creías que era. No soy bueno ni noble. Te estabas enamorando de una fantasía. Una persona que creaste basándote en tus propias necesidades. Ya

te lo dije, no soy la respuesta de nadie. —Extendió bien las manos, y añadió —: Mi propio hermano, a quien pensé que había perdido para siempre, me odia tanto como para negarle la tranquilidad y la paz mental a nuestra madre en sus últimos años de vida. —Thea se estremeció. La mirada de Dalton se suavizó, y levantó una de las manos, como si quisiera tocarla—. No te equivocas al rechazarme. Nunca podré darte lo que necesitas. No me necesitas para creer en ti misma. Tú sola eres lo bastante fuerte.

—Tienes razón, no te necesito. —Thea se envolvió con la capa, aunque ya no era más que un trapo empapado—. Márchate. —Esa era justo la palabra que él quería que dijese, cómo no. La misma que Alec había pronunciado apenas una hora antes—. Márchate y no vuelvas nunca más —ordenó.

—Thea… —Dalton la tocó, un atisbo de caricia que le rozó la mejilla —. Ojalá tuviera un corazón que ofrecerte. Sería todo tuyo, Thea. Todo tuyo.

Y entonces se marchó.

Alto y fuerte, se alejó bajo la lluvia.

Regresó al carruaje. Quizá se fuese a la mansión Balfry. O podía irse al infierno.

Las barricadas que había levantado eran demasiado altas y demasiado gruesas. Y ella tenía sus propios muros que derribar, que la esperaban en el salón.

No iba a llorar.

Tenía que librar sus propias batallas, y necesitaba ser fuerte e intransigente para resistir el torbellino de reprobación que trataría de doblegarla a la obediencia.

Se mantendría firme. No iba a marcharse a ningún lado. Nadie iba a controlarla nunca más.

El duro tono de voz de su abuela la recibió en la puerta.

—¿Y bien? Niña, ¿qué ha pasado? ¿Has aceptado la propuesta del d…?

—¡Basta! —Thea se colocó en el centro de la sala, de pie con las botas llenas de barro sobre la moqueta azul y blanca, y los puños apretados—. Que nadie pronuncie una sola palabra más.

—Lady Dorothea —dijo la condesa entre dientes—. ¿Acaso has olvidado que…?

—No digas nada —la interrumpió Thea—. ¡Por una vez en vuestra vida, las dos vais a sentaros y a escucharme!

—¡Vaya! —Su abuela se apoyó en la butaca.

—He rechazado al duque —anunció Thea.

—¿Cómo has dicho? ¿Acaso he oído bien? ¿Has rechazado…?

Thea alzó el tono, y casi tuvo que gritar para hacerse oír sobre la voz de la condesa viuda.

—He elegido vivir el resto de mi vida soltera aquí, en Irlanda, en vez de casarme con alguien que no me ama. —Entonces se dirigió a su madre—: No quiero vivir en un matrimonio sin amor y falso como el tuyo.

—Boba desagradecida —espetó su abuela—. ¡No tienes ni idea de lo que estás hablando!

—Voy a decir lo que tengo que decir, queráis escucharme o no —les advirtió Thea luchando por mantener la calma—. Soy una mujer. No un títere que se mueve a vuestro antojo. Tengo necesidades y pienso por mí misma. Nunca más volveréis a controlarme. —Primero fulminó con la mirada a su abuela y después a su madre, en un gesto con el que las desafiaba a contradecirla.

Un silencio acusatorio reinó en la habitación.

Tía Hen y tía Emma la miraron con la misma expresión de confusión en el rostro; los lazos de sus sombreros se bamboleaban y ambas tenían las manos rollizas sobre el regazo.

La condesa viuda estrelló el bastón contra el suelo.

—¡En qué clase de mundo vivimos, donde las señoritas les hablan a sus mayores de esta manera! Es una insubordinación. Un motín. Y no lo

toleraré.

—Ay, cállese, tirana controladora —dijo la condesa—. No es ningún motín. Es la verdad.

Thea se volvió para mirar a su madre.

—Vaya, madre, gracias.

Qué inesperado era que la condesa saliera en su defensa.

Lady Desmond se levantó de la butaca y se acercó a su suegra.

—Usted crio a un hombre egoísta y libertino, pues le consintió todo capricho, como si fuese el mismísimo césar. No creo que lady Dorothea necesite sus consejos. Si no quiere casarse con el duque, pues que no lo haga. Y fin de la historia.

A Thea le entraron ganas de irrumpir en vítores.

—Pero ya has oído lo que ha dicho ese hombre —replicó la condesa viuda con frialdad—. La ha deshonrado. Carece de valor.

—Por decisión propia —puntualizó Thea levantando la cabeza.

—Tonta majadera —contestó su abuela entre dientes.

—Comprendo por qué no desea vivir un matrimonio como el mío. —La madre de Thea hizo una elegante floritura en el aire con la mano—. Desmond me tiene desatendida. Me pone en evidencia constantemente. Cada mes tiene una querida nueva, y hace alarde de ella por toda la ciudad. Estoy harta, de verdad. Ya he tenido bastante.

Una desconocida sensación de admiración por su madre le recorrió el cuerpo a Thea. Por primera vez en su vida, pudo ver la vulnerabilidad que se escondía bajo esa dura y fría fachada.

—No te merece —coincidió Emma asintiendo con decisión.

A la condesa viuda se le ensancharon las narinas y cerró la boca con un chasquido notorio.

—Jamás he sufrido un maltrato semejante en toda mi vida. Ya le dije a Desmond que no te desposara. Tú, serás… ¡arpía! —Cogió el bastón y se

levantó del asiento—. Vámonos, Henrietta, nos marchamos en este mismo instante.

Tía Hen levantó la mirada desde el rincón en el que ella y tía Emma habían estado observando la conversación, sentadas en unas butacas junto al fuego.

—¿Sabes qué? —comentó ladeando la cabeza—. Creo que me quedo aquí con Emma, madre. —Levantó el suave mentón rollizo y añadió—: Necesita ayuda con las abejas. A estas alturas ya estoy acostumbrada a las picaduras.

La condesa viuda se quedó anonadada.

—Eso es una completa majadería. No puedes quedarte aquí. ¿Quién me preparará la bebida?

—Pues mira, no lo sé. —Tía Hen esbozó una sonrisa culpable y alegre a partes iguales—. Y, si te soy completamente sincera, no me importa demasiado. —Se levantó de la butaca casi de un salto, como si no pudiese creerse lo que acababa de decir.

Thea le regaló una sonrisa alentadora. Siempre había sentido mucha pena por la pobre y temerosa tía Hen.

—Viajaremos juntas, usted y yo —le dijo la condesa a su suegra.

La condesa viuda la miró con los ojos entrecerrados.

—Yo no voy contigo a ninguna parte.

—No tiene alternativa. —La condesa miró a Thea con un ligero atisbo de sonrisa en el rostro—. Ahora tendrá que cargar conmigo.

En vez de seguir hasta la mansión Balfry, Dalton hizo que el carruaje lo llevara hasta el muelle. No quería visitar la mansión todavía. Quizá nunca lo hiciera.

Todo lo que allí había le recordaría a Alec… y a Thea.

El muelle estaba a rebosar de comerciantes que descargaban sus mercancías y de pescaderos que llenaban sus carros en aquella neblinosa

tarde gris.

Ni rastro de rosas. Tripas de pescado y salmuera. Alquitrán caliente y deposiciones de gaviotas.

El *Trotamundos* ya había zarpado, claro. Alec había regresado a Nueva York, y con él se había llevado al pequeño Van para mantenerlo a salvo del oscuro legado de la familia Osborne.

La verdad sea dicha, no podía culparlo.

Thea pensaba que tendría que haber luchado más, pero, si Alec no quería ser su hermano, no podía obligarlo.

Debía ir en busca de Conall y ponerlo al día.

No había asesino que buscar. Nadie había cometido un asesinato.

Alec estaba vivo y a salvo. Y el hombre que se lo había arrebatado estaba muerto y enterrado.

No había motivo por el que buscar venganza. Se habían acabado las investigaciones, las tramas y las huidas.

Una sensación rara se adueñó de su pecho. Un vacío, como si allí hubiese habido un corazón y se lo hubiesen arrebatado, tras lo cual había quedado una herida cóncava y vacía.

Toda emoción había desaparecido de su mente. Solo quedaban observaciones.

«Camino solo por el muelle.»

«Thea está con su familia, enfadada y herida.»

«El culpable soy yo. Sabía que sucedería.»

Pero ¿qué más podría haber hecho? Estuvo mal enviar la carta, sí, pero en aquel momento no la conocía bien y pensaba que estaba haciendo lo correcto.

No había buscado dejarla sin opciones. Hacer que se arrepintiera toda su vida.

«Dios, sí que lo has echado todo a perder.»

No había mujer en el mundo que ansiara que se le ofreciera un matrimonio a la fuerza. ¿Cómo no iba a rechazarlo? Y había visto el sufrimiento reflejado en aquellos ojos grandes, del color de la tormenta.

Ella había querido que él le suplicara que lo perdonase, que le dijese todas las cosas bonitas que necesitaba escuchar… y él se había mostrado… vacío. Todavía aturdido tras enterarse de que toda su vida giraba en torno a una mentira.

«Mientras respiremos podemos cambiar. Hasta que no seamos más que huesos en una tumba tenemos la potestad de darle forma a nuestro propio destino.»

En aquel momento, hubo algo en aquellas palabras que lo hicieron despertar. Detuvo su andar y se quedó mirando fijamente los mástiles erguidos y el agitado océano gris.

Ella creía que él podía cambiar.

¿Sería verdad? Con el paso del tiempo, ¿podría convertirse en el hombre que Thea necesitaba que fuera?

Conseguir disminuir la amenaza que suponía Trent. Encontrar otras formas de luchar por la justicia.

Formas menos peligrosas. Para que ella nunca fuese un objetivo.

Y, si cambiaba… entonces ¿ella lo aceptaría?

—¡Hola! —gritó una vocecilla. Dalton volvió la cabeza. Alec caminaba por el muelle hacia él, con Van de la mano. El niño lo saludó con la mano y volvió a gritarle—: ¡Hola!

Vacilante, Dalton levantó una mano. Pero, cuando su cerebro empezó a procesar lo que tenía ante sus ojos, lo saludó con más ímpetu.

—¡Hola! —respondió, y se acercó a ellos con grandes zancadas—. Creía que vuestro barco ya había zarpado —dijo cuando llegó donde estaban.

—Habrá más barcos —gruñó Alec.

—Hola, Van —saludó Dalton.

El pequeño Van tiró de la mano de su padre y le consultó susurrando:

—¿Cómo me dirijo a un duque?

Dalton miró a Alec.

—Puedes llamarlo tío —contestó su padre con la voz tensa.

El vacío que Dalton había sentido en el pecho empezó a llenarse.

¿Qué implicaba todo aquello? ¿Acaso Alec estaba dispuesto a escuchar su versión de la historia? No se atrevió a albergar muchas esperanzas.

Por un segundo, la mirada de Alec se suavizó.

—¿Es verdad lo que dijo aquella señorita sobre nuestra madre?

—Perderte casi la mata —afirmó Dalton asintiendo—. Le da miedo salir de casa.

—¿Por qué tiene miedo? —preguntó Van—. ¿Hay un hombre malvado esperándola fuera?

—Ella pensaba que sí —contó Dalton.

La mirada de Dalton se cruzó con la de su hermano, y le pareció ver en sus ojos un atisbo de comprensión.

—O'Roarke era huérfano —explicó Alec—. No tenemos familia en Nueva York. —Se enderezó y añadió—: Mi esposa murió al dar a luz a Van, y mis suegros fallecieron.

Pobre Van.

—Tienes madre —contestó Dalton—. Y Van tiene abuela. Se llama Abigail, y vive en el palacio Osborne, en Londres.

—¿De verdad tengo abuela? —preguntó Van ladeando la cabeza.

—Sí, en serio. —Dalton se puso de rodillas en el muelle lleno de barro —. Y tiene los mismos ojos verdes de tu padre. Y, además, tiene al menos cinco gatos regordetes, o puede que diez. Ya no lo sé. —Le acarició la cabeza e hizo una mueca—. Son todos iguales, esos rechonchos animales anaranjados.

Van se echó a reír contentísimo.

—Eso son muchos gatos. ¿Y tiene dulces para comer?

—Alacenas llenas hasta arriba.

—Me encantaría conocer a mi abuela —declaró el pequeño asintiendo.

—Bueno, eso ya depende de tu padre, no de mí.

Dalton se puso en pie.

—Creo que podríamos visitarla —dijo Alec con voz ronca—. ¿A qué se refería la señorita con eso de que expiabas los pecados de nuestro padre?

—Eso es una historia muy larga, larguísima —respondió Dalton—. Una historia con peleas de espadas. Y callejones oscuros.

—¿Como las de Rob Roy? —aventuró Van con los ojos centelleantes.

—Algo similar.

—Parece interesante —comentó Alec con una tímida sonrisa en los labios—. ¿Te apetece tomarte una cerveza?

—Me encantaría —contestó Dalton asintiendo. Entonces miró hacia Van—: ¿Puedo? —le pidió permiso a Alec ofreciéndole una mano al pequeño.

Alec gruñó a modo de afirmación y Dalton cogió a Van de la mano.

Recorrieron el muelle, dos hombres y un niño.

Thea había tenido razón al afirmar que Alec sería capaz de darle una oportunidad a Dalton.

Siempre tenía razón, malditos fuesen aquellos rizos del color de la mermelada.

Pero había errado en una de sus afirmaciones.

En cuanto Dalton tomó a Van de la mano, un pensamiento repentino y cegador le sobrevino.

Estaba enamorado de Thea. Profundamente enamorado. Irrevocablemente enamorado.

Se alejaría de ella un tiempo, tal como ella le había ordenado, pero no había persona ni cosa en el mundo que fuese a impedirle luchar por recuperarla.

Con su hermano caminando a su lado y su sobrino de la mano, todo parecía posible.

Y el mundo le dio la razón. Los fuertes rayos del sol habían ahuyentado la lluvia torrencial, y la luz iluminaba y saturaba de color el mundo al completo.

Y que le aspasen si aquello que atravesaba el cielo no eran unas franjas brillantes de colores claros, como si el recuerdo de la sonrisa de Thea ahuyentara la oscuridad que habitaba en su corazón.

Su corazón.

El mismo que le latía dentro del pecho, y que bombeaba esperanza por todo su cuerpo.

Si su hermano conseguía dar el primer paso para perdonarle…, si podían hablar de los motivos que llevaron a O'Roarke a llevárselo, quizá Dalton podría convencer a Thea para que le diese otra oportunidad.

No iba a permitir que aquel fuese el final de su historia.

—¡Mira! —dijo Van señalando el cielo—. Un arcoíris.

Capítulo 25

—Despierta, querida. Despierta, venga.

La tía Emma entró afanosamente en la alcoba de su sobrina seguida por la tía Hen, ambas moviéndose con prisas, abriendo cortinas y atizando la leña.

El sol bañó el alegre edredón de color rojo y amarillo.

Thea se frotó los ojos.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media, pequeña holgazana. Y tienes visita. Apresúrate —la instó la tía Emma.

—¿Visita?

Thea se incorporó de repente, sus pensamientos se anticiparon y se imaginaron al duque en el salón, caminando de un lado para otro, todo él el canalla apuesto ataviado con aquel abrigo azul marino que iba a juego con sus ojos.

—Uy, sí, cariño —dijo la tía Hen—. Un hombre enorme que carga con un paquete gigantesco.

Thea hizo a un lado las sábanas apresuradamente y saltó de la cama.

La tía Hen sonrió con indulgencia.

—Solo que no se trata del duque, querida.

—Uy, no, no es el duque. Dice que es el sirviente de su excelencia —añadió la tía Emma—. Aunque no se parece mucho a ningún sirviente que yo haya visto.

Thea se esforzó por ocultar su decepción. ¿Por qué estaba allí Conall? ¿Acaso Dalton lo había enviado para que hablara con ella? Se le volvió a acelerar el pulso mientras se pasaba de forma apremiante un cepillo de púas blandas por los rizos.

Se lavó los dientes en la palangana mientras la tía Emma y la tía Hen andaban de acá para allá, colocaban su vestido sobre la cama e iban a buscar su corsé.

—No hay tiempo que perder, querida —apremió la tía Hen dando chasquidos con la lengua cuando Thea se hubo vestido—. Átate las elegantes botas rojas, venga.

—¿Las has limpiado? Ah, qué amable por tu parte.

Thea tuvo que contener las lágrimas cuando vio aquellas valientes botas despojadas de todo barro, brillantes y rojas de nuevo.

Bajó volando las escaleras.

—¡Conall!

Su querido viejo Conall, que agachaba la cabeza y se atusaba la barba entrecana para ocultar su dicha bajo una brusca fachada.

—Hace un día espléndido, ¿no es así, milady? Le traigo un presente de parte del duque. —Alzó un paquete gigante y plano entre sus manos—. Dice que ha estado buscándolo.

No podía ser… ¿Se trataba del autorretrato? Estaba envuelto en lino blanco. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba casi segura de lo que se encontraba bajo la tela y el cordel.

Conall lo apoyó contra la pared.

—Le he dicho que debería venir él mismo, pero estaba obcecado en marcharse a Londres sin dilación.

Se le cayó el alma a los pies.

—¿Se ha marchado?

—Eso me temo, milady. Se ha marchado junto con Alec, digo el señor O’Roarke, y su joven sobrino hará tan solo una hora.

—¿Junto con su hermano? ¿Y su sobrino? ¿Estás seguro?

Conall sonrió.

—Más que seguro. No sé qué fue lo que le dijo a ese duque, pero me contó que nada más salir de Ballybrack dio la vuelta y regresó a los muelles. Convenció a ese hermano suyo para que lo acompañara a Londres para reunirse con su madre.

—¡Ay, Conall, eso es maravilloso!

Thea supo con certeza que descubrir que su hijo seguía con vida y conocer a su nieto sanaría a la viuda de sus dolencias y la liberaría de aquella prisión que ella misma se había impuesto.

—Pero… ¿no has partido con él, Conall? ¿Quiere decir eso que… la señora Barton…?

Los lados de su bigote se dirigieron hacia el cuello de la camisa cuando sonrió con timidez.

—Bueno, resulta que Bronagh no intentó matarme con sus propias manos. Lo cual es un comienzo. Y me permitió dormir en el sofá en vez de mandarme a pastar con el ganado. Una señal de lo más esperanzadora si conoces a Bronagh y sus tretas.

—Y ¿qué hay de Molly? ¿Está muy enfadada con ella?

—Ha entrado en razón. Incluso comió mejillones después de que yo los hiciera al vapor con un poco de cerveza, como tanto solía gustarle.

Thea juntó las manos.

—Me alegro por ti, Conall.

Este se aclaró la garganta.

—Hay algo más. Algo casi imposible de creer. El duque me ha nombrado terrateniente de la mansión Balfry. Va a ver si puede concedérmela de forma permanente. Vamos a restaurar los arriendos para así garantizarles a los agricultores tierras fértiles en las que cultivar. —Parpadeó con rapidez—. Y Molly es la orgullosa propietaria de una biblioteca repleta de libros. Jamás llegará a leerlos todos.

—Seguro que estará encantada.

Fue el turno de Thea de luchar contra las lágrimas.

—Y este no es el único presente que ha dejado para usted, milady. Ha ordenado que todos los objetos del desván se entreguen aquí, a Ballybrack. —Echó un vistazo a la pequeña estancia con aire dubitativo—. Pero Dios sabe dónde va a meterlos.

—Cuán generoso por parte del duque.

Una vocecilla en su interior no podía evitar preguntarse: ¿eran los cuadros un regalo de despedida?

Thea se dio la vuelta para eludir la preocupación que se atisbaba en los amables ojos azules de Conall.

—Tan solo la aleja porque le importa —aseguró Conall—. Piense en su infancia. ¿Alguna vez le tiró de las trenzas un muchacho? Solo lo hacía porque le gustaba.

Thea negó con la cabeza.

—Jamás tuve amigos con los que jugar.

Conall frunció el ceño.

—Bueno, pues créame cuando le digo que los hombres son una panda de bárbaros. No se merecen sus dulces sonrisas. Y el duque es más bárbaro que ninguno. No lo deje marchar, milady.

—Le dije que se fuera y que no volviera jamás.

Conall se atusó la barba.

—Y ¿lo decía de veras?

—Yo… —Thea cerró los ojos—. No —susurró al fin.

—Pues entonces todo se solucionará, no me cabe duda. Tan solo recuerde, milady, que en ocasiones nuestro Señor nos revela sus planes cuando Él considera oportuno. Para hacer nuestras vidas más interesantes.

—¿Te quedas a tomar el té, Conall?

—No, tengo que regresar con Bronagh antes de que cambie de opinión. —Se colocó la gorra en la cabeza—. La veré pronto, milady.

—Adiós, Conall.

Al verlo marchar, Thea se percató de que la travesía realmente había llegado a su fin. Dalton había regresado a Londres y ella se encontraba allí, donde había deseado, con la tía Emma en Irlanda. Debería sentirse feliz.

La tía Hen y la tía Emma irrumpieron en el salón.

—¿Qué deseaba?

—¿Te ha dado un mensaje de parte del duque?

Revolotearon alrededor de Thea ahuecándole los rizos y guiándola en dirección al paquete.

—¡Desempaquétalo, querida! —instó la tía Hen.

—Es una muestra de amor —comentó la tía Emma entre suspiros—. Ah, qué romántico.

Una muestra de amor… o un regalo de despedida para apaciguar su conciencia. Thea dudó frente al paquete, reticente a abrirlo.

—¿Dónde se encuentra mi madre? —les preguntó a sus tías.

—En cama con dolor de cabeza. Aún no consigo creerme lo que le dijo a la viuda —jadeó la tía Emma.

—Lo sé —corroboró la tía Hen—. Fue magnífico.

—Sí lo fue, ¿verdad? —Thea estaba muy orgullosa de su madre por haberle plantado cara a la viuda… y por haberla defendido.

—Tengo unas tijeras para ese cordel en alguna parte —aseguró la tía Emma mientras observaba el paquete recubierto de lino. Rebuscó por el cesto de costura, que reposaba sobre una mesa al lado de su sillón favorito junto a la chimenea—. ¡Ajá!

Con el corazón latiendo a toda velocidad, Thea cortó el cordel y la tía Hen ayudó a apartar la tela.

—Con cuidado —jadeó Thea cuando se confirmaron sus sospechas al ver un marco dorado y pintura al óleo resquebrajada—. Tiene doscientos años.

—Ay, cielos —exclamaron sus tías al unísono.

«Efectivamente: ay, cielos.»

Un rayo de sol atravesó las ventanas con molduras e iluminó el verde esmeralda de las mangas abullonadas y el intenso castaño del guardapolvo de la artista.

Artemisia posaba con la melena negra brillante, la cabeza ladeada, un brazo alzado con el pincel en la mano y el otro apoyado sobre una superficie de piedra mientras sujetaba la paleta.

Por lo que decían sus cartas, Thea sabía que en sus tiempos aquel cuadro había levantado protestas por su controversia. Una mujer que se autorretrataba a sí misma como el arte personificado. Se trataba de un alegato de lo más atrevido.

—Cielos, es hermosa —exclamó la tía Hen—. Tan rebosante de… fuerza, de alguna forma. Como si fuera a salir del lienzo de un salto y cruzar los años que nos separan para estar en este salón con nosotras.

Un halo de luz tenue retratado con destreza iluminaba la mitad del rostro de Artemisia; el contraste de claroscuro le concedía énfasis…, como si estuviera esperando a que la iluminara por completo.

Como Thea. Esperando a que llegara su momento de brillar.

Y ese momento había llegado. Se le ocurrió una idea y asintió.

—Voy a celebrar una exposición con todas las obras de arte pintadas por mujeres. Y si puedo encontrar los suficientes, entonces todos los cuadros serán autorretratos.

Era perfecto. Una manera apropiada de volver a presentarle a Artemisia al mundo.

—Qué idea más espléndida, cielito —murmuró la tía Hen—. Entonces debes regresar a Londres, ¿no es así? Porque un evento de tal envergadura no puede tener lugar aquí, en Cork.

Regresar a Londres. Si hasta hacía nada quería huir de allí.

—¿Qué significado tiene esto? —preguntó la tía Emma mirando de cerca el cuello de Artemisia—. El colgante que luce.

El colgante de oro que le rodeaba el cuello relució bajo los rayos de sol.

Thea se inclinó para observarlo más de cerca.

—Parece tratarse de una máscara. Lo cual simbolizaría las artes.

—Una máscara. Qué perspicaz —comentó la tía Emma.

La máscara simbolizaba las artes, pero para ella albergaba un significado distinto.

Artemisia estaba tratando de decirle algo. Que la máscara que el duque portaba se había caído y se había hecho añicos. Ahora conocía al verdadero Dalton.

Y ella tampoco necesitaba ya su propia máscara. La timidez. La risilla nerviosa. El miedo al fracaso.

En un corto lapso de tiempo se había convertido en una persona totalmente distinta.

Y al entregarle aquel presente, Dalton también estaba intentando decirle algo. Que creía en su sueño y en sus metas… y que deseaba formar parte de ello.

—Ay, querida. —La tía Emma estudió la parte trasera del cuadro—. ¡Aquí hay una carta! Casi pasa desapercibida detrás del cuadro.

Le dio el papel doblado a su sobrina.

Con un repentino temblor en los dedos, Thea lo abrió. Reconoció la letra desgarbada y llena de confianza de inmediato.

—Creo que voy a dar un paseo hasta la playa —informó de forma abrupta.

La tía Emma sonrió con calidez.

—Pues claro, cariño. Voy a por tu capa.

Mansión Balfry, condado de Cork, Irlanda

Estimado autorretrato:

Ahora comprendo por qué quería revelarte Thea. Eres simplemente espectacular. De una feminidad gloriosa. De un poderío intransigente.

No toleras ningún disparate de bestias complicadas que no saben cómo poner en palabras aquello que de verdad quieren decir.

¿Podrás perdonarme por permitir que te deteriores en mi desván durante tanto tiempo?

Verás, es que no tengo corazón. Pero solo porque te lo he entregado a ti.

Atentamente, tu sin duda insensato…

DUQUE

Una lágrima impactó en la hoja. Seguida por otra.

Thea dobló la carta antes de que la letra se emborronara demasiado y resultara imposible volver a leerla.

¿Le estaba confesando su amor?

Si así era, se trataba de una manera muy indirecta de expresar sus sentimientos. Pero al menos había admitido que no se le daban muy bien las palabras.

Y había llevado a cabo todas aquellas hazañas amables y maravillosas. Les había cedido Balfry a Conall y Bronagh. Le había regalado todos los libros de su biblioteca a Molly.

Su tía Emma ahora tenía a Hen para quedarse con ella y hacerle compañía en Ballybrack, además de ayudar con la apicultura.

Conall tenía a Molly, a Bronagh y a sus hijos para llenar aquella enorme casa de risas y amor.

Sabía en el fondo de su corazón que Dalton le había enviado aquella carta a su familia porque pensaba que la estaba protegiendo del arrepentimiento. Se había encargado de ello de una forma que no tenía sentido alguno… pero todo lo había hecho desde el cariño.

Quizá es que simplemente no sabía cómo decirle que la amaba.

Abrazó la carta contra el pecho mientras miraba más allá de las neblinosas colinas verdes y los brumosos acantilados de la bahía de Balfry.

Por mucho que le encantara aquello, quizá Irlanda no fuera su hogar, como tampoco lo era Londres.

Quizá el hogar fuera más que un lugar. Podría ser…

Unos ojos oscuros color medianoche que no tomaban prisioneros, sino que la transportaban a la libertad.

Un intrigante hoyuelo que suavizaba una mandíbula angulosa e intransigente.

Unos brazos fuertes y poderosos que la envolvían, que hacían que el mundo lindara con el calor… y el deseo.

El viento hizo que sus rizos le golpearan el rostro y ella los apartó con impaciencia mientras volvía a subir los escalones que conducían a la casa de campo.

Tenía una carta que escribir.

Y una travesía que comenzar.

Capítulo 26

DOS SEMANAS DESPUÉS

—Van y yo vamos a dar un paseo hasta la plaza —informó Abigail—. Sus soldados de juguete quieren emprender una campaña junto a la fuente.

—No es una fuente, es el río Berézina —la corrigió Van—. Las tropas de Napoleón deben cruzar el río o… sufrirán una muerte espantosa.

—Ah, sí —contestó Abigail con seriedad—. Qué tonta, se me había olvidado.

—Parece divertido —comentó Dalton con fingida indiferencia. Llevaba esperando aquel momento desde que Patrick y Van habían llegado al palacio.

Con la cabeza le hizo un gesto a Baum, la doncella alemana de su madre, quien aguardaba junto al sillón de Abigail con lo que parecía un brillo de emoción en sus ojos marrones, que normalmente lucían serios e impasibles.

La doncella hizo una reverencia.

—Iré a buscarle su capota y su abrigo, su excelencia. —Y casi salió corriendo de la habitación.

En el palacio Osborne, que tanto tiempo llevaba cerrado y en silencio, habían empezado a resonar las risas de Van y su incesante parloteo. Al parecer, el niño no sabía estarse quieto o permanecer en silencio más de cinco minutos seguidos. Y tenía aterrorizados a los pobres gatos, que estaban acostumbrados a ser dueños y señores de la casa: capturaba a las

rechonchas linduras del color del melocotón y las sometía a la humillación de los besos de un niño de seis años.

Cuando Abigail estuvo envuelta en su abrigo y con la capota bien atada, y después de que un impaciente y revoltoso Van sufriese la riña de su padre por tirar de la mano de la duquesa viuda, todo el grupo (Abigail, Van, Dalton, Patrick y una legión de lacayos) se dirigió a la entrada principal. Por primera vez en diez años, la duquesa viuda iba a poner un pie fuera de su casa.

El primer paso con el que atravesó el umbral de la puerta fue vacilante, y se le nubló la verde mirada.

Dalton contuvo la respiración, preparado para cargar con ella de vuelta al interior de la casa, pero entonces Van la cogió de la mano.

—Bueno, venga, vamos —exigió Van tirando de la mano de su abuela —. No seas tortuga.

—¿Cómo que no sea tortuga? —preguntó la duquesa viuda—. Dios mío, este niño y su forma de hablar americana tan informal… —Le acarició la cabecita—. Espero que tus soldados sean británicos de pies a cabeza, al menos.

Van ladeó la cabeza.

—No estoy seguro, son soldados de hojalata. Y no hablan, claro. ¿Te imaginas algo así? Un juguete que habla. ¿Por qué no han inventado uno de esos?

—Porque ya hablas tú por los demás —contestó Patrick con dulzura.

Bajaron los escalones de la entrada y se dirigieron a la plaza de Saint James; Van no dejó de parlotear durante todo el camino. Era un chorro constante de entusiasmo infantil que empujaba a la duquesa viuda.

Abigail recorrió el césped de la plaza con pasitos vacilantes… pero lo recorrió.

Y a Dalton se le hinchó el pecho.

Desde que había dejado a Thea en Irlanda, había vivido momentos de felicidad y otros de dolor. Pero el deseo de tenerla entre sus brazos no había decaído.

Tendría que estar allí, con ellos, para ver aquel momento de triunfo familiar. Porque había ocurrido solo gracias a ella.

Dalton le había escrito otra carta, pero no se la había enviado. Ya le había dicho todo lo que quería decirle en la que había dejado detrás del retrato de Artemisia. Sabía que era Thea quien debía dar el paso de contactar con él. Que no podía presionarla. Ella debía estar lista para perdonarle. Se había comportado como un maldito imbécil. ¿Podría llegar a perdonarlo?

—Vaya, quién lo iba a decir —dijo Patrick negando con la cabeza. Se negaba a que lo llamasen Alec, pero era un detalle sin importancia. Lo importante de verdad era que estuviese allí.

Dalton carraspeó a modo de respuesta.

Los dos hermanos se entendían a las mil maravillas. No tenían que hablar mucho, pues se comunicaban por otros medios. Ayudándose entre ellos, y cuidando de Abigail y Van.

Habían mantenido una larga conversación en la biblioteca del piso de soltero de Dalton, en la que habían compartido un whisky irlandés muy fuerte.

Dalton le había revelado que era el Cerbero. Y que Trent iba tras él. Y Patrick le había contado que ejercía de asesor jurídico. Y que defendía a clientes empobrecidos en sus pleitos contra hombres poderosos y corruptos.

Cuando abrieron la segunda botella, las ideas empezaron a fluir.

Había sido idea de Patrick que indagaran un poco más en el pasado de Trent. Aprovecharían la información que Dalton había recopilado en sus noches por los locales de juego y, con eso, sumado al estatus de abogado de su hermano, descubrirían más secretos que podrían usar en su contra.

Y vaya con lo que habían descubierto; Dalton ni siquiera se lo había podido creer. Una auténtica traición.

Fue Dalton quien arrinconó a Trent bien entrada la noche, a las puertas de su propia casa, y le expuso las pruebas de forma tal que este fue incapaz de rebatirlas.

Porque estaba tirado, inconsciente, en el suelo de adoquines. Con una nota clavada en el chaleco donde se enumeraban todos sus delitos.

Al día siguiente, Trent se había marchado del país. Lo más probable fue que regresara a París; pero nunca más se atrevió a poner un pie en Inglaterra.

Y eso provocó que siguieran con aquella colaboración fraternal.

El siguiente en regresar reptando a su escondrijo fue Foxford.

Y, tras su marcha, a Marwood le sobrevino el repentino deseo de viajar a un pueblo de montaña en Suiza.

Dalton debía reconocer que había escogido a aquellos dos hombres como objetivo por rencor, pero se merecían todo lo que recibieron.

Dalton había recogido todos sus bártulos de su piso de soltero y se había mudado al palacio Osborne, con Patrick y Van.

Si bien no iba a colgar su traje de Cerbero para siempre, poco a poco empezó a centrarse más en las opciones legales para luchar contra el mal sin usar los puños. Ya se estaba haciendo un poco mayor para tanta pelea. Todavía le crujía un poco el hombro después del porrazo que le había dado a Albertson en Bristol.

Patrick seguía repitiendo que no se quedaría mucho tiempo más en Inglaterra, que su trabajo estaba en Nueva York, pero Dalton albergaba grandes esperanzas de encontrar la forma de convencerlo para que se quedaran.

Lo único que tenía que hacer era encontrarle una segunda esposa británica a su hermano. Dalton suponía que su hermano poseía cierto atractivo (era su hermano, después de todo), y estaba en la línea de sucesión

al ducado de Osborne. Eso debía ayudar. Aunque hablaba con maneras extrañas y prefería los puros baratos.

Quizá, cuando Thea volviese, podría ayudarle a encontrar la esposa adecuada para su hermano. Si es que volvía. Si es que podía dar con la forma de perdonarle en aquel fuerte corazón lleno de amor. Perdonarle por haberla alejado de su vida.

Dalton la añoraba cada segundo de cada día. Pero cuando más la añoraba era durante las largas horas nocturnas de soledad.

Todos los días debía luchar contra sí mismo para no montar en su caballo y viajar al galope hasta Irlanda.

Había recibido varias cartas de Conall, ese maldito viejo canalla, en las que le había informado que había entregado el cuadro. Y que Molly se había leído casi la mitad de los libros que guardaba en la biblioteca, pero que todavía preguntaba si podían darle trabajo como grumete en uno de los barcos de Dalton.

En la última misiva que había recibido de Conall, escrito al final de la carta, como si careciera de importancia, el viejo irlandés le había contado a Dalton que Bronagh había aceptado casarse con él.

Seguía sin poder imaginarse a Conall como un hombre de familia.

Pero tampoco se había imaginado nunca suspirando por una señorita menuda con la inoportuna manía de no escuchar ni una maldita palabra de lo que le decía.

Hasta había empezado a componerle unos poemas espantosos. Eran peores incluso que los que componía de joven en Cambridge.

Cuando visitaba a su amigo James, el duque de Harland, en su casa de la ciudad, le ofrecía unas lecturas teatrales de sus poemas, entre vasos del excelente brandy de Harland; todo para el eterno disfrute de su amigo.

Las rosas son rojas. El cielo es azul.

A Thea añoro a todas horas. Sin ella, que me entierren bajo el abedul.

Y, si no vuelve pronto, iré a buscarla, me la echaré al hombro, la traeré de vuelta a Londres, y la posaré en mi lecho.

Bueno, no es que fuera un clásico poema de cuatro versos.

Pero James lo comprendía a la perfección, pues él estaba profundamente enamorado de Charlene, la media hermana de Thea.

Durante toda su vida, Dalton había estado huyendo del hecho de que necesitaba amor. Pero había aprendido que el amor no hacía más débiles a las personas. El amor las acercaba, las unía en algo mucho más fuerte. Mucho más poderoso.

Vivía en una casa con una familia que lo quería, pero lo que más necesitaba en el mundo era el amor de Thea y su confianza en él.

Estaba a un paso de marcharse a Irlanda como un torbellino e ir en su búsqueda cuando, por fin, llegó la carta.

Condado de Cork, Irlanda

Estimado e inequívocamente insensato duque:

Tras pasar décadas deteriorándome en el desván de su mansión, ¡por fin he vuelto a sentir los rayos del sol sobre la piel! Me consienten en exceso, la verdad sea dicha. Y me han contado que debo viajar a Londres para conocer a los directores de la Institución Británica.

¡Será espléndido!

Miles de admiradores. Montones de rosas a mis pies.

Al fin y al cabo, es lo que me merezco.

Aguardando que lo adoren,

EL AUTORRETRATO DE ARTEMISIA GENTILESCHI

¿Iba a viajar a Londres? ¿Aguardaba que la adorasen? Sus palabras auguraban un gran futuro. Aunque le había firmado el maldito cuadro, y no Thea. Y ya le había dejado bien claro que no ansiaba la adulación de los demás. Ansiaba la libertad.

¿Podría ser Thea feliz con él?

Ya no tendría que esperar mucho más para caer rendido a sus pies y besarla con tanta maestría que ella solo podría aceptar cualquiera de sus propuestas.

Aquella primavera disfrutaban del buen tiempo. No habría retrasos por la lluvia. Debería llegar a Londres en un par de días, tres a lo sumo.

Así que esperó. Y esperó.

Ensayando cuáles serían las palabras adecuadas.

Soñando con lo que le haría en su enorme y solitaria cama ducal.

Porque aquella cama no le resultaba acogedora sin la exigente y deliciosa Thea entre las sábanas.

Y, cuando la tuviese en su cama…, jamás la dejaría marchar.

Capítulo 27

UNA SEMANA AÚN MÁS LARGA DESPUÉS…

—Llego tarde —anunció Thea.

El mayordomo de aspecto extremadamente correcto y formal que abrió la puerta en el palacio Osborne la contempló sin expresión alguna.

—¿Disculpe, señorita?

—Le dije al duque que llegaría hace una semana.

—Entiendo.

El mayordomo la miró fijamente, con desdén y por encima del hombro, sin duda dilucidando cuál sería la mejor forma de echarla sin ensuciarse sus inmaculados guantes blancos o deslustrarse los refinados zapatos.

Bueno, ¿quién podría culparla? Iba vestida como una ramera. Una ramera sueca.

—Haz el favor de informar a su excelencia de que Olofsson está aquí para verlo.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Solo… Olofsson?

—Así es.

Thea asintió con la cabeza y su pelo suelto le danzó sobre los hombros.

El mayordomo enarcó las cejas tal como se esperaba de un mayordomo.

—Por favor, espere aquí, señorita. —No le llevó mucho tiempo regresar —. Tal como pensaba —desdeñó el hombre—. Su excelencia no ha ordenado ninguna clase de… servicio. Por lo que debo despacharla, señorita.

Él la ahuyentó hacia el exterior. Ella se negó a que la despacharan. Plantó las botas rojas sobre el suelo de mármol.

—Dile que Olofsson se niega a aceptar un no por respuesta. Dile que exige una satisfacción.

—¿Eso exige? —preguntó una voz grave.

A Thea se le aceleró el corazón.

Dalton se encontraba en la parte superior de las escaleras contemplándola de forma inescrutable, tan apuesto que la dejó momentáneamente sin habla.

Cuánto había añorado los ángulos llamativos y marcados de su mandíbula y el tentador hoyuelo profundo en el centro de su mentón.

Thea alzó el suyo propio.

—Eso exige.

El duque bajó las escaleras a zancadas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó con severidad fingida.

Ella ladeó la cadera.

—¿Acaso no ha recibido mi nota, su excelencia? ¿Por qué se sorprende tanto de verme?

Él le concedió una sonrisa diabólica y la alzó entre sus brazos.

—Ah —gritó ella—. Me vas a arrugar el vestido. Y hay un tarro de mermelada de naranja en el bolsillo de mi capa.

—Te voy a dar una lección —gruñó Dalton—. Sobre lo poco inteligente que es hacer esperar a un duque durante semanas.

El mayordomo, claramente escandalizado pero obcecado en mantener la inquebrantable compostura que exigía su profesión, se apartó de su camino cuando Dalton cargó con ella por toda la entrada y subió las escaleras con ella a cuestas.

Ella le rodeó el cuello firmemente con los brazos, excitada por su cercanía y la mirada posesiva que veía en su rostro.

—¿Qué llevas debajo de ese vestido? —le susurró al oído.

—Ligas de seda azul —contestó con descaro.

—Cielos, Thea —exclamó—. No sabes cuánto te he echado de menos. ¿Podrás perdonarme? He sido un auténtico necio.

—¿Y qué me dices de idiota engreído? ¿O qué te parece tirano pretencioso?

—Todo ello —susurró con fiereza mientras la pegaba contra su pecho —. Y mucho más. —Abrió la puerta a sus aposentos de una patada y después volvió a cerrarla de la misma forma—. Tu lugar está en mi lecho, Thea. —La posó con dulzura sobre el centro del colchón y la contempló con intenciones indecentes. Como cualquier libertino que se preciara—. Te voy a atar al cabecero como se te ocurra volver a dejarme —aseguró con severidad.

—No te dejé, majadero —comentó ella entre risas—. Me dejaste tú a mí.

—¿Eso hice? ¿Y por qué iba a hacer semejante estupidez? —Sus ojos adquirieron un tinte de seriedad. El lecho se hundió cuando se tumbó tan enorme como era a su lado—. ¿Podrás… podrás perdonarme?

El corazón de Thea latía a tal velocidad que pensó que se le iba a salir del pecho y a dejarle un enorme agujero en él.

Dalton le rodeó los manos con las suyas.

—Estaba tan centrado en la venganza que no podía imaginar otro futuro. La posibilidad de una larga vida de satisfacción junto a alguien a quien amo a mi lado. —Le puso las palmas de la mano contra el pecho y la miró a los ojos—. Te amo, Thea. Creo que me enamoré de ti en el momento en que te encaramaste sobre mí, me pisoteaste el hombro y me dejaste una huella en el corazón.

Ella sonrió entre repentinas lágrimas.

—Alguien debía darte una lección.

Dalton le enjugó las lágrimas con los pulgares y le acarició las mejillas, sus ojos más oscuros que una callejuela de los barrios bajos.

—Y eso no es todo lo que me has enseñado. He estado huyendo toda la vida de la realidad, de que necesitaba amor. Como un maldito idiota. Tener aquí a Patrick y a Van es maravilloso. Pero nada está completo sin ti. Te he añorado, Thea. Desesperadamente. —Le acarició el labio inferior con un pulgar calloso y ella se estremeció—. No soy nada sin ti. Por favor, di que te quedarás aquí conmigo. Dime que me amas.

—Sí —se limitó a contestar ella—. Ay, Dalton, sí. Te amo. Definitivamente.

Él la rodeó con sus brazos y la besó con labios firmes e intensos, lo cual prendió su sangre en llamas e hizo que se le derritiera el cuerpo.

«Y exactamente así —pensó Thea mientras él la besaba hasta que estuvo medio loca de placer— una derroca a un duque monumental.»

Epílogo

DOS MESES DESPUÉS

Subasta de arte y exposición de cuadros
de la duquesa de Osborne.
En la gran galería de arte del palacio Osborne.

—Resulta impresionante, ¿no le parece? —comentó lord Haselby, el ilustrado caballero de la Institución Británica por el apoyo a las Bellas Artes del Reino Unido. Hablaba con lord Kingsford, su colega, un hombre tan erudito como él.

Thea estaba detrás de ellos; los observaba mientras miraban con atención el autorretrato de Artemisia, acariciándose esas sabias e hirsutas barbas.

—Observe, Haselby. —Lord Kingsford acercó una lupa al cuadro—. Según la *Iconología* de Cesare Ripa, la máscara que cuelga de la cadena que lleva al cuello debería tener grabada la palabra *imitación*.

—Por el rey Jorge, tiene razón, Kingsford. ¿Qué opina al respecto?

Thea se acercó un poco a ellos.

—La máscara carece de grabado porque Artemisia no estaba imitando a ningún hombre. Era una pintora original.

Lord Haselby volvió la lupa hacia Thea.

—No sabemos mucho de ella todavía, su excelencia.

—No —coincidió Thea con una sonrisa—. Pero gracias a este retrato podemos llenar algunas lagunas. ¿Saben, caballeros, que tengo una teoría? Tras analizar este cuadro, creo que fue ella, y no su padre, quien pintó la alegoría del *Triunfo de la Paz y las Artes* en el techo de la casa de la reina en Greenwich.

—¡Válgame! —exclamó lord Kingsford—. Su excelencia, ¿le gustaría asistir a una de nuestras reuniones para desarrollar sus teorías?

Thea inclinó la cabeza.

—Sería todo un honor.

—Ahora bien, dicho techo, si mal no recuerdo, se pintó en 1636 y se representa a la Paz con una ramita de olivo y un báculo rodeada por los doce museos, y siendo que… —lord Haselby se embarcó en una larga y aburrida descripción de todo el techo de la reina.

Thea sintió un toque posesivo en el codo. Dalton estaba a su lado, y un mechón del lustrado cabello le caía con insistencia por la frente, por encima de aquellos ojos del color de la medianoche.

—Caballeros, deben disculpar a su excelencia. Se requiere su presencia —dijo Dalton.

—Por supuesto, su excelencia —respondieron ambos hombres a la vez e hicieron sendas reverencias.

—Me ha parecido que te vendría bien un rescate —le susurró Dalton al oído.

—Has acertado, la verdad —contestó Thea riéndose—. ¿Se requiere mi presencia, entonces? —susurró mientras se abrían paso por la gran multitud. Los presentes intentaban aparentar que analizaban las obras, pero en realidad habían acudido en busca de chismes.

—Con desesperación —gruñó Dalton.

—Todavía no, lobito mío.

Se pasó las manos por el grueso satén de su nuevo vestido, que emitía un resplandor dorado y verde, similar al color de las alas de un escarabajo. El habitual cuero rojo brillaba con alegría bajo el verde. Había tenido que ponérselas aquella noche, puesto que el sendero a través de la educada alta sociedad podía llegar a ser todo un lodazal.

Aquella era su primera aparición en sociedad como la duquesa de Osborne.

En aquella multitud estaban presentes todas las personas que se habían reído de ella alguna vez en su vida. Quienes, con regocijo, habían narrado sus faltas, la habían bautizado como la Catastrófica Dorothea, y habían sido testigos de sus momentos de humillación.

Pero los cuchicheos de la gente ya no podían infligirle daño alguno.

Aquella noche contaba con muchísima gente a la que quería. Y en quien confiaba. Y quienes la querían y confiaban en ella a su vez.

Dalton, cómo no. Le dio un suave apretón en el brazo.

Su madre, la condesa. Thea miró a su alrededor y encontró a su madre, más regia que nunca con un sobrio vestido de seda plateado en el que se reflejaban los brillantes mechones canos de su melena; estaba hablando con la madre de Dalton, la duquesa viuda. Su suegra, flaca y delicada, estaba espléndida, con la melena castaño rojizo llena de mechones plateados y los ojos verdes del color de las hojas.

—Tu madre luce estupenda esta noche —le comentó Thea a Dalton.

—¿Verdad? —Al duque de Osborne le brillaron los ojos de amor.

Y también había acudido Charlene, la duquesa de Harland. En los últimos meses habían profundizado muchísimo en su amistad.

Pero ¿dónde estaba? Thea la buscó entre la multitud, pero no dio con ella.

Uno de los cuadros de Lulu, la hermana pequeña de Charlene, estaba expuesto en la galería: *Autorretrato con un castillo en ruinas*. Era una obra preciosa, muy prometedora.

Mientras se acercaban a la gran escalera de caracol, Van, el hijo pequeño de Patrick, y Flor, la hijastra de Charlene, bajaron los peldaños gritando.

Entre risas, Dalton los cogió a ambos en brazos antes de que acabasen perdidos entre la multitud.

—¿Y ahora qué estáis tramando vosotros dos? —gruñó.

—Nos batimos en duelo —dijo Flor, y fulminó a Donovan con los ojos, de un verde intenso—. ¡Y voy ganando yo!

—No es verdad —replicó Van poniendo morritos—. Eres una chica. No puedes ganar un duelo.

Flor apoyó las manos sobre las caderas.

—¡Ja! Es lo más ridículo que he oído en toda mi vida.

Dalton le despeinó el pelo a Van, de un color entre marrón y rojizo, y dejó a ambos niños a los pies de la escalera.

—Venga, para arriba —ordenó Thea—. Subid. Y no prendáis fuego a las cortinas como la última vez.

Esos dos siempre estaban metiéndose en problemas.

Thea y Dalton se mezclaron con la multitud, y se detenían de vez en cuando para saludar o charlar con los invitados.

A lo lejos, Thea oyó cómo dos mujeres ya entradas en años comentaban su precipitada boda.

—Se rumorea que el duque la levantó del suelo al final de la ceremonia y la besó con tanta pasión que una de las tías de la novia perdió el conocimiento —susurró una de las mujeres, a la que le temblaban las plumas de avestruz.

Un rumor completamente cierto.

Al recordar aquel épico beso, un escalofrío le recorrió la espalda. Y eso provocó que recordase la noche de bodas que lo había seguido. Entonces las rodillas empezaron a fallarle.

—¿Preparada para más? —cuchicheó Dalton mientras la acercaba a su cuerpo con un brazo fuerte alrededor de la cintura. ¿Más qué? ¿Besos? Thea se ruborizó—. ¿En qué estará pensando esta granujilla que tengo por esposa? —le susurró Dalton al oído en un tono acalorado—. Tu rostro está adquiriendo un tono rosáceo que resulta muy apetecible. Pensé que ya te había curado. Pero me parece que quieres más escándalos.

—Luego —lo reprendió Thea—. Mira… —añadió para distraerlo—. ¿Ese de ahí no es tu amigo lord Hatherly, el que está hablando con la señorita Alice Tombs, junto al retrato de Vigée LeBrun? No es habitual verle fuera de su guarida.

—Vaya, sí que es él, pobre Nick. ¿Lo rescatamos?

—La señorita Tombs me cae bien. Posee una inteligencia tremenda.

Alice Tombs era una de las mejores amigas de Charlene, y las tres mujeres habían pasado muchas tardes agradables comentando nuevas ideas para las obras benéficas de Charlene. Aquella noche, los beneficios de la venta de varias obras de arte irían para su refugio para mujeres.

Dalton enarcó una ceja.

—Y una rareza tremenda.

—Tiene sus motivos —contestó Thea con una sonrisa.

Al pasar junto a ellos, Thea oyó un fragmento de la conversación de lord Hatherly y Alice.

—Pero la señorita no viste más que una fina tela. Parece que está helada —comentó Alice frunciendo los labios para acentuar sus hoyuelos.

—Deja a la vista sus… atributos… para sacarles el mejor provecho. —Fue la respuesta del siempre escandaloso lord Hatherly.

—Pero puede pillar la gripe o morir de fiebre biliosa.

—No es más que un cuadro. —Oyó Thea que decía lord Hatherly con el asombro brillando en sus ojos grises.

Mientras Dalton la guiaba hacia la terraza, Thea observó con alegría que el duque y la duquesa de Harland se encontraban al otro lado de las puertas de cristal, apoyados sobre la barandilla, con los hombros rozándose.

Fuera, el aire era cálido y se respiraba el aroma del jazmín que se retorcía por la barandilla de la terraza.

—Aquí estáis —dijo Thea cuando Dalton y ella llegaron ante sus amigos—. ¿Os estabais escondiendo?

—Nos estábamos besando —declaró Harland con los ojos verdes resplandecientes.

—¡James! —exclamó Charlene, y le dio un golpe en el brazo.

—Bueno, cariño, si es la verdad…

Thea observó a la multitud de la galería a través de las puertas de cristal.

—Ciertamente, un escándalo de poco calibre habría bastado para atraerlos hasta aquí. Pero les hemos ofrecido al menos cuatro escándalos de

los grandes.

—¿Cuatro? —preguntó Dalton—. ¿Tantos?

—Pruebas A y B —prosiguió Thea—. Las duquesas de la vergüenza.

—La hija de la cortesana y su media hermana, la que se fugó —añadió Charlene con una sonrisa. Los ojos de la duquesa de Harland, tan similares a los de Thea, centellearon divertidos.

—Prueba C. —Thea señaló las puertas de cristal—. La viuda ermitaña, quien hace su primera aparición en sociedad después de una década encerrada.

—Prueba D —anunció James—. El hijo pródigo que ha vuelto de entre los muertos.

Thea vislumbró a Patrick entre la muchedumbre. Allí estaba, imponente y en todo su esplendor, con un atractivo casi tan pecaminoso como el de su hermano, charlando con una chica preciosa que lucía un vestido rosa claro.

—¿Lo ves? —se jactó Thea—. Cuatro escándalos de gran envergadura. No saben a quién mirar antes.

—Hablando de escándalos, allí están Alice y Hatherly —dijo Charlene —. Vamos a por ellos. James tiene una petaca en el bolsillo.

James y su duquesa regresaron a la galería, y Thea y Dalton se quedaron a solas.

—Corderito, creo que te has olvidado de uno de los escándalos —comentó Dalton.

—¿Ah, sí?

Dalton la empujó con suavidad contra las puertas francesas de cristal.

—Sí, te has olvidado de este. —La rodeó con los brazos y reclamó su boca con los labios, fuertes y seductores.

Thea suspiró; se inclinó para recibir el beso, emocionada ante el peligro. Ni siquiera le importó que los miembros de la alta sociedad pudiesen verle las nalgas cubiertas de satén verde pegadas a los paneles de cristal.

Porque, cada vez que se besaban, se enamoraba un poco más de su marido.

Las verdes colinas de Irlanda siempre estarían allí, esperándola.

Y Londres se había vuelto mucho más acogedor.

Pero ¿los fuertes brazos de Dalton alrededor de su cuerpo?

Esa era su casa, su hogar.

Agradecimientos

Mi eterna gratitud a Amanda Bergeron, Alexandra Machinist, Elle Keck, Pam Jaffee, Jessie Edwards, Angela Craft y Tom Egner, por su ayuda experta y sus grandes consejos. Mil gracias, llenas de cariño, a mi marido, mi familia y mis amigos por montarse en esta montaña rusa y cogerme la mano.

Estoy sumamente agradecida por el generoso apoyo y los consejos que he recibido por parte de varias de mis ídolas en el mundo de la escritura, con mención especial a Sarah MacLean, Eloisa James, Lorraine Heath, Kerrelyn Sparks, Sophie Jordan, Meredith Duran, Courtney Milan, Tessa Dare, Meljean Brook y Eva Devon. La comunidad de autoras de GH Dreamweaver 2014 me inspira y anima cada día.

A todas las personas que trabajan en librerías, bibliotecas, escribiendo reseñas, blogs, a los clubes de lectura y, sobre todo, a quienes nos leen…, ¡gracias por sentir tanta pasión por la novela romántica!

Desear a un duque

Lenora Bell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *If I Only Had a Duke*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta, Abigail Miles / Arcangel y © Marina Zezelina / Shutterstock
© de las ilustraciones del interior, RoseStudio / Shutterstock

© Lenora Bell, 2016

© por la traducción, Traducciones Imposibles (Pura Lisart e Isabella Monello), 2022

© Espasa Libros, S. L. U., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2022

ISBN: 978-84-6706490-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!